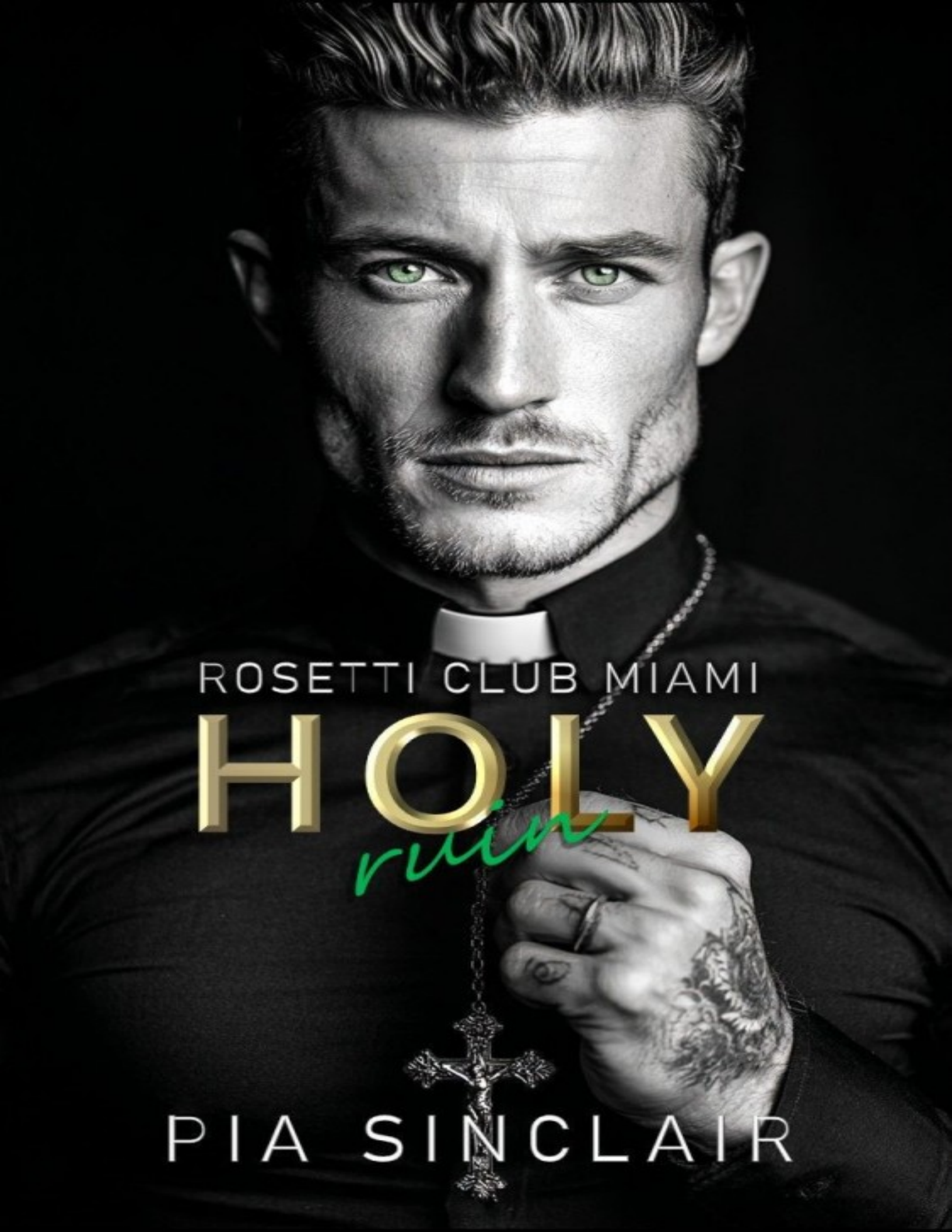

ROSETTI CLUB MIAMI
HOLY
ruin
PIA SINCLAIR

HOLY RUIN

PIA SINCLAIR

© 2026 Pia Sinclair.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción.

Primera edición.

Table of Contents

1. 1 - Gabriel
2. 2 - Seraphina
3. 3 - Gabriel
4. 4 - Seraphina
5. 5 - Gabriel
6. 6 - Seraphina
7. 7 - Gabriel
8. 8 - Seraphina
9. 9 - Gabriel
10. 10 - Seraphina
11. 11 - Gabriel
12. 12 - Seraphina
13. 13 - Gabriel
14. 14 - Seraphina
15. 15 - Gabriel
16. 16 - Seraphina
17. 17 - Gabriel
18. 18 - Seraphina
19. 19 - Gabriel
20. 20 - Seraphina
21. 21 - Gabriel
22. 22 - Gabriel
23. 23 - Seraphina
24. 24 - Gabriel
25. 25 - Seraphina
26. 26 - Gabriel
27. 27 - Seraphina
28. 28 - Seraphina
29. 29 - Gabriel
30. 30 - Seraphina
31. 31 - Gabriel
32. 32 - Seraphina

33. 33 - Seraphina
34. 34 - Epílogo – Logan

1 - Gabriel

Uso mi clériman en todas partes.

No por devoción —aunque eso es lo que les digo a mis feligreses, y ellos me creen, porque la gente cree lo que un sacerdote les dice—. Lo uso porque es el repelente más efectivo conocido por el hombre. Mejor que un anillo de bodas. Mejor que la indiferencia. Un clériman blanco en un hombre razonablemente atractivo transmite un mensaje inequívoco: no te molestes.

Después de ocho años de práctica, mi mirada resbala por las mujeres hermosas como el agua sobre el cristal. La pelirroja de la oficina de correos. La enfermera que trae a su madre a la misa dominical con un vestido veraniego que pone a prueba los límites estructurales del algodón. Las universitarias que bajan desde Miami los fines de semana para recoger fresas en las granjas y deambulan por el pueblo oliendo a protector solar y a juventud. Las veo de la misma forma en que veo el clima: presente, irrelevante, nada que ver conmigo.

Es más difícil cuando se acercan. Cuando la sobrina de la señora Herrera viene de visita desde La Habana y se inclina sobre el banco para decirme que le encantan mis homilías, mientras su blusa hace cosas que no tienen nada que ver con la palabra de Dios. Cuando la nueva maestra de la escuela primaria encuentra razones para pasar por la rectoría con preguntas sobre la historia de la parroquia que, de alguna manera, siempre requieren estar muy cerca. El alzacuellos se encarga de eso. Sonrío. Redirijo la atención. Me convierto tan profundamente en el Padre Gabriel que cualquier cosa que crean ver en mí se queda en nada.

Funciona. Ha funcionado durante tres años en este pueblo pequeño y tranquilo donde nada sucede y no se requiere nada de mí excepto mi actuación.

El resto de la maquinaria ayuda. Una carrera de ocho kilómetros al amanecer, lo suficientemente rápido como para que mis pulmones ardan y mis piernas dejen de enviar cualquier señal que no sea dolor.

Ducha fría después, parado bajo el chorro hasta que mi piel olvida que puede sentir algo en absoluto. En las mañanas buenas, eso es suficiente. En las mañanas malas —esas en las que me despierto duro y dolorido por sueños que no me permito recordar— corro once. A veces trece. Como huevos solos en la encimera de la cocina, de pie, porque sentarme a comer se siente como un placer que no me he ganado. Café negro. Pan tostado. El cuerpo recibe combustible. El cuerpo no recibe consuelo.

Alma's Diner es donde el pueblo come. Vengo aquí dos veces por semana a tomar café porque la visibilidad pastoral es parte del trabajo, y porque la propia Alma —sesenta y tres años, un metro cincuenta de autoridad cubana— aparecería en la rectoría y me sacaría de la oreja si no lo hiciera.

—¡Padre Gabriel! —pone un café con leche frente a mí antes de que me haya sentado—. Se ve terrible. Coma algo.

—Comí en la rectoría.

—Completamente solo —se persigna—. Su madre lloraría.

Dice esto cada vez. Mi madre lleva muerta nueve años, pero Alma la conoció, allá en Miami, allá donde el nombre Delgado abre puertas que he pasado años intentando cerrar. Bebo el café porque rechazar a Alma no es una opción disponible para los hombres mortales.

El restaurante está medio lleno. Granjeros. Un par de camioneros. La señora Álvarez, que saluda con la mano y gesticula un "Dios lo bendiga" desde el otro lado del salón. Le devuelvo el saludo. El alzacuellos hace su trabajo: soy visible e intocable, un hombre aparte. Abro el presupuesto de la parroquia en mi teléfono e intento concentrarme.

La campana sobre la puerta suena.

No levanto la vista. La gente entra y sale de lo de Alma todo el día. No hay razón para mirar.

Pero algo cambia. Un cambio en el ruido ambiental: la conversación decae por un instante y luego se reanuda de forma ligeramente distinta. La forma en que una habitación se recalibra

cuando entra alguien que vale la pena notar. He estado analizando ambientes desde que tenía doce años, sentado en las reuniones de mi padre, aprendiendo a rastrear las sutiles corrientes de poder y atención. La habilidad nunca me abandonó. Solo se quedó dormida.

Levanto la vista.

Ella está en la barra, deslizándose en un taburete con la gracia natural de una mujer que se siente cómoda en su propio cuerpo. Cabello oscuro: rizos sueltos más abajo de los hombros, el tipo de cabello que parece que solo se pasó los dedos y ya estaba lista. Piel canela. Un rostro que es impactante más que bonito: mandíbula fuerte, boca carnosa, ojos que se inclinan ligeramente hacia arriba en las comisuras. Lleva pantalones de mezclilla y una camiseta blanca y parece que acaba de bajarse de una autopista, y cada hombre en el restaurante finge no mirarla.

Incluyéndome a mí.

Mi mirada debería resbalar. Este es el momento en que mis años de disciplina entran en juego y yo me convierto en el Padre Gabriel y ella se convierte en el clima. No sucede. Mis ojos se quedan fijos en ella como si estuvieran clavados, y algo en mi pecho —algo que no sentía desde mucho antes de usar el alzacuellos— da un vuelco lento y profundo.

Ordena en español. Fluido, fácil, con un acento que no logro identificar; no es cubano, ni del todo mexicano. —Café con leche, por favor. Y la rebanada de pay que sea esa —señala la vitrina. Tiene manos bonitas. No debería estar notando sus manos.

Alma le sirve, estudiándola con la evaluación franca de una mujer que considera el restaurante su territorio. —Usted no es de por aquí.

—Estoy de paso —toma un bocado de pay y hace un sonido —suave, involuntario, un pequeño tarareo de placer que probablemente no sepa que hizo— y mis manos se aprietan alrededor de mi taza de café.

—¿De paso hacia dónde?

—Aún no lo he decidido —le sonríe a Alma, y la sonrisa transforma su rostro de impactante a devastador—. A cualquier lugar que no sea donde estaba.

Alma me echa una mirada. La mirada dice: “interesante”. Finjo estar absorto en los presupuestos parroquiales.

—¿Huyendo de algo o corriendo hacia algo? —pregunta Alma, porque Alma nunca ha conocido un límite que respete.

La mujer se ríe. Es una risa real —gutural, sorprendida, como si no esperara encontrar nada divertido hoy—. —Vuelva a preguntarme cuando lo descubra.

Debería irme. Debería terminar mi café, salir y dejar que fuera una desconocida que pasó por Homestead y siguió de largo. En cambio, estoy aquí sentado catalogando la curva de su garganta y la forma en que sus dedos envuelven la taza de café y la pequeña cicatriz en la parte interna de su antebrazo que toca distraídamente.

Alma, porque está divinamente inspirada o diabólicamente inclinada, dice: —Padre Gabriel, venga a conocer a nuestra visitante. Él conoce todo sobre la zona.

Podría matarla. Genuina y sinceramente podría matarla y simplemente buscar el perdón después.

Me levanto. Camino hacia la barra. El clériman no está sirviendo de nada —peor que nada, porque la mujer lo mira y luego me mira a mí, y algo parpadea en sus ojos que no es la deferencia habitual. Tampoco es desdén. Algo más parecido a: "vaya, eso es interesante".

—Padre Gabriel —extiendo la mano como un hombre que mete la mano en el fuego.

Su mano está cálida. Su apretón es firme y breve y absolutamente devastador.

—Sera —solo el nombre. Sin apellido, sin contexto. Sostiene mi mirada un segundo más de lo casual. De cerca, puedo ver el ámbar en sus iris y las tenues ojeras que dicen que no ha estado durmiendo bien. Huele a algo cálido —vainilla, tal vez, o coco— mezclado con el polvo del camino y café.

—Bienvenida a Homestead —mi voz suena normal. Esto es un milagro.

—¿Siempre es así de tranquilo?

—Siempre.

—Qué bien —lo dice como si la tranquilidad fuera un producto que ha estado buscando. Luego me mira —me mira de verdad, no al alzacuellos sino al rostro que hay encima— y añade: —No pareces un cura de pueblo.

—¿Cómo se supone que se ve un cura de pueblo?

—Más viejo. Más blando —inclina la cabeza—. Tú pareces alguien que debería estar al mando de algo.

La observación aterriza más cerca de la verdad de lo que ella podría imaginar. Casi me río —realmente casi me río, y ha pasado

tanto tiempo que los músculos se sienten extraños—. —Dirijo una parroquia. Es suficiente.

—Si tú lo dices —está sonriendo de nuevo, y es el tipo de sonrisa que contiene un desafío. Luego se vuelve hacia su pay, liberándome, y me quedo allí medio segundo de más antes de regresar a mi mesa.

Mi café está frío. Mis manos están inestables. Mi ritmo cardíaco está haciendo algo que pertenece a un libro de cardiología, no a un restaurante en Homestead.

Dejo dinero sobre la mesa y me voy. No me despido de ella. No vuelvo a mirarla. Camino de regreso a la rectoría bajo el calor de octubre y me paro bajo una ducha fría por segunda vez hoy, y me digo a mí mismo que dijo que está de paso. Se habrá ido para mañana. Para esta noche, tal vez. Terminará su pay, subirá a su auto y conducirá hacia donde sea que no sea donde estaba, y nunca volveré a verla.

El alivio que debería sentir no llega.

En cambio, estoy bajo el agua fría pensando en el sonido que hizo cuando probó ese pay. Ese pequeño tarareo. El placer involuntario.

Que Dios me ayude.

Marisol llama a las dos, como si Dios hubiera decidido que hoy es el día en que pone a prueba cada muro que he construido.

—Gabriel —su voz trae a Miami consigo: sol, aire salino y el zumbido de una ciudad que nunca duerme—. Por favor, dime que no estás ocupado el próximo sábado.

—¿Qué hay el próximo sábado?

—La gala de la Fundación. Papá está demasiado enfermo para ir y necesito que haya alguien de la familia allí. Los donantes, la junta... necesitan ver que no estoy sola en esto.

La gala. La sola palabra es suficiente para abrir de un golpe una puerta que mantengo cerrada con cerrojo. Puedo olerlo —el aroma de un evento Delgado: champán y orquídeas y dinero viejo y el perfume costoso de mujeres en vestidos de alta costura—. Puedo oírlo: un cuarteto de cuerdas tocando bajo cien conversaciones, cada una de

ellas cargada de intenciones. Puedo sentir el peso de un traje hecho a medida sobre mis hombros, la forma en que una habitación llena de gente poderosa se abre cuando caminas por ella, la corriente eléctrica de ser alguien que importa en un mundo donde todo es hermoso y todo es peligroso.

No he sentido esa corriente en ocho años. Mi cuerpo la recuerda de la misma forma en que recuerda la mano de Sera sobre la mía en el restaurante: instantáneamente, involuntariamente, con un hambre que se burla de las duchas frías y las carreras de ocho kilómetros.

—Mari, no puedo…

—Por favor —la palabra es suave, despojada de su brillo habitual. Mi hermana pequeña, a quien dejé con mi peor secreto cuando ella tenía dieciocho y yo veintidós. Que limpió el desastre que hice y luego me vio desaparecer tras un alzacuellos y un seminario y años de silencio. Que tiene todas las razones para odiarme y, en cambio, me llama dos veces por semana—. Sé que ya no es tu mundo. Pero necesito a mi hermano. Solo esta vez.

Cierro los ojos. Detrás de ellos: suelos de mármol, luz de velas, el horizonte de Miami a través de ventanales de piso a techo. El mundo en el que nací y del que huí. No porque lo odiara. Eso sería más sencillo. Eso sería sobrevivible.

Sino porque lo amaba.

—Allí estaré —digo.

Después de que cuelga, me siento solo en la iglesia. La luz de la tarde se filtra por los vitrales, pintando los bancos con colores que pertenecen a otra vida. No rezo. Solo me quedo sentado procesándolo: la gala, la voz de Marisol, la mujer del restaurante.

Está bien. Es solo un día. Sera se irá. La gala es una sola noche. Puedo mantener los muros en pie por un día y una noche y luego volver al alzacuellos que hace su trabajo.

He sobrevivido todo este tiempo. Puedo sobrevivir a esto.

—

Las confesiones de los miércoles por la tarde suelen ser tranquilas. La señora Álvarez viene con sus chismes que enmarca como su propia culpa; he aprendido a escuchar la soledad bajo sus palabras. El señor Gutiérrez lucha con su bebida pero se presenta fielmente cada semana; solo su esfuerzo merece gracia. Me siento detrás de la rejilla en la penumbra, escuchando a la persona bajo el

pecado, ofreciendo el consuelo que puedo. La rutina los tranquiliza. La constancia es lo que importa.

Estoy a punto de cerrar cuando la puerta del otro lado se abre.

No es uno de mis habituales; ellos se acomodan con una familiaridad relajada. Esta persona duda. El crujido del reclinatorio tomado con cautela. El ajuste cuidadoso del peso. Luego, quietud.

Espero la fórmula. Ave María Purísima, sin pecado concebida.

No llega.

En cambio, ella respira. Solo respira, y el sonido llena el estrecho cubículo como una tormenta que se avecina: controlado, medido, una mujer decidiendo cuánto dar.

—No soy católica —dice ella.

Todo se detiene.

Reconozco esa voz —inmediata, celularmente, con un reconocimiento que ignora cualquier pensamiento racional y va directo a la base de mi columna—. Grave, algo ronca, con ese ritmo cuidadoso de alguien que sopesa cada palabra antes de soltarla.

La mujer del restaurante. Sera. Está sentada al otro lado de una rejilla en mi confesionario y no sabe que soy yo y yo debería decir algo —debería identificarme, debería reconocer que nos conocemos —, pero las palabras no salen porque mi cuerpo está demasiado ocupado teniendo un cortocircuito.

—Quiero decir, fui católica. Alguna vez —una pausa—. Pero no recuerdo qué decir.

—No importa —mi voz sale firme. Profesional. La voz de sacerdote, cultivada con el tiempo—. No se requieren palabras específicas.

Una risa suave, amarga. —¿Entonces por qué estoy aquí?

Me quedo en silencio. Dejo que la pregunta quede en el aire. La gente responde sus propias preguntas cuando les das espacio.

—Porque necesitaba hablar con alguien que no pueda repetir lo que diga —sus palabras salen más rápido ahora, amontonándose—. El sigilo. Eso es real, ¿verdad? ¿No puedes decírselo a nadie?

—Nada de lo que diga aquí sale de este espacio.

Ella exhala. El sonido de alguien soltando algo que ha estado reteniendo demasiado tiempo. Un suspiro que parece vaciarla por completo, dejándola más pequeña de algún modo, más cerca de la rejilla.

—No sé por qué estoy aquí. He estado conduciendo durante semanas y pasé por delante de esta iglesia tres veces hoy antes de entrar.

Abro la boca para responder. No sale nada. Lo intento de nuevo.

—Este es un lugar para cualquiera que necesite ser escuchado —mi voz suena firme. El resto de mí no.

—Mi esposo murió hace seis meses —las palabras salen planas, ensayadas, de la forma en que dices algo que has practicado decir hasta que los bordes están pulidos.

Espero.

Luego ella se ríe, amarga, rota. —Y lo que no puedo decirle a nadie —lo que me está comiendo viva— es que me siento aliviada. Él está muerto y yo puedo respirar, ¿y qué clase de persona me hace eso?

Mis manos buscan el apoyabrazos. Lo aprieto.

—El duelo toma muchas formas —comienzo, buscando mi modo pastoral, pero ella me interrumpe.

—No. No estoy de duelo. Soy libre —hace una pausa, buscando las palabras—. El mundo se hizo más pequeño a mi alrededor, pieza por pieza. Las opciones desaparecieron. Los amigos desaparecieron. Todo desapareció excepto él y esta vida que construyó a nuestro alrededor como una jaula hermosa. Y ahora él no está y yo debería estar destrozada, pero no lo estoy. Estoy aliviada. Estoy tan jodidamente aliviada que podría gritar.

La vulgaridad en el confesionario debería escandalizarme. No lo hace. Suena como la cosa más honesta que alguien ha dicho en este cubículo en tres años.

Y su voz… Dios me ayude, su voz. En el restaurante era cálida e irónica y con un toque de humor. Aquí, en la oscuridad, despojada de actuaciones, es algo completamente distinto. Cruda. Profunda. Íntima de una manera que llena el estrecho espacio hasta que los muros podrían no existir. Soy consciente de su respiración al otro lado de la rejilla. El calor de otra persona, a centímetros de distancia, separada por una celosía que de repente se siente como si no fuera nada en absoluto.

No estoy pensando en la curva de su garganta mientras se apoyaba en la barra de lo de Alma. No estoy pensando en la forma en que sus dedos envolvían la taza de café. No estoy pensando en el pequeño sonido involuntario que hizo al probar el pay, y ciertamente

no estoy reimaginando ese sonido en un contexto que me enviaría directo al infierno.

—Pero esa no es la peor parte —continúa ella, bajando aún más la voz—. La peor parte es lo que extraño. No a él… nunca a él. Sino al mundo. Era peligroso y eléctrico y vivo de una manera que nada más lo ha sido nunca. Estaba rodeada de personas peligrosas haciendo cosas peligrosas y me gustaba. Las fiestas en Il Luss— —se interrumpe—. Las fiestas eran embriagadoras. Elegí no hacer preguntas. Elegí la intensidad por encima de la seguridad. ¿Qué clase de persona prospera en un mundo así?

Mi piel hormiguea. El confesionario está demasiado caliente. Demasiado cerrado. Ella está justo ahí, tras la rejilla, y puedo oír cada cambio en su peso, cada respiración, y mi cuerpo está respondiendo con una franqueza que ocho años de celibato no han hecho nada por civilizar. Estoy duro. En un confesionario. En una iglesia. Mientras una mujer derrama su angustia a un metro de mí. No hay versión de esto que Dios perdone.

Presiono mis manos contra el apoyabrazos hasta que la madera muerde mis palmas, obligando a mi cuerpo a calmarse. No escucha. No ha escuchado desde que ella entró en el restaurante y cada muro que he construido se volvió fino como el cristal.

—Estoy rota —dice ella en voz baja—. Solo me siento real cuando las cosas están al borde del desastre.

El silencio se extiende entre nosotros. Acaba de describir el interior de mi alma sin saber que yo estaba en la habitación. Soy un hombre que siente demasiado, quiere demasiado, arde con demasiada fuerza, y la única solución que encontré fue construir una vida donde no hubiera nada que pudiera incendiarse.

—Sentir intensamente no es una patología —digo, y mi voz sale más áspera de lo que pretendo—. Algunas personas están hechas para corrientes más profundas. Eso no te hace estar rota. Te hace ser honesta sobre lo que cuesta estar viva.

—¿Cómo lo sabes? —hay algo afilado en su voz ahora—. ¿Cómo sabe un cura lo que se siente estar viva solo cuando todo está a punto de arder?

Lo que sale de mi boca es temerario y es verdad:

—Porque la gracia y la destrucción a veces tienen la misma cara.

Silencio. Cuando vuelve a hablar, su voz es más suave. —Tú no eres como los otros sacerdotes.

No. No lo soy. Otros sacerdotes no se sientan en el confesionario con una erección que no pueden disipar, pensando en la forma en que se mueve la boca de una desconocida cuando sonríe, conociendo su oscuridad porque es la suya propia, deseando cosas que destrozarían cada voto que han tomado.

Perdóname, Dios, ruego, y sé exactamente por qué estoy pidiendo perdón.

No por el deseo. He capeado el deseo antes: en el seminario, en los primeros años, en las mañanas malas cuando el agua fría no es suficiente. El deseo puedo sobrevivirlo.

Esto es peor. Esto es reconocimiento. Esta es una mujer que lleva el mismo fuego que yo llevo, que describió mi propia jaula desde adentro, que miró mi alzacuellos y vio a través de él en los primeros tres segundos.

Dijo que solo estaba de paso por el pueblo.

Más le vale estarlo.

2 - Seraphina

No le he dicho la verdad a nadie en seis meses, y acabo de contárselo todo a un extraño en una caja de madera, en una iglesia a la que entré por puro capricho.

Estoy sentada en mi auto en el estacionamiento, con el motor apagado y las manos en el volante, esperando a que me golpee el arrepentimiento. No sucede. Lo que me golpea en su lugar es el temblor; no es miedo, no es frío, es solo ese estremecimiento en todo el cuerpo que surge después de haber cargado algo pesado por mucho tiempo y finalmente soltarlo. Mis brazos vibran. Me duele la mandíbula de tanto apretarla. Dije en voz alta cosas que solo había pensado, y el cielo no se cayó, y el sacerdote no retrocedió horrorizado, y ahora estoy sentada en un estacionamiento en un pueblo que no puedo encontrar en un mapa, temblando como si me hubieran electrocutado.

Lo cual, en cierto modo, ha sucedido.

Mi mano se dirige a la alianza. La alianza de Julian, que cuelga de una cadena alrededor de mi cuello; su anillo de bodas, tibio por mi piel, pesado de una forma que no tiene nada que ver con el peso del oro. Cierro el puño alrededor de él. El metal me muerde la palma. En el interior del aro, donde un esposo normal habría grabado algo romántico, hay una serie de caracteres: VA-11.03.18-7K4X9. Parece una fecha e iniciales si se mira de reojo. No lo es. Es la clave de lo que sea que Julian construyó con dinero que no era suyo, y seis meses después de su muerte sigo sin poder descifrarlo.

Paso el pulgar sobre el grabado como lo he hecho mil veces. Los surcos se me están volviendo tan familiares como el braille. El último regalo de Julian, presionado contra mi mano tres días antes de que lo mataran. —Guarda esto en un lugar seguro. Si algo pasa, lo necesitarás. Es un seguro.— No pregunté qué significaba porque me había pasado cinco años sin hacerle preguntas a Julian. Ese era el trato. Esa era la jaula. No mires demasiado de cerca y los barrotes de oro seguirán siendo de oro.

La voz del sacerdote sigue en mi cabeza.

No lo que dijo —aunque eso también está ahí, y lo analizaré más tarde, porque algo de eso caló lo suficiente como para dejar huellas —. Es la cualidad de su voz en la oscuridad. En la cafetería esta tarde sonaba cálido, controlado, el barítono agradable de un hombre que sabe cómo hacer que la gente se sienta cómoda. En el confesionario, sonaba diferente. Más áspero. Como si la compostura le costara algo.

Me di cuenta.

Me doy cuenta de las cosas. No es un don; es lo que sucede cuando pasas cinco años casada con un hombre cuyos estados de ánimo podían cambiar la temperatura de una habitación. Aprendes a leer la respiración de la misma forma en que los marineros leen el clima. Aprendes a rastrear las microexpresiones, los cambios de postura, la cualidad del silencio. Julian me enseñó eso sin intención. Entrenamiento de supervivencia disfrazado de matrimonio.

La respiración del sacerdote cambió cuando hablé de extrañar el peligro. No drásticamente; es un hombre controlado, sea lo que sea que oculte. Pero lo escuché: un tropiezo, un aliento contenido, el sonido de alguien que reconoce algo que no esperaba oír. Y sus manos. A través de la rejilla solo podía ver formas, sombras. Pero vi que apretaba el apoyabrazos con fuerza. Esas no son manos blandas. No se movían como deberían moverse las manos de un sacerdote: pacientes, entrelazadas, quietas. Se aferraban como un hombre que se obliga a no moverse de su sitio.

Y su respuesta. ¿Cómo sabe un sacerdote lo que se siente estar viva solo cuando todo está a punto de arder? Lo pregunté para ponerlo a prueba. Para ver si se refugiaba en clichés. No lo hizo. Dijo algo cierto, y la verdad tenía colmillos, y lo archivé porque yo lo archivo todo.

Pero no voy a pensar en el sacerdote. No voy a pensar en la forma en que me miró en la cafetería, ese medio segundo en que sus ojos se quedaron fijos en mí antes de que su entrenamiento se activara. No voy a pensar en su mano cuando nos saludamos, que era cálida, callosa y más grande de lo que tenía derecho a ser. No voy a pensar en el hecho de que casi se ríe y luego se contuvo, como si la risa fuera algo a lo que hubiera renunciado junto con todo lo demás que ese clérigo se lleva.

No voy a pensar en él porque sé lo que hago con los hombres que me interesan, y nunca es nada bueno.

Arranco el auto.

Lo que pasa con Julian es que no lo extraño, y se supone que la culpa por eso debería ser la parte difícil. Todos lo dicen: el consejero de duelo al que vi exactamente una vez en Nueva York, los conocidos bienintencionados que enviaron flores, los foros de internet por los que navegué a las tres de la mañana buscando a alguien que se sintiera como yo. —Estás en estado de shock —decían—. El duelo ya vendrá.

Han pasado seis meses. El duelo no ha llegado. Lo que llegó en su lugar fue espacio: un espacio glorioso, aterrador y vacío, como salir de un armario a un campo abierto y darte cuenta de que has olvidado cómo caminar sin paredes que te guíen.

Julian Reznik no era un buen hombre. Lo digo claramente, sin drama, de la misma forma en que dirías que el cielo es azul. Exponiendo un hecho. Era encantador, guapo y meticuloso, y desmanteló mi vida con la paciencia de un hombre que desarma un reloj; tan cuidadosamente, tan precisamente, que no me di cuenta hasta que todas las piezas estuvieron extendidas en su banco de trabajo y yo no podía recordar cómo encajaban.

Empezó con preferencias. Prefería que llevara el pelo suelto. Prefería que no visitara a mi abuela tan a menudo; decía que me deprimía y que le preocupaba mi estado de ánimo. Prefería que no aceptara el trabajo como independiente porque él ganaba lo suficiente para los dos, ¿y no sería agradable tener tiempo libre? Cada preferencia era razonable por sí sola. Juntas, eran arquitectura. Para el segundo año, él había rediseñado mi vida entera, y yo vivía en un edificio que él había construido, y las puertas solo se abrían desde su lado.

No me fui porque dejar a Julian Reznik no era algo que se hiciera. No porque me hiciera daño; nunca me pegó, era demasiado sofisticado para algo tan burdo. Pero la gente para la que Julian trabajaba, los Markovics, no perdían activos con elegancia. Y en eso me había convertido. En un activo. La esposa que sonreía en las cenas adecuadas y no preguntaba por los hombres que entraban y salían del estudio y no se inmutaba cuando las conversaciones fluían en ruso.

Manejo por Homestead con las ventanas bajadas. Octubre en el sur de la Florida significa que el aire finalmente ha dejado de intentar matarte; sigue siendo cálido, pero la humedad asesina del

verano ha retrocedido lo suficiente como para que puedas respirar sin tener que masticar el aire. El pueblo está tranquilo. Tiendas cerradas, una gasolinera, la extensión plana y oscura de tierras agrícolas en todas direcciones. Lo opuesto a todo lo que he conocido.

Lo opuesto al mundo de Julian, donde los restaurantes tenían listas de espera de seis meses y los departamentos tenían vistas al Central Park y las fiestas en Il Lusso brillaban como algo salido de una película. Donde bebía champán que no sabía pronunciar y estaba en habitaciones llenas de hombres con ojos fríos y trajes impecables y me sentía —Dios me ayude— viva. Tan viva. El zumbido del peligro como una corriente que corría bajo los suelos de mármol, la conciencia de que cualquier conversación podía ser la importante, que la vida, la muerte y enormes cantidades de dinero se negociaban entre canapés y alguien me había puesto en medio de todo ello y yo vibraba de electricidad con eso.

Me gustaba. Odio que me gustara. Pero he terminado de mentir al respecto, al menos conmigo misma. Le dije al sacerdote la verdad: elegí la intensidad por encima de la seguridad. Vi cómo construían la jaula y entré porque la jaula era emocionante y la alternativa era ordinaria, y nunca he podido soportar lo ordinario.

Lo que no le dije —lo que no le he dicho a nadie, lo que apenas me permito pensar— es el resto.

El sexo.

Julian en público era una actuación. Julian en la cama era la versión más real de sí mismo, y la broma más cruel de mi matrimonio es que yo respondía ante eso. Completamente. Físicamente. Sin reservas. Tenía una seguridad que no dejaba lugar a dudas, y mi cuerpo respondía a esa certeza como si hubiera estado esperando toda la vida a que alguien dejara de preguntar y empezara a mandar. Me corría más fuerte con Julian que con cualquier otro antes que él, y lo ansiaba, y el deseo era real, y sucedía dentro de una relación que me estaba borrando sistemáticamente.

Entonces, ¿qué me hace eso? Una mujer cuyo cuerpo la traicionó. Una mujer que se mojaba por su carcelero. Una mujer que puede separar su sistema nervioso de su juicio de forma tan completa que puede estar simultáneamente oprimida y excitada por el mismo hombre.

No estoy confundida con respecto a Julian. Me alegra que esté muerto. Con lo que estoy confundida es conmigo misma. Porque si lo

deseaba a él —y lo deseaba, físicamente, innegablemente—, ¿qué dice eso sobre lo que querré después? ¿Qué dice sobre el hecho de que un sacerdote con ojos intensos y voz áspera me mirara hoy en una cafetería y mi primer pensamiento no fuera —oh, es guapo—, sino —oh, está contenido—, y el segundo pensamiento, que vino tan rápido que bien podría haber sido el primero, fuera: me pregunto cómo será cuando ese control se rompa.

Soy un problema. Siempre he sido un problema. Julian no me hizo así. Solo me dio un entorno donde este problema en particular prosperaba.

La alianza se balancea contra mi pecho mientras manejo. El código de Julian. El dinero de Julian. El fantasma de Julian. Incluso muerto, él es la arquitectura de mi vida. Necesito desmantelar esa arquitectura, y la alianza es la palanca.

Seis meses huyendo. Un auto usado comprado a nombre de una amiga. Una serie de moteles y alquileres a corto plazo, moviéndome hacia el sur porque el sur se sentía como estar lejos. He estado trabajando en el código en la computadora portátil de Julian; estaba borrada, pero recuperé fragmentos. Números de cuenta que no coinciden con ningún banco que pueda encontrar. Archivos cifrados. Un nombre rastreado a través de registros corporativos: Arturo Reyes, gestión de patrimonios, Miami.

Reyes es la clave. O al menos la siguiente puerta. Él se mueve en el mundo donde el dinero limpio y el dinero sucio se dan la mano. Si puedo encontrarlo, puedo empezar a tirar del hilo que lleva a lo que sea que la alianza desbloquea.

No sé qué hay en la bóveda. Dinero, probablemente. Registros, tal vez. Información para chantajes, posiblemente. Sé que era lo suficientemente importante como para que Julian muriera por ello, lo que significa que es lo suficientemente importante como para mantenerme viva… o hacer que me maten.

Homestead no era el plan. Miami era el plan: acercarme a Reyes, estudiar los ángulos. Pero Miami es estar expuesta. Demasiados ojos, demasiada gente conectada con los Markovics. Homestead está a cuarenta y cinco minutos al sur. Lo suficientemente lejos para ser invisible. Lo suficientemente cerca para llegar a Miami cuando lo necesite.

Y aparentemente tiene una iglesia con un sacerdote que escucha sin inmutarse.

Quiero volver.

El pensamiento es estúpido y sé que es estúpido y lo voy a hacer de todos modos. No por Dios. No por la absolución. Por la caja oscura y la rejilla y la voz que escuchó sin inmutarse, y eso vale más para mí ahora mismo que cualquier estrategia.

Me detengo a un lado de la carretera y busco en Google: "alquiler temporal Homestead Florida".

La casita está en la propiedad de un vivero de flores a las afueras del pueblo; apartada de una carretera rural, resguardada por palmeras y buganvilias. Llamo al número del anuncio. Responde una mujer mayor, con acento cubano, nada encantada con que un inquilino se materialice a las diez de la noche de un miércoles.

Soy buena en esto. Cinco años leyendo a la gente y ajustando mi enfoque. Soy amable pero no insistente. Menciono que busco un lugar tranquilo. —Soy escritora —le digo; la mentira sale con facilidad—. Necesito paz y espacio para trabajar—.

Ella se ablanda. Doscientos a la semana, en efectivo, el primero y el último mes por adelantado. Sin papeleo. Sin preguntas.

Manejo hasta allá. El vivero está oscuro, la casa principal se encuentra más al fondo con la luz del porche encendida. La casita es independiente: pequeña, privada, oculta. Estaciono y la dueña me recibe en la puerta. Es baja, con cabello gris acero y ojos penetrantes. Me muestra el espacio con la eficiencia brusca de alguien que no necesita mi aprobación.

Un dormitorio. Un baño. Cocina. Sala de estar. Amueblada como se amueblan los alquileres vacacionales: nada combina, nada es hermoso, todo funciona. Una cama con un colchón que se hunde ligeramente en el centro. Un sofá que ha visto décadas mejores. Dos sillas de cocina y una mesa con una pata que tambalea.

Ella se va. Cierro la puerta. Cerrojo adelante, cerrojo atrás.

Luego hago el barrido. Ya no lo pienso; es automático, como cuando revisas los espejos antes de manejar. Ventanas: dos lo suficientemente grandes como para salir por ellas, a nivel del suelo,

con seguro, adecuadas. La puerta trasera da a un pequeño patio, luego a los campos del vivero. Líneas de visión: protegida de la carretera, la casa principal tiene una vista parcial de la puerta delantera pero no de la trasera. Dos salidas. No es perfecto. Es habitable. Me he quedado en lugares peores.

Entro en la cocina.

Me detengo.

No es nada. Es una estufa a gas: cuatro quemadores, un poco torcida, de las que hacen clic dos veces antes de que la llama prenda. Una encimera básica, desgastada pero limpia. Una ventana sobre el fregadero que mira hacia la oscuridad.

Mi mano va hacia la cicatriz en la parte interna de mi antebrazo. La toco sin decidirlo; el pulgar recorre la piel suave y elevada. Algo se me aprieta en el pecho. No es duelo. No es un recuerdo, exactamente. Es algo más viejo que ambos. La sensación de estar en una cocina que no es mía y recordar que las cocinas solían significar algo diferente.

Bajo la mano. Sigo adelante.

Desempaco, lo cual me toma unos cuatro minutos porque mi vida cabe en dos bolsos. Ropa. Computadora. Cargador. Artículos de aseo. La alianza se queda alrededor de mi cuello. En el fondo del bolso más grande, envuelta en un paño de cocina, hay una cuchara de madera. Vieja, oscurecida por años de uso, el mango desgastado por el roce. La sostengo por un momento. Luego la pongo sobre la encimera, al lado de la estufa, apoyada contra la pared.

—Construye algo fiel a lo que eres en realidad —dijo el sacerdote.

Me siento y abro la computadora, buscando alguna forma de llegar a Arturo Reyes. Quizás el sacerdote tenía razón, pero antes de poder construir algo verdadero, necesito quemar lo que es falso. Empezando por los secretos de Julian.

3 - Gabriel

Aguanto tres días antes de quebrarme.

El jueves por la mañana, me arrastro a través de la rutina que me ha mantenido entero durante tres años. La alarma a las cinco de la mañana. Los tenis de correr. Cruzo la puerta antes de que mi cerebro se despierte lo suficiente como para protestar. Pero hoy la carrera se extiende a siete millas, no cinco. Siete millas intentando escapar del sonido que hizo ella al comer ese pay. Siete millas con su voz del confesionario de la noche anterior repitiéndose en bucle —*solo me siento real cuando las cosas están al borde del desastre*— como si mi subconsciente hubiera decidido torturarme con un álbum de grandes éxitos que no pedí.

La ducha fría de después es tan larga que se me ponen los labios azules. Me quedo bajo el chorro contando elefantes como un niño que juega a las escondidas, excepto que de lo que me escondo es del recuerdo de estar excitado en un confesionario mientras una mujer que acababa de conocer describía el interior de mi alma.

Treinta y ocho elefantes. Ese es el tiempo que le toma a mi cuerpo dejar de responder al pensamiento de ella diciendo «jodidamente aliviada» en la oscuridad.

Como mi pan tostado y mis huevos de pie en la barra. Café negro. Excepto que hoy me sorprendo preguntándome qué desayuna ella. Si es de las personas que cocina platos elaborados o si solo bebe café de pie frente al fregadero. El pensamiento es tan doméstico, tan patéticamente normal, que casi me río.

Las tareas parroquiales del jueves se desdibujan. Se me cae un fajo de boletines mientras clasifico el correo de la mañana. La señora Álvarez llama para preguntar por el horario del banco de alimentos y acepto algo sin escuchar, lo que significa que probablemente me presentaré a la hora equivocada y ella me lanzará esa mirada que dice: *—Padre Gabriel, ¿dónde tiene la cabeza?*.

Mi cabeza está en un confesionario la noche anterior. Mi cabeza está en lo de Alma viendo a una mujer comer pay. Mi cabeza está en

cualquier lugar menos aquí, y el clériman que usualmente me mantiene anclado se siente como si estuviera hecho de papel de seda.

Confesión del jueves por la tarde, y apenas puedo concentrarme en las luchas del señor Gutiérrez con la bebida. Asiento, ofrezco la absolución, pero detrás de la rejilla estoy pensando en la voz de ella, en cómo bajó el tono cuando dijo: —Elegí no hacer preguntas. El señor Gutiérrez se marcha. Entra el siguiente penitente. Una de las adolescentes del grupo de jóvenes, algo sobre mentirle a sus padres. Doy orientación en piloto automático mientras mi mente reproduce la confesión de Sera, preguntándome qué preguntas no hizo, en qué mundo habitaba que requería tal ceguera selectiva.

El viernes es peor. La diócesis llama por un papeleo que debía entregar. Ni siquiera lo he empezado. La voz de la secretaria por teléfono tiene ese tono cuidadoso que usa la gente cuando intenta no sonar decepcionada. Prometo encargarme de ello de inmediato, y luego lo olvido en el momento en que cuelgo.

—No pareces un sacerdote de pueblo —había dicho ella, y la observación se me ha metido bajo la piel como una astilla. Porque tiene razón. Parezco alguien que interpreta a un sacerdote en la televisión. Da en el clavo, di tus frases, engaña al público. Excepto que ella lo vio claro en tres segundos exactos.

El viernes por la tarde se supone que debo estar trabajando en la homilía del domingo. En lugar de eso, me quedo mirando una página en blanco pensando en la forma en que sus dedos rodearon esa taza de café. La gracia de sus manos. La cicatriz en la parte interna de su antebrazo que no dejaba de tocar.

Construye algo fiel a lo que eres en realidad.

Yo dije eso. A ella. En el confesionario. Como si tuviera idea de cómo se veía ser fiel a uno mismo. Como si no fuera el experto mundial en construir mentiras elaboradas y vivir en ellas hasta que se pudren por dentro.

El sábado por la mañana, me reúno con Tomás en lo de Alma. Nuestra cita fija para el café, la única conexión humana que me permito que no esté envuelta en una obligación pastoral. Ya está en nuestro reservado habitual cuando llego, con el clériman ligeramente torcido y el cabello demasiado largo para los estándares diocesanos. Tomás lleva el sacerdocio como un suéter cómodo. Yo llevo el mío como una armadura que empieza a oxidarse.

—Te ves fatal —dice a modo de saludo.

—Gracias. Muy pastoral de tu parte.

Él sonríe, empujando una taza de café a través de la mesa. Ya preparado como me gusta, solo y negro. —¿Cuándo fue la última vez que dormiste? Dormir de verdad, no esa cosa de cuatro horas que haces.

—Duermo bien.

—Ajá. —Me estudia por encima de su taza de café. Tomás me conoce. Me conoce de verdad, no la actuación que reciben todos los demás. El seminario hace eso. Cinco años de formación compartida, dudas compartidas, conversaciones a las dos de la mañana sobre si algo de esto tiene sentido. Es la única persona viva que sabe por qué entré realmente al sacerdocio. No los detalles, no su nombre, pero sí lo suficiente. Sabe que no estoy aquí porque Dios me llamó. Estoy aquí porque necesitaba una jaula.

—Habla conmigo —dice, y la gentileza en su voz casi me desmorona.

Abro la boca para desviar el tema. Para hacer una broma sobre el papeleo de la parroquia o sobre lo exigente que es la diócesis. En cambio, me quedo ahí con la boca a medio abrir como un idiota porque lo que quiere salir es: *—Una mujer entró en mi confesionario, tuve una erección y no puedo dejar de pensar en ella* —. Las palabras están ahí mismo, presionando contra mis dientes, suplicando ser dichas. Casi se lo cuento. Casi le confieso que algo pasó esta semana que está sacudiendo todos mis cimientos.

La pausa se prolonga demasiado. Tomás lo nota. Ve cómo me trago las palabras, nota el momento en que casi dejo escapar algo real.

—Gabriel —dice en voz baja—. Sea lo que sea…

Alma aparece con platos que ninguno de los dos pidió. Sándwiches cubanos, crujientes y perfectos; el olor hace que mi estómago recuerde que es capaz de desear cosas. —Ustedes muchachos están demasiado flacos. Coman.

El momento se rompe. Agarro el sándwich. Tomás hace lo mismo, pero sigue observándome.

—No estás bien —dice. No es una pregunta.

—Estoy bien.

—Eres un mentiroso pésimo. —Le da un mordisco, mastica pensativo—. ¿Sabes cuál es tu problema?

—Por favor, ilumíname.

—No estás expiando. Te estás escondiendo. —Lo dice con suavidad, como si eso hiciera que doliera menos—. Hay una diferencia, y Dios lo sabe.

El sándwich se vuelve arena en mi boca. —Estoy sirviendo a la Iglesia. Sirviendo a la comunidad.

Él solo me mira con esos ojos sabelotodo y asiente.

Alma rellena nuestro café. El reservado se siente más pequeño, el aire más espeso. Tomás sigue observándome con esos ojos gentiles que ven demasiado.

—Hay algo más —dice—. Algo nuevo. Esta semana.

Debería negarlo. Debería desviar la atención. En cambio, le doy otro mordisco al sándwich y no digo nada, lo cual es básicamente una confesión en sí misma.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

—Está bien. —Se reclina en el asiento—. Pero Gabriel, sea lo que sea, no dejes que te coma vivo. Ya estás funcionando con el tanque vacío. No queda mucho por consumir.

Terminamos nuestros sándwiches en silencio. Cuando Tomás se va, me aprieta el hombro. Breve, firme, el tipo de contacto que dice: «Estoy aquí cuando estés listo». Luego se va, y me quedo solo en el reservado pensando en que me llamó mal mentiroso. Se equivoca. He estado mintiendo tanto tiempo que he olvidado cómo se siente la verdad.

Excepto que la escuché. El miércoles por la noche. En la oscuridad. De ella.

El sábado por la noche, me acuesto en mi cama estrecha y miro al techo. La rectoría está en silencio. El crucifijo en la pared atrapa la luz de la calle desde afuera, el cuerpo de bronce de Cristo brilla en la oscuridad.

Mañana es la misa del domingo. El próximo sábado es la gala. Entre esos dos puntos, tengo que mantenerme entero, fingir que todo está bien y es normal.

Mi teléfono vibra. Marisol: —Logan se está encargando de la prueba de tu traje. Te llamará esta semana.

Logan. No he pensado en Logan Cruz en meses. Lo último que supe fue que estaba gestionando las cuentas de la familia, manteniendo el imperio Delgado legítimo en el papel mientras el

dinero real fluía a través de La Sirena. El hecho de que él se encargue de mi traje significa que esto no es solo una gala. Es un regreso.

La voz de Sera atraviesa el pensamiento como un cuchillo caliente en la nieve. *—Solo me siento real cuando las cosas están al borde del desastre—*.

Tengo el pene erecto. Mi cuerpo quiere lo que quiere y lo que quiere es vergonzosamente específico: una mujer que he visto dos veces y que vio a través de mí al instante.

Cierro los ojos. Me rindo. Cedo.

Mi mano se mueve bajo la sábana, el algodón áspero contra la piel hipersensible. De repente, la habitación está demasiado caliente, el sudor me brota en las sienes a pesar del aire acondicionado. Me acaricio y pienso en su voz. Su garganta. La forma en que se rió de las preguntas ridículas de Alma. Me la imagino sabiendo quién soy en realidad, lo que hice en realidad, y no teniendo miedo. Me imagino sin el alzacuellos. Me imagino siendo visto.

Pero peor aún. Me imagino qué haría ella si supiera que yo estaba detrás de esa rejilla. ¿Saldría corriendo? ¿Me daría una bofetada? ¿O peor, me miraría con el mismo reconocimiento en el que me estoy ahogando?

Me vengo tan fuerte que mi visión se queda en blanco, la espalda se arquea despegándose del colchón, su nombre casi escapa de mis labios. El placer es intenso, abrumador, y luego…

La vergüenza es inmediata. Aplastante. Me quedo ahí tirado con mi propio flujo enfriándose en mi estómago, el crucifijo observando desde la pared, y me dan ganas de reírme de lo absurdo de la situación. Ocho años de duchas frías y abnegación, deshechos por una mujer comiendo pay.

Me limpio. Tomo otra ducha fría. La tercera de hoy. Me quedo bajo el chorro y no rezo porque ¿qué diría? *—¿Lo siento, Dios, acabo de masturbarme con la confesión de una feligrés, pero en mi defensa, ella hizo ese sonido cuando probó ese pay?—*.

De vuelta en la cama, limpio y helado y todavía deseando. Porque la descarga física no tocó el hambre real. La soledad que se asienta en mi pecho como una piedra. El agotamiento de intentar complacer a Dios. El peso de que nadie me conozca.

Estoy muy jodido.

La mañana del domingo llega envuelta en la luz de octubre, el calor finalmente ha cedido lo suficiente como para que la gente no

esté empapando su ropa de domingo con sudor. Pronuncio una homilía que apenas recuerdo haber escrito, algo sobre la gracia en los momentos ordinarios que se siente como una broma personal de Dios a mi costa. La señora Somers asiente en el tercer banco. Alma observa desde atrás con esa expresión que dice que sabe que algo anda mal pero aún no ha descubierto qué.

Después de la misa, me quedo en las puertas de la iglesia saludando a cada feligrés por su nombre. El pequeño Miguel me enseña su diente flojo, y me arrodillo a su nivel, haciendo los sonidos apropiados de asombro. El bebé Ramírez finalmente ha empezado a dormir toda la noche; lo veo en los ojos menos ojerosos de su madre. La congregación desfila, y a pesar de mi confusión interna, encuentro un consuelo genuino en estas pequeñas conexiones.

Entonces lo veo. Su auto estacionado en la acera.

Ella está aquí.

La diviso en el patio de la iglesia hablando con la señora Herrera, quien se encarga de las inscripciones para el banco de alimentos. Unos jeans que le quedan exactamente bien. Una camisa de algodón, blanca, sencilla. El cabello recogido en un moño desordenado que la hace parecer más joven, más suave. Sostiene un café, probablemente de lo de Alma, y se ríe de algo que dijo la señora Herrera.

Se quedó.

Ella levanta la vista. Me ve en el umbral. El sacerdote de la cafetería, ahora con las vestiduras, ahora en mi territorio. Algo cruza su rostro. Reconocimiento primero, luego un destello de lo que podría ser vulnerabilidad, recordando tal vez lo que le confesó a un extraño en la oscuridad. Luego algo más cálido. Una sonrisa. No el desafío de la cafetería. Esta es suave, casi tímida, lo cual parece fuera de lugar en un rostro como el suyo pero es de alguna manera peor porque no tiene defensa.

Ella se acerca. —Buenos días, Padre.

—Buenos días. —Sueno normal. Pastoral. No como un hombre que se masturbó con su recuerdo hace doce horas—. Es un gusto volver a verte.

—Decidí quedarme por un tiempo. —Hace un gesto vago hacia el pueblo que nos rodea—. Alquilé una casita en las afueras. Es tranquilo. Necesitaba tranquilidad. Su pueblo está… lo suficientemente lejos de todo lo demás.

La forma en que dice eso, *lo suficientemente lejos de todo lo demás*, activa cada instinto que heredé del linaje Delgado. Está huyendo. Escondiéndose. Igual que yo.

—Homestead es bueno para eso.

—La señora Herrera me estaba hablando del banco de alimentos. Le preguntaba si la iglesia necesita voluntarios. —Se coloca un mechón de cabello detrás de la oreja, y el gesto es tan inconscientemente elegante que tengo que desviar la mirada—. Me gusta mantenerme ocupada. Y supongo que, al estar en un pueblo nuevo, bien podría ser útil.

La respuesta inteligente sería dirigirla de nuevo a la señora Herrera. Dejar que otra persona se encargue de la coordinación de los voluntarios. Mantener una distancia profesional. Eso es lo que haría un sacerdote con algún sentido de autopreservación.

—Siempre necesitamos ayuda —me oigo decir—. Puedo mostrarte lo que tenemos en marcha esta semana.

Su sonrisa se ensancha. —Me gustaría mucho.

—El banco de alimentos es los martes por la mañana. También tenemos una colecta de ropa esta semana, y el jueves servimos la cena en el centro comunitario. —Estoy enumerando oportunidades para verla. Construyendo un programa de tortura—. Y por supuesto, siempre hay papeleo y organización en la oficina si buscas algo más tranquilo.

—Todo suena bien —dice ella, y hay algo en su voz que me hace preguntarme si está tan desesperada por una distracción como yo—. ¿Cuándo debería pasar?

—Lunes. A las diez. Te mostraré el lugar y te orientaré.

—Perfecto —dice. Luego, más suave— Gracias, Padre. Sé que soy nueva aquí. Es agradable sentirse bienvenida.

—Todos son bienvenidos aquí —digo, lo cual es verdad y también la cosa menos cierta que he dicho nunca, porque lo que quiero decir es «tú eres bienvenida» y lo que realmente quiero decir es «por favor, no te vayas» y lo que en verdad quiero decir es algo que ni siquiera puedo pensar frente a la señora Herrera, Dios y la congregación dominical.

Ella se dirige a su auto. La veo irse porque, al parecer, soy incapaz de no mirarla. La señora Herrera aparece a mi lado, sus escasos un metro cincuenta vibrando con la energía de una mujer que ha olido un chisme.

—Qué joven tan agradable —dice, viéndome mirar a Sera—. Viuda, me dijo. Tan joven para estar sola.

Viuda. La palabra cae con fuerza. Las viudas jóvenes en Miami suelen significar una de tres cosas: accidente de auto, cáncer, o que el marido se metió con la gente equivocada. La forma en que habló del alivio en confesión, eso no es cáncer. Lo que deja accidente o ejecución, ¿y las mujeres que se ven como ella, que confiesan extrañar el peligro? Sus maridos no mueren en accidentes.

El submundo de Miami lo toca todo, se propaga como la sangre en el agua. Incluso aquí en Homestead, a cuarenta y cinco minutos al sur, nos llegan las ondas. ¿Y una viuda que necesita estar «lo suficientemente lejos de todo lo demás»? No huye del duelo. Huye de algo con colmillos.

—Deberíamos hacer que se sienta bienvenida —continúa la señora Herrera—. Tal vez usted podría ver cómo está, Padre. Asegurarse de que se esté instalando bien.

Y ahí está. Permiso. Una excusa. Una razón para hacer exactamente lo que quiero hacer, envuelta en un deber pastoral.

—Haré eso —digo.

Algo va a romperse, y podría ser yo, y por primera vez en mucho tiempo, no sé si me importa.

4 - Seraphina

Lo mejor del Padre Gabriel es que es seguro.

Me digo esto el lunes por la mañana mientras clasifico conservas en el banco de alimentos, armando nítidas pirámides de ejotes y maíz mientras la historia de portada de la viuda desconsolada que encuentra un propósito se escribe sola. Nadie cuestiona a una mujer que se presenta para organizar donaciones. Nadie mira demasiado de cerca a alguien que hace la obra de Dios.

Y nadie —absolutamente nadie— es una amenaza con un alzacuellos.

Esa es la lógica. Por eso el aleteo en mi pecho cuando escucho sus pasos está bien. Por eso la forma en que mi pulso se acelera cuando él dobla la esquina con un portapapeles es inofensiva. Es un sacerdote. Está fuera de los límites. Estar fuera de los límites significa que puedo mirarlo, sentir cosas por él, usarlo como un recordatorio de que todavía puedo responder ante un hombre sin que eso signifique nada peligroso. Como admirar una pintura detrás de un vidrio. Puedes desearla. Nunca la vas a tener. El vidrio es el punto.

—Dos mil latas de salsa de arándanos.

Su voz viene desde detrás de mí, seca como la arena del desierto, y al vidrio le sale una grieta milimétrica.

Me doy vuelta, manteniendo mi expresión neutral. Él está examinando el inventario con la precisión de alguien a quien realmente le importa la logística: rastreando números de forma genuina, cotejando su portapapeles, frunciendo el ceño ante las discrepancias. Su cuello clerical capta la luz fluorescente. Ese cuello clerical. Mi vidrio de seguridad.

—Tal vez a la gente de verdad le encantan los arándanos —sugiero, dejando de lado una lata que caducó en 2019.

—Nadie ama tanto los arándanos. —La comisura de su boca se contrae. Casi una sonrisa, que muere rápidamente—. Aman las deducciones de impuestos.

Me río antes de poder evitarlo —genuina, sin defensas— y algo cambia en sus ojos. Un calor que se enciende con fuerza antes de que él lo reprima. Su mirada baja a mi boca por una fracción de segundo. Luego la máscara vuelve a deslizarse en su lugar, él se dirige a la siguiente estación y yo me quedo sosteniendo una lata abollada de salsa de arándanos pensando: es un sacerdote. No puede pasar nada. Gracias a Dios.

Excepto que siento que me sigue con la mirada durante el resto de la mañana. Cuando me estiro para alcanzar un estante alto. Cuando me agacho para levantar una caja. Su atención me sigue como el calor de una lámpara, y el espacio entre nosotros vibra con todo lo que no estamos diciendo.

Seguro. Completamente seguro.

El martes me encuentra en el sótano de la iglesia, húmedo y sofocante, clasificando donaciones de ropa con la Sra. Herrera. El Padre Gabriel aparece cerca de las diez con café. Deja una taza en mi mesa de trabajo. Nuestros dedos no se tocan. Es demasiado cuidadoso para eso; mantiene exactamente la distancia de un brazo, cada vez, como si hubiera calculado la distancia precisa donde la tentación se vuelve peligrosa.

Julian nunca mantenía la distancia. Julian acortaba la distancia, deliberada y estratégicamente, hasta que no quedaba nada y yo no podía respirar. La proximidad de Julian era un arma. La distancia del Padre Gabriel es una cortesía. Está eligiendo no acosarme, no presionar, no usar su presencia física como ventaja. Después de cinco años con un hombre que convirtió la cercanía en un arma, la moderación de Gabriel se siente como oxígeno.

Noto otras cosas. La forma en que dirige el banco de alimentos como una operación: sistemas de inventario, horarios de distribución, coordinación de voluntarios. Hay un cerebro bajo el alzacuellos que está hecho para algo más que homilías. Lo veo negociar una donación de una granja local y reconozco la técnica: calidez estratégica, encanto calibrado, la capacidad de hacer que alguien sienta que te está haciendo un favor cuando eres tú quien tiene la sartén por el mango. Eso no es formación del seminario. Eso es otra cosa.

Pero no hace saltar mis alarmas. La competencia de Julian era fría, transaccional, siempre apuntando a la garganta de alguien. La competencia de Gabriel es... ¿cálida? ¿Dirigida a alimentar a la

gente? Está manejando la logística de latas de comida, no orquestando juegos de poder. El conjunto de habilidades es familiar. La aplicación es completamente diferente.

Seguro, pienso de nuevo. Inteligente, capaz, disciplinado y seguro.

Ignoro el hecho de que mi respiración cambia cuando él está cerca. Que cuando levanto la vista de repente, lo atrapo mirándome con una intensidad que no tiene lugar en el rostro de un sacerdote. Que mi cuerpo lleva un recuento constante de sus manos, su mandíbula, la forma en que el alzacuellos se asienta contra su garganta, el tono preciso de oscuridad en sus ojos cuando se olvida de ser cuidadoso.

No me siento atraída por él. Me siento atraída por su seguridad. Hay una diferencia.

Tiene que haber una diferencia.

El miércoles estoy pintando el depósito porque hacía falta y yo necesitaba una razón para estar en este edificio durante ocho horas. Las paredes son de un beige institucional que va pasando a una crema ligeramente menos deprimente. Los vapores de la pintura me marean, o tal vez sea solo el calor de Florida convirtiendo la pequeña habitación en un sauna. Mi blusa se me pega al cuerpo. Me he recogido el cabello, pero algunos rizos se escapan, pegándose a mi cuello.

El Padre Gabriel no deja de aparecer en la puerta. Comprobando el progreso. Trayendo agua. Manteniendo su cuidadosa distancia mientras el aire entre nosotros se vuelve más pesado con cada visita.

A última hora de la tarde, estoy perfilando el borde del techo, con el brazo extendido, balanceándome sobre las puntas de los pies. Lo siento antes de escucharlo; ese cambio en la atmósfera, la forma en que una habitación cambia de peso cuando él entra.

—Te faltó un lugar. —Está más cerca de lo que esperaba.

No me doy la vuelta.

—Tal vez me gusta dejar las cosas sin terminar.

Silencio. Luego, en voz baja:

—Ese es un pensamiento peligroso.

Ahora sí me doy la vuelta. Él está en el umbral, con las manos agarrando el marco de la puerta como si se estuviera conteniendo físicamente. La luz del pasillo detrás de él deja su rostro en sombras,

pero puedo ver sus ojos. No son pastorales. Son los ojos de un hombre que está luchando contra algo, y ese algo está ganando.

—¿Para quién, Padre?

—Para ambos.

Las palabras quedan flotando allí. Ninguno de los dos se mueve. Yo sostengo una brocha y él sostiene el marco de una puerta y la distancia entre nosotros —su distancia cuidadosamente mantenida y precisamente medida— se siente como un desafío.

Me estiro hacia una esquina alta. Mi blusa se sube. Sé que lo hace. No estoy segura de no haberlo hecho a propósito, y esa incertidumbre me molesta más que el acto en sí.

En la puerta, el Padre Gabriel se queda inmóvil. No con una inmovilidad de sacerdote. Inmovilidad de hombre. Inmovilidad de hambriento. Durante tres latidos, el alzacuellos es invisible y el hombre que hay debajo me mira como si yo fuera lo más peligroso de la habitación.

Luego se aclara la garganta.

—Traeré esa escalera. —Su voz está destrozada. Su salida es demasiado rápida.

Bajo los brazos lentamente, con el pulso martilleando. Eso fue una grieta en el vidrio, y yo la puse ahí, y lo peor de todo es cuánto me gustó el sonido que hizo.

Presiono mi pulgar contra la cicatriz en la parte interna de mi brazo, la vieja quemadura de la cocina de Abuela Rosa. Ella solía decir que algunas personas arden con fuerza, que necesitan tener cuidado de no quemar todo lo que tocan. Pensé que se refería a la estufa.

Pero esto es diferente a lo de Julian. Tiene que serlo. Porque Julian tomaba lo que quería y Gabriel se está conteniendo, y la diferencia entre un hombre que avanza y un hombre que se restringe es la diferencia entre una jaula y una puerta abierta. Puedo desear a Gabriel precisamente porque él no actuará en consecuencia. El alzacuellos lo garantiza. La disciplina lo garantiza.

Él nunca cruzará la línea.

Llega el jueves por la noche. A las nueve de la noche, finalmente salgo de la iglesia, con las manos acalambradas de tanto pintar, el olor a látex y trementina en mi cabello. El estacionamiento está oscuro y vacío, excepto por mi auto y el suave resplandor de la ventana de la rectoría. Gabriel, todavía trabajando.

Camino hacia mi auto, buscando las llaves.

El sedán está estacionado al otro lado de la calle. Azul oscuro, placas de Florida, motor apagado. No lo habría notado —no le habría dedicado una segunda mirada— si no fuera por el movimiento en su interior. El débil resplandor de la pantalla de un teléfono. El cambio de una silueta.

Mi cuerpo lo sabe antes de que mi cerebro se dé cuenta. Esa tensión que aprendí en el mundo de Julian: la conciencia que me mantuvo viva en habitaciones llenas de hombres que hacían desaparecer a la gente. Se me eriza el vello de la nuca.

Se abren dos puertas del auto. Dos hombres bajan. No se molestan en fingir; caminan hacia mí a través del estacionamiento con el propósito pausado de profesionales que han hecho esto antes. Uno de cuello grueso, pesado de hombros. El otro más delgado, con las manos en su chaqueta de una manera que pretende comunicar algo.

Los Markovics. O su gente. Tiene que ser. Me encontraron.

Mi pulso se dispara y, bajo el miedo, aquello que odio de mí misma: esa vivacidad eléctrica, esa emoción enfermiza que dice que el peligro está aquí y que estoy a punto de sentirme real. Estoy tan jodida.

Las llaves entre mis dedos. Un arma improvisada. La puerta de la iglesia a seis metros detrás de mí, sin llave, porque Gabriel todavía está adentro. Calculo distancias, ángulos, probabilidades. Dos profesionales, yo sola, un estacionamiento oscuro, sin testigos.

Me vuelvo hacia la iglesia. Sin correr. Correr muestra miedo.

La puerta de la rectoría se abre.

Gabriel sale. Con la chaqueta puesta, las llaves en la mano, dirigiéndose a cerrar todo. Me ve cruzando el estacionamiento. Ve a los hombres. Lee toda la situación en aproximadamente un segundo.

Lo que le sucede a su rostro es la cosa más aterradora que he visto en mi vida. No porque sea violento. Sino porque es familiar. Porque el cambio de sacerdote a algo más ocurre con la velocidad y la facilidad de un hombre poniéndose un abrigo que ha usado mil veces. Un momento, el Padre Gabriel. Al siguiente, alguien para quien no tengo nombre. Alguien cuyo cuerpo se reacomoda en ángulos que reconozco del equipo de seguridad de Julian. Los hombros caen, el peso se desplaza hacia adelante, las manos sueltas y listas.

Camina hacia nosotros. Sin prisa. Cubriendo terreno con un propósito deliberado y contenido que hace que ambos hombres frenen su avance. Llega a mi lado, posicionándose entre ellos y yo.

—¿Puedo ayudarlos, caballeros? —Su voz podría cortar vidrio. No es la calidez pastoral. Ni siquiera el humor seco del banco de alimentos. Es algo plano, frío y pulido, la voz de alguien que ha lanzado amenazas en habitaciones con mejor iluminación.

El de cuello grueso intenta ser amable. Un acento de Boston se trasluce en sus palabras.

—Buscamos una dirección. El GPS nos hizo dar vueltas.

—La iglesia está cerrada. Esto es propiedad privada.

Boston da un paso más. Probando.

—Solo pedimos direcciones, Padre.

Gabriel se mueve.

Un solo movimiento. Fluido, exacto, sin energía desperdiciada. Agarra la muñeca del hombre y la gira con una presión que habla de años de entrenamiento, no meses, no una clase de defensa personal en el gimnasio local; años de alguien enseñándole exactamente dónde falla la articulación y qué poca fuerza se requiere en realidad. Boston cae sobre una rodilla con un sonido que es mayormente de sorpresa.

Su compañero mete la mano dentro de su chaqueta. No saca nada. Solo muestra.

Gabriel no se inmuta. No levanta la voz. Mira al segundo hombre con unos ojos que pertenecen a alguien a quien aún no he conocido. Alguien que ha lastimado a personas antes y lo volvería a hacer sin perder el sueño.

—Su amigo está bien. Seguirá bien si ambos se van. Ahora.

El segundo hombre calcula. El estacionamiento. El sacerdote que no debería saber cómo hacer esto. Los parámetros de la misión que probablemente no incluyen agredir al clero. Toma una decisión.

—Dirección equivocada —le dice a Boston—. Vámonos.

Gabriel suelta la muñeca. Se retiran. Las puertas se cierran de golpe. El sedán arranca con fuerza y desaparece.

Cuarenta y cinco segundos. Todo duró quizá cuarenta y cinco segundos.

Mi cuerpo está vibrando. Cada terminación nerviosa encendida, la piel demasiado tensa, el pulso golpeando en mi garganta y entre mis piernas. Acabo de ver al Padre Gabriel desarmar a un profesional

con una llave de muñeca que vi usar por última vez al equipo de seguridad de Julian, y mi primer pensamiento no es «gracias a Dios que estoy a salvo». Mi primer pensamiento es: ahí está. Ahí está lo que hay debajo del alzacuellos.

Y mi segundo pensamiento, que llega tras el primero con la inevitabilidad de la gravedad: estoy mojada. De pie en el estacionamiento de una iglesia, viendo a un sacerdote flexionar la mano con la que acaba de torcer la articulación de un hombre, y estoy física e innegablemente excitada.

Soy exactamente quien temía ser.

Gabriel se vuelve hacia mí. El cambio de regreso al Padre Gabriel es visible: un reensamblaje consciente, con la máscara volviendo a su lugar pieza por pieza. Pero no es perfecto. Sus manos se flexionan dos veces. Su respiración está ligeramente elevada. Y sus ojos… sus ojos tardan un segundo extra en volverse gentiles.

—¿Estás bien?

—Bien. —Más firme de lo que me siento—. Gracias.

Él no pregunta quiénes eran. No sugiere llamar a la policía. No hace ninguna de las cosas que haría un sacerdote normal. Solo se queda allí analizando el estacionamiento como un hombre que ha hecho evaluaciones de amenazas toda su vida.

—Te seguiré a casa. Para asegurarme de que llegues.

Debería decir que no.

—Está bien.

Me sigue hasta la casita. Estaciona. Baja. Y luego —esta es la parte donde todo lo que me he dicho sobre él esta semana se derrumba— hace un barrido de seguridad en mi propiedad. Revisa las líneas de visión desde el camino. Prueba las cerraduras. Escanea las ventanas, la entrada trasera. Sistemático. Profesional.

—Tus cerraduras son inadecuadas —dice.

—Venían con la casita.

—Cámbialas. Mañana mismo. La puerta trasera necesita un cerrojo. Luces con sensor de movimiento para el jardín.

Esto no es guía pastoral. Este es un hombre que sabe cómo asegurar un perímetro.

—Si los vuelves a ver —dice, encontrándose con mis ojos bajo la luz del porche—, llama.

—¿A quién? ¿A la policía?

Un silencio. Su mandíbula se tensa.

—Llámame a mí.

Me está diciendo algo sin pronunciarlo. Que sabe en qué mundo me muevo. Que la policía no puede ayudar con el tipo de hombres que acaban de aparecer en su estacionamiento. Que lo que sea que haya debajo de su alzacuellos está mejor equipado para esto que cualquier uniformado.

—Gabriel —digo, y su nombre de pila sale como algo que he estado reteniendo entre los dientes toda la semana.

Él se queda helado. Bajo la luz del porche, lo veo luchar contra sí mismo; la guerra visible entre dar un paso más cerca y alejarse. Sus manos se aprietan. Su respiración cambia. Por un momento perfecto y terrible, creo que va a acortar la distancia.

Da un paso atrás.

—Cierra tu puerta, Seraphina.

Mi nombre completo en su boca. Áspero. Desesperado. Como si hubiera tenido que permitirse decirlo solo una vez antes de volverse a poner la máscara.

Luego se va.

Cierro la puerta. Me apoyo contra ella. Mi cuerpo sigue vibrando. El recuerdo de su voz, sus manos, la forma en que se movió en ese estacionamiento: eficiente, entrenado, letal. La forma en que me hizo sentir. Viva. Eléctrica. Mojada.

Toda la semana me he estado diciendo que él es seguro. Que el alzacuellos es un cristal entre yo y algo que no puedo permitirme tocar. Que desearlo está bien porque es un sacerdote, lo que significa que es lo opuesto a Julian, lo que significa que mi patrón no se está repitiendo, lo que significa que me estoy curando, lo que significa que el aleteo en mi pecho es inofensivo.

Pero el hombre que acaba de inspeccionar mi casita en busca de vulnerabilidades y me dijo que lo llamara a él en lugar de a la policía no es quien yo pensaba. El hombre que puso a un profesional de rodillas con un solo movimiento no es una pintura detrás de un vidrio. El alzacuellos no es una protección. Es un camuflaje.

El Padre Gabriel es el hombre más peligroso que he conocido desde Julian.

Y lo deseo más de lo que jamás deseé a Julian. Y eso me aterra más que los hombres del sedán.

Presiono mi pulgar contra la cicatriz de la quemadura. Abuela Rosa tenía razón. Ardo con demasiada fuerza.

Pero ella nunca me dijo qué hacer cuando conociera a alguien que arde con más fuerza todavía.

5 - Gabriel

El alzacuellos está en la guantera. El traje me queda como si nunca me lo hubiera quitado.

Estoy de pie junto al puesto del valet en la propiedad frente al mar, observando cómo la luz de octubre se refleja en la bahía de Biscayne. La tela italiana se asienta sobre mis hombros como un recuerdo; hecho a medida, con un corte afilado, el tipo de traje que cambia la forma en que la gente te ve antes de que abras la boca. Después de tres años de tosco paño clerical, el forro de seda se siente obsceno contra mi piel. Cada movimiento me recuerda a lo que renuncié. A lo que estoy regresando.

Marisol lo envió. Por supuesto que conservó mis medidas. Por supuesto que sabía exactamente qué me haría lucir como el príncipe que regresa.

El valet toma mis llaves con la deferencia reservada para los hombres con trajes como este. No con la eficiencia casual que le mostrarían a un sacerdote. Este es el respeto coreografiado para alguien que importa, alguien cuyo apellido familiar está grabado en el edificio detrás de nosotros.

Camino hacia la entrada y la sala se abre antes de que yo llegue. No las puertas, esas ya están abiertas, con el personal posicionado como centinelas. El espacio mismo se abre, de la forma en que siempre lo hizo. La gente se aparta sin darse cuenta, creando un pasillo. Los de seguridad asienten con un reconocimiento que no terminan de ubicar. El traje habla antes que yo: Delgado.

El lugar es una de esas fincas del viejo Miami que albergaron a Kennedy y a Capone con igual discreción. Arcos coloniales, mármol que se mantiene fresco a pesar del calor, jardines que necesitan mantenimiento constante. La Fundación lo ha alquilado para pasar la noche, aunque alquilado es la palabra incorrecta. Cuando eres de los Delgados, las puertas se abren. Los lugares aparecen. La ciudad se moldea según tus necesidades.

—Gabriel.

Marisol me encuentra antes de que dé tres pasos adentro. Está luminosa; no se esfuerza, simplemente lo es. Dorada en algo que probablemente tiene el nombre de un diseñador que reconocería si todavía prestara atención. Ella está en su elemento aquí, dirigiendo la Fundación con la misma intensidad que le pone a todo. Mi hermana, a quien abandoné con un cadáver y un secreto, atrayéndome a su órbita como la gravedad.

—Viniste —dice ella. Se acerca y me endereza la solapa con el gesto automático de alguien que se ha pasado la vida arreglando cuellos de hombres. Primero los de nuestro padre, ahora el mío—. —Intenta no parecer que alguien te está torturando.

—Aspiraba a parecer un hombre que no ha usado un traje en años —digo—. Pero la tortura también sirve.

Ella se ríe, no con esa risa de la alta sociedad que usa con los donantes, sino con la de verdad: aguda y rápida, desaparecida antes de que alguien lo note. Su mano baja de mi solapa a mi brazo, apretándolo una vez antes de soltarlo. Un gesto que dice más que las palabras que no estamos pronunciando.

Entrelaza su brazo con el mío y, por un momento, volvemos a ser niños, antes de que el dinero se complicara, antes de que nuestra madre muriera, antes de que yo matara a alguien y corriera hacia Dios. —Vamos. Hay gente preguntando por ti.

Su nuevo esposo, Nico, aparece a su lado; una presencia firme, precisión militar traducida a un esmoquin. Intercambiamos un asentimiento que conlleva más que palabras. De soldado a soldado, cada uno sirviendo a generales distintos. Su mano descansa en la parte baja de la espalda de Marisol con la protección inconsciente de un hombre que ha elegido su territorio.

—Qué bueno verte —dice, y lo dice en serio.

—Igualmente.

La sala se extiende ante nosotros. Champaña y cálculos, seda y estrategia. La cara legítima de familias cuyo dinero comenzó en tierra más oscura. Todo el mundo aquí lo sabe. Nadie lo menciona. Esa es la belleza de una gala benéfica: lavar la reputación a través de la filantropía deducible de impuestos.

Vienen en oleadas. Los donantes, los políticos, la gente que importa en las salas donde se firman los cheques. Quieren ver al hijo de los Delgado, al sacerdote que tal vez ya no sea sacerdote, al heredero que abdicó y que quizás esté regresando.

—Gabriel Delgado —un hombre de unos sesenta años me extiende la mano, alguien que claramente conoció a mi padre—. Escuché que habías vuelto de… ¿dónde era? ¿Homestead?

—Sigo allí, en realidad —el apretón de manos es automático: firme, breve, la presión exacta que dice: *podría lastimarte, pero elijo no hacerlo*. Mi padre me enseñó ese agarre cuando tenía doce años. La memoria muscular es perfecta—. —Solo estoy aquí por Marisol.

—Por supuesto, por supuesto —sus ojos ya están calculando, archivando información—. Su padre… Jorge construyó algo extraordinario con la Fundación. Una lástima lo de su salud. Es bueno ver la continuidad familiar.

El peso de su ausencia se siente pesado. Esta noche su silla está vacía porque el cáncer no lo deja estar de pie el tiempo suficiente para usar el traje. Estoy parado donde él solía estar, y el peso se asienta sobre mis hombros junto con la lana italiana.

El fiscal me encuentra después, todo dientes e insinuaciones. —Padre Delgado. ¿O simplemente Gabriel ahora? Es difícil seguirle el rastro —se inclina como si estuviéramos compartiendo secretos—. Su familia ha sido muy generosa con las contribuciones a campañas judiciales. Apreciamos el… compromiso cívico.

La amenaza es refinada pero clara. Él sabe qué jueces aceptan nuestro dinero, sabe sobre los cuerpos que permanecen enterrados, la maquinaria que mantiene limpio el apellido Delgado. Despliego la sonrisa que no es del todo un acuerdo, ni del todo un rechazo.

La habilidad es horrorosa en su fluidez. Años de horas de café en la parroquia, y me muevo por esta sala como si nunca me hubiera ido. Leyendo las capas debajo de cada conversación: quién necesita qué, quién teme qué, quién puede ser útil.

Este es el lenguaje nativo. No el latín. No la liturgia. Esto: la música del poder, la gramática de la conexión estratégica. Soy fluido en una lengua que afirmé haber olvidado, y la facilidad de ello me enferma.

Excepto.

Excepto que lo siento. Lo que Sera describió en el confesionario, en la oscuridad, con esa voz que ha estado viviendo en mi cabeza durante diez días. *Solo me siento real cuando las cosas están al borde del desastre.* La sala zumba con un peligro hermoso, y me siento más vivo que en tres años.

Y entonces la veo.

La copa de champaña se detiene a mitad de camino hacia mi boca. Mi miembro se agita, reconociéndola antes de que mi cerebro procese. Ocho años de condicionamiento versus diez días de su voz en mi cabeza. No es ni siquiera una competencia. Mi cuerpo responde de inmediato, irremediablemente, la misma reacción que me puso duro en un confesionario mientras ella confesaba sus pecados.

Ella está al otro lado del espacio, moviéndose entre un grupo de hombres con trajes europeos. No es la Sera de Homestead, la mujer en jeans clasificando productos enlatados, con pintura en el cabello y esa risa cálida en el patio de la iglesia. Esta es otra persona por completo. Alguien que lleva un vestido costoso como una armadura, como si hubiera nacido con él.

La transformación es total. El cabello oscuro suelto en lugar de recogido, cayendo en ondas que atrapan la luz. El vestido es negro, claramente costoso, el tipo de prenda que transforma a una mujer por completo. Se está riendo de algo que alguien dijo, pero no es la risa que conozco. Esta es refinada, estratégica, diseñada para hacer que el hombre que la escucha se sienta inteligente.

Ella está trabajando la sala.

La forma en que inclina su cuerpo para incluir o excluir. Las preguntas que suenan casuales pero no lo son. La progresión de un grupo a otro que parece social pero tiene un patrón, un propósito. No solo está familiarizada con este mundo. Está entrenada para él.

La copa de champaña tiembla ligeramente. El cristal frío contra mi palma no hace nada para enfriar el calor que se extiende por mi interior. La dejo en una mesa antes de destrozarla.

Ella toca el brazo de un hombre, se inclina para escucharlo mejor, y él se pavonea ante la atención. Tengo que agarrar el borde de la barra para evitar cruzar la sala y romperle los dedos. Puede que no tenga el alzacuellos puesto, pero al parecer el bastardo posesivo que hay debajo nunca se fue.

Mi mente baraja posibilidades, ninguna buena. Las viudas que saben manejarse así en salas como esta no se casaron con contadores. Las mujeres que pueden transformarse de esta manera tan completa no huyen de un simple duelo. Ella está aquí por una razón, y la veo avanzar hacia ella con el propósito paciente de alguien que es muy bueno obteniendo lo que quiere.

Me quedo absolutamente quieto, observando esta versión peligrosa de la mujer que ha estado desmantelando lentamente mi autocontrol durante los últimos diez días. La forma en que se mueve en tacones como si hubiera nacido con ellos. La confianza que hace que el vestido parezca una ocurrencia tardía en lugar de una declaración. La sonrisa que no promete nada mientras lo sugiere todo.

Mi cuerpo late de deseo. Cada centímetro de ella que puedo ver, la curva de su garganta, los hombros descubiertos, la forma en que el vestido se ciñe, alimenta el hambre que me ha estado devorando vivo desde que entró en mi confesionario.

Ella no me ha visto. Está concentrada, atenta, trabajando en dirección a algo al otro lado de la sala. Podría irme. Podría desaparecer en otro grupo de donantes, evitar esta colisión.

En cambio, observo. Como la he estado observando toda la semana, fingiendo que no lo hago. Excepto que ahora el alzacuellos está en mi auto y el traje está en mi cuerpo y ya no soy el Padre Gabriel. Soy solo un hombre observando a una mujer peligrosa trabajar en una sala, preguntándome qué demonios está haciendo realmente aquí. Y luchando contra el impulso de echármela al hombro y descubrir exactamente cómo se quita ese vestido.

—¡Gabriel Delgado! Ahí estás.

El nombre resuena en el espacio. Una voz de mujer, brillante por la champaña y con un toque de lujuria, me llama. Mi apellido suena en el aire como una campana.

La cabeza de Sera se gira.

Lo veo ocurrir en tiempo real. El reconocimiento llega no de forma gradual sino de golpe, como una marea golpeando un malecón. Sus ojos me encuentran al otro lado de la sala; el traje, el entorno, el nombre, y todo lo que ella creía saber se reestructura en un abrir y cerrar de ojos.

Su rostro. Dios, su rostro. No es ira, todavía no. Algo más crudo. La expresión de alguien que descubre que el suelo se ha movido, que el mapa que ha estado usando está equivocado. Está mirando al sacerdote de Homestead parado en medio de una gala de Miami vistiendo un traje que cuesta una fortuna, y la gente lo llama Delgado.

Nuestras miradas se cruzan a través de la sala.

La gala continúa. Música, risas, el delicado tintineo del cristal. Pero entre nosotros, todo se detiene. La temperatura baja a pesar del calor de Miami, y se me pone la piel de gallina bajo la lana italiana. Nos miramos fijamente a través de diez metros de seda y champaña, ambos expuestos, ambas máscaras rotas sin remedio.

Durante diez días, he guardado sus secretos. Su confesión en la oscuridad, el peso de su marido muerto, la vergüenza de desear el peligro.

Ahora la asimetría se invierte.

Ella está mirando a Gabriel Delgado, no al Padre Gabriel. Al hijo de la familia cuyo nombre está en las invitaciones, cuyo dinero fluye por esta sala como la sangre por las venas. Está viendo el traje que le queda demasiado perfecto, la forma en que me paro en este espacio como si fuera el dueño, la soltura que solo proviene del derecho de nacimiento.

Estoy desenmascarado. Todo lo que he estado ocultando detrás del alzacuellos (el dinero, el nombre, el mundo en el que nací) es visible ahora. Escrito en mi cuerpo como una confesión que no pretendía hacer.

Ninguno de los dos se mueve. Ninguno aparta la mirada. Ella sabe quién soy realmente ahora.

La pregunta es: ¿qué va a hacer ella con ese conocimiento?

Ya estoy caminando hacia ella.

La multitud se aparta inconscientemente, como siempre lo hace ante hombres como yo. Me muevo por la sala con el paso pausado de alguien que nunca ha tenido que apresurarse porque el mundo espera. El paso Delgado. Cada paso se siente como desprenderse de otra capa del sacerdocio. Para cuando llego a ella, estoy desnudo, soy solo Gabriel Delgado en un traje caro con una erección que no puede ocultar y por la que no pedirá disculpas.

Ella no retrocede.

Me observa acercarme con una expresión que nunca le había visto. No es la calidez del patio de la iglesia. No es la vulnerabilidad de su confesión. Esto es una evaluación. Una especie de reconocimiento sombrío, como si hubiera estado esperando que ocurriera lo peor y aquí llega, con cuero italiano y todo.

Llego hasta ella. Lo suficientemente cerca para oler su perfume, ya no es vainilla, es algo más caro, más peligroso. Lo suficientemente cerca para ver el pulso saltando en su garganta a pesar de su quietud.

Lo suficientemente cerca para que el aire entre nosotros pudiera incendiarse. El traje no me protege mejor de lo que lo hacía el alzacuellos. Ella podría destruirme en este vestido, y una parte de mí quiere que lo haga.

Los hombres a los que estaba encantando se han retirado, sintiendo que algo que supera su nivel está sucediendo. Estamos parados en un pequeño círculo de espacio mientras la gala fluye a nuestro alrededor. El peso de la atención de la sala presiona mis hombros, pero todo lo que puedo sentir es a ella, el calor de su cuerpo, el desafío en sus ojos.

Ella habla primero.

No dice: —Padre Gabriel. Ni: —¿Qué hace usted aquí?

—¿Así que el alzacuellos era solo otro traje caro? ¿O era protección de testigos?

Las palabras son silenciosas, pero aterrizan como puñetazos. No está preguntando por el sacerdocio. Está preguntando por la mentira. Por estar sentado en ese confesionario sabiendo quién era yo realmente mientras ella derramaba su vergüenza. Por servir la comunión con manos que aprendieron a extorsionar al poder antes de aprender a consagrar el pan. Por la distancia entre el hombre que realizó su inspección de seguridad en su domicilio y el que está aquí parado en lana italiana.

—Sera…

—No lo hagas —su voz es furia controlada, pero hay estrategia debajo—. Soy excelente en matemáticas, Padre. ¿O debería decir, Sr. Delgado? Puedo calcular exactamente cuánto has mentido.

Está furiosa, y tiene todo el derecho de estarlo. Pero debajo de la ira, veo algo más. Me está mirando de la forma en que miraba a la sala, leyendo capas, calculando ángulos. Sus ojos bajan a donde mi excitación apenas está disimulada por la excelente sastrería, luego vuelven a mi cara. La sonrisa que curva sus labios es afilada como una cuchilla.

Se acerca más, lo suficiente para que su aliento roce mi mandíbula, lo suficiente para que una inhalación profunda presione sus pechos contra mi pecho. El perfume es embriagador así de cerca, algo con jazmín y peligro. Mis manos se cierran a los lados para evitar agarrarla, atraerla contra mí, descubrir si ese vestido se rasga o se desabrocha.

—Dime, Sr. Delgado —murmura ella, bajando la voz a un tono que hace que mi miembro lata contra la lana italiana. Sus ojos sostienen los míos, furiosos y hambrientos en igual medida—. ¿Qué otras habilidades has estado ocultando bajo ese alzacuellos?

La pregunta queda suspendida entre nosotros como una cerilla encendida sobre gasolina. Cada instinto me grita que acorte la distancia, que le muestre exactamente lo que he estado ocultando, de qué soy capaz cuando se rompen las restricciones. Pero estamos parados en el mundo de mi familia, rodeados de ojos que lo informan todo, y ella me mira como si quisiera besarme o matarme.

Tal vez ambas cosas.

Mi cuerpo está en llamas. Años de control, tres años de duchas frías, y todo lo que hace falta es que ella esté así de cerca con un vestido que debería ser ilegal, desafiándome con esos ojos ambarinos que ven demasiado. El sacerdote se ha ido. Lo que queda es solo hambre y calor y el reconocimiento de que, pase lo que pase a continuación, ambos estamos a punto de arder.

6 - Seraphina

Apenas reconozco al hombre que tengo delante.

No es el Padre Gabriel. No es el hombre que me traía agua mientras yo pintaba los depósitos, cuya voz me daba seguridad en la oscuridad del confesionario. Es Gabriel Delgado, vistiendo un traje que lo hace parecer intocable, de pie entre la multitud con un aire de propiedad inconsciente; no es la confianza que alguien aprende, sino la soltura profunda de alguien que nació con ella.

Cuando oí que pronunciaban su nombre al otro lado del salón, con las sílabas resonando de la forma en que ciertos nombres lo hacen en ciertos espacios, me volví, curiosa por ver a este Delgado. Como en la Fundación que organiza esta gala. Como en el patriarca agonizante cuyo imperio toca cada rincón de la fachada legítima de Miami.

Mi cuerpo lo supo antes de que mi cerebro lo procesara: esa opresión en mi pecho que significaba que Julian estaba a punto de volcar una mesa o romperle los dedos a alguien. La misma sensación me golpeó cuando lo vi, porque el hombre que respondía a ese nombre era el Padre Gabriel.

Mi Padre Gabriel. El sacerdote de Homestead. Caminando entre esta multitud como si fuera el dueño.

La gente se apartaba sin darse cuenta. Creando espacio. No era exactamente deferencia, sino algo más sutil. La forma en que funciona la gravedad, cómo los objetos pequeños orbitan a los grandes sin elegirlo. Él no lo notaba porque notarlo sería como notar el aire.

El traje lo transforma. O tal vez lo revela. Lana italiana que sigue cada línea de su cuerpo, entallada a la perfección. El clériman ha desaparecido y con él la contención, la distancia prudente, el escudo entre él y el mundo. Lo que queda es solo el hombre, y el hombre parece que podría comprar este salón. Maldición, su familia probablemente sea la dueña, al menos de las partes que importan.

Intercambiamos cortesías, algo sobre un programa de protección de testigos, mientras siento un vacío en el estómago al ver cómo cada conversación de la semana pasada se reorganiza en mi mente. La forma en que organizó el banco de alimentos con precisión táctica. Esa voz plana en el estacionamiento cuando aquellos hombres vinieron por mí. La llave de muñeca que puso de rodillas a un profesional; no era entrenamiento de defensa personal, sino algo más duro, aprendido antes, en habitaciones donde la violencia era la moneda de cambio.

—No parece un sacerdote de pueblo —le había dicho, y él casi se había reído. Ahora sé por qué. No era gracioso. Era el eufemismo del siglo.

Está lo suficientemente cerca como para que pueda olerlo; no a incienso ahora, sino a algo más limpio. Jabón, almidón y calidez. Sin colonia. Solo él.

Después de que el impacto de verlo aquí disminuye, siento la horrible certeza de que me ha estado mintiendo. La ira burbujea bajo la conmoción y los músculos de mi cuello se tensan. Le abrí mi corazón, le di pistas de qué era Julian, de quién era Julian, y él simplemente interpretó al sacerdote perfecto.

Bueno, que se joda. Dos pueden jugar a ese juego.

—Dime, señor Delgado —digo con voz melosa, dejando que suene ronca y mirándolo a los ojos con los párpados entornados—. ¿Qué otras habilidades has estado escondiendo bajo ese clériman?

Quiero hacerlo retorcerse.

Su mirada es firme. —No llevo puesto un clériman.

Esas simples palabras encienden un fuego en mi vientre, porque nunca he oído nada más real. Jamás he visto a nadie que parezca más un hombre y menos un emisario de Dios.

Me niego a ser cautivada por él, así que en su lugar canalizo mi ira de nuevo.

—Cuando me senté en tu confesionario hablando de que extrañaba el peligro, de elegir la intensidad sobre la seguridad, sobre la jaula de oro en la que vivía… —dejo las palabras en el aire, observando cómo aterrizan—. Tú no estabas escuchando como sacerdote. Estabas escuchando como alguien que creció en el mismo mundo.

Él inspira hondo. —Estaba escuchando como ambas cosas.

—No. —Me acerco más, lo suficiente para que la conversación se vuelva privada a pesar de la multitud. Lo suficientemente cerca para sentir el calor que emana de él a través de toda esa lana costosa—. El terreno nunca fue neutral. Tú tenías un contexto que yo no sabía que tenía. Eso no es pastoral. Eso es recopilación de inteligencia.

—Yo no busqué tu confesión. Tú viniste a mí.

—A un sacerdote. No a… —lo señalo a él, al traje, al salón que se inclina ante él— …esto.

—Esto no es lo que soy.

—¿Ah, sí? —Me río, pero no hay humor en eso—. Porque te ves bastante cómodo. Como si el traje te quedara mejor de lo que el clériman lo hizo jamás.

Algo brilla en sus ojos: reconocimiento, tal vez, o miedo. Tiene miedo de lo natural que se siente esto, de la facilidad con la que se desliza de nuevo en la piel de un Delgado. Puedo verlo luchando contra ello, contra la fuerza de gravedad de su propia sangre, y perdiendo.

—Tú me dijiste que construyera algo fiel a lo que soy en realidad —continúo, aprovechando la ventaja mientras la tengo—. ¿Tú lo has hecho? ¿O estás tan perdido como el resto de nosotros, huyendo entre identidades y esperando que una de ellas cuaje?

No responde de inmediato. A nuestro alrededor, la gala sigue su curso: risas, cristalería y negocios disfrazados de caridad. Alguien lo reconoce, intenta acercarse, pero él mueve ligeramente el cuerpo y la persona cambia de dirección.

—Dejé este mundo —dice finalmente, con voz baja—. Permanentemente. Seguí a Dios.

—Y, sin embargo, estás aquí. ¿Por qué?

Sus ojos encuentran los míos, oscuros y en conflicto. —Porque mi hermana me necesitaba. Porque mi padre se está muriendo. Porque… —se detiene, tragándose cualquier confesión que se estuviera formando.

—¿Por qué estás aquí, Gabriel?

—Mi hermana me pidió que viniera.

—¿Y qué hay de Dios?

Él sonríe. —Dios no envía muchas invitaciones a galas.

Pongo una mano en su antebrazo, sus músculos están tensos y calientes, y él se queda quieto bajo mi contacto.

—Sabes a lo que me refiero —digo.

Él suspira. —Solo estoy aquí por esta noche, por mi hermana. El resto de mi vida es para Dios.

—¿Por qué? —pregunto, sabiendo en lo más profundo de mi ser que él está huyendo tan fuerte y rápido como yo. Solo no sé si está huyendo de algo o hacia algo.

—Había dejado de respirar. En el seminario, pude volver a respirar.

Su honestidad me deja sin aliento. Está aquí parado con su traje a medida diciéndome que el sacerdocio fue un escape, y lo peor es que entiendo exactamente a qué se refiere. Ambos somos refugiados de nuestras propias vidas.

Toco mi bolso de mano donde la tarjeta de Reyes pesa como una promesa. Hace una hora, lo había encontrado junto a la fuente de champán, todo bronceado de club náutico y encanto ensayado. —Mi difunto esposo dejó finanzas complicadas —había dicho, dejando que mi voz se quebrara lo justo—. Su mano se demoró sobre la mía cuando me entregó su tarjeta, y yo sonreí a pesar de la repugnancia porque eso es lo que haces cuando necesitas información de hombres como él. Viernes por la mañana, en su oficina. Otro paso para descifrar el código de Julian.

La música cambia: el cuarteto pasa de fondo a algo con intención, algo que exige movimiento. Las parejas se desplazan hacia la pista de baile y tomo una decisión que no tiene nada que ver con la estrategia y todo que ver con la forma en que él me está mirando.

—Baila conmigo.

No es una pregunta. Es un desafío. Un reto.

Debería negarse. Puedo verlo calculando la distancia que necesita mantener, los límites cuidadosos que lo mantienen funcional. Sus ojos bajan a mi boca por una fracción de segundo, luego se apartan. Sus manos se flexionan a los costados y reconozco el gesto: Julian solía hacer lo mismo antes de agarrar algo con demasiada fuerza.

—Sera…

—Solo un baile. Después puedes volver a fingir que somos extraños.

Le tiendo la mano. Espero. Dejo que vea que es su elección, aunque ambos sabemos que no lo es. Hay un magnetismo entre nosotros que ha ido creciendo desde que entré en su iglesia, y luchar contra él es como luchar contra la gravedad: agotador y, al final, inútil.

Él toma mi mano.

El contacto completa algún circuito que no sabía que estaba abierto. Calor, inmediato e innegable, su palma contra la mía enviando electricidad por mi brazo. Su otra mano encuentra la base de mi espalda y, incluso a través del vestido, lo siento: el calor, la presión, la fuerza apenas controlada.

Nos movemos al ritmo, y por supuesto que sabe bailar. Por supuesto que puede guiar con el mismo control preciso que aplica a todo lo demás. Pero así de cerca, puedo sentir el esfuerzo que le está costando. Su respiración cuidadosamente regulada. Su mano en mi espalda exactamente donde debería estar, ni un centímetro más abajo. La distancia profesional de alguien que aprendió a bailar en galas exactamente como esta.

Me acerco más.

Se le corta la respiración. Sus dedos se flexionan contra mi espalda y, por un momento, el control se desliza. Lo veo a él: no al sacerdote, no al heredero Delgado, sino al hombre bajo ambas máscaras. Hambriento. Desesperado. Real.

—¿Quién eres? —pregunto, con nuestros rostros lo suficientemente cerca para que las palabras sean más aliento que sonido—. De verdad. Debajo de todo esto.

Su mano tiembla ligeramente contra mi espalda. Tiene que cerrar los ojos por un segundo y, cuando los abre, están más oscuros. —Puede que no te guste la respuesta.

—Pruébame.

La canción termina. Empieza otra. No nos separamos. Si acaso, nos acercamos más, el espacio entre nuestros cuerpos reduciéndose a nada. Puedo sentirlo contra mí: la pared sólida de su pecho, la tensión en sus hombros, la evidencia de lo que esta proximidad le está haciendo, presionada contra mi cadera.

Se me revuelve el estómago, ese mareo horrible cuando te das cuenta de que estás a punto de cometer el mismo error dos veces. Excepto que esta vez lo veo venir. Esta vez estoy entrando en la jaula con los ojos bien abiertos, y eso me hace valiente o estúpida o tan fundamentalmente rota que ni siquiera saberlo me salva.

Apenas estamos bailando ahora. Solo balanceándonos, encerrados en nuestra propia gravedad mientras el salón continúa a nuestro alrededor. Cualquiera podría vernos. En su mundo —el

mundo de su familia—, la debilidad te hace morir. Y ahora mismo, ambos estamos catastróficamente débiles.

Su mano se desliza más abajo en mi espalda, no mucho, solo lo suficiente para decirme que el control se está fracturando. Me presiono más en respuesta, dejándole sentir que lo sé, que no me estoy alejando.

Él intenta retroceder. Siento que el movimiento comienza, el intento de crear distancia. Pero su cuerpo no lo completa. Está luchando contra sí mismo y perdiendo, y verlo suceder es como ver una pared colapsar en cámara lenta: inevitable y devastador.

Nos alejamos de la pista de baile; no conscientemente, sino siguiendo una física inevitable hacia el borde del salón. Un rincón donde la luz se suaviza y el ruido se desvanece y somos visibles pero no observados. El tipo de lugar donde las malas decisiones se visten de destino.

Puedo oír el tintineo lejano del cristal, oler las orquídeas y el dinero y el perfume caro, pero lo único que puedo saborear es la anticipación de algo peligroso.

—¿Quieres saber quién soy? —Su voz ha bajado a ese registro del estacionamiento: plana, peligrosa, despojada de calidez. Su mano sube a mi garganta, el pulgar recorre mi mandíbula, los dedos en mi cabello. El toque no es suave; es un reclamo, una advertencia, una promesa—. Este es quien soy.

Me besa.

El beso explota a través de mí como algo por lo que he estado famélica; su boca reclama la mía con una desesperación que me debilita las rodillas. Su hambre me asusta porque es tan absorbente, tan inmediata, tan completamente fuera de mi control. Su mano se aprieta en mi cabello, inclinando mi cabeza donde él quiere, y mi cuerpo responde como si hubiera estado esperando exactamente esto: este mando, esta certeza, este hombre que besa como si se estuviera ahogando y yo fuera el aire.

Agarro su chaqueta con ambas manos, atrayéndolo más cerca, más profundo, necesitando eliminar cualquier distancia entre nosotros. La tela costosa se arruga bajo mi agarre y no me importa. Mi lengua encuentra la suya y él emite un sonido —crudo, involuntario— que me atraviesa por completo. Presiono todo mi cuerpo contra el suyo, sintiendo su erección dura contra mi cadera, y saber que yo causé esto, que el sacerdote controlado se está

desmoronando en mis manos, me hace audaz y aterrorizada a partes iguales.

Muevo mis caderas. Deliberadamente. Contra él. Dejándole saber que lo siento, que lo quiero, que no tengo ni el más mínimo miedo de lo que está pasando entre nosotros. Aunque eso sea mentira. Estoy aterrada. Pero el miedo y el deseo están tan enredados que ya no puedo separarlos.

Su boca se desplaza a mi cuello y tengo que reprimir un gemido. Sus dientes rozan mi punto de pulso y mis manos encuentran su cabello: espeso, oscuro, perfecto para tirar de él. Tiro y su respuesta es presionarme contra la pared, su cuerpo enjaulando el mío, y por unos segundos perfectos solo somos calor y hambre y manos que no pueden dejar de moverse.

Su boca sabe a limpio, como vino fino. El detalle es tan humano, tan real, que hace que todo lo demás sea más intenso. Esto no es una fantasía. Es Gabriel Delgado besándome en la gala de su hermana mientras doscientas personas beben champán a diez metros de distancia, y cualquiera de ellos podría destruirnos con una sola foto.

Su mano en mi garganta se aprieta ligeramente; no lo suficiente para doler, solo lo suficiente para recordarme que podría hacerlo. Que bajo el disfraz de sacerdote vive un hombre que sabe exactamente cómo aplicar presión. El peligro de ello, la amenaza y la promesa entrelazadas, envían calor acumulándose en mi bajo vientre que no tiene nada que ver con el miedo y todo que ver con el reconocimiento.

Entonces se detiene.

Un segundo su boca está en mi cuello y sus manos están en mi cabello y estoy a punto de sugerir que busquemos algún lugar más privado, al diablo las consecuencias. Al siguiente, sus palmas están en mis hombros, empujándome hacia atrás. Firmemente. Creando una distancia que yo no quiero.

La mirada en sus ojos… la llevaré conmigo para siempre. Desolada. Oscura. La expresión de alguien que acaba de confirmar su peor temor sobre sí mismo. No el deseo; él ya sabía de eso. Sino que cuando el control finalmente se rompió, se rompió así: explosivo, público, completamente sin restricciones.

Da un paso atrás. Dos. Sus manos caen a sus costados y lo veo reconstruir los muros en tiempo real, ladrillo a ladrillo, mientras su

respiración aún es agitada y su chaqueta está arrugada donde la agarré y ambos sabemos que todavía está excitado.

Simplemente me mira con esos ojos destrozados, se da la vuelta y se aleja, dejándome contra la pared con el lápiz labial corrido, el pulso martilleando y el sabor del vino en mi lengua.

Mis piernas no me sostienen. Pongo una mano en la pared, apoyándome, tratando de entender qué acaba de pasar. La diferencia me golpea de repente. Julian me controlaba porque necesitaba poseer cosas. Gabriel acaba de perder el control porque no pudo soportar no tocarme ni un segundo más. Uno es una jaula. El otro es una puerta que se abre de golpe. Y no sé cuál me asusta más.

7 - Gabriel

Manejo hasta que la carretera se acaba.

Veinte minutos desde que la dejé contra esa pared. Veinte minutos desde que la besé como un idiota y huí como un cobarde. Su lápiz labial probablemente sigue en mi boca. Puedo seguir saboreándola—champaña y algo más oscuro, más hambriento. Mi polla sigue medio dura en estos pantalones caros, y cada movimiento de la tela me recuerda cómo se sentía presionada contra mí, cómo hizo ese pequeño sonido cuando sintió lo duro que estaba.

La costa de Miami se extiende ante mí, agua negra encontrándose con cielo negro, las luces de la ciudad sangrando en ambos. Mis manos agarran el volante aunque el auto está estacionado hace cinco minutos. El traje italiano hecho a medida se siente como si me estuviera estrangulando, cada hilo es un recordatorio de lo que acaba de suceder. Su boca bajo la mía. Su cuerpo presionado contra el mío. La manera en que dijo mi nombre—no Padre, solo Gabriel—como si hubiera estado esperando para saborearlo.

Me bajo. Camino. Reviso las sombras automáticamente. El malecón se extiende adelante, y la memoria muscular toma control. Este camino, estas piedras, la pequeña capilla al final donde mi madre solía llevarnos antes del amanecer para la misa de los domingos. Antes de que el dinero se complicara. Antes de que ella enfermara. Antes de que matara a alguien y corriera hacia Dios.

La capilla está sin cerrar. Siempre lo está. Demasiado pequeña para robar, demasiado vieja para importar. Solo una habitación con seis bancos y un crucifijo y ventanas que dan al agua. No he estado aquí en nueve años.

Me arrodillo.

El piso de piedra está frío a través del traje. Bien. Necesito sentir algo que no sea su boca, su calor, la manera en que todo su cuerpo respondió cuando apreté su garganta. Mis manos se encuentran, los dedos entrelazándose en la posición de oración que he mantenido diez mil veces.

—La besé. Las palabras resuenan en el espacio vacío. —Quiero tenerla. Quiero follarla. No puedo dejar de pensar en cómo se sentiría bajo mí. Dime qué hacer.

Silencio.

No el silencio cargado de Dios escuchando. El silencio vacío de Dios teniendo cosas mejores que hacer. El tráfico zumba desde la calzada. Una sirena de barco suena en algún lugar en la oscuridad. La ciudad continúa su fiebre de sábado por la noche mientras yo me arrodillo en piedra rogando por orientación sobre una mujer que me hace querer arrancarme el clériman con los dientes.

Luego: jazmín.

Débil al principio, llevado en la brisa a través de la ventana abierta. Las pequeñas flores blancas que crecen salvajemente a lo largo del malecón, floreciendo por la noche cuando nadie las ve. Pero lo suficientemente cerca de su aroma—esa dulzura cálida que lleva—para que mi cuerpo no se preocupe por la distinción. Mi pulso se acelera. Mi polla se endurece completamente, presionando dolorosamente contra mi cremallera.

Me estoy arrodillando en una capilla rogándole a Dios por orientación y la única respuesta es una flor que huele como la mujer por la que estoy rogando.

Casi me río. Me reiría, si no sonara como llorar. O Dios tiene sentido del humor o Dios ha dejado de escuchar.

Me quedo hasta que el jazmín se desvanece. Hasta que mis rodillas se duermen. Hasta que la ciudad se calla hacia el amanecer. Mi polla permanece dura todo el tiempo, palpitando con cada latido del corazón.

A las 4 a. m. estoy de vuelta en la rectoría, el crucifijo vigilando mi cama estrecha mientras intento dormir. Cada vez que cierro los ojos, la veo. No solo su cara—su boca, rosa e hinchada de besar. Su garganta donde mi pulgar presionó. La manera en que sus pezones estaban duros a través de ese vestido, suplicando ser tocados.

Me doy por vencido en la lucha. Mi mano se mueve bajo la sábana, agarrando mi polla con fuerza castigadora. Me follo la mano al recuerdo de ella presionada contra esa pared, imaginando qué hubiera pasado si no hubiera parado. Si hubiera levantado ese vestido y la hubiera follado justo allí, la hubiera hecho venirse con doscientas personas del otro lado de la pared.

No viene el sueño. Solo su sabor y jazmín en mi memoria y mi polla que no deja de doler por ella.

La misa del domingo es el peor desempeño de mi carrera.

Mis manos tiemblan durante la consagración. Tiemblan de verdad, el vino temblando en el cáliz como si mi cuerpo estuviera rechazando el ritual. La Sra. Álvarez lo nota desde el tercer banco, sus ojos estrechándose con preocupación. La homilía se desmorona a mitad de camino—algo sobre redención que suena hueco incluso para mí. Pierdo mi lugar dos veces en la liturgia. Padre Gabriel, el sacerdote compuesto, se está desmoronando.

Después de la misa. Fila de saludos. La rutina que debería calmarme.

—Fue un servicio hermoso, Padre —miente amablemente la Sra. Gutiérrez.

—¿Se siente bien? —pregunta Alma, menos amable, más observadora.

Hago los sonidos correctos, doy los apretones de mano correctos, pero mi atención se mantiene desviando hacia el patio de la iglesia visible a través de las puertas abiertas. Ella está allá afuera. Lo sé sin mirar. Puedo sentir su presencia como un cambio en la presión barométrica, como si mi cuerpo estuviera sintonizado al suyo ahora.

Cuando pasa el último feligrés, salgo. El sol de octubre corta ángulos agudos a través de los árboles. Escaneo el patio de la iglesia. Sin autos desconocidos. Sin hombres que no pertenezcan. La vigilancia del jueves parece haberse retirado, o tal vez realmente estaban en la dirección equivocada.

Ella está junto a la pared del jardín, hablando con la Sra. Herrera. Jeans que le quedan como si estuvieran pintados, mostrando cada curva. Cabello suelto, atrapando la luz. Taza de café en su mano.

No me ha mirado. Me está dando espacio. Siendo considerada. Dejándome pretender que anoche no sucedió.

No soy considerado.

Fijo la mirada.

No es una mirada. No la evaluación rápida de un sacerdote verificando a su rebaño. Una mirada abierta, deliberada, hambrienta. La devoro con los ojos—la forma de su trasero en esos jeans, la manera en que sus senos se mueven cuando se ríe de algo que dice la Sra. Herrera, la línea elegante de su garganta que ahora sé que sabe a pecado. En mis vestiduras. En el patio de la iglesia. Frente a toda la

congregación que aún está presente. Sé exactamente lo que estoy haciendo. Quiero que lo sienta. Quiero que sepa que estoy pensando en follarla justo aquí en el jardín de Dios.

Lo siente. Por supuesto que lo siente—ha estado leyendo habitaciones desde los veintidós y casada con un monstruo. Sus hombros se tensan primero, luego su cabeza gira, encontrándome a través de treinta pies de tierra sagrada.

Nuestros ojos se encuentran.

No aparté la mirada. Le dejo ver—el deseo crudo que he estado conteniendo durante diez días, el recuerdo de su boca en la mía, las cosas que me hice a mí mismo anoche mientras pensaba en ella. La imagino desnuda, imagino mi boca entre sus piernas, imagino los sonidos que haría cuando la haga venir. Sé que puede verlo todo en mi cara porque ya no lo estoy ocultando.

Veo el efecto ondular a través de ella. La manera en que su cuello se sonroja de rosa, el color extendiéndose hacia su pecho. La manera en que sus pezones se endurecen—puedo verlos a través de su camisa, dos puntos perfectos. La manera en que presiona sus muslos juntos, un cambio sutil que me dice que está mojada. La manera en que rompe el contacto visual primero—mira hacia abajo, cambia de peso, su mano libre va a su pecho donde el anillo de Julian se oculta bajo su camisa.

El poder de esto me golpea en algún lugar primitivo. La hice mojarse. Con nada más que mis ojos. Con treinta pies entre nosotros y gente alrededor, hice que su coño se contrajera, hice que su cuerpo se preparara para mí.

Mi polla se endurece completamente, tirando contra mis vestiduras. En el patio de la iglesia. Un domingo. Porque la hice necesitarme.

—¿Padre Gabriel? Alguien me está hablando. La Sra. Santiago, extendiendo un plato de cazuela. —Para la rectoría.

—Gracias —logro decir, tomando el plato, sosteniéndolo estratégicamente frente a mí para ocultar mi erección. Mi voz suena casi normal. —Muy amable.

Me disculpo. Escapo a la sacristía, cerrando la puerta más fuerte de lo necesario. Mi polla palpita, exigiendo atención. Años de disciplina, deshecha por hacer que una mujer se mojara. Me apoyo contra la pared, tocándome a través de mis vestiduras, mordiendo un gruñido.

Cuando finalmente salgo, ella se ha ido. Pero allí en la pared del jardín donde estaba de pie—su taza de café. Aún tibia. Café negro, la manera en que tomo el mío. Y en el borde, la impresión rosa pálida de su lápiz labial.

Miro la marca de su boca más tiempo de lo que lo haría cualquier hombre cuerdo. Luego tomo la taza. Me digo a mí mismo que solo estoy limpiando. La llevo a la cocina de la rectoría donde la coloco en el mostrador y no la lavo.

Está allí todo el día. Su lápiz labial en cerámica blanca. Evidencia de que existe, de que estuvo aquí, de que su boca deja marcas en las cosas. Pienso en su boca. En cómo se sentiría en mi polla. En hacerla estar atragantada, viendo lágrimas correr por su cara mientras la toma.

Estoy tan jodido.

Lunes por la mañana en el banco de alimentos. Ella está en un taburete, alcanzando algo en un estante alto. Su camisa se levanta. Solo una pulgada. Solo lo suficiente para mostrar una franja de piel en su cintura. Suave. Tierna. La curva donde comienza su cadera.

Mi cerebro falla. Todo lo que puedo pensar es en morder esa piel, marcarla, hacerla usar las marcas de mis dientes bajo su ropa. Me imagino caminando detrás de ella, presionando mi polla contra su trasero, haciéndola sentir lo duro que me pone. Imaginando deslizar mi mano dentro de esos jeans, encontrándola mojada, tocándola justo aquí en el banco de alimentos mientras intenta no hacer ruido.

Me doy vuelta y me voy sin conseguir lo que vine a buscar. Me encierro en el baño, agarro el lavamanos, intento respirar a través de la necesidad que me está devorando. Termino sacándome sentado, viniendo tan duro que tengo que morderme el puño para mantenerme callado, imaginándola doblada sobre ese taburete mientras la follo desde atrás.

Martes por la tarde. Ella hace café de verdad en la cocina de la parroquia. Granos buenos que trajo de algún lado, un molinillo, todo el ritual. La cocina huele a algo distinto al arrepentimiento por una vez. Me pasa una taza. Nuestros dedos se tocan—no accidentalmente, ambos sabemos dónde están nuestras manos. Ninguno de los dos se retira.

El contacto envía electricidad directamente a mi polla. Tres segundos de su piel en la mía y estoy completamente duro, agradecido de que el mostrador lo oculte. Nos quedamos allí,

conectados por cerámica y cafeína y contacto de piel que reescribe todo mi sistema nervioso.

Bebemos en silencio. El silencio lo dice todo. Sobre la noche del sábado. Sobre la manera en que la miré el domingo. Sobre el hecho de que estoy imaginando doblarla sobre este mostrador, follarla mientras grita mi nombre. El café sabe a tentación.

Ella se mueve, y lo capturo—la manera en que presiona sus muslos juntos. Está mojada. De pie aquí en la cocina de la parroquia, está mojada para mí. El conocimiento casi me hace venir en mis pantalones como un adolescente.

—¿Has visto a alguien siguiéndote? —pregunto tranquilamente. —¿Desde el jueves?

Ella niega con la cabeza. —No desde que tú… —No termina, pero ambos recordamos. Yo poniendo a ese hombre de rodillas. Ella mirando con calor en sus ojos.

—Volverán —digo. —Pronto.

—Lo sé.

El peso de ello se sienta entre nosotros. Se acaba el tiempo. El peligro se acerca. Y nosotros, dándonos vueltas mientras el reloj marca.

Miércoles por la tarde. Se detiene. Me mira. Abre su boca. Observo su garganta trabajar, la veo tragar lo que iba a decir. Mis ojos caen a su pecho—sus pezones están duros de nuevo, visibles a través de su sostén y camisa. Ella me ve mirando. Su respiración se corta.

Luego, tranquilamente: —Nos vemos esta noche, Padre.

La palabra Padre golpea como una mano en mi polla. Ella sabe exactamente lo que está haciendo—la manera en que su voz cae en el título, haciéndolo sonar como una palabra de dormitorio, como algo que gemiría mientras estoy dentro de ella. Ha convertido mi clériman en preliminares.

Siete p. m. Me siento en el confesionario. Mi polla ya está medio dura solo por la anticipación. Mis feligreses regulares van y vienen. La Sra. Álvarez con su soledad. El Sr. Gutiérrez con su lucha de doce pasos. La adolescente que volvió a cortarse pero no quiere decirles a sus padres.

Ocho en punto. Final programado. Ella no ha venido. Ahora estoy dolorosamente duro, mi polla pulsando con cada latido del corazón. Me digo a mí mismo que estoy aliviado. Comienzo a cerrar.

La puerta se abre.

Sé que es ella antes de que hable. La manera en que el aire cambia cuando ella entra en un espacio. La manera cuidadosa en que se acomoda en el arrodillador. La calidad de su respiración en la oscuridad. Mi polla palpita.

Ella no se molesta con "Bendígame, Padre". Ella respira. Luego:

—Necesito decirte lo que omití la última vez. Sobre Julian.

Mis manos encuentran el apoyabrazos. Agarro con fuerza. Mi polla tira contra mis pantalones. Ella sabe exactamente a quién le está hablando—Sera hablándole a Gabriel a través de la seguridad de la pantalla, usando el confesionario como permiso para decir cosas que nos haría combustionar a ambos en la luz del día.

—Julian en el dormitorio —dice, y todo mi cuerpo se tensa. —Los comandos. La manera en que dijo arrodíllate y yo me arrodillé. La manera en que dijo ven aquí y yo vine. Cada orden pasaba por alto mi mente e iba directamente a mi coño.

Jesucristo. Ella dijo coño. En el confesionario. Mi polla palpita tan duro que veo estrellas.

—Me mojaba completamente cada vez. Mi coño se contraería antes de que ni siquiera me tocara, solo por su voz. Venía tan duro que me desmayaba. El deseo era real—mi cuerpo lo necesitaba, lo anhelaba, haría cualquier cosa por ello.

Estoy agarrando el apoyabrazos tan duro que la madera cruje. El líquido preseminal cala a través de mis calzoncillos. El confesionario es demasiado pequeño, demasiado caliente, y ella está a tres pies de distancia describiendo exactamente qué la hace mojarse el coño.

—Tengo miedo de que el cableado esté fusionado —continúa, su voz bajando más. —De que no pueda querer autoridad sin querer cautiverio. Cuando Gabriel Delgado me besó en esa gala—mi cuerpo hizo exactamente lo que solía hacer con Julian. Mis pezones se pusieron duros. Mi coño se contrajo. Estaba tan mojada que tenía miedo de que se viera a través de mi vestido.

Ella me está probando. Diciendo mi nombre completo, reconociendo que sabe quién soy, que el sacerdote y el Delgado son el mismo hombre. La deliberación de esto hace que mi polla palpite.

—Pero se sintió diferente. Con Julian, desaparecí. Contigo—con Gabriel—me sentí más presente. Más yo. Y he estado tocándome todas las noches desde entonces, pensando en tus manos, tu boca, cómo se sentiría tu polla dentro de mí.

El sonido que escapa de mí es inhumano. Crudo. Desesperado.

—Necesito saber si es diferente —dice. —O si solo estoy encontrando una jaula más bonita.

El silencio se extiende. Ambos respirando con dificultad. El confesionario sosteniendo nuestra necesidad como un recipiente a punto de romperse.

—Quédate allí.

No es una decisión. Es un colapso estructural completo.

Mi puerta del confesionario se abre de golpe. Mis pasos resuenan en la iglesia vacía. Su puerta se abre. Estoy de pie en la puerta, llenándola, la iglesia oscura alrededor de nosotros excepto por la lámpara del sagrario proyectando sombras rojas.

Ella me mira. No sorprendida—ha estado esperando que esta puerta se abriera. Cada palabra fue dirigida hacia este momento.

—Debería decirte que te vayas —digo, mi voz áspera de necesidad.

—Pero no lo vas a hacer.

—No.

Ella se pone de pie. El confesionario es diminuto—apenas hay espacio para los dos. Puedo oler su excitación, dulce y almizclada. Mi boca se me hace agua.

Digo su nombre. Su nombre completo. —Seraphina.

Ella se cae de rodillas.

Cristo. Solo se deja caer. Sin dudarlo. Mirándome con esos ojos ámbar que han estado acechando mis sueños. La posición coloca su cara al nivel de mi polla, que está tirando visiblemente contra mis pantalones.

—He estado pensando en esto —dice, sus manos encontrando mi cinturón. —En tenerte en mi boca. En hacerte perder el control.

Mi respiración se corta. Mi mano se mueve a su cabello—seda entre mis dedos. —Sera…

—Dime que pare. —Sus manos trabajan en abrir mi cinturón, luego mi cremallera. —Dime que esto es malo.

—Es malo. —Mi voz está destruida. —No me importa.

Ella libera mi polla y ambos gemimos. Estoy dolorosamente duro, la cabeza oscura e hinchada, líquido preseminal goteando en la punta. Ella la mira como si estuviera muriéndose de hambre.

—Eres más grande de lo que imaginé —dice, envolviendo su mano alrededor de la base. —E imaginé bastante.

Luego me toma en su boca.

El calor húmedo de esto hace que mis rodillas se doblen. Me toma profundamente, su garganta trabajando, y tengo que apoyarme en el marco de la puerta para mantenerme de pie. Su boca es imposiblemente caliente, imposiblemente suave. Me chupa duro, su lengua girando alrededor de la cabeza antes de tomarme profundamente de nuevo.

—Joder —gimo, mi mano apretándose en su cabello. —Tu boca…

Ella gime alrededor de mi polla, la vibración haciéndome ver estrellas. No es tentativa, no está explorando—me está devorando con enfoque inquebrantable. Su mano trabaja lo que su boca no puede alcanzar, girando con cada movimiento. Su otra mano sostiene mis bolas, rodándolas suavemente.

Miro hacia abajo y casi vengo solo por la vista. Sera de rodillas en un confesionario, mi polla desapareciendo en su boca, sus ojos fijos en los míos mientras me destruye. La lámpara del sagrario pinta todo de rojo—su cabello, su piel, el brillo mojado de mi polla cuando se retira.

—Te lo he deseado desde el primer día —dice, tirando solo lo suficiente para hablar. —Quería verte derrumbarte. Quería saborear.

Me toma profundamente de nuevo, más profundo, su garganta abriéndose para acomodarme. La siento arcadas ligeramente y el sonido va directo a mis bolas.

—Sera… —Su nombre sale como una advertencia. —Voy a…

Ella no se detiene. Si acaso chupa más duro, su mano bombeando más rápido, y mi orgasmo golpea como un rayo. La intensidad rivaliza con cualquier cosa anterior al sacerdocio—ocho años de negación liberándose de una vez. Vengo en pulsos poderosos, su garganta trabajando para tragar mientras mi visión se estrecha. Ella toma todo, gimiendo como si amara el sabor.

Cuando finalmente me libera, ambos estamos jadeando. Un hilo de saliva y semen conecta sus labios a mi polla por un momento antes de romperse. La vista hace que mi polla gastada se estremezca.

Silencio. La iglesia. El crucifijo mirando desde la pared. La puerta del confesionario de pie abierta como evidencia.

Me deslizo hacia abajo del marco de la puerta. Termino en el piso, espalda contra madera, piernas incapaces de sostenerme. Ella sigue allí, de rodillas, labios hinchados y rosa. Estamos ambos en la puerta, respirando duro, el sabor del sacrilegio tan espeso como incienso.

La miro y veo mi semen en sus labios, veo la mancha mojada en sus jeans donde se ha filtrado a través, veo el hambre aún ardiendo en sus ojos. Sin vergüenza. Sin arrepentimiento. Solo satisfacción y la promesa de más.

Ella ve la disculpa formándose—debe verla en mi cara—y lo detiene.

—No. —Su voz es firme, segura. —No lo hagas en algo que hiciste mal. No te dije que hicieras nada. Elegí arrodillarme. Elegí chupar tu polla. Eso fue mío.

La distinción importa. La diferencia entre esto y Julian lo es todo.

Toco su cara. Pulgar a lo largo de su pómulo, luego hacia abajo a sus labios, aún húmedos con mi liberación. Ella atrapa mi pulgar entre sus dientes, muerde suavemente, y mi polla comienza a endurecerse de nuevo.

—Vete a casa —digo tranquilamente. —Por favor. Antes de que haga algo de lo que no podemos retractarnos.

—¿Cómo qué? —Desafío en su voz.

—Como follarte en el altar.

Las palabras cuelgan entre nosotros. Ella se estremece, sus muslos presionándose juntos.

—Vete a casa —repito. Una súplica. Ella escucha la desesperación.

Ella se pone de pie. Me mira durante un largo momento—el sacerdote en el piso, destruido, polla aún medio fuera, rogándole que se vaya no como castigo sino como misericordia. Luego se va. La veo caminar a través de la iglesia oscura. Escucho su auto arrancar. Escucho el silencio después.

Me arrastro al banco más cercano. Miro hacia arriba en el crucifijo. Por primera vez en siempre, no digo "Que Dios me perdone". Porque no estoy arrepentido. Porque lo haría de nuevo. Porque el sabor de ella aún está en el aire y quiero más.

Mañana es jueves. El banco de alimentos. La cocina donde ella me hizo café. El pasillo donde ella me llamó Padre como un arma.

¿Cómo la miro ahora? ¿Cómo pretendo que esto no sucedió cuando aún puedo sentir su boca en mí, cuando sé cómo se ve con mi polla en su garganta, cuando la ausencia de ella es un dolor físico?

No tengo respuestas. Solo silencio y oscuridad y la terrible libertad de un hombre que ha dejado de pedir permiso. Y la certeza de que esto es solo el principio. Que voy a tenerla. Toda ella. De cada

manera en que la he imaginado y de formas en que aún no he pensado.

Que Dios nos ayude a ambos.

8 - Seraphina

La sal y el almizcle recubren mi lengua. Él sigue ahí, a pesar de las horas que han pasado. Me duele la mandíbula por haberlo tomado tan profundo, la garganta está en carne viva donde me golpeó cuando tragué. Los moretones en mis rodillas cantan cuando las junto bajo la sábana. Marcas gemelas donde la piedra presionó a través de la delgada alfombra. No son heridas. Son comprobantes.

Mi cuerpo conserva las pruebas mientras los recuerdos regresan en oleadas. Hace dos noches. El confesionario. Su mano enredada en mi cabello, aferrándose como si yo fuera lo único sólido en su mundo que se desmoronaba. El sonido que emitió cuando se corrió. Destrozado, honesto. —Vete a casa. Por favor—. No fue una orden. Fue una súplica. El quiebre en su voz decía que, si me quedaba, ambos incendiaríamos esa iglesia.

El dormitorio de la casita sigue a oscuras; falta tal vez una hora para el amanecer. Me quedo inmóvil, tratando de domar mis pensamientos salvajes que corren desbocados. Lo que duele: rodillas, mandíbula, garganta. Lo que está comprometido: nada. Lo que ha cambiado: todo.

La alianza me presiona entre los pechos, tibia por el sueño. El anillo de Julian en su cadena, cargando con su código y su fantasma. Lo llevaba puesto el miércoles por la noche. Llevaba los secretos de un muerto mientras hacía que un hombre vivo confesara con su cuerpo en lugar de con palabras.

No sé qué pensar sobre eso. Lo dejo de lado. Lo añado al creciente archivo de cosas que procesaré cuando no esté rastreando amenazas en múltiples frentes.

Primero, café. Camino descalza hacia la cocina, sintiendo las baldosas frías. La estufa de gas hace clic dos veces antes de encenderse. La cuchara de madera se apoya contra la pared donde la puse esa primera noche, mi única herencia de Abuela Rosa.

Mi mente ejecuta dos operaciones paralelas mientras me visto:

Vía uno: Gabriel. Fui a ese confesionario sabiendo exactamente quién estaba sentado detrás de esa rejilla. Cada palabra era munición. Las órdenes de Julian, lo mucho que me mojaban, la vergüenza y la excitación entrelazadas. Apreté ese gatillo deliberadamente, sabiendo que destrozaría su control. Y cuando abrió esa puerta, cuando lo vi llenando el marco con su polla tensando los pantalones y sus ojos negros de necesidad, tomé mi decisión. Me puse de rodillas porque quise, no porque alguien me lo ordenara. La distinción importa. Con Julian, la sumisión me hacía más pequeña. Con Gabriel, yo tenía todo el poder.

Vía dos: El gestor de patrimonios. Arturo Reyes. Su nombre aparecía en los archivos recuperados de Julian, vinculado a cuentas que no existen en ningún sistema legítimo. Su tarjeta de la gala está sobre la barra de la cocina. —Viernes por la mañana, su oficina—, escrito al dorso de su propio puño y letra. Faltan tres horas para la reunión.

Mi fachada tiene que ser perfecta. Una viuda vulnerable con dinero complicado. Conexiones en Europa del Este que no acaba de comprender. Necesito que vea una presa, no un depredador.

Me visto estratégicamente. Una blusa de seda que sugiere dinero, pero no demasiado. Un buen pantalón que permita movimiento si necesito correr. Los aretes de mi vida anterior. Julian insistió en ellos, decía que me hacían ver costosa.

La alianza se balancea contra mi pecho mientras me muevo. VA-11.03.18-7K4X9. He ejecutado cada algoritmo, probado cada sustitución. El patrón está ahí, flotando apenas fuera de mi reconocimiento como una palabra en un idioma extranjero que casi hablo. Pero Reyes es la puerta. Solo necesito cruzarla sin que note el cuchillo que tengo en la mano.

Mi teléfono vibra. La señora Herrera confirma el turno en el banco de alimentos de mañana en la iglesia. Mi cuerpo responde de inmediato. Los pezones se endurecen bajo la seda, la humedad se acumula entre mis muslos. Esto es lo que él me ha hecho. Un solo mensaje mencionando la iglesia y ya me estoy apretando en torno a la nada, recordando el peso de él sobre mi lengua.

Reviso los espejos tres veces al salir. Los reviso cada treinta segundos en la carretera. La voz de Julian en mi cabeza: —Cualquiera que te siga por más de tres giros es vigilancia. Más de

cinco, es que van a actuar—. Hoy no hay nadie. Pero ese sedán negro en la intersección me resulta familiar.

Miami me envuelve como una soga de diseñador. Todo es belleza superficial y violencia oculta.

El sedán negro aparece dos veces durante el trayecto. Diferentes posiciones en el tráfico pero las mismas placas. Tomo una salida innecesaria, doy una vuelta y consigo perderlos. Tal vez no sea nada. Tal vez se están volviendo descuidados. Tal vez quieren que sepa que me están vigilando.

La oficina de Reyes ocupa el piso cuarenta de una torre en Brickell, el tipo de dirección que suena cara con solo pronunciarla. El elevador tiene cámaras en las cuatro esquinas. Mantengo el rostro inclinado hacia abajo, con aire de viuda y timidez.

La recepcionista tiene unos pómulos que podrían cortar vidrio y ojos que lo rastrean todo. Me observa como si estuviera memorizando mi cara para un informe.

—El señor Reyes la recibirá ahora.

Su oficina grita poder. Cuero y caoba, orquídeas que perfuman el aire.

Arturo Reyes se pone de pie cuando entro. Su apretón de manos está diseñado para hacerme sentir agradecida. Pero su manicura es reciente, su bronceado es de cama solar y no de barco, y hay algo hambriento en la forma en que retiene mi mano un instante de más.

—Señora Marin—. No Reznik. Aquí soy Sera Marin, el nombre de mi madre limpio de matrimonio y de asesinato. —Por favor, siéntese. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Agua? ¿Quizás algo más fuerte?—.

—Estoy bien, gracias. Dejo que se me quiebre la voz. La viuda afligida que aprende a manejarse con el dinero a solas.

Él se acomoda tras su escritorio. Hay una foto en la esquina. Él en un barco con otro hombre cuyo rostro ha sido tachado con algo afilado. No oculto, sino destrozado. Una advertencia o una promesa, dejada a la vista de los clientes.

—Mencionó activos complicados en la gala—. Se inclina hacia adelante, fingiendo preocupación mientras sus ojos recorren mi cuerpo hacia abajo. —El reciente fallecimiento de su esposo debe ser muy difícil—.

Asiento, dejando que el duelo ensombrezca mis facciones. —Ha sido abrumador. Los asuntos financieros sobre todo—.

—Por supuesto—. Su sonrisa se vuelve más afilada. —¿Y esas conexiones con Europa del Este que mencionó? Esas pueden ser particularmente complejas—.

Dejo que se note mi confusión. —Él tenía socios comerciales. Yo nunca entendí realmente los detalles—.

—Oh, querida—. Su sonrisa se vuelve paternal. —La comunidad financiera de Miami es pequeña. Cuando alguien con conexiones con familias como los Markovic pierde a su esposo, la noticia corre. Es usted muy valiente por venir aquí. O tal vez esté muy desesperada—.

Se me hiela la sangre. Sabe exactamente con quién estuve casada, aunque nunca mencioné el nombre de Julian. Toda esta reunión es una actuación para ambos.

—Necesito una gestión discreta —digo con la voz más baja. Que piense que me ha asustado. —Privacidad. Protección frente a posibles complicaciones—.

—La familia Markovic no suele dejar que sus activos se marchen así como así —continúa, recostándose. —Cristian, en particular, ha estado haciendo averiguaciones. El hijo. Más joven que su padre, y considerablemente menos paciente. Debe tener usted algo que él quiere. ¿O tal vez su difunto esposo le dejó algo valioso?

—No sé a qué se refiere.

—Trabajo con familias prominentes de Miami —dice, cambiando de táctica. —Los Delgado, los Zayas, incluso ocasionalmente con nuestros amigos de Europa del Este. La discreción lo es todo en mi negocio. Por ejemplo, facilito el acceso a custodia segura. Documentos físicos, instrumentos. Bóvedas en jurisdicciones donde la curiosidad no tiene recompensa—.

La bóveda. Confirmación. Sea lo que sea que desbloquee el código de Julian, Reyes tiene acceso.

—¿Una bóveda?— pregunto.

—Piense en ello como una caja de seguridad —dice él—, pero más flexible. Ubicada en lugares donde ni siquiera la familia Markovic puede llegar—.

Me da su número privado, rozando mis dedos con los suyos. Su tacto es húmedo, persistente.

—Cuando esté lista para discutir los detalles. La forma en que dice detalles suena a amenaza y a promesa. —¿Y Sera? Sea lo que sea que su esposo estuviera escondiendo, puedo ayudarla a encontrarlo. Por un precio, por supuesto. Todo tiene un precio—.

Me levanto sobre unas piernas que quieren salir corriendo. Aliso la tela de mi pantalón con manos entrenadas para no temblar.

—Gracias, señor Reyes.

—Por favor, llámeme Arturo—. Su mano busca la base de mi espalda, presionando con posesividad. —Y recuerde. Las viudas en su posición suelen necesitar guía. Yo brindo eso. Exhaustivamente—.

El descenso en el elevador se hace eterno. Veintiún segundos que parecen horas. En el estacionamiento, reviso mi auto en busca de dispositivos, pero no recuerdo todos los lugares que Julian solía revisar. Espejos, huecos de las ruedas, pero ni siquiera estoy segura de qué estoy buscando. En cualquier caso, no encuentro nada.

El sedán negro me retoma a tres calles de la torre. Dejo que me sigan durante cinco giros y luego los pierdo en el tráfico de Wynwood. Me tiemblan las manos al volante. Reyes sabe quién soy. Debió investigar después de la gala. La pregunta es qué querrá a cambio de ese conocimiento.

El Turnpike hacia el sur se convierte en mi cámara de descompresión, cuarenta y cinco minutos para despojarme de la viuda afligida y encontrarme a mí misma de nuevo.

Pero aparece otro sedán. Un auto distinto ahora. Azul oscuro en vez de negro, pero con la misma energía. El conductor está sentado de forma extraña, demasiado profesional, hombros que conocen la violencia. Tomo tres salidas innecesarias. Me siguen en dos y desaparecen en la tercera. Me están probando o amenazando, no sé cuál de las dos.

La investigación ya tiene forma, pero también peligro. Reyes confirmó que la bóveda existe, pero también sabe exactamente quién soy. Su guía tiene un precio que aún no he calculado. El anillo me quema contra el pecho, y el código de Julian se siente más pesado ahora que sé lo que abre.

Dos mundos, me digo a mí misma. Compartimentos limpios. Reyes y su bóveda en Miami. Gabriel y su culpa en Homestead. No se tocan.

Excepto que, al pasar frente a la iglesia, disminuyo la velocidad sin querer. Su auto está en el estacionamiento. Hay luz en su ventana. Por un momento me imagino subiendo esas escaleras, parada en su puerta, hablándole de los sedanes negros y de los ojos hambrientos de Reyes y del sabor metálico del miedo en mi boca.

Pero eso significaría admitir que necesito ayuda. Admitir que estos mundos ya están colisionando.

No me detengo. Esta es mi disciplina. Mantener la separación. Gabriel es Homestead: rodillas amoratadas y confesiones en la oscuridad y la forma en que se aferró al marco de la puerta con la fuerza suficiente para dejar marcas. Reyes es Miami: la bóveda y los buitres acechando y el fantasma de Julian exigiendo un pago.

La casita me recibe de vuelta. Cierro ambas puertas con llave, reviso cada ventana. Me cambio de inmediato. La seda por algodón, los tacones por los pies descalzos, la viuda guardada con manos temblorosas.

Preparo té con agua que hierve demasiado tiempo porque vigilo la ventana esperando ver luces de autos que frenen. Me quedo junto a la encimera anotando cada auto que pasa. La cuchara de madera contra la pared, la voz de Abuela Rosa en mi cabeza: —Eres de sangre caliente, mija. Ten cuidado de no quemar todo lo que toques—.

Se refería a la estufa. Se refería a la cocina. Pero tal vez vio en lo que me convertiría. Una mujer atraída por el calor peligroso, que se arrodilla en el confesionario, juega con dinero de la mafia y no puede dejar de desear a hombres que podrían destruirla.

9 - Gabriel

Ella aparece en mi puerta a las diez de la noche del viernes con un bolso colgado al hombro y sin ninguna explicación.

No está asustada. No está llorando. Simplemente serena, directa, práctica. El bolso cuelga pesado de su hombro, las llaves del auto tintinean entre sus dedos, y su rostro dice exactamente una cosa: necesito algo y he decidido que tú eres la persona a quien se lo voy a pedir.

Hace apenas dos días estaba de rodillas en el confesionario. Y ahora está aquí, de pie en mi umbral con el cabello suelto y ese bolso al hombro, y su aroma ya está invadiendo mi espacio. Vainilla y algo más oscuro, el mismo aroma que se aferró a mi ropa después de que se tragó mi verga.

Mi cuerpo responde de inmediato. Cristo. Lleva aquí diez segundos y ya me estoy poniendo duro.

Nadie viene a la rectoría. Es mi celda, mi espacio controlado, mi ejercicio de abnegación. Ahora ella está de pie en medio de todo, y cada muro que he construido se siente como papel de seda.

Debería enviarla a otro lugar. A un motel. A la habitación de invitados de Alma. A cualquier lugar que no sean los aposentos privados de un sacerdote por la noche, sin testigos y con mi verga recordando ya exactamente cómo se sentía su garganta trabajando a mi alrededor.

—¿Puedo pasar? —Su voz es tranquila, firme, pero hay algo debajo. Ese esfuerzo por mantener la compostura cuando el suelo se está moviendo. Lo reconozco porque he estado viviéndolo desde que ella entró en mi vida.

Me hago a un lado. Por supuesto que me hago a un lado.

Ella deja el bolso junto a la puerta, se queda de pie en mi pasillo, y la observo leer mi vida como una confesión escrita en las paredes. El yeso desnudo, sin fotografías, sin arte. Solo el crucifijo sobre el marco de la puerta y nada más. El suelo de madera cruje bajo sus

pies. Tablas que he pisado durante años y que de repente suenan diferentes con su peso sobre ellas.

A través de la puerta de la cocina: sencillo, limpio, vacío. Una cafetera que bien podría ser de la Edad de Piedra, una tostadora, nada que sugiera que la comida es algo más que combustible. La rectoría siempre está fría. La mantengo así. Pero con ella aquí, lo noto. El frío de octubre que hace que se rodee el cuerpo con los brazos.

A través de la otra puerta, se ve el borde de mi habitación. El colchón duro que es básicamente una tabla con una sábana, la barra de dominadas atornillada al marco con surcos desgastados donde mis manos se agarran cada mañana a las 4 a. m. Ella roza uno con el dedo, comprendiendo sin preguntar. Pesas dispuestas en el suelo como instrumentos de penitencia.

Veo el momento en que lo entiende. Esto no es minimalismo como una elección estética. Esto es un castigo.

No hace un comentario directo. Solo dice: —Lindo lugar. Muy estilo «chic de la Inquisición española». ¿El cilicio venía incluido o fue un extra?

La broma tiene filo, pero debajo hay algo más suave. Reconocimiento, tal vez.

Preparo café porque no sé qué más hacer con mis manos. Manos que recuerdan su cabello enredado en ellas mientras se tragaba mi verga. Sus granos de café todavía están en mi alacena de cuando los trajo la semana pasada. Los uso. Ella se da cuenta. Ninguno de los dos lo menciona.

Mesa de la cocina. Dos sillas, una tambalea. Ella me cuenta lo mínimo indispensable mientras vierto café en tazas que no han contenido nada más que necesidad negra en años. Se mueve en su silla y yo sigo el movimiento, recordando esas mismas caderas presionadas contra la puerta del confesionario mientras yo perdía la cabeza.

—Me siguieron desde Miami. —Sus manos rodean la taza, firmes a pesar de lo que dice—. El mismo tipo de autos que los hombres del estacionamiento de la semana pasada. Profesionales. Saben dónde está mi cabaña.

Hace una pausa, sopesa sus palabras. —Esta noche se sintió diferente. Más cerca. Más deliberado. Como si hubieran terminado de observar y estuvieran listos para actuar.

Los hombres que la siguen no saben lo que soy. Lo que fui. Ven a un sacerdote. Morirán viendo a un sacerdote si vienen por ella. Mis manos se tensan a mis costados. Puede que no cargue un arma, pero estas manos recuerdan exactamente cómo lastimar a alguien que amenaza lo que me importa.

—¿Cuántos vehículos? —pregunto, y mi voz ya ha pasado a un registro plano—. ¿Se te acercaron? ¿Te siguieron hasta aquí?

Ella me da los detalles, precisos y limpios. El sacerdote se retira por completo. El otro hombre toma el control. Dos autos, cuatro hombres como mínimo, espaciado profesional, sin acercamiento aún, pero volviéndose más audaces. Intimidación clásica escalando a la acción.

—Te quedarás aquí —digo. No es una pregunta, ni una orden. Solo el tono de un hombre que ha evaluado una amenaza y ya ha decidido cuántos cadáveres está dispuesto a dejar.

Ella me mira a través de mi austera mesa de cocina, y el fantasma de una sonrisa cruza su rostro. —Ahí está —dice en voz baja.

—¿Quién?

—El hombre que puso a alguien de rodillas en un estacionamiento. —Toma un sorbo de café—. Estaba empezando a pensar que lo había imaginado.

El recordatorio de esa noche, de lo fácil que la violencia regresó a mis manos, no me avergüenza. Sentado aquí con ella necesitando protección mientras mi verga recuerda su boca, solo estoy agradecido de que la habilidad permanezca.

—Está bien —dice ella—. Me quedaré.

Le cedo el dormitorio. Ella discute, pero yo gano, por supuesto. Estará en mis sábanas esta noche. Mañana olerán a ella. O las quemaré o me masturbaré con ellas durante el próximo mes.

Mira la habitación con una expresión que no alcanzo a descifrar. El colchón duro. El crucifijo en la pared sobre donde apoyo la cabeza cada noche. La ausencia total de cualquier cosa que pudiera llamarse comodidad.

—¿Esta es tu cama? —Su voz es cuidadosamente neutral—. ¿Es aquí donde duermes cada noche?

—Está bien.

—Gabriel, esto es un tablón con una sábana encima.

—Funciona —digo, porque ¿qué más puedo decir? ¿Que la suavidad se siente como hacer trampa?

Ella me mira durante un largo rato, archivando esto junto a la cocina vacía y las paredes desnudas. No me gusta que me lean, pero estoy demasiado cansado para mantener los muros esta noche.

Deberíamos dormir. Ninguno de los dos lo hace. Terminamos de nuevo en la mesa de la cocina con el café enfriándose, y la conversación que surge no está planeada. Llega de la forma en que llegan las conversaciones a medianoche cuando dos personas están exhaustas y las pretensiones han sido despojadas.

—La mayoría de los sacerdotes al menos tienen una foto de su madre —observa ella, estudiando las paredes desnudas—. Tal vez una planta de interior que se esté muriendo. Algo que sugiera que un humano vive aquí.

—Las plantas mueren —digo con frialdad—. Todo lo que toco muere. Es más seguro mantener las superficies vacías.

Las palabras salen más pesadas de lo previsto. Ella deja su taza, y el pequeño tintineo resuena en mi cocina vacía.

—¿Eso es lo que te dices a ti mismo? ¿Que proteges las cosas al no tenerlas?

No respondo. El crucifijo nos observa desde el umbral, Cristo en perpetua agonía, la única decoración que me permito. Muy apropiado, en realidad. Un recordatorio de que el sufrimiento es sagrado. Que el dolor tiene un propósito. Que hay cosas que no se pueden expiar, solo soportar.

Aprieto la mandíbula. Puedo sentirla mirándome, esperando. El silencio se extiende hasta que se convierte en su propia confesión.

Ella no exige. Solo me mira a través de la mesa. Abierta, paciente. No requiere mis secretos, sino que ofrece un espacio para ellos. Una puerta, no una trampa. Cruza si quieres. Quédate donde estás. De cualquier manera, estoy aquí.

Mis manos agarran el borde de la mesa. Las palabras están ahí, presionando contra mis dientes, el silencio luchando por seguir siendo silencio. Pero ella está sentada en mi cocina porque unos asesinos la están cazando, y de alguna manera eso nos hace iguales. Ambos cargamos con la muerte. Quizás por eso las palabras finalmente salen.

—Yo era...

Me detengo. Empiezo de nuevo. Me detengo. Mi mandíbula trabaja como si estuviera masticando vidrio.

—Tenía veinte años —logro decir finalmente, con las palabras saliendo planas, cuidadosas—. Estaba en Miami, nací en ello. Gabriel Delgado, no el sacerdote, sino el príncipe. El hijo de Jorge Delgado, con todo lo que conlleva ese nombre.

Tengo que parar de nuevo. Me pongo de pie. Camino hacia la ventana, reviso la calle afuera. Hábito paranoico, pero me da distancia de sus ojos.

—Era bueno en eso —continúo, todavía de espaldas—. El carisma, los salones, la gente. Moviéndome por ese mundo como si fuera el dueño, porque en cierto modo, lo era. Me encantaba. El peligro, el poder, el zumbido eléctrico de ser alguien que importaba. Lo amaba como un adicto ama la sustancia.

Me doy la vuelta. Ella no se ha movido, solo asiente como si supiera exactamente lo que cuesta ese tipo de amor.

—Había una mujer.

El nombre se asienta en mi lengua como una piedra. Mis manos se cierran en puños. Tanto tiempo sin decirlo en voz alta, y ahora quiere salir, y mi cuerpo está luchando físicamente contra ello. Pero Sera es paciente, firme, manteniendo el espacio para lo que sea que estoy por confesar.

—Elena.

Ahí está. Dicho. El cielo no se desploma, pero algo en mi pecho se rompe.

—Estábamos juntos. Ella murió. Fue un accidente.

Digo "accidente" y la palabra me sabe a ceniza. No digo cómo. No le cuento sobre la habitación en el club o el juego de asfixia o cómo se veía el rostro de Elena cuando me di cuenta de que ya no estaba fingiendo. Nunca le diré eso a nadie.

—Me fui de Miami esa noche. Entré en el seminario tres días después. El clériman se suponía que debía ser un candado. Una jaula. Una forma de asegurarme de que nunca volvería a lastimar a nadie.

—Pero fue un accidente. Tú no la lastimaste.

—Lo hice. Fue mi culpa.

—¿Tú… la asesinaste? —La voz de Seraphina es plana, una simple pregunta, como si estuviera preguntando si compré leche hoy.

—No —logro decir—. Fue un accidente, pero aun así fue mi culpa. —Mi voz suena como la de otra persona—. Así que me saqué de la

ecuación, me aseguré de que nunca pudiera lastimar a otra mujer de esa manera.

Ella emite un pequeño tarareo.

Miro sus ojos a través de la cocina. —Funcionó.

No digo "hasta que llegaste tú". No hace falta. Ella está sentada en mi cocina a la una de la mañana, y todavía puedo sentir su sabor en mi lengua. El "hasta" es evidente por sí mismo.

Ella permanece en silencio durante mucho tiempo. Me preparo para las preguntas. ¿Cómo murió? ¿Qué clase de accidente? ¿Qué pasó realmente? Las preguntas que llevan a la parte donde una mujer confió en mí con su aliento y yo lo contuve demasiado tiempo.

Ella no pregunta nada.

—Tenías veinte años —dice finalmente.

Asiento.

—Y te has estado castigando desde entonces. —No es una pregunta.

Señalo la cocina. Las paredes desnudas. Las superficies vacías. —No es castigo. Es mantener a otras mujeres a salvo. Y expiación.

—¿Hay alguna diferencia?

No respondo porque no tengo una respuesta. Toda esta penitencia y todavía no puedo distinguir dónde termina la expiación y dónde comienza la autodestrucción.

La conversación cambia. No se aleja del dolor, sino que profundiza en él. Elena abrió la puerta. Ahora yo camino a través de ella hacia la habitación que he estado evitando durante aún más tiempo.

—Marisol. —El nombre de mi hermana se siente extraño en mi boca—. Ella tenía dieciocho años cuando me fui. Dieciocho, y yo simplemente... me fui.

Tengo que parar. Camino otra vez. El peso de esta culpa es diferente, más nuevo, vivo, donde la culpa por Elena se ha calcificado.

Miro la mesa, evitando los ojos de Sera. —Cuando Elena murió, Marisol se quedó sola.

—Tu hermana —dice Sera en voz baja.

—Nuestra madre había muerto seis meses antes. Mi padre enfermaba. —Mis manos se tensan, recordando la violencia—. Todo lo que le quedaba era yo, y yo simplemente... me fui.

—Pensaste que la estabas protegiendo.

—¿Eso hice? —Me río, amargo—. ¿O fue esa la historia que me conté a mí mismo? «Me fui para protegerla». Hace que el clériman parezca heroísmo en lugar de cobardía.

Sera se inclina hacia adelante. —¿Qué piensa Marisol?

Mi voz se quiebra. —Que la abandoné. Pensé que la estaba salvando de mi oscuridad, pero…

—La dejaste sola en la suya —termina Sera.

Levanto la vista, me encuentro con su mirada firme. —Cayó en las fiestas y las drogas, terminó en los titulares de los tabloides cada dos semanas. Y de alguna manera todavía pensaba que la estaba protegiendo manteniéndome alejado. Que necesitaba espacio.

—¿Qué es lo que ella necesitaba?

—A su hermano. No a un sacerdote. —Trago saliva con dificultad —. Necesitaba a alguien que estuviera junto a ella ante la tumba de nuestra madre, no… una ausencia disfrazada de virtud.

Sera guarda silencio, simplemente sosteniendo el peso de lo que he dicho.

—Ella te llamó —dice finalmente—. Todavía te llama. Esa puerta no está cerrada.

Suelto una risa seca. —Mi hermana es un maldito ángel.

Ella deja su taza, me mira directamente. —No puedes deshacer tu partida. Pero puedes quedarte ahora. Ella no necesita tus sermones. Necesita que te presentes, imperfecto y real.

Algo se afloja en mi pecho. No es la absolución. Es permiso. Permiso para dejar de castigar a Marisol con mi ausencia.

Son más de las dos cuando finalmente dejamos de hablar. La cafetera está vacía. La cocina se siente menos austera de alguna manera, como si su presencia hubiera cambiado su estructura molecular.

Ella toma el dormitorio. Yo tomo el sofá, que es quince centímetros demasiado corto. Cierra la puerta y me quedo allí acostado mirando al techo, dolorosamente consciente de que ella está en mi cama. En mis sábanas. Su cabello en mi almohada donde mañana hundiré mi rostro y la respiraré como un maldito desviado.

Debería estar en agonía. Debería estar dándome una ducha fría, rezando el rosario, haciendo dominadas hasta que me tiemblen los brazos. En cambio, simplemente yazco aquí, con la verga a medio endurecer solo por la proximidad, con algo en mi pecho finalmente liberado.

Dije el nombre de Elena en voz alta. La primera vez desde que sucedió. La culpa no se fue, nunca se va, pero se movió. Como si hubiera soltado un extremo de algo muy pesado.

10 - Seraphina

Gabriel está masacrando unos huevos en la estufa cuando lo encuentro, frunciendo el ceño a la sartén como si lo hubiera traicionado personalmente.

La imagen me detiene en el umbral. El Padre Gabriel, el hombre de la cama de tabla y las encimeras vacías, está intentando cocinar comida de verdad. Con una sartén de verdad. Los huevos están perdiendo por goleada, dorándose por los bordes mientras él observa con la misma intensidad que le dedica al inventario de la parroquia, como si no hubieran cumplido con los estándares operativos.

Hay pan tostado. Quemado. Café hecho con mis granos, mi molinillo, con el que claramente tuvo una lucha cuerpo a cuerpo porque hay restos de café esparcidos por la encimera como evidencia de una batalla.

La domesticidad de la escena me golpea más fuerte de lo que debería. Dormí en su cama anoche. Le hablé de los hombres que me seguían. Él me habló de la mujer a la que mató accidentalmente, y conversamos en la mesa de su cocina pasada la medianoche, intercambiando nuestros peores secretos como si fueran moneda de cambio. Ahora me está preparando el desayuno. Mal. Pero aun así lo está preparando.

Cada auto que pasa por fuera hace que mi cuerpo se tense. Estamos jugando a la casita mientras los asesinos merodean, y la normalidad de verlo cocinando huevos se siente tanto absurda como necesaria. Como si el solo hecho de mantener esta ficción de una rutina matutina ordinaria pudiera hacer que el peligro se quede afuera, donde pertenece.

Él levanta la vista. Me ve parada en el umbral. Con el cabello peinado con los dedos, la ropa de ayer que aún huele ligeramente a aguarrás por haber pintado el depósito, sin maquillaje, sin armadura. Es lo más desprotegida que he estado frente a alguien desde Julian.

Algo cruza por su rostro. No es la culpa que esperaba, no es un horror posconfesión. Es algo más suave e infinitamente más

peligroso. La mirada de un hombre que ve a una mujer en su cocina por la mañana y la desea tanto que el deseo se le nota.

Lo aniquila rápido. Pero llego a captarlo.

—El café está listo —dice. Normal. Controlado. Como si yo no hubiera dormido en su cama y él no hubiera confesado haber matado a alguien y no estuviéramos parados en su cocina como dos personas que podrían pertenecer a este lugar.

El crucifijo observa desde el umbral mientras camino hacia la mesa. Cristo en agonía perpetua, el cuerpo de bronce brillando bajo la luz de la mañana. Incluso las sábanas de su cama huelen a una limpieza agresiva, a jabón de barra y disciplina.

Excepto que anoche, debajo del jabón, percibí algo más. A él. No es colonia, él no usa ninguna. Solo piel. Limpia, cálida, de hombre. El aroma que se le pegaba cuando se aferraba al marco de la puerta del confesionario, cuando su control se agrietó lo suficiente como para dejarme ver qué hay debajo.

—¿Dormiste bien? —pregunto—. Pareces casi humano esta mañana.

—¿Casi?

—Bueno, todavía llevas la ropa de ayer y dormiste en un sofá que claramente te odia, así que estoy siendo generosa con la calificación.

Tomo asiento en la silla tambaleante. Él me pone el café delante. Hecho con mis granos, cargado, sin leche porque no tiene. Luego los huevos, que están completamente derrotados, servidos en un plato con pan tostado quemado.

—No tienes mantequilla —observo.

—No.

—Ni sal.

—Hay sal.

—Gabriel, esa sal caducó en 2021.

La comisura de su boca se contrae. La casi sonrisa que vi por primera vez sobre la salsa de arándanos en el banco de alimentos. Quiero hacerlo sonreír de verdad. Una sonrisa amplia, real, sin filtros. Lo quiero más de lo que quiero unos huevos comestibles.

Me como los pésimos huevos. Él come de pie.

—Siéntate —le digo.

Él me mira. Yo lo miro a él. Algo pasa entre nosotros, no exactamente una batalla, sino una negociación. Se sienta. Frente a mí. A la mesa. Como una persona desayunando con otra persona.

La sencillez de esto es casi insoportable. No porque sea incómodo, sino porque es fácil.

Las mañanas con Julian estaban coreografiadas. El café adecuado, el desayuno adecuado, la actuación de un matrimonio perfecto que estaba vacío en su centro. Esta cocina no tiene nada y, de alguna manera, se siente más llena que cualquier lugar en el que haya estado en años.

Llaman a la puerta. Ni siquiera son las ocho de la mañana.

Gabriel se levanta para atender, y mi mano va instintivamente a donde la alianza cuelga bajo mi camisa. Demasiado temprano para visitas sociales. Mi cuerpo conoce el ritmo de la amenaza: el momento inoportuno, el toque profesional. Pero Gabriel está tranquilo mientras camina hacia la puerta, y confío en su evaluación de amenazas más que en mi propio pánico.

Oigo voces. Masculinas, profesionales, el tono de una interacción de servicio. Luego movimiento. Movimiento pesado. Algo que cargan.

Voy al pasillo. Dos repartidores están maniobrando un colchón a través de la puerta principal. No cualquier colchón. Es un maldito Hästens. Julian estaría salivando ahora mismo.

Detrás del colchón: un somier. De madera oscura, sencilla, calidad sin ostentación. Del tipo elegido por alguien con dinero que no necesita que lo sepas.

Gabriel los dirige al dormitorio con autoridad tranquila. Sin alboroto, sin explicaciones. Firma algo. Ellos se van.

—Hiciste que trajeran una cama. De la noche a la mañana.

—La anterior era inadecuada —dice como si fuera obvio. Como si reemplazar muebles entre la medianoche y el amanecer fuera algo que los sacerdotes hacen.

—Gabriel. Ese es un colchón carísimo.

Él no lo niega. No da explicaciones. Solo me mira con una expresión que dice: mencionaste que la cama era mala, así que lo arreglé.

Algo cambia en mi percepción de él. He sabido que es un Delgado, he sabido que su familia tiene dinero. Pero verlo desplegarlo así, con naturalidad, con eficiencia, sin dudarlo, es diferente. Una llamada telefónica entre nuestra conversación y el amanecer. Una entrega nocturna que habrá costado un recargo. Sin deliberaciones, sin actuaciones. El reflejo de alguien para quien el

dinero es una herramienta, no una consideración. La facilidad con la que accede a cosas que la gente común no puede. Esto no es solo riqueza; son contactos, infraestructura, el tipo de poder que opera fuera de los canales normales.

Julian gastaba dinero para controlar. Cada regalo venía con hilos invisibles.

Gabriel compró una cama porque dije que la suya era mala. La sencillez del gesto, la ausencia de segundas intenciones, es lo que me cautiva. No la compró para impresionarme o para crear una obligación. La compró porque yo estaba durmiendo en ella y no era lo suficientemente buena.

No sé qué hacer con un hombre que arregla las cosas sin buscar reconocimiento.

Más tarde esa mañana, me entrega una cajita por encima de la mesa de la cocina. Adentro: un reloj. Elegante por fuera, de oro cepillado, esfera delgada. Por dentro: GPS de grado militar, botón de pánico que se activa presionando la corona tres veces, detección de impacto que alerta a un contacto preestablecido si me caigo o me golpean.

Sé lo que cuesta esto. No solo el precio, sino el acceso. Estos no se consiguen en tiendas. La seguridad de Julian los obtenía a través de canales privados. El hecho de que Gabriel hiciera que entregaran uno en la rectoría en Homestead de la noche a la mañana significa que llamó a alguien con conexiones que no tienen nada que ver con la Iglesia Católica. Alguien que responde cuando un Delgado llama, incluso a un Delgado que supuestamente ha dejado ese mundo atrás.

—Esto es…

—No es negociable —su voz es suave pero inflexible. El mismo tono del estacionamiento. No es agresivo. No es controlador. Solo seguro. La voz de un hombre que ha decidido algo sobre mi seguridad y no ofrece discusión alguna.

La palabra debería activar todas las alarmas que Julian instaló en mi sistema nervioso. Debería erizarme ante un hombre que toma decisiones sin preguntar. Pero miro su rostro y veo lo que hay debajo de la certeza: miedo. Tiene miedo por mí. El reloj no es una cadena. Es un amarre de seguridad. Y la diferencia entre esas dos cosas lo es todo.

Me lo pongo. Me queda perfecto.

—Gracias —digo—. Esto me hará sentir más cómoda cuando vuelva a la casita.

Gabriel me mira. La mirada dura demasiado, y cuando habla, su voz tiene ese matiz. No es el sacerdote. Es el otro hombre.

—No vas a volver a la casita.

Parpadeo. —¿Perdón?

—Tus cerraduras son inadecuadas. Tus líneas de visión están expuestas. No hay sistema de seguridad. No hay salida secundaria desde el dormitorio. Y esos hombres conocen la dirección. Te quedarás aquí.

No es una petición. No es una sugerencia. Es una conclusión.

La audacia debería enfurecerme. Un hombre diciéndome dónde voy a vivir. Julian lo hacía, decidía nuestro departamento, nuestro vecindario, qué habitaciones eran mías. La arquitectura del control construida decisión tras decisión.

Lo pongo a prueba. —¿Y si digo que no?

Se queda repentinamente inmóvil. —Entonces pasaré cada noche en mi auto afuera de tu casita.

Casi me río. La imagen: un sacerdote durmiendo en un sedán frente a la casita de una granja de flores, montando guardia contra criminales internacionales. Absurda y completamente sincera.

—La casita tiene un dormitorio. La rectoría tiene un dormitorio.

—Yo me quedaré en el sofá.

—Mides un metro ochenta y ocho. Ese sofá mide uno setenta.

—Me las arreglaré.

—Te vas a destrozar la espalda.

—Mi espalda no es la prioridad.

La forma en que lo dice. Tú eres la prioridad, aunque no lo diga en voz alta. La certeza de alguien que ya hizo el cálculo y tomó la decisión.

Debería pelear más. Debería insistir en mi independencia, en mi autonomía, en mi capacidad para valerme por mí misma. He sobrevivido seis meses sola.

Pero la cama es nueva. El café es bueno. Y el hombre frente a mí me está informando con calma que viviré aquí porque mi seguridad no es negociable.

Julian decía: te quedarás porque he hecho que irte sea imposible.

Gabriel dice: te quedarás o dormiré en un auto.

La diferencia lo es todo. Uno es una jaula. El otro es una elección.

—Está bien. Pero yo compraré la comida. Tu cocina es la escena de un crimen.

El alivio en su rostro, oculto rápidamente pero que llego a notar, me dice todo sobre cuánto temía que me negara.

Vamos juntos a la casita a buscar mis cosas. Él maneja. Hace otro barrido de seguridad al llegar, revisando ventanas, probando cerraduras. Sus manos se mueven con la misma precisión deliberada que vi en el estacionamiento, la misma eficiencia controlada que puso de rodillas a un profesional. Su competencia hace que apriete los muslos.

La traición de mi cuerpo es total. Estoy excitada por ver a un sacerdote revisar los seguros de las ventanas. La misma biología que respondía al control de Julian ahora responde a la protección de Gabriel. Soy exactamente quien temía ser.

Empaco. Más ropa, la computadora, artículos de aseo. La cuchara de madera de la encimera, la de la Abuela Rosa, lo único que me llevé de su cocina. La envuelvo en un paño de cocina y la guardo en el bolso. Él se da cuenta. No pregunta.

De vuelta en la rectoría, desempaco en el dormitorio con su cama nueva. Mis cosas en su espacio. Artículos de aseo en su baño, tan austero como el resto de la casa, con una sola toalla y un jabón de barra. Noto la pared donde debería haber un espejo. Un hombre que eliminó su propio reflejo. Mi champú junto a su jabón. Mi cepillo de dientes junto al suyo. La domesticidad grita más que cualquier cosa física entre nosotros.

Me apodero de su cocina. No de forma agresiva, sino orgánica. Ir al supermercado con él empujando el carrito mientras yo selecciono cebollas; guardo la imagen del Padre Gabriel con su alzacuellos comprando verduras en la categoría de "inesperadamente atractivo". Compro lo básico: aceite de oliva, ajo, pimientos, arroz, sal de verdad. Especias. Un cuenco de mangos y limas que coloco en la encimera. El primer color que ha visto esa cocina jamás.

Me pongo de puntillas para deslizar la caja de pasta en el estante superior. Gabriel estira el brazo desde atrás en el mismo instante; nuestras intenciones colisionan. Su pecho roza mi espalda. La tela de mi camisa se levanta, exponiendo una franja de piel sobre mis jeans. A él se le corta la respiración; es un sonido leve, pero en la cocina estrecha llena el espacio entre nosotros. Durante tres latidos, ninguno de los dos se mueve. El crucifijo en la pared parece inclinar

la cabeza, observando. Luego su calor se retira cuando él da un paso atrás, pero el fuego permanece en mi piel como una huella dactilar.

El arroz hierve a fuego lento en la estufa, liberando un vapor que transporta el aroma del ajo y el comino por toda la rectoría. En el reflejo de la puerta del microondas, veo a Gabriel en la mesa; sus ojos siguen el movimiento de mis manos y luego viajan a la curva expuesta donde mi cuello se une con mi hombro. No parpadea. No aparta la mirada.

Julian me vio cocinar una vez; se quedó en el umbral vigilando mis movimientos como si estuviera estudiando grabaciones de seguridad. Gabriel me mira como si estuviera memorizando una oración. No sé qué es más peligroso. El hombre que quería poseerme o el hombre que quiere devorarme.

Le tiendo la cuchara. —Prueba esto.

Él se levanta. Camina hacia mí. Prueba de la cuchara, y la proximidad —quince centímetros, mi mano, su boca— es tan intensa que siento el pulso en las yemas de mis dedos.

—Bueno —dice, con la voz ronca.

—¿Solo bueno?

—He estado comiendo huevos solos desde hace mucho tiempo. No tengo un punto de comparación.

Me río. Él casi sonríe, más cerca que antes, justo en el límite. —Siéntate. Voy a darte una comida de verdad.

Se sienta. Yo sirvo. Él come frente a mí, como una persona cenando con otra persona. Comida sencilla, arroz y frijoles. Come como si fuera lo mejor que ha probado en su vida.

La tarde cae. Los platos están en el fregadero. El frutero con mangos en la encimera resalta contra las superficies desnudas. Mis zapatos junto a su puerta. Pequeñas invasiones que cambian silenciosamente la arquitectura de su abnegación.

Lo sorprendo mirando el cuenco de mangos con una expresión que no alcanzo a descifrar. Asombro mezclado con desconsuelo. Un hombre que ve color después de mucho tiempo en la oscuridad y no confía en que vaya a quedarse.

Hora de dormir. La logística que ambos fingimos que es sencilla.

Él se queda con el sofá. Yo con el dormitorio. Igual que anoche. Él insiste. Yo lo dejo ganar porque estoy aprendiendo qué batallas importan.

Abro la puerta del dormitorio para darle las buenas noches. Él está en el sofá, con la manta, sus piernas demasiado largas colgando por el extremo. Él levanta la vista.

El pasillo está en penumbra. Llevo mi camiseta de dormir extra grande. Sus ojos recorren desde mi rostro hasta el dobladillo de la camiseta, bajan a mis piernas desnudas y vuelven a subir. El trayecto dura un segundo y le cuesta un esfuerzo visible. El crucifijo en la pared parece inclinarse hacia adelante, como testigo de este momento de deseo.

—Buenas noches, Gabriel.

—Buenas noches, Sera.

Mi nombre en su boca. Grave. Controlado. Como un hombre que se aferra a algo con las uñas.

Cierro la puerta. Me apoyo en ella. El corazón me late con fuerza.

Al otro lado: silencio. El crujido del sofá cuando él cambia de posición. Luego, nada.

Me meto en la cama nueva. Absurdamente cómoda; el contraste con la tabla de anoche resulta casi cómico.

Él está al otro lado de esa puerta. A apenas unos metros.

La puerta no tiene llave. Yo podría abrirla. Él podría abrirla. Apenas unos metros de pasillo entre nosotros, encogiéndose con cada respiración compartida en este espacio pequeño.

Y con cada hora que pasa, se siente más pequeño.

11 - Gabriel

Domingo por la mañana y hay una mujer en mi ducha.

El sonido del agua a través de estas paredes tan finas hace que mi verga se despierte antes de que esté completamente despierto. Mi ducha. Mi jabón—ella lo está usando porque el suyo, me informó con autoridad casual mientras reorganizaba mi cocina, no hace espuma bien con el agua dura.

Me siento en el sofá donde dormí—mal; esto fue diseñado por alguien que odia las columnas vertebrales—y me quedo mirando el alzacuellos en la mesilla de noche.

El agua se detiene. Pasos. Luego ella emerge en mi bata—demasiado grande, las mangas dobladas tres veces, el dobladillo arrastrándose. Su cabello gotea. Su piel brilla rosada por el calor. Huele a mi jabón, lo que significa que huele a mí, lo que significa que mi verga pasa de despertarse a estar completamente dura en segundos.

Me doy vuelta, de repente fascinado por mis llaves.

—¿Problema? —Por supuesto que lo nota. Ella sigue todo—cómo agarro los marcos de las puertas para no agarrarla, cómo he trazado rutas de escape a través de mi propia cocina para evitar rozarla, cómo no he hecho un contacto visual adecuado desde el miércoles cuando vine tan fuerte en su boca que vi a Dios.

—Necesitamos irnos en una hora —digo.

—¿Nosotros?

El seminario nunca cubrió esto: cómo explicar por qué una hermosa mujer está emergiendo de tu rectoría el domingo por la mañana. El estacionamiento lo conecta todo. Sin salida trasera a menos que ella se lance por la ventana del baño, lo que considero durante tres segundos desesperados antes de aceptar que eso sería peor.

—Te vas temprano —digo, revisando el estacionamiento a través de la ventana de mi cocina. Sin vehículos sospechosos—. A algún

lado, luego vuelves en veinte minutos, estacionas como cualquier feligrés.

Ella me mira con algo entre la diversión y la lástima.

—¿Le tienes más miedo a los hombres de Markovic o a tus propios feligreses? —pregunta.

Me rehúso a dignificar eso con una respuesta.

—¿Entonces? —insiste.

Levanto la vista. —No puedo golpear a mis feligreses hasta someterlos, así que…

Ella revisa el reloj GPS—botón de pánico sin tocar, rastreador estable. Bien. Se va a las ocho y cuarto, usando una chaqueta fina y todavía mojada de mi ducha, e intento no pensar en agua corriendo por su cuerpo, mi jabón entre sus pechos, sus manos extendiendo espuma sobre la piel que apenas he tocado.

El estacionamiento está vacío. Perfecto.

Excepto por Alma.

El sedán de Alma entra justo cuando Sera sale. A través de mi ventana, veo la cabeza de Alma girar con la rotación deliberada de una mujer adquiriendo munición. Estoy jodido por completo, y no de la manera en que mi verga ha estado rogando.

Para las ocho y cuarenta Sera está de vuelta, tomando el tercer banco mientras me pongo las vestiduras. Ella está usando un vestido simple que hace que su clériman se vea como territorio que necesito marcar con mis dientes. Su cabello se ha secado suelto. Puedo imaginar el aroma de mi jabón en ella, y mi verga responde presionando insistentemente contra mis pantalones bajo las vestiduras fluidas.

La lectura del Evangelio sale bien. Las oraciones, manejables. Luego viene la homilía.

Me dirijo al atril, abro mis notas, levanto la vista.

Ella me está mirando con su enfoque intenso, archivándome como evidencia. Aprendiendo mi cara profesional de la manera que ha aprendido cómo me veo cuando vengo.

—La misericordia de Dios no es transaccional. No la ganamos a través de—

Ella se mueve, cruza las piernas. El vestido se sube lo suficiente para mostrar la curva de su muslo, y mi cerebro se vuelve blanco. Ese es el muslo que agarré en la gala. Ese es el muslo que temblaba

cuando tenía mis dedos dentro de ella, cuando estaba tan mojada que goteaba por mi mano.

—A través de nuestras obras —logro. —Pero a través de la gracia dada libremente—

Ella se coloca el cabello detrás de la oreja, exponiendo su cuello. Estoy paralizado por la memoria: su confesión sobre Julián—"diría que me arrodillara y yo me arrodillaba, y mi coño se contraería antes de que ni siquiera me tocara". Mi verga palpita tan fuerte que tengo que agarrar el atril para mantenerme en pie.

Tres oraciones sobre misericordia caen tumultuosamente, probablemente al revés. La Sra. Álvarez se seca los ojos como si hubiera dicho algo profundo. Alma observa desde la parte trasera, claramente no creyendo nada de esto.

Cometo el error de mirar a Sera de nuevo. Ella simplemente existe, respira, es una persona en una iglesia. Pero mi mente suministra la imagen de todas formas: ella en el confesionario, mi verga desapareciendo en su boca, la manera en que su garganta trabajó para tomarme todo, cómo gimió mientras tragaba mi semen como si amara el sabor.

—Y así vemos —digo a la pared trasera— que la misericordia requiere que... que nos abramos a la gracia. Oremos.

El Padrenuestro nunca ha sido más necesario. Entrego el resto de la misa a puntos fijos en las paredes—cualquier lugar menos el tercer banco donde ella se sienta usando mi jabón como si me hubiera marcado.

Después de la misa, después de la línea de apretones de mano, Alma me acorrala.

—Esa mujer. De la cafetería.

—Ella necesitaba ayuda con—

—¿A las ocho y cuarto de la mañana? ¿Con el cabello mojado?

—No es lo que está pensando.

Su mirada dice que está pensando bastante y todo es exacto. —Padre Gabriel, te conozco desde hace tres años. Eres un hombre bueno. Cuidas de tu rebaño. Pero corres como si los demonios te persiguieran, ¿y ahora de repente hay una mujer en tu ducha?

—Una feligresa visitando la rectoría para obtener ayuda —respondo severamente.

—No soy su confesora —responde Alma, labios fruncidos—. Pero soy su amiga. Y en este momento, estoy preocupada.

Cambio mi peso, las vestiduras de repente demasiado calientes en el aire matutino. Nada escapa a la atención de Alma. Incluyendo, aparentemente, a Sera.

—Aprecio su preocupación —digo, escuchando qué tan formal sueno—. Pero no hay nada inapropiado sucediendo.

La mentira sabe a lodo. Cada segundo con Sera es inapropiado—mis pensamientos, mis sueños, la manera en que mi cuerpo responde a su mera presencia.

Los ojos de Alma se estrechan. —Ya sea que algo inapropiado esté sucediendo o no, la gente habla, Padre.

—Gracias por el recordatorio. —Mantengo mi voz pareja, profesional—. Ahora, si me disculpa, necesito prepararme para las once.

Me retiro a la sacristía, cerrando la puerta detrás de mí. Mis manos tiemblan mientras me quito la casulla, colgándola cuidadosamente en su soporte. La seda es fresca contra mis dedos, un recordatorio de mi vocación, mis promesas.

Presiono mis palmas contra la antigua mesa de madera donde generaciones de sacerdotes se han preparado para la misa. ¿Qué pensarían ellos de mí ahora? ¿Un sacerdote albergando a una mujer marcada para la muerte, una mujer que me hace cuestionarlo todo sobre lo que he construido mi vida?

La puerta se abre. No necesito volverme para saber que es Sera.

—¿Qué quería Alma?

Cierro los ojos. —Solo es protectora.

—¿De ti? ¿O de tus votos?

—Detente, Seraphina —suelto.

Me doy vuelta para enfrentarla, manteniendo la mesa entre nosotros. Su vestido se adhiere a sus curvas, modesto por cualquier estándar pero aún suficiente para hacer que mi sangre hierva.

—¿Detener qué? —pregunta, su tono ganando filos.

Niego con la cabeza.

—Es mi día más ocupado, Sera. Necesitas irte. Ve a la rectoría, quédate adentro, no te atrevas a ir a ningún lado sin mí. Volveré esta noche.

Ella abre sus labios para protestar, y me siento como un idiota por ordenarle que se vaya como su esposo solía hacerlo, pero necesito que se vaya antes de que desgarre ese bonito vestido de

verano en trozos con la mitad de mi rebaño aún parado en el estacionamiento.

Ella resopla con disgusto, pero, gracias a Dios, se va.

Paso el día encendiendo velas, arreglando flores, tomando notas, aconsejando a los dolientes, y fingiendo que mis pensamientos no están constantemente regresando a ella.

Sobrevivo con barras de muesli entre servicios, mi estómago calmado pero mi mente inquieta. Cada sonido de motor distante me tiene tenso, escuchando su auto. El reloj de seguridad ofrece cierta protección, pero no es suficiente—no con el alcance de Markovic. El hombre no construyó su imperio siendo estúpido o misericordioso.

Finalmente, es hora de cerrar la iglesia. Diez de la noche, cuando ni siquiera los pecadores se quedan despiertos.

La iglesia está vacía, oscura excepto por las pocas velas parpadeantes restantes.

Hasta que de repente se llena. Sera camina hacia adentro, sus pasos ligeros pateando por el pasillo.

No puedo evitarlo. Me doy vuelta y la observo.

Ella camina por la nave, sus dedos rozando los bancos. Se detiene en el altar. Se inclina contra él como si fuera una encimera de cocina.

—Me miraste fijamente durante tu sermón.

—Traté de no hacerlo.

—Fallaste.

—Lo sé.

—¿En qué estabas pensando? ¿Cuando perdiste el hilo?

—En tu cuello.

Ella inhala bruscamente. —¿Qué hay en mi cuello?

—Dónde pondría mi boca.

Estoy caminando hacia ella, o ella me está jalando, o la iglesia se está colapsando hacia adentro. Mi mano encuentra su mandíbula, pulgar en el punto del pulso que está acelerando.

Ella no espera. Los dedos se enganchan bajo mi alzacuellos—el alzacuellos real, usando mi autocontrol como una manija—y tira. Nuestras bocas se encuentran y es diferente de la gala. Conocemos el ritmo del otro ahora. La intimidad bajo el calor lo hace imposible de detener.

La levanto sobre el altar.

Sin pensamiento. Solo el instinto que la pone sobre la piedra, y ella está allí con sus piernas abriéndose y yo paso entre ellas como si

esto fuera para qué son los altares.

Sus piernas se envuelven alrededor de mí, jalándome contra ella, y el vestido se sube y mis manos están en sus muslos—piel desnuda, cálida, suave—y ella hace un sonido que va directamente a mi verga. Presiono hacia adelante, restregándome contra ella, dejándola sentir cuán jodidamente duro estoy, cuán desesperado estoy por estar dentro de ella.

—Gabriel —jadea, y mi nombre en su boca me hace embestir contra ella más fuerte.

Mis dedos encuentran el borde de su ropa interior—completamente mojada, completamente empapada—. "Mierda, estás tan mojada", gruño contra su boca. "¿Es en esto que estabas pensando durante la misa? ¿En ser jodida en mi altar?"

Ella gime, sus caderas rodando contra mi mano mientras empujo el tejido a un lado. Mis dedos se deslizan a través de sus pliegues mojados, encontrando su clítoris, circulándolo mientras ella jadea contra mi cuello.

—Por favor —susurra—. Necesito—

Empujo dos dedos adentro de ella y ella grita, su coño contrayéndose alrededor de ellos inmediatamente. Está tan mojada que puedo escucharlo mientras la jodo con mis dedos, el sonido obsceno resonando en la iglesia vacía. Mi pulgar encuentra su clítoris, presionando en círculos mientras mis dedos se curvan hacia adelante en ese punto que hace que su cuerpo completo tiemble.

—Eso es —murmuro contra su garganta—. Déjame sentirte. Déjame sentir cuánto quieres mi verga.

Ella se restriega contra mi mano ahora, persiguiendo su liberación, e inserto mis dedos. Ella solloza por la pérdida, pero necesito más. Necesito estar dentro de ella. Ahora.

Lucho con mi cinturón, empujando mis pantalones hacia abajo lo suficiente para liberar mi verga. Ella brota, dura y adolorida, la cabeza ya mojada con líquido preseminal. Ella mira hacia abajo y se lame los labios, y casi vengo solo por eso.

Me posiciono en su entrada. Justo allí. La cabeza de mi verga presionando contra su coño, sintiendo cuán mojada está, cuán lista.

Los labios sonrojados de su coño brillan, resbaladizos e hinchados, una invitación temblante.

Mi verga deja un rastro de líquido preseminal mientras me alineo, la punta separando sus pliegues con un brillo que coincide

con la fiebre en sus ojos.

Sus muslos tiemblan, apretando mis caderas, su coño rosado y abierto, pulsando contra mi corona, desesperado por tragarme hasta la raíz.

El momento rebosa de anticipación, como esperar a que una tormenta se rompa sobre el horizonte, el aire pesado con la electricidad del deseo y la promesa de liberación. Mi verga palpita contra ella, ansiando estar dentro de ella, y puedo sentir su humedad invitándome adentro. Un momento de necesidad pura y sin adulteraciones, dos cuerpos en el borde del éxtasis.

Una embestida y ocho años de celibato terminan en el altar donde sirvo comunión.

No puedo.

Mi cuerpo se bloquea. No voy a—no puedo. Un disyuntor disparándose. Ocho años de votos, y este es el que no puedo romper. La línea final.

Ella siente que me detengo, ve la guerra en mi cara. —Está bien — susurra, entendiendo.

No puedo avanzar y no puedo soltarla y no puedo dejar de querer —

Así que me dejo caer de rodillas.

La posición de oración, de adoración. Sus manos encuentran mi cabello mientras se da cuenta de lo que estoy a punto de hacer.

—Abre más las piernas —ordeno, y ella obedece instantáneamente, el vestido acumulándose alrededor de su cintura.

Empujo su ropa interior completamente a un lado y solo la miro por un momento. Su coño es perfecto—rosado e hinchado y brillando de excitación. Puedo ver su clítoris, duro y rogando ser succionado. Me inclino hacia adelante e inhalo su aroma, el olor de su excitación haciendo que mi verga gotee contra mis pantalones.

—Por favor —gimotea—. Gabriel, por favor—

Presiono mi boca contra su coño y ambos gemimos. Ella tiene un sabor increíble—dulce y almízcaro y adictivo. Lamo desde su entrada hasta su clítoris en un solo trazo largo, y sus muslos se cierran alrededor de mi cabeza mientras ella grita.

Como su coño como si me estuviera muriendo de hambre. Mi lengua rodea su clítoris antes de succionarlo en mi boca, y ella casi se cae del altar. Sus manos aprietan mi cabello, tirando lo suficiente

para lastimar, y el dolor solo me hace más desesperado por probar cada centímetro de ella.

—Oh Dios —jadea—. Oh mierda, tu boca—

Empujo mi lengua dentro de ella, jodiéndola con ella mientras mi nariz presiona contra su clítoris. Ella está tan mojada que está goteando por mi barbilla, y quiero ahogarme en ella. Mis manos agarran sus muslos, abriéndola más, abriéndola completamente a mi boca.

Deslizo dos dedos dentro de ella mientras mi lengua trabaja su clítoris, curvándolos hacia adentro. Su coño se contrae alrededor de mis dedos, y puedo sentir cuán cerca está.

—Eso es —murmuro contra ella—. Ven para mí. Ven en mi lengua mientras estás extendida en mi altar.

Succiono su clítoris duro mientras mis dedos bombean más rápido, y ella se hace añicos. Su espalda se arquea, su coño pulsando alrededor de mis dedos mientras viene con mi nombre en sus labios —no Padre, solo Gabriel, hecho trizas por el placer. Mantengo mi boca en ella, prolongando su orgasmo hasta que tiembla y empuja mis hombros.

Me quedo allí, cara presionada contra su muslo, respirando su olor, mi verga tan dura que duele. No paz—estoy desesperado por joderla. Pero claridad. La geometría de la adoración completamente reescrita.

Ella corre sus dedos a través de mi cabello, suave ahora. Cuando levanto la vista desde mis rodillas, sus ojos están mojados con algo que no tiene nada que ver con el orgasmo y todo que ver con lo que esto significa.

Me levanto, la ayudo a bajar. Ella alcanza mi verga, claramente visible tensándose contra mis pantalones, pero le agarro la muñeca.

—Todavía no —digo, aunque me mata—. Cuando finalmente te joda, no será porque pierda el control. Será porque elijo hacerlo.

Caminamos de vuelta en silencio. En su puerta, en mi sofá, los pocos metros entre nosotros que ambos sabemos que es ficción ahora.

—Buenas noches, Gabriel.

—Buenas noches, Seraphina. Mi ángel.

La puerta se cierra. No me ducho—quiero su sabor en mi lengua mientras yago despierto con mi verga adolorida. Me acaricio una vez,

dos veces, luego me detengo. La negación es parte de ello ahora. Cuando finalmente la tenga, quiero estar desesperado por ello.

Soy un sacerdote que acaba de hacer venir a una mujer en mi altar, y lo que siento no es culpa.

Cada misa a partir de ahora, estaré parado detrás de ese altar sabiendo exactamente cómo sabe ella. Cada "Cuerpo de Cristo" llevará la memoria de un cuerpo diferente, una comunión diferente.

El altar ha cambiado. La confesión se acerca.

Y cuando—si—finalmente ceda a ello, voy a joderla tan fuerte que olvide que alguna vez hubo un tiempo en que fuéramos extraños.

12 - Seraphina

Los golpes en la puerta no son los habituales.

Apostaría mil dólares a que Alma llega con el golpe firme y rítmico de una mujer que considera las puertas cerradas como un insulto personal. Y la señora Herrera tendría un toque tentativo, de disculpa, acompañado de un guiso. Estos golpes son diferentes. Tres toques secos. Precisos. Impacientes. Los golpes de alguien que espera que las puertas se abran y no tiene tiempo para esperar.

Gabriel está en la otra habitación atendiendo una llamada de la parroquia. Yo estoy en la mesa de la cocina con mi computadora y el anillo de Julian, mientras el café se enfría. Miro hacia la puerta. Los golpes vuelven a sonar. La misma cadencia. La persona al otro lado no piensa irse.

No abro. No es mi casa. Pero de repente soy consciente de que estoy sentada en la cocina de un sacerdote un lunes por la tarde con mi computadora, mi taza de café, mis zapatos junto a la puerta y un tazón de mangos en la encimera, y quienquiera que esté llamando está a punto de verlo todo.

Gabriel aparece desde la otra habitación. Mira hacia la puerta. Algo cruza su rostro, no es exactamente reconocimiento, sino la tensión que precede al impacto. A través de su alzacuellos, puedo ver cómo se acumula la tensión en sus hombros, la misma preparación para la acción que vi en el estacionamiento cuando aquellos hombres vinieron por mí. Mi cuerpo responde de inmediato, no con miedo, sino con esa punzada enfermiza de anticipación. Peligro a la puerta, y Gabriel preparándose para enfrentarlo, y que Dios me perdone, mis muslos se aprietan ante la imagen.

Él abre.

El hombre en el umbral no pertenece a Homestead. No pertenece a ninguna vida pequeña y tranquila.

Alto. Un metro ochenta, pero construido para parecer más alto, con la postura de un hombre que jamás se ha encorvado en su vida. Cabello rubio, impecable, el tipo de arreglo que requiere tanto

vanidad como disciplina. Ojos azules que ya han evaluado la habitación, las salidas y a cada persona en ella antes de que su segundo pie cruce el umbral.

Lleva un traje. No uno de tienda departamental, sino uno de verdad. Italiano, porque cinco años con Julian me enseñaron a identificar la sastrería como los sumilleres identifican el vino. Gris marengo, de corte entallado, sin corbata. Un reloj costoso en su muñeca. Zapatos de cuero, lustrados, hechos a mano en algún taller. Sin colonia, solo el olor de tela de calidad y cuero mezclándose con el aroma familiar de Gabriel a incienso y jabón.

Parece alguien que debería estar dirigiendo una empresa de la lista Fortune 500. O un país.

También parece furioso. No de esa manera explosiva, sino con algo más frío. La furia de un hombre que ha cargado con algo pesado durante mucho tiempo y ha manejado cuarenta y cinco minutos para depositarlo en la puerta de alguien más.

—Gabriel. Una sola palabra. Su voz hace juego con el resto de su apariencia: baja, controlada, pulida como una cuchilla.

La postura de Gabriel cambia. No es defensiva exactamente. Es de resistencia. La forma en que uno se planta cuando alguien a quien respetas ha llegado para pedirte cuentas. La distancia cuidadosa que mantiene me lo dice todo. Esto no es una amenaza de la que deba protegerme, esto es algo completamente distinto. Mi pulso se acelera de todos modos, observando a Gabriel navegar por cualquier campo minado que acaba de entrar por su puerta.

—Logan.

El hombre entra. Sus costosos zapatos suenan fuera de lugar en los suelos desnudos de la rectoría, demasiado deliberados. Sus ojos hacen un barrido por el espacio: paredes desnudas, crucifijo, pasillo vacío. Luego la cocina. El tazón de mangos. Las especias. Mi computadora en la mesa. Mis zapatos junto a la puerta.

Sus ojos aterrizan en mí.

La evaluación tarda unos dos segundos. No es la forma en que los hombres suelen mirarme, sin deseo, sin tasarme. Me mira de la forma en que yo miro a la gente: leyendo los datos, haciendo el cálculo, archivando el resultado. Pero también hay algo más allí, un destello de interés, no sexual sino estratégico. Como si hubiera encontrado una variable inesperada en una ecuación que creía haber resuelto.

—Soy Sera —digo—, porque el silencio se está convirtiendo en una tercera presencia en la habitación. Mi taza de café tiembla ligeramente en mi mano, no lo suficiente para que lo noten, pero sí lo suficiente para saber que mi cuerpo ha reconocido el peligro antes de que mi mente lo procese.

—Logan Cruz.

Él me ofrece la mano. El apretón es breve, firme, profesional. Pero lo mantiene una fracción de segundo más de lo necesario, y su pulgar roza mi punto de pulso. Comprobando mi ritmo cardíaco. Archivando esos datos también.

—Interesante —murmura, con la mirada alternando entre nosotros. —El sacerdote se consiguió una huésped. Hace una pausa, y su sonrisa es afilada. —¿O debería decir que el heredero Delgado encontró una mujer por la que vale la pena romper los votos?

Gabriel se queda inmóvil a mi lado. No una inmovilidad de sacerdote. Es la de un depredador. —Ten cuidado con lo que dices, Logan.

La amenaza en su voz hace que el calor se acumule en mi vientre. Incluso ahora, incluso ante alguien de su propio mundo, Gabriel lucharía por mí. El saberlo es embriagador.

La sonrisa de Logan se ensancha ligeramente. —Ahí está. Me preguntaba si quedaba algo del viejo Gabriel bajo ese alzacuellos.

Se vuelve hacia Gabriel, descartándome con eficiencia. Pero lo capté, la forma en que sus ojos se demoraron en donde Gabriel estaba parado, leyendo el instinto protector incluso sin el posicionamiento físico. También ha archivado eso. Logan Cruz no pasa nada por alto.

Logan deja una carpeta en la mesa de la cocina. De cuero, con monograma, noto que no son sus iniciales. Un escudo familiar. El peso de la carpeta al golpear la mesa se siente significativo, como si estuviera imponiendo una obligación que Gabriel no puede rechazar. Todo en este hombre indica que sus acciones no pueden ser ignoradas.

—La directiva médica de tu padre necesita una actualización. Su oncólogo recomienda un cambio a cuidados paliativos—. Logan abre la carpeta, extrae documentos y los despliega con eficiencia. —La enmienda del poder notarial está en la página tres. La modificación del fideicomiso patrimonial está detrás. Los abogados de tu padre necesitan esto para el miércoles—.

Las palabras son clínicas. Profesionales. Pero el subtexto grita: tu padre se está muriendo y yo soy quien se encarga de ello porque tú estás aquí.

Gabriel mira los documentos. Su mano se extiende hacia los papeles y duda, solo una fracción de segundo, antes de tomarlos. Observo sus manos, las mismas manos que hicieron que me desmoronara en su altar anoche, ahora firmando documentos sobre la muerte de su padre. El contraste hace que algo se retuerza en mi pecho.

—¿Dónde está Marisol? —pregunta Gabriel.

—En Chicago. Está con Nico, visitando a su familia. Los Rosettis querían pasar más tiempo con ella, ahora que están casados —continúa Logan, y la palabra detona en mi pecho.

Rosettis.

Mi cuerpo se queda frío y luego arde. La taza de café casi se me escapa de la mano. La dejo con cuidado, usando el movimiento para ocultar mi reacción, pero mi pulso martillea tan fuerte que estoy segura de que pueden oírlo.

Los Rosettis. Conozco ese nombre como conoces el nombre de un país que has visitado; no por las noticias o la reputación, sino por experiencia propia. Ellos dirigen Il Lusso, el club más exclusivo de Nueva York, solo por invitación, una fortaleza de terciopelo en el Upper East Side donde Julian recibía la llamada tal vez dos veces al año y la trataba como una citación de Dios.

Fui dos veces. Ambas del brazo de Julian, usando vestidos costosos, entrando en una habitación que vibraba con la frecuencia del dinero viejo, serio y peligroso. Recuerdo: madera oscura, luz tenue, el silencio que los lugares caros cultivan. Hombres con trajes que hacían que el de Julian pareciera barato. Mujeres que eran hermosas o poderosas, y usualmente ambas.

Los Rosettis son italoamericanos. Tienen familia en Chicago, Nueva York y Dios sabe dónde más. De múltiples generaciones. El tipo de familia que los artículos de los periódicos describen como de "presuntos" y "supuestos" vínculos porque probar algo es problema de alguien más. Operan a un nivel al que el mundo de Julian aspiraba; no el trabajo sucio de mover dinero y gestionar matones, sino el aire enrarecido por encima de eso, donde el poder está tan establecido que no necesita anunciarse.

Y Marisol Delgado está en Chicago. Casada con uno de ellos. Visitando a la familia.

Lo que significa que el imperio Delgado, la familia de Gabriel, el nombre en la Fundación, el patriarca moribundo cuyos formularios médicos están esparcidos sobre la mesa de la cocina, está conectado con los Rosettis. No de forma adyacente. No casualmente. Tan íntimamente que la hija está de visita, siendo bienvenida al círculo.

Se me seca la boca. El mundo de Gabriel acaba de expandirse en mi mente de "familia rica de Miami" a algo significativamente mayor. El sacerdote con el alzacuellos no es solo el hijo de un hombre rico que huyó. Es el hijo de una familia que se sienta a la misma mesa que los Rosettis. El mismo ecosistema que Il Lusso. El mismo estrato de poder que Julian pasó toda su carrera tratando de alcanzar.

Lo archivo. Todo. El nombre Rosetti, la conexión, la escala. Lo archivo bajo el nombre de Gabriel y pienso que la distancia entre el hombre que me preparaba huevos malos ayer por la mañana y el mundo del que proviene es más grande de lo que comprendía.

Un escalofrío de comprensión recorre mi columna. Básicamente me estoy acostando con un hombre cuya familia podría descubrir con quién estuve casada. Quiénes podrían, si así lo decidieran, entregarme a los Markovics en bandeja de plata.

Los dedos de Gabriel rozan los míos bajo la mesa, brevemente, ocultos a la vista de Logan, pero el toque nos estabiliza a ambos. Ha notado mi reacción, ofreciendo consuelo sin romper su conversación. El pequeño gesto hace que sienta un nudo en el pecho.

Gabriel lee los documentos y luego firma donde se le indica. Logan observa con una inmovilidad que reconozco, la inmovilidad de alguien que se guarda algo. El papeleo es la excusa. El cargamento real es otra cosa.

La transacción casi ha terminado, los papeles están firmados, la carpeta cerrada, cuando Logan dice, sin levantar la vista:

—Ella está bien, por cierto. Ya que no preguntaste.

La temperatura desciende. La mano de Gabriel se aprieta sobre la pluma.

—Iba a preguntar.

—¿Cuándo? ¿Antes o después de que desaparecieras por otra década?

Las palabras son suaves. Eso es lo que las hace devastadoras. Logan no levanta la voz, pero suelta la frase con el mismo control

pulido.

La voz de Logan permanece nivelada, pero por debajo escucho algo crudo.

—Vi a tu hermana pasar por casi una década de clubes, tabloides, sustancias que no podría identificar y hombres que no merecían respirar el mismo aire que ella. Años de presentarme en La Sirena a las dos de la mañana porque nadie más lo hacía. Noches interminables de meterla en autos a la fuerza, limpiar sus desastres y mentirle a tu padre sobre lo mal que estaba la situación.

Ver a Gabriel recibir el castigo verbal de Logan hace que algo se retuerza en mi pecho. Este es el hombre que se puso de rodillas por mí en un altar, y ahora le están recordando a cada persona a la que le falló antes que a mí. Quiero defenderlo. Quiero huir. Quiero tomar su mano y decirle a Logan que Gabriel lo está intentando, Dios, lo está intentando, pero esa no es mi historia para contar. En cambio, me acerco más a él, solo un poco, dejando que mi rodilla presione la suya bajo la mesa. Él no lo reconoce, pero siento que la tensión en su cuerpo cede una fracción.

El silencio hace el resto del trabajo.

—Ahora está mejor. Se reconstruyó a sí misma. Nico ayudó. Yo ayudé. Tú no. Tú estabas aquí. Mira a su alrededor, la rectoría, las paredes desnudas, la cocina vacía que apenas he comenzado a llenar. —Haciendo lo que sea que sea esto.

El gesto lo abarca todo: el sacerdocio, el autocastigo, el exilio de ocho años. La mano de Logan barre la rectoría como si fuera evidencia en un caso que ha estado armando desde que Gabriel se fue.

Gabriel no dice nada durante un largo rato. Luego, en voz baja:

—Tienes razón.

No es lo que Logan esperaba. Puedo verlo, el cambio mínimo en su compostura, el medio segundo en el que el argumento preparado se encuentra con una admisión en lugar de una defensa y no sabe dónde aterrizar.

—Sé lo que hice —dice Gabriel. —Sé lo que le costó a ella. Sé lo que te costó a ti. La abandoné cuando me necesitaba. No tengo defensa para eso.

Logan lo mira. La furia sigue ahí. Años de furia no se evaporan porque alguien esté de acuerdo contigo. Pero algo más entra en su expresión. No es perdón, es demasiado pronto para eso.

Reconocimiento, tal vez. El admitir que el hombre sentado frente a él no es el hombre que se marchó.

Sus ojos se desvían hacia mí.

—Tenga cuidado, señorita Sera —dice Logan, con un tono que lleva una advertencia envuelta en seda. —Los hombres Delgado tienen el hábito de destruir a las mujeres que aman.

Gabriel se mueve de nuevo, regresando esa tensión de depredador. —Logan.

Él recoge la carpeta. Endereza los papeles. Recompone su exterior profesional.

—Miércoles —dice. —Los abogados necesitan eso para el miércoles. Enviaré a un mensajero a recogerlos.

Gabriel acompaña a Logan a la puerta. Intercambian palabras que no puedo oír, bajas, privadas, con la frecuencia de dos hombres que tienen más por decir de lo que una sola visita puede contener. Me quedo en la mesa, tratando de calmar mi pulso acelerado, tratando de procesar la conexión con los Rosetti y lo que significa para mi seguridad. Para la de Gabriel. Para lo que sea que esto entre nosotros se esté convirtiendo.

Pero Logan, al salir, se detiene en el umbral de la cocina. Me mira. La evaluación completa de nuevo, pero esta vez la mantiene un instante más. Sostengo su mirada con firmeza, aunque mi corazón martillea.

—La cocina se ve diferente —dice. A mí, no a Gabriel.

—Compré provisiones —digo.

La comisura de su boca se mueve. No es una sonrisa. Logan Cruz no parece un hombre que sonría casualmente. Es algo más seco.

—Siga comprándolas—, dice. Luego, más suave, casi gentil: —Él necesita a alguien que no tenga miedo de lo que solía ser—.

Y se marcha.

La puerta se cierra. Gabriel se queda de pie en el pasillo. La rectoría vuelve a estar en silencio. Nuestra burbuja, que Logan perforó durante cuarenta y cinco minutos, se está reformando. Pero el aire en su interior ha cambiado. Es más denso ahora, cargado con todo lo que Logan reveló y todo lo que aún estoy procesando.

Gabriel regresa a la cocina. Se sienta. Parece más pesado. El peso de la visita de Logan se asienta sobre él como sedimento. Sin pensarlo, busco su mano, no a través de la taza de café esta vez, sino directamente, piel con piel. Sus dedos se cierran alrededor de los

míos de inmediato, desesperadamente, como si yo fuera lo único que lo mantiene anclado.

—Logan es nuestro gerente de operaciones—, dice. —Él dirige La Sirena, el club de mi hermana. Lo ha estado dirigiendo todo, en realidad, desde que mi padre se enfermó—.

Ese "nuestro" aterriza. No "de ellos". Nuestro. La familia no es algo que él dejó atrás. Es algo a lo que está atado, y la cuerda ha estado allí todo el tiempo.

Aprieto su mano. Siento el peso de su culpa, su dolor, todo eso fluyendo a través de nuestros dedos entrelazados. Incluso con la revelación de Logan sobre los Rosettis, incluso con mi mundo inclinándose sobre su propio eje, todo lo que quiero en este momento es aliviar su dolor.

Él me atrae hacia sí, y voy de buena gana, terminando en su regazo, sus brazos a mi alrededor, mi rostro hundido en su cuello. Lo aspiro: incienso, jabón y, por debajo, él, solo Gabriel. No el sacerdote, no el heredero Delgado. El hombre que me sostiene como si yo fuera la única cosa real en su mundo.

—Los Rosettis—, susurro contra su piel. —Tu familia conoce a los Rosettis—.

Sus brazos se aprietan. —¿Eso te asusta?—.

Me aparto para mirarlo. Sus ojos oscuros escudriñan los míos, y veo el miedo allí; miedo de que huya, de que esto sea demasiado, de que su mundo sea demasiado peligroso.

—Todo sobre ti me asusta—, le digo con honestidad. —Y parece que no puedo mantenerme alejada—.

13 - Gabriel

Lunes por la noche, y ella me está enseñando a hacer sofrito. Estoy fracasando.

—Muy grandes —dice, observándome picar ajo como si estuviera desactivando una bomba—. No estás construyendo muebles. Solo pica.

La cocina huele a algo extraño: cebollas, pimientos y ajo sofriéndose en aceite de oliva. Ella se mueve a mi alrededor con una autoridad natural, ajustando la llama, añadiendo ingredientes por instinto más que por medida. Cada vez que gira del mostrador a la estufa, casi chocamos. La cocina es demasiado pequeña para dos personas, o tal vez yo estoy demasiado consciente de su proximidad. Su cadera roza la mía cuando intenta alcanzar algo a mi lado, y mi verga se agita ante el contacto, instantáneo, innegable; mi cuerpo responde al suyo como si hubiera sido programado.

—Prueba —ordena, extendiendo la cuchara de madera.

Pruebo. El sabor explota en mi lengua: vivo y complejo. Un picor, una profundidad y un placer que había olvidado que la comida podía proporcionar. Mi rostro debe mostrar la sorpresa porque ella se ríe, de forma genuina y espontánea, y el sonido hace que quiera presionarla contra el mostrador y descubrir qué otros sonidos emite.

—Eso es lo que se supone que debe hacer la comida —dice ella—. Hacerte sentir algo.

La cuchara que está usando es vieja, de madera oscura desgastada hasta quedar suave. La he notado desde que se mudó, apoyada contra la pared como un testigo silencioso.

—Esa cuchara tiene historias —digo.

Ella revuelve el sofrito, pensativa. El movimiento hace que sus pechos se desplacen bajo su blusa. No lleva brasier; puedo ver sus pezones a través del fino algodón, y tengo que apartar la mirada antes de que mi verga se ponga más dura. —Era de mi abuela Rosa. Ella me enseñó a cocinar con esta cuchara.

Mientras revuelve, las historias brotan como el vapor. Su voz se suaviza cuando menciona a Hialeah.

—La cocina de mi abuela era diminuta. Las paredes se pusieron amarillas tras décadas de ajo y orégano.

Me muestra cómo Rosa se ponía detrás de ella, rodeándola con los brazos para guiar sus manos pequeñas.

—Así —dice, y siento su aliento cálido contra mi cuello.

Se sube la manga, revelando una mancha de piel arrugada del tamaño de una moneda de plata en su antebrazo.

—Tenía nueve años. Agarré una olla de cobre. —Su dedo recorre el borde de la cicatriz—. Rosa la cubrió con el aloe de la planta que tenía en su ventana. «Ahora ya sabes lo que la estufa puede hacer», me dijo. «Respétala».

Hace una pausa, con los ojos fijos en la olla burbujeante. —Ella solía decir que algunas personas arden con fuerza —su dedo rodea la cicatriz distraídamente—. Que deben tener cuidado de no quemar todo lo que tocan.

Se me cierra la garganta. El rostro de Isabella parpadea tras mis ojos.

—Julian odiaba mi comida —continúa, y su voz se endurece—. Primero fue «probemos ese lugar nuevo en el centro comercial». Luego, de repente, teníamos reservaciones todas las noches. —Su cuchara de madera raspa el fondo de la olla con una fuerza innecesaria—. Mis habilidades culinarias se llenaron de polvo mientras comíamos en restaurantes con estrellas Michelin. Cuando mencionaba visitar a Rosa, él fruncía el ceño. «Siempre regresas tan… callada», decía. «Me preocupa tu estado de ánimo».

—Cuando Rosa se enfermó, yo estaba comiendo comida de catering en el penthouse de Julian. —Su voz se vuelve plana, informando hechos—. Llegué horas tarde. Ella había estado cocinando frijoles negros. Todavía estaban en la estufa. El departamento olía a mi infancia y me senté en el piso de esa cocina sosteniendo esta cuchara y finalmente entendí lo que él me había arrebatado.

Dice esto con sencillez, sin dramatismo, es la pura verdad. El sofrito se está quemando mientras me quedo aquí parado como un idiota, tratando de no pensar en su boca. Lo revuelvo, y de repente el acto cobra peso: participar en lo que Julian intentó borrar. Cada

corte torpe, cada probada vacilante; aprendiendo el placer de una mujer a la que se le negó sistemáticamente.

—Cuéntame de los frijoles —digo.

Lo hace. La receta de Rosa emerge mientras cocinamos, la cocina se llena de vapor y especias y de algo que huele a un hogar que ninguno de los dos ha tenido en años. Ella se estira frente a mí para alcanzar la sal, su pecho presionando contra mi brazo, y mi verga se pone completamente dura. Agarro el borde del mostrador, con los nudillos blancos, luchando contra el impulso de girarla y saborear el punto donde su cuello se une con su hombro.

El martes por la mañana, salimos a caminar por el pueblo. Un momento mundano que se siente como una cita porque ella está a mi lado a la luz del día, no en la iglesia, no sirviendo comida a los hambrientos. Solo caminando por la calle principal mientras Homestead saca sus conclusiones.

Estamos casi de vuelta en mi auto cuando lo veo. Un camionero, apoyado en su vehículo, del tipo que ocupa el espacio como si fuera el dueño. Sus ojos recorren a Sera desde los tobillos hasta la cara con la lentitud que los hombres como él consideran un halago.

—Qué desperdicio de cuerpo, el que tiene esa para un cura —dice, lo suficientemente alto como para que se oiga. El comentario vulgar queda suspendido en el aire como un desafío—. Podrías estar haciendo algo mejor con tu tarde, dulzura. Yo podría enseñarte.

La reacción es instantánea, volcánica, física. Mi cuerpo se prepara para la violencia antes de que mi mente intervenga: la adrenalina me inunda, mis manos se cierran en puños, cada músculo se tensa. La secuencia se desarrolla con todo detalle en mi mente. Tres pasos hacia adelante, agarrarlo por la garganta, estampar su cráneo contra la caja del camión hasta que los dientes se dispersen como dados, hasta que su boca vulgar no pueda articular palabras, hasta que comprenda que Sera es mía y que su comentario acaba de firmar su sentencia de muerte.

No me muevo.

El alzacuellos me retiene. No es la fe, es la tela. El alzacuellos que todos en este pueblo reconocen, que significa algo para la comunidad a la que he servido fielmente. Si le rompo la mandíbula, si pinto su camioneta con su sangre, pierdo más que el sacerdocio. Pierdo la única identidad que he tenido desde Elena.

Me trago la violencia como si fuera vidrio roto. Mis manos permanecen a los costados, mi rostro neutral, y el esfuerzo, la disciplina de todo mi cuerpo para no destruir a este hombre, hace que mi cuello se tense con una agresión frustrada.

Mi mano encuentra la parte baja de la espalda de Sera. Un toque ligero, guiándola para pasar el camión, pasar al conductor que sigue sonriendo con suficiencia por su propio comentario grosero, y seguir por la calle. El gesto ocurre sin pensar, puro instinto, y no retiro la mano. Su calor se filtra a través de la tela hasta mi palma. Lo que significa esto, este reclamo público inconsciente, este «mía» sin palabras, me golpea solo después de que vamos caminando. Mi mano sobre su cuerpo a plena luz del día, y ella no se aparta. Se inclina hacia mí, y mi verga da un brinco ante la sumisión de ese pequeño movimiento.

El hombre grita otro comentario. Mi sangre ruge demasiado fuerte como para escucharlo, pero imagino encontrarlo más tarde, después del anochecer, enseñándole lo que sucede cuando haces comentarios vulgares sobre Seraphina.

De vuelta en la rectoría, la cocina huele a sofrito recalentado. Todo es normal, excepto que mis manos siguen temblando y me duele la mandíbula de tanto apretar y mi verga todavía está a medio endurecer por la posesión de tocarla en público.

Ella se sienta a la mesa con un café, estudiándome.

—Querías golpearlo.

Desvío el tema. —Se pasó de la raya.

—Estuviste a unos tres segundos de mandarlo al suelo. —No pregunta, me dice lo que observó—. Toda tu postura cambió. Fuiste a un lugar que no es el del Padre Gabriel, y regresar te costó todo lo que tenías.

Me siento. Ella es demasiado buena detectando mentiras, y mentirle se ha vuelto imposible.

—Sí —digo—. Quería golpearlo.

—Más que golpearlo.

—Sí. —Quería destruirlo. Quería hacerlo sangrar por mirarte, por su comentario grosero, por existir en el mismo espacio que tú—. Mucho más.

—Pero no lo hiciste.

—No.

Ella se queda callada. —Eso fue más difícil para ti que lo del estacionamiento.

Tiene razón. Lo del estacionamiento fue táctico, justificado. Esto fue personal: querer destruir a un hombre por faltarle al respeto a ella, no por protegerla de una amenaza. La diferencia entre un soldado y algo completamente distinto. Algo que se excita ante la idea de la violencia en su nombre.

—¿Cómo aprendiste eso? —pregunto—. A leer así a la gente.

Me lo cuenta. El mundo de Julian, cenas donde ella era un adorno. Aprender a rastrear microexpresiones porque ignorar las señales significaba noches malas. No violencia, Julian no era violento, sino habitaciones cuya temperatura cambiaba con su estado de ánimo, y la única forma de navegar era leyendo el clima antes de que llegara.

—Habilidad de supervivencia —dice—. Aprendí a leer a los hombres de la misma forma en que los marineros leen el clima.

—¿Qué lees en mí?

Me mira, de forma prolongada y transparente, y me pregunto si puede ver cuánto deseo ponerla sobre esta mesa y follarla hasta que grite mi nombre. Si puede leer la violencia y el hambre y la posesión, todo enredado bajo el alzacuellos.

—A un hombre que es muy bueno fingiendo ser alguien que no es. —Hace una pausa—. Pero que cada día es peor en eso.

La observación me golpea. Ella tiene razón. El alzacuellos se está resbalando, fallando, la máscara se está adelgazando. Con cada comida que cocina, cada noche con solo unos metros entre nosotros, la distancia entre el Padre Gabriel y Gabriel Delgado se reduce.

—¿Es eso un problema? —pregunto.

Lo considera genuinamente, sin fingir reflexión, e imagino deslizar mi mano por su muslo mientras ella piensa, encontrarla mojada, hacer que pierda esa cuidadosa consideración.

—Depende de quién esté debajo.

—Has visto quién está debajo.

—He visto fragmentos. El estacionamiento. La gala. El… —No menciona el altar. No dice cómo caí de rodillas y lamí su coño como un hombre hambriento—. He visto al hombre que rompe cosas y al hombre que se arrodilla. No he visto al que está en el medio.

El que está en el medio. No estoy seguro de que exista.

Después de la cena, friego el último plato mientras ella lo seca, rozando nuestros codos de vez en cuando. El agua de los trastes se ha enfriado. Me pasa una toalla sin levantar la vista, sabiendo exactamente cuándo la necesitaré. Más tarde, se acurruca en la esquina del sofá, con un libro apoyado en sus rodillas y un pie cubierto por un calcetín metido debajo de ella. La lámpara proyecta un halo alrededor de su cabello. Extiendo las hojas de presupuesto sobre la mesa, con el lápiz golpeando contra columnas de números que bailan ante mis ojos. Cada vez que levanto la vista, el espacio entre nosotros parece encogerse. El radiador hace clic. Cuando ella cambia de posición, percibo un toque de vainilla en su piel, algo más oscuro debajo, mezclándose con el persistente incienso de la iglesia en las cortinas.

Ella pasa una página. El suave susurro del papel no debería sonar erótico, pero todo lo que hace se ha convertido en un juego previo: existir en mi espacio, respirar mi aire, moverse en ese sofá de maneras que hacen que sus pechos se desplacen bajo su blusa. Mi verga se agita, mi estado constante desde que ella se mudó, esta conciencia perpetua de su cuerpo y de cuánto deseo tocarlo, saborearlo, reclamarlo por completo.

—Gabriel. —Ella no levanta la vista de su libro—. Siento que me estás mirando.

No respondo. Solo me quedo aquí sentado en silencio y deseo que ella pudiera sentir algo más de mí que eso.

14 - Seraphina

Le digo que voy a Miami a ver una galería.

La mentira se desliza de mi lengua como el agua, suave y automática. Gabriel se sienta frente a mí en la mesa de la cocina, mientras la luz de la mañana atrapa el vapor de su café. Mis frijoles, su terrible tostada entre nosotros. El tazón de mangos brilla como un pequeño sol entre nuestras manos.

—Hay una exposición que he querido ver —añado, odiando la facilidad con la que la ficción se construye sola—. Piezas contemporáneas. Podría volver tarde.

Él asiente, sin sospecha en sus ojos. —Ten cuidado en el Turnpike. Y recuerda… —Se toca su propia muñeca, donde está mi reloj—. Presiona tres veces la corona si algo se siente mal.

No pude dormir anoche. Las tres de la mañana me encontraron mirando el techo en su cama nueva. Necesito distancia. Espacio para pensar sin que su aroma llene cada respiro. Sin la conciencia constante de que él está a apenas unos pies de distancia, probablemente despierto también, probablemente luchando contra los mismos demonios. La decisión se formó antes del amanecer: Miami. Iría sola a Miami.

Reyes había programado nuestra próxima reunión para dentro de dos semanas, pero no puedo esperar tanto. No con los Markovics intensificando las cosas. No con este código ardiendo contra mi pecho. No con Gabriel mirándome como si él se estuviera consumiendo y yo fuera tanto el agua como la chispa.

Y ahora le estoy mintiendo al respecto.

—Debería irme —digo, poniéndome de pie antes de que la culpa se refleje en mi rostro—. Para evitar el tráfico de la mañana.

Él se levanta también, y por un momento pienso que va a darme un beso de despedida. La posibilidad flota entre nosotros, doméstica, normal, todo lo que no somos. En cambio, se limita a observarme mientras recojo mis cosas, con sus ojos oscuros siguiendo mis movimientos con esa intensidad que hace que mi piel se caliente.

La rectoría se encoge en mi espejo retrovisor. Gabriel se queda en el umbral, con el clériman brillando bajo el sol matutino, observando hasta que doblo en la esquina.

Para cuando llego al Turnpike, ya he guardado a la mujer que prepara sofrito en su cocina. Surge la Miami-Sera, más afilada, táctica, la máscara que odio pero que necesito.

La torre de oficinas de Reyes perfora el horizonte de Brickell. La recepcionista de pómulos arquitectónicos ya me recuerda. —Señorita Marin, el señor Reyes la espera.

Su oficina todavía huele a orquídeas. Hoy él está más cálido, más relajado. El acto de la viuda desconsolada ha funcionado. Ve a una mujer vulnerable con activos complicados, alguien a quien puede guiar. Alguien rentable.

—He estado pensando en nuestra última conversación —digo, acomodándome en la silla de cuero y cruzando las piernas de manera que sus ojos sigan el movimiento—. Sobre las opciones de almacenamiento seguro. ¿Cómo funcionan exactamente esos protocolos de la bóveda?

Él se reclina, entrando en modo profesor. Sus dedos recorren el borde de su taza de café mientras me observa, y algo en el gesto me recuerda a Julian justo antes de que me agarrara la muñeca con demasiada fuerza. A hombres como Reyes les encanta explicarles cosas a las mujeres que parecen debidamente impresionadas. Acomodo mi rostro en un gesto de interés cuidadoso mientras él habla de sistemas de acceso, variaciones de jurisdicción y capas de autenticación.

—La estructura de codificación es bastante elegante —explica Reyes, entusiasmándose con el tema—. Para máxima seguridad, las instalaciones utilizan combinaciones alfanuméricas. Por lo general, un prefijo de jurisdicción, dos letras que identifican la ubicación de la instalación. Luego un marcador de fecha, por lo general de cuando se abrió la cuenta o se depositaron los activos. Finalmente, la cadena de acceso real.

Mi corazón se detiene. Luego arranca de nuevo, martilleando tan fuerte que estoy segura de que puede ver mi pulso saltando en mi garganta. Tomo un sorbo de agua para ocultar mi reacción, pero mi mano tiembla ligeramente. Reyes lo nota; sus ojos siguen el movimiento con satisfacción, confundiendo mi impacto con nervios femeninos.

VA-11.03.18-7K4X9.

He mirado la inscripción del anillo de Julian por seis meses. La he pasado por cada cifrado, cada patrón. Y Reyes acaba de decodificarla en un solo respiro.

—Entonces el prefijo te dice dónde —digo, con voz firme a pesar de mi pulso acelerado. Me inclino un poco hacia adelante, sabiendo cómo se mueve la blusa de seda cuando lo hago. Sus ojos caen a mi pecho por una fracción de segundo—. La fecha ancla la cuenta. Y la cadena final es la llave.

—Precisamente —Reyes sonríe, complacido con su alumna—. La belleza radica en la simplicidad. Tres componentes que crean una seguridad virtualmente inquebrantable.

VA. Un código de jurisdicción. ¿Virginia? ¿Vermont? O algo completamente distinto, un código que podría llevar de vuelta al submundo de Miami. El pensamiento hace que se me revuelva el estómago. ¿Y si la bóveda de Julian se conecta con el mundo de Gabriel? Los Delgado están conectados con los Rosetti. Me enteré de eso ayer cuando Logan vino de visita y vi cómo el nombre ponía tenso a Gabriel. ¿Y si he estado durmiendo en la cama de alguien cuyo apellido familiar está escrito en los registros de Julian?

La posibilidad se asienta como una piedra en mi estómago. Los Rosetti en Il Lusso, donde Julian era convocado como si fuera a la iglesia. La hermana de Gabriel con un Rosetti en Chicago. Los círculos superponiéndose, cerrándose.

11.03.18. 3 de noviembre de 2018. Lo que sea que Julian haya depositado ese día. 7K4X9, la cadena de acceso que lo abre todo.

—Es usted muy paciente con mis preguntas —digo, tocando brevemente su mano donde descansa sobre el escritorio. El contacto hace que la piel se me erice, pero lo mantengo por dos segundos—. Julian nunca me explicó nada de esto.

—Su esposo quería protegerla de realidades feas —dice Reyes, girando su mano para capturar la mía. Su palma está húmeda. Pero una mujer como usted… es más fuerte de lo que él creía, ¿verdad?

Saco mi mano con cuidado, sonriendo. —Estoy aprendiendo a serlo.

Reyes programa nuestra próxima reunión. Dentro de dos semanas. Cuando me acompaña a la puerta, su mano busca mi espalda baja, presionando de una forma que me dan ganas de ducharme. Sonrío y no me inmuto.

En el ascensor, me apoyo contra la pared de espejos y cierro los ojos, con los dedos presionando el anillo de Julian a través de la tela. El código ya tiene estructura. La estructura lleva a la ubicación. La ubicación lleva a la bóveda. La bóveda lleva a la libertad o a una bala. Pero al menos estoy avanzando.

Mis manos tiemblan mientras manejo de regreso a Homestead. Pero mi cuerpo siente algo más, esa enfermedad que le confesé a Gabriel en la oscuridad. He sido cazada por profesionales y una parte de mí se siente viva con eso, vibrando por la proximidad al peligro. Odio esto de mí misma, este cableado retorcido que hace que me humedezca cuando debería estar aterrada.

No puedo ir a la rectoría así. No puedo entrar por la puerta de Gabriel vibrando con adrenalina y con el sabor del mundo de Julian todavía cubriéndome la lengua como el cobre. Necesito respirar. Despojarme de la Miami-Sera antes de poder ser la mujer que busca su mano durante el café de la mañana.

La iglesia se alza contra el cielo que se oscurece, y mi cuerpo se dirige hacia ella sin permiso. Igual que al confesionario, igual que al restaurante. Voy a donde necesito estar.

Pasadas las nueve. El edificio debería estar cerrado, pero la puerta lateral está abierta. Gabriel está haciendo sus rondas nocturnas, revisando velas, asegurando ventanas; la rutina que he memorizado de observarlo.

Entro.

La nave está a oscuras, excepto por la lámpara del sagrario y unas pocas velas moribundas. El aroma familiar del incienso se mezcla con el olor a jabón que se adhiere a él, llenando el espacio con nuestra presencia combinada. Las sombras se acumulan entre los bancos. El silencio no está vacío, sino lleno, cargado con cada confesión y transgresión que estos muros han presenciado.

Él está cerca del altar, de espaldas a mí, revisando algo en la entrada de la sacristía. El altar donde se presionó contra mí, donde casi todo sucede. Mi cuerpo recuerda su peso, su calor, el momento devastador en que retrocedió, incapaz de cruzar esa línea final.

Se gira. Me ve.

Todavía llevo puesta mi armadura de Miami. Blusa de seda, falda a la rodilla, los aretes de mi antigua vida. Me veo como la mujer de la gala, no como la de su cocina. Sus ojos registran la diferencia, asimilando lo que significa, ese barrido que reconozco desde el

estacionamiento, buscando lesiones, miedo, los indicios de peligro inmediato.

—¿Cómo estuvo la galería? —pregunta.

La mentira flota entre nosotros como algo podrido.

—No fui a ninguna galería.

La confesión sale sin planearla. He mantenido esta división por semanas, les he mentido a todos. Pero estoy aquí, en esta iglesia oscura donde hemos intercambiado nuestras peores verdades, y estoy cansada. Cansada hasta los huesos. Cansada del alma. El agotamiento de mantener dos versiones de mí misma finalmente pesa demasiado para cargarlo.

—Tuve una reunión en Miami. De negocios. —Trago saliva con dificultad—. Es complicado y no estoy lista para explicarlo todo. Pero no quería mentirte otra vez.

Otra vez. La palabra queda suspendida, reconociendo la ficción de la galería y cualquier otra cosa que esté escondiendo. La división existe. Le estoy poniendo nombre aunque no pueda derribarla.

Espero el interrogatorio. ¿Qué negocios? ¿Qué reunión? ¿Qué escondes?

En cambio, él pregunta: —¿Estás a salvo?

Sus ojos me escanean, buscando heridas, miedo, peligro inmediato. —¿Te siguieron?

No exige mis secretos. Solo: ¿estás a salvo? ¿Te siguieron? La misma prioridad que el reloj, el cerrojo, su declaración de que me quedaría en la rectoría. Mi seguridad por encima de su curiosidad. El príncipe de los Delgado haciendo evaluaciones de amenazas que un sacerdote no debería saber hacer.

—No lo sé —le digo—. Tal vez. Había autos, pero…

Él camina hacia mí. Lento, deliberado. Cada paso devora la distancia entre nosotros hasta que está lo suficientemente cerca para tocarme. Sin tocarme. El espacio entre nosotros zumba con todo lo que no se ha dicho. Puedo verlo luchando contra el impulso de cerrar la distancia. Sus manos se flexionan a sus costados, la mandíbula tensa por la contención.

—Estarás a salvo —dice en voz baja, y hay algo oscuro en su voz, el matiz que escuché en el estacionamiento—. Yo me encargaré de ello.

No "Dios te protegerá". No oraciones ni providencia. Una garantía personal de un hombre que puso a profesionales de rodillas.

Gabriel Delgado haciendo una promesa que el sacerdote no tiene autoridad para cumplir.

Lo beso.

No como en la gala, de forma desesperada y explosiva. Este beso es lento, deliberado. Doy un paso adelante, pongo mi mano en su mandíbula y presiono mi boca contra la suya. El beso de alguien que vuelve a casa. No a un edificio, sino a una persona. El lugar donde todas mis máscaras finalmente pueden caer.

Sus manos encuentran mi cintura, asentándose allí como si temiera que me fuera a disolver. Su boca se abre contra la mía y el beso se profundiza, aún sin prisas, pero el calor aumenta por debajo como el fuego bajo una sartén. Gradual, luego repentino, luego devorador.

Siento el sabor del café en su lengua y, debajo de eso, a él. Esa oscuridad que tanto se esfuerza por contener. Sus dedos se aprietan, clavándose en mis caderas con una necesidad apenas contenida. Me rindo al agarre, presionándome más cerca en lugar de alejarme. Mis dedos se deslizan desde su mandíbula hasta su cabello, espeso y suave. Su respiración se fractura, se vuelve errática.

La iglesia vacía nos rodea. El confesionario donde empezó esto, el altar donde se arrodilló por mí. Toda nuestra geografía de transgresión trazada en un espacio sagrado. El beso cambia; la lentitud da paso a algo más decidido. No es una caída, sino un caminar hacia adelante con los ojos abiertos.

Sus manos se deslizan hacia mis caderas, apretando con más fuerza, posesivamente. Mi espalda choca con la madera fría del extremo de un banco, y el escalofrío a través de mi blusa me hace jadear. Él se presiona contra mí, sólido y cálido, y siento su miembro duro a través de nuestra ropa. El recuerdo del altar me inunda de golpe. Él justo ahí, pero incapaz de cruzar esa línea; el interruptor que nos salvó a ambos y nos condenó a pasar días rondándonos como lobos.

Me aparto lo suficiente para ver su rostro. Sus ojos están oscuros, completamente abiertos. Simplemente el hombre que hay debajo, hambriento y desesperado y harto de fingir.

Mis dedos encuentran su garganta.

El clériman está allí, blanco y absoluto. El candado, la barrera, lo que lo mantiene aparte. Mis dedos descansan sobre la tela. Es más áspera de lo que esperaba, un algodón resistente suavizado por los

años de uso. Debajo de ella, su pulso martillea como algo salvaje que intenta escapar. El ritmo vibra a través de mis yemas. Rápido, desesperado, vivo. La pregunta se forma en mis ojos sin palabras.

¿Puedo quitar esto?

Él se queda absolutamente quieto. Un hombre al borde de algo irreversible. Yo y lo que sea que venga después. Puedo sentir la guerra dentro de él a través de mis dedos. El sacerdote luchando contra el hombre, los votos luchando contra el hambre, todo lo que ha construido batallando contra todo lo que desea.

Espero. Esta tiene que ser su elección. No una debilidad ni un quiebre. Una puerta que él mismo cruce.

Su mano cubre la mía sobre el alzacuellos.

Por un momento pienso que apartará mis dedos, reafirmando el límite. En cambio, su mano se cierra sobre la mía con deliberación cuidadosa. El permiso es silencioso pero absoluto.

Entonces hace algo que me detiene el corazón.

Presiona mi mano más cerca.

El gesto es pequeño. Su palma sobre mis nudillos, presionando mis dedos con más fuerza contra el cuello clerical. Pero la elección que implica es enorme. No solo lo está permitiendo. Está participando. Su mano guiando la mía hacia la respuesta que ambos ya conocemos.

Bajo mis dedos, su pulso se acelera como algo enjaulado que finalmente intuye la libertad. El alzacuellos que lo ha retenido por tanto tiempo de repente se siente como papel, como un suspiro, como nada en absoluto.

Ninguno habla. No hay nada que decir que nuestros cuerpos no estén diciendo ya. La iglesia oscura es nuestro testigo. La lámpara del sagrario arde roja como un corazón expuesto.

Estamos en equilibrio sobre este momento. Él eligiendo dejar de ser el Padre Gabriel, yo eligiendo ser la mujer que lo ayuda. Mismo peso, mismo deseo. Ni él guía, ni yo lo sigo.

Solo dos personas a punto de cruzar una línea juntas, sabiendo exactamente qué espera al otro lado.

15 - Gabriel

Todo mi cuerpo la presiona contra el extremo del banco, y sus dedos están en mi alzacuellos.

Las yemas de sus dedos rozan la piel de mi cuello, y la electricidad se dispara directo a mi miembro.

Me quedo absolutamente quieto. No paralizado, sino presente. Cada batalla que he librado durante ocho años ha conducido a este umbral, y ahora que estoy aquí, el ruido se ha detenido. Sin frenéticas negociaciones espirituales. Sin regateos con Dios. Solo sus dedos en mi cuello y mi pulso martilleando bajo su tacto y la extraordinaria quietud de un hombre que ha tomado su decisión.

El alzacuellos se suelta.

Ella lo sostiene en su mano, esta tira de tela blanca que ha sido toda mi identidad. Bajo el resplandor rojo de la lámpara del sagrario, no parece nada. Una banda de algodón. Una pieza de disfraz. No lo tira ni lo rasga. Lo deposita en el extremo del banco más cercano con cuidadoso respeto.

El gesto me deshace. No está destruyendo mi sacerdocio. Lo está dejando a un lado.

Siento mi garganta desnuda, expuesta. El aire toca la piel que no ha estado al descubierto en un espacio público desde la ordenación. La vulnerabilidad de esto me hace estremecer.

Ella me mira. Me mira de verdad. No al Padre Gabriel, sino al hombre que hay debajo, y sus ojos están húmedos pero no llora.

—Aquí estás —dice, tan bajo como una oración—. Te he estado buscando.

Esta es una elección. No como fue con Elena; el control desapareciendo, las manos moviéndose sin pensar, el horror de lo que habían hecho antes de que mi mente pudiera reaccionar. Esto es cada terminación nerviosa encendida y mi mente exactamente presente para ello. Sé lo que estoy haciendo.

Mis manos encuentran su cabello, aferrándose a los espesos rizos mientras mi boca reclama la suya. La suavidad de hace unos

instantes entra en combustión en algo desesperado, hambriento. Su espalda golpea el banco detrás de ella y me presiono contra ella, con mi miembro ya erecto, incapaz de tolerar ni un centímetro de distancia.

Su lengua encuentra la mía y sabe a café y a deseo. Me froto contra ella, dejando que sienta lo mucho que me estoy excitando. Ella gime en mi boca, y el sonido se va directo a mi entrepierna.

No puedo aguantar más. Retrocedo, me siento en el duro banco de madera y la atraigo sobre mí. Su falda se sube por sus muslos mientras se sienta a horcajadas sobre mí, la tela oscura amontonándose alrededor de su cintura. Mis manos se deslizan bajo el dobladillo, encontrando el borde de encaje de su ropa interior.

—Necesito que esto desaparezca —gruño contra su boca.

Un tirón seco y la delicada tela se desgarra en mi mano. La lanzo a un lado, sin importarme dónde caiga en este espacio sagrado que estamos profanando.

Sus dedos forcejean con mi cinturón, luego con mi cierre. Levanto las caderas para ayudarla, y de repente mis pantalones están abiertos, mi miembro liberándose entre nosotros. El aire fresco golpea mi piel caliente por solo un momento antes de que su calor se cierna sobre mí.

Cuando siento que el cuero cede, siento que algo más cede con él. Toda la cuidadosa arquitectura —el cuerpo del sacerdote en una habitación, el hambre en otra, Elena en una tercera bajo llave— compartimentos que he estado manteniendo durante ocho años, y todo lo que hizo falta fueron sus manos en mi cinturón.

Ella se acomoda contra mí, sin introducirme todavía, sino descansando ahí, el calor húmedo de su sexo presionado contra mi longitud. Ambos nos quedamos inmóviles, mirando hacia abajo, donde nuestros cuerpos se encuentran. Su sexo rosado está reluciente, goteando sobre mi tronco. Ella mueve las caderas y yo gimo ante el movimiento, sus pliegues lubricados recorriendo mi miembro hacia arriba y luego hacia abajo, no más de un par de centímetros en cada dirección, pero lo suficiente para hacerme ver ángeles.

La lámpara roja del sagrario proyecta su resplandor sobre nosotros, testigo de este momento de decisión. Mi sacerdocio yace descartado en el banco junto a nosotros. Mis votos penden de un hilo.

Sus ojos encuentran los míos, interrogantes. Esperando.

—Si hacemos esto —susurro, con la voz entrecortada—, no hay vuelta atrás.

Ella acuna mi rostro entre sus manos. —No quiero volver atrás.

El mundo se reduce solo a ella: el peso sobre mi regazo, el aroma de su excitación mezclándose con el incienso, el temblor de sus muslos contra los míos.

Sujeto sus caderas, mis dedos hundiéndose en su carne suave. Un pequeño movimiento es todo lo que haría falta. Una decisión.

—Gabriel —jadea, y escuchar mi nombre —no Padre, solo Gabriel — me abre en canal.

La levanto ligeramente, posicionándome en su entrada. La punta de mi miembro separa sus pliegues, pero me detengo ahí, suspendido en el borde de este abismo.

—¿Estás segura? —pregunto, dándole una última oportunidad de salvarnos a ambos.

Su respuesta es dejarse caer, tomando solo la punta dentro de ella. El calor estrecho y húmedo casi hace que me desmorone.

—Cristo —siseo, olvidando dónde estamos, quién soy… quién era.

Sus ojos se cierran mientras se desliza más abajo, envolviéndome centímetro a centímetro hasta que estoy completamente asentado dentro de ella. La sensación es casi demasiado para soportar; como morir y renacer en el mismo instante.

Mi celibato terminando en una sola y lenta estocada. Está estrecha, tan malditamente estrecha, húmeda y caliente a mi alrededor. Su sexo agarra mi miembro como si hubiera sido hecho para mí. Tengo que detenerme, totalmente adentro, con la frente presionada contra la suya, simplemente respirando.

Está tan apretada a mi alrededor, sus paredes internas sujetándome como si nunca fueran a soltarme. No puedo respirar. No puedo pensar. La sensación es abrumadora; como ser consumido por el fuego, como ahogarse en un placer tan intenso que roza el dolor.

—Sera —gimo, y su nombre se siente como una confesión en mis labios.

Sus caderas comienzan a moverse; giros lentos y tentativos que envían ondas de choque a través de mi cuerpo. Nunca he sentido nada parecido. Esta mujer, este momento, esta profanación sagrada que de alguna manera se siente como una adoración.

La penumbra de la iglesia nos rodea, las sombras bailando en su rostro mientras se mueve. Los vitrales no reflejan nada en la oscuridad, solo vacíos negros donde los santos deberían estar observando. Pero la lámpara roja del sagrario arde como testigo de lo que hemos llegado a ser, de lo que he elegido.

Mis manos sujetan sus muslos, guiando sus movimientos mientras me cabalga. Su falda se ha amontonado más arriba, y puedo ver dónde se unen nuestros cuerpos, puedo verme desaparecer dentro de ella una y otra vez. La sola vista casi me deshace.

Estas manos que he estado castigando durante tanto tiempo, y en este momento la sostienen como si fuera algo que vale la pena tener. Y ella no se rompe.

—Gabriel —susurra, inclinándose hacia adelante para presionar su frente contra la suya—. Mírame.

Lo hago. Sus ojos están muy abiertos, las pupilas dilatadas por el deseo pero claras por la certeza. Sin arrepentimiento. Sin vacilación. Solo nosotros, rompiendo cada voto que he hecho y encontrando de alguna manera algo más sagrado entre los escombros.

Mis caderas empujan hacia arriba, encontrando sus movimientos con una urgencia creciente. El banco de madera cruje bajo nosotros, el sonido resonando en la iglesia vacía. Debería estar aterrorizado de que nos descubran, del juicio, pero en lo único que puedo pensar es en lo perfectamente que encaja a mi alrededor, en cómo se le corta la respiración cuando golpeo un punto profundo dentro de ella.

—Mierda —siseo, la palabrota extraña en mi lengua tras años de hablar con cuidado. Pero no hay otra palabra para esto: para la forma en que su sexo se contrae a mi alrededor, para el sudor que perla en el nacimiento de sus pechos, para la necesidad animal que nos consume a ambos.

Sus movimientos se vuelven más desesperados, menos coordinados. Puedo sentirla temblar, ver el rubor extendiéndose por su pecho mientras persigue su placer. Mi mano se desliza entre nosotros, el pulgar encontrando el botón hinchado en el vértice de sus muslos. En el momento en que la toco allí, jadea, arqueando la espalda.

—Eso es —la insto, haciendo círculos con mi pulgar mientras ella me cabalga con más fuerza—. Déjate llevar.

Ella se desmorona sobre mí, su cuerpo convulsionando alrededor de mi miembro mientras entierra su rostro en mi cuello para sofocar

sus gritos. El agarre pulsante de su orgasmo me lleva justo al límite.

—Necesito salir —logro decir, el último jirón de racionalidad luchando a través de la bruma de lujuria.

Ella sacude la cabeza, aferrándose a mí. —Estoy tomando anticonceptivos —susurra contra mi oído—. Por favor. Necesito sentirte.

Con cada onza de mi autocontrol, empujo sus caderas hasta que mi miembro salta fuera de su vagina, irguiéndose entre nosotros.

Ella gime.

—Así no —digo—. Necesito verte entera.

Me pongo de pie y la coloco en el pasillo junto a mí, luego la atraigo para otro beso, con su falda todavía arrugada por encima de sus caderas. Entonces nos movemos, la llevo conmigo, tropezando a través de la oscura nave mientras el beso continúa. Mi boca encuentra su mandíbula, su garganta, ese punto de su pulso que memoricé hace días. Succiono lo suficiente como para dejar marca. Sus manos tiran de mi camisa, las uñas raspando mi pecho mientras busca piel. Estamos medio ciegos, navegando por instinto y necesidad.

La puerta de la sacristía aparece bajo mi mano a tientas. Conozco esta iglesia como mi propio cuerpo. Mis dedos encuentran la manija. Entramos a trompicones.

La pequeña lámpara se enciende con un clic. Una luz cálida llena mi mesa de preparación. El armario con su puerta de cristal, mis vestiduras colgando dentro del mismo. El alba, la casulla, la estola. La pequeña mesa donde dispongo el cáliz y la patena. El crucifijo en la pared, más íntimo que el enorme de la nave.

Sera lo observa todo. El aroma del incienso, el orden cuidadoso, las herramientas de mi oficio exhibidas como pruebas. Mira las vestiduras, luego a mí, y de nuevo a las vestiduras.

—Aquí es donde te pones tu disfraz —comienza, sin aliento.

—Sí. —La corto con otro beso, recostándola contra la mesa.

—Y ahora vamos a follar aquí —dice contra mi boca, y oírla decir follar en este espacio sagrado hace que mi miembro palpite.

—Todo fuera —gruño contra su piel—. Necesito verte.

Cierro la puerta con llave. El clic resuena.

Ella busca los botones de mi camisa. Uno a uno, sus dedos trabajando pero no lo suficientemente rápido. La camisa negra clerical se abre. Ella la empuja fuera de mis hombros, y me quedo

desnudo de cintura para arriba en la habitación donde me pongo las vestiduras sagradas.

Su palma se aplana contra mi pecho, sobre mi corazón. El galope bajo su mano no se puede ocultar. Años de duchas frías y abnegación, y mi cuerpo se ha estado preparando secretamente para ser tocado. Ella recorre mis abdominales, siguiendo el rastro de vello que desaparece en mis pantalones, y mi miembro salta ante la proximidad de su mano.

—He querido hacer esto desde el restaurante —confiesa, con los dedos explorando—. Tocarte. Ver lo que has estado escondiendo bajo todo ese negro.

Yo he querido ser visto desde mucho antes del restaurante. Simplemente no creía que me estuviera permitido.

Mis manos encuentran el dobladillo de su blusa. Se la quito por la cabeza, ese momento de vulnerabilidad cuando sus brazos se levantan y su rostro queda brevemente oculto. La blusa cae. Lleva un sujetador sencillo y la alianza de Julian en su cadena, el oro captando la luz de la lámpara contra su piel.

Veo el anillo. El secreto de su marido muerto descansando entre sus pechos. No le pido que se lo quite. El anillo es parte de su historia.

Ella carga con sus muertos de la misma forma que yo cargo con los míos. No tenemos que soltarlos para estar aquí.

Recorro la curva de sus pechos por encima del sujetador, viendo cómo aparece la piel de gallina. Sus pezones están erectos, visibles a través de la fina tela. Pellizco uno a través del material y ella jadea, arqueándose ante mi tacto.

—Qué sensible —murmuro, haciéndolo de nuevo, con más fuerza.

—Gabriel —jadea, y mi nombre en su boca mientras la toco de esta manera me pone más duro de lo que he estado en toda mi vida.

Mi miembro ya está libre entre nosotros, duro y grueso, y cuando ella baja mis pantalones hasta mis pies, mira hacia abajo y se lame los labios.

Solo con que me mire, siento que palpito. Ella atrapa una gota de líquido preseminal con su dedo, se la lleva a la boca y me saborea mientras mantiene el contacto visual.

—Jesucristo —gimo.

El broche de su sujetador cede bajo mis dedos. Acaricio sus pechos, puñados perfectos, los pulgares rodeando sus pezones hasta

que ella se retuerce contra mí. Somos torpes debido a la necesidad. Mi codo golpea contra la pared, su talón se engancha en la pierna de mi pantalón.

Ella nota que mis manos tiemblan, las toma entre las suyas, las lleva a su boca y besa cada palma. La sencilla intimidad de esto me abruma más que la desnudez.

—Está bien —susurra contra mi piel—. Te tengo.

No he escuchado palabras así desde antes de que mi madre muriera. He sido el que ha mantenido todo unido durante tanto tiempo que olvidé que esto era siquiera posible: las manos de alguien recibiendo las mías.

Su falda cae. Ya está desnuda debajo, y puedo ver la humedad, oler su excitación en la pequeña habitación.

—Eres un ángel —susurro, contemplando la visión de ella, completamente desnuda ante mí. Rizos suaves, pliegues relucientes, su clítoris hinchado.

Estamos piel con piel bajo la luz de la lámpara, desnudos en mi sacristía. La mesa de preparación es de madera maciza, donde deposito la Eucaristía cada domingo. Ella se sienta en el borde, sus pechos agitándose ante el movimiento, y abre las piernas de par en par. Me coloco entre ellas.

Sujeto mi miembro, lo acaricio una vez mientras ella mira. Sus ojos siguen el movimiento, con las pupilas dilatadas. Me posiciono en su entrada, sin empujar todavía, solo frotando la cabeza a través de su humedad. Ambos gemimos.

Por un momento, solo observo cómo mi miembro descansa contra su sexo, grueso y oscuro contra sus pliegues rosados. Podría mirar eso durante días. Está tan húmeda que puedo ver cómo brilla en mi tronco. Mi miembro palpita, otra gota de líquido preseminal mezclándose con su excitación.

—Míranos —le digo, con la voz ronca.

Ella mira hacia abajo, donde casi estamos unidos, observa cómo deslizo mi miembro a lo largo de su hendidura. La cabeza se engancha en su entrada y ella gime.

—Quédate conmigo —susurra.

Me empujo dentro de ella.

Está tan húmeda que puedo sentir cómo gotea por mis testículos.

Ella me acuna el rostro, paciente, dejando que me asiente. Sin presionar, sin urgir. Solo sosteniéndome.

He escuchado mil confesiones en esta iglesia y he guardado la mía. Me dije a mí mismo que eso era humildad. Era cobardía. Quería ser conocido —conocido de verdad, no a través de una actuación— y tenía demasiado miedo de lo que alguien pudiera encontrar.

Ella lo está encontrando ahora. Y sigue aquí.

Me muevo.

La primera retirada nos hace gemir a ambos. Retrocedo hasta que solo queda la punta, luego empujo hacia adelante de nuevo, observando su rostro mientras la lleno. Su boca se abre.

—Mírame a los ojos —le ordeno—. Quiero verte.

Ella abre los ojos, se clava en los míos. Sin esconderse. Sin desconexión.

El ritmo aumenta. Cada embestida es más profunda, más fuerte. Está tan húmeda que el sonido llena la habitación. Sus piernas se envuelven a mi alrededor, los talones hundiéndose en mi trasero. Sus dedos se hunden en mis hombros, las uñas dejando medias lunas.

—Más fuerte —suplica—. Por favor, Gabriel, fóllame más fuerte. Quiero correrme de nuevo.

Mi mano encuentra su nuca, la aprieta con fuerza. Ella grita, arqueándose hacia el contacto, su sexo contrayéndose a mi alrededor.

—¿Te gusta eso? —gruño, tirando con más fuerza—. ¿Te gusta cuando tomo el control?

—Sí —gime—. Dios, sí.

Mi otra mano sujeta su cadera, manteniéndola en su lugar mientras la penetro. La madera vieja cruje bajo nosotros.

Un candelabro de latón se inclina y cae al suelo con estrépito. A ninguno de los dos nos importa. El contacto visual nunca se rompe.

Alcanzo entre nosotros, encuentro su clítoris con mi pulgar. Está hinchada, sensible. Le doy un círculo una vez y casi salta de la mesa.

Su vagina empieza a palpitar, apretándose sobre mí. Sus muslos tiemblan, su respiración se fractura.

—Gabriel —jadea—. Voy a…

—Córrete para mí. Ahora.

La orden sale sin cálculo. Esto es lo que he estado reprimiendo junto con todo lo demás: la certeza, la necesidad de hacerme cargo de algo. No se siente peligroso en este momento. Se siente exactamente correcto.

Ella se quiebra. Su interior se cierra, pulsando, ordeñándome. Echa la cabeza hacia atrás y grita mi nombre. Todo su cuerpo convulsiona, y yo sigo penetrándola a través de ello.

—Córrete dentro de mí, Gabriel —musita.

El permiso desata algo dentro de mí. Mis manos se aferran a sus caderas, tirando de ella hacia abajo contra mi miembro mientras embisto una última vez. Estoy enterrado hasta el fondo cuando me corro, todo mi cuerpo convulsionando mientras me vacío dentro de ella. Pulso tras pulso, hasta que estoy temblando. El placer es cegador, vinculante para el alma; una experiencia religiosa más profunda que cualquiera que haya tenido en el altar.

Ella se desploma contra mí, con el aliento caliente contra mi cuello, su cuerpo aún estremeciéndose por las réplicas. Durante varios minutos, permanecemos unidos, mi miembro ablandándose todavía dentro de ella, ninguno de los dos dispuesto a romper esta conexión.

Ella me sostiene durante todo el proceso, su sexo todavía palpitando por el orgasmo. La sacristía se llena con nuestra respiración, el incienso ahora mezclado con sexo y sudor.

Permanecemos unidos, ninguno dispuesto a separarse. Puedo sentir cómo me ablando dentro de ella, cómo nuestra liberación combinada empieza a derramarse. Mis pulgares trazan círculos en sus caderas donde la sujeté con demasiada fuerza. Sus dedos acarician mi cabello.

Espero la culpa. Me preparo para ella. Acabo de follar con una mujer en un banco y luego en mi sacristía, en la mesa donde preparo la comunión. Su sexo todavía está goteando de mi semen.

Pero no consigo sentir vergüenza. No con ella todavía envuelta a mi alrededor, no con sus labios presionando suaves besos en mi mandíbula, mi mejilla, la comisura de mi boca.

La culpa no llega.

Algo más llena ese espacio. Algo cálido que ha estado creciendo desde que ella entró en mi vida.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, apartándose para ver mi rostro.

Lo considero honestamente. Cuerpo: arruinado, vibrante, más vivo de lo que he estado desde que tenía veinte años. Mente: tranquila por una vez. Alma: aquí. Presente. No buscando a Dios o la penitencia, solo existiendo con esta mujer.

—Como si hubiera estado conteniendo la respiración durante años —le digo—, y acabara de exhalar.

Ella me besa, suavemente. Puedo saborearme en su lengua, y eso envía otro pulso a través de mi miembro agotado.

Mis dedos recorren la curva de su columna. Bajo la tenue luz, con sus rizos salvajes alrededor de su cara y sus labios hinchados por mis besos, parece algo de otro mundo; demasiado hermosa para ser real.

Me retiro lentamente, ambos gimiendo ante la pérdida. Observo mi semen goteando de su vagina sobre la mesa sagrada, y siento una satisfacción posesiva.

Nos vestimos lentamente.

Me acomodo la ropa con manos que no están del todo firmes. Sera alisa su falda, mirando alrededor buscando su ropa interior rota. La encuentro en el suelo junto al banco, recogiéndola y ofreciéndosela con una mirada de disculpa.

—Siento lo de esto —digo, señalando la tela desgarrada.

Ella me la quita, guardándola en su bolso con una risa que rompe la tensión. —Yo no.

Nos quedamos frente a frente, la enormidad de lo que hemos hecho asentándose entre nosotros. He roto los votos que juré ante Dios. He profanado un espacio sagrado. He cruzado una línea que nunca podrá desandarse.

Y no me arrepiento de ni un solo momento.

16 - Seraphina

Me despierto antes que él.

La habitación está teñida de un gris por la luz del alba, esa hora liminal en la que el mundo aún no ha decidido qué quiere ser. Estoy desnuda bajo unas sábanas que ahora huelen a ambos: a mi champú, a su jabón, a sexo; ese aroma combinado que no existía hace doce horas. El costoso colchón me acuna como una nube.

Los viejos huesos de la rectoría crujen suavemente con el frescor de la mañana, acomodándose para otro día. A través de las delgadas paredes, escucho el canto distante de un gallo en el patio trasero de alguien, los primeros y tentativos cantos de los pájaros. El aire es húmedo incluso ahora, ese peso de Florida que hace que todo se sienta más cercano, más cálido.

Gabriel yace a mi lado.

No el Padre Gabriel. Solo Gabriel, con el rostro relajado por el sueño, más joven sin el peso de la disciplina tallado en cada línea. Un brazo se extiende sobre el colchón hacia mí, buscándome inconscientemente incluso en sueños. La sábana descansa baja sobre sus caderas, y puedo verlo bien por primera vez: ni en la oscuridad, ni con un clériman, ni a través de la niebla de la lujuria, ni blindado por el sacerdocio. Solo piel y músculo y el vulnerable desparramo del agotamiento.

Esto es lo que Julian nunca me dio: la verdad sin defensas del sueño. Gabriel se extiende como alguien que finalmente ha dejado de librar una guerra consigo mismo.

El alzacuellos está ausente, aún sobre el banco donde lo dejé anoche. Ninguno de los dos regresó por él. El pensamiento desencadena algo inesperado: no culpa, sino un extraño vértigo, como dar un paso al vacío desde un precipicio y descubrir que puedes volar. Debería sentirme culpable por NO sentirme culpable. Los votos de un sacerdote destrozados, un sacramento violado. En cambio, solo hay esta extraña ligereza, como ver caer las cadenas de

otra persona y darte cuenta de que algunas de ellas también eran tuyas.

El crucifijo observa desde arriba de la cama. Espero el juicio, que el familiar peso católico se asiente sobre mi pecho. En cambio, pienso en lo que Gabriel dijo una vez: que la gracia y la destrucción a veces visten el mismo rostro. Quizás eso funciona en ambos sentidos. Quizás a veces la salvación se parece al sacrilegio.

Se despierta por capas; su respiración cambia primero, luego sus dedos se mueven contra mi cadera; no para agarrar, solo para confirmar. Como si lo primero que su cuerpo necesitara saber fuera si me quedé.

Me quedé.

Sus ojos se abren lentamente, enfocándose en mi rostro. Observo cómo le llega la información: dónde está, qué pasó anoche, quién es él ahora sin el alzacuellos. Me preparo para ello: el horror, la culpa que lo hizo salir corriendo de la gala, el estallido que lo enviará de vuelta a rastras hacia su sacerdocio abandonado.

No sucede.

En cambio, su mano se aprieta en mi cintura y me atrae más cerca. Sin urgencia. Con gentileza. De la misma manera en que te cubres con una manta en una mañana fría: instintivo, necesario. La primera decisión de su cuerpo es eliminar la distancia entre nosotros.

Dejo que me atraiga, rodando hacia el calor de su pecho. Sus brazos se cierran a mi alrededor, su rostro encuentra mi cabello, y siento su exhalación: larga, estremecedora, el aliento de alguien que recuerda cómo respirar.

—Sera —dice, con la voz ronca por el sueño pero segura.

—Aquí estoy.

Nos quedamos allí mientras la luz se hace más fuerte, su latido constante bajo mi oído. No el martilleo frenético del confesionario o el altar. Solo un pulso en reposo, tranquilo y rítmico. No sabía que tenía un ritmo cardíaco en reposo. En todas estas semanas de conocerlo, esta es la primera vez que lo siento en paz.

Podría quedarme exactamente así para siempre. El pensamiento me aterra; yo no sirvo para la quietud, no sirvo para la satisfacción. Pero sus brazos a mi alrededor hacen que la quietud se sienta menos como vulnerabilidad y más como algo ganado. Tal vez esto es lo que obtienes cuando finalmente dejas de correr.

—Tu corazón —susurro contra su pecho—. Late de forma tan constante.

Emite un sonido que podría ser una risa si no fuera tan suave. —Es la primera vez en años que no intenta escaparse de mi pecho.

La mañana crece a nuestro alrededor, el gris tornándose dorado. Ninguno de los dos hace el intento de levantarse, de enfrentar lo que viene después. Existimos en esta burbuja de quietud donde el mundo aún no puede alcanzarnos.

—Di mi nombre otra vez —le pido, sin saber muy bien por qué necesito escucharlo.

—Seraphina —lo dice como si fuera un hecho, como algo verdadero e inmutable. No de la manera desesperada en que lo dijo en la sacristía, ni de la manera culpable en que lo ha susurrado antes. Solo mi nombre en su voz matinal, tan certero como el amanecer.

Su mano traza patrones perezosos en mi espalda, y me doy cuenta de que está deletreando algo. Letras sobre mi piel. S-E-R-A. Una y otra vez, como si estuviera escribiéndome a la existencia, asegurándose de que soy real.

—Pensé que te despertarías diferente —admito—. Pensé que el Padre Gabriel regresaría.

—Él se ha ido —simple, seguro—. Anoche me quité más que solo el alzacuellos.

El crucifijo sobre nosotros atrapa la luz de la mañana, el bronce calentándose hasta volverse dorado. Algunas resurrecciones requieren primero una clase de muerte.

Comienza lentamente: su mano pasa de escribir mi nombre a reconocer mi cuerpo bajo la creciente luz del día. Lo de anoche fue desesperado, toda esa hambre estallando. Esta mañana explora con una atención reverente, sus dedos recorren mis costillas, sus pulgares rozan la parte inferior de mis pechos. Mis pezones se endurecen de inmediato ante su contacto, y él lo nota —por supuesto que lo nota—, rodeándolos con una ligereza desesperante hasta que me arqueo contra él.

Sus dedos encuentran la vieja quemadura en la parte interna de mi antebrazo. La sigue con tanta ternura que mi garganta se aprieta.

—Tu abuela tenía razón —lleva mi brazo a sus labios, besando la cicatriz—. Eres de sangre caliente.

Me muevo contra él, sintiendo su erección ya dura contra mi muslo, gruesa e insistente. Mi sexo late en respuesta, todavía

hinchado y sensible por lo de anoche. El dolor entre mis piernas se hace presente: un dolor dulce, evidencia de lo profundamente que me folló en la sacristía. Se le corta la respiración cuando me presiono contra él, su miembro saltando ante el contacto.

—Quiero verte —dice—. Toda tú. Bajo la luz.

Sin sombras ahora, sin la oscuridad de la sacristía. Solo el sol de la mañana pintándonos a ambos de oro.

La punta de sus dedos rodea mi pezón, rozando la parte inferior hasta que se tensa, y cuando su palma acuna mi pecho —pesado, reverente— se detiene, su pulgar rozando perezosamente el oscuro pezón antes de bajar hacia la curva de mi cintura. Siento el calor enroscarse abajo, crudo y dulce, un placer tan agudo que raya en el dolor.

Mi palma se desliza por el plano de su pecho, siguiendo el valle poco profundo de su esternón, la fina línea de vello oscuro que recorre desde su clavícula hasta su estómago. Su carne es menos dócil que la mía: cuerdas de músculo por sus extenuantes carreras. Encuentro una cresta de tejido cicatricial en su costado, cerca de las costillas, y presiono un beso allí antes de bajar la mano, pasando sobre la inesperada suavidad en su cadera, las líneas en V que conducen a su sexo, que ya gotea líquido preseminal contra su estómago.

Bajo la mano y lo rodeo con ella. Él se estremece, sus caderas se sacuden involuntariamente. Su miembro está caliente, la piel suave como el satén y el tallo pesado en mi agarre, ya liberando humedad, que unto con mi pulgar sobre la cabeza hinchada. Lo acaricio con una presión lenta y constante, observando su rostro ante cada reacción: cómo sus párpados caen a media asta, cómo sus dientes muerden su labio inferior, la forma en que sus fosas nasales se dilatan cuando aprieto la base.

—Mierda, Sera —jadea, luego atrapa mi muñeca, deteniéndome —. Todavía no. Necesito estar dentro de ti.

El deseo directo en su voz me deshace. Abro los muslos y dejo que mi cuerpo se despliegue sobre el colchón, consciente de la forma en que el sol atrapa la entrada de mi sexo, de lo mojada que ya estoy. Gabriel me mira con un hambre evidente, luego baja su cuerpo sobre el mío, entrelazando sus rodillas entre mis piernas y apoyándose sobre sus antebrazos.

Se detiene, solo absorbiendo mi aroma. Sus dedos suben para acariciar suavemente mi monte de Venus, luego bajan para separar mis labios. Se demora allí, casi científico en la forma en que explora, pasando las yemas de sus dedos por mi humedad antes de trazar círculos lentos y perezosos alrededor de mi clítoris. Me arqueo, incapaz de evitar que mis caderas se muevan ante la sensación, y él vuelve a sonreír; esta vez de forma más suave, como un secreto.

—Dios, estás empapada —murmura, pasando un dedo a través de mis pliegues—. ¿Esto es para mí?

—Siempre para ti —admito, luego jadeo cuando presiona con fuerza mi clítoris con el pulgar.

Se posiciona en mi entrada, la punta gruesa de su miembro presionando contra mí. Ambos observamos cómo empuja lentamente, mi interior estirándose para darle lugar.

Me aferro a sus hombros, con las uñas clavándose mientras entra en mí; el estiramiento es agudo y glorioso. Gabriel sisea entre dientes, la vena de su cuello se hincha. La imagen es obscena y perfecta: su miembro desapareciendo en mí pulgada a pulgada, mi humedad recubriéndolo.

Por un momento ninguno de los dos se mueve; me aprieto a su alrededor, ajustándome, y él solo me mira, con una intensidad casi insoportable.

Me besa entonces, lento y con la boca abierta. El movimiento de su cuerpo es suave al principio, un balanceo deliberado que hace que me hinche de placer en lugar de cegarme ante él. Se retira lo suficiente para observar mi rostro mientras me embiste: una, dos veces, y luego otra vez, cada vez un poco más profundo, un poco más rudo.

Las sábanas se amontonan debajo de mí mientras me arqueo, mi cuerpo ávido de todo el contacto posible. La mano de Gabriel encuentra la parte posterior de mi rodilla y empuja mi pierna hacia arriba, abriéndome más, y el cambio de ángulo me hace gritar. Nunca aparta la mirada, ni siquiera cuando su ritmo se desboca, ni siquiera cuando se pierde en la sensación de mi calor húmedo atrapándolo.

Sus ojos se clavan en los míos y se le quiebra la voz. —Esto... esto es lo que he estado buscando en cada oración, en cada ritual. Lo sagrado hecho carne.

Prueba un ángulo que no acierta del todo, se ajusta, encuentra el punto que me hace gritar. La humanidad de ello, la disposición a aprender, es más íntima que cualquier destreza. Pero entonces su mano encuentra mi garganta —no apretando, solo descansando allí, con el pulgar sobre mi pulso. El gesto es posesivo, un recordatorio del hombre que ponía de rodillas a profesionales. Incluso en la ternura, la dominación aflora.

No dice nada durante un largo momento, solo observa mi rostro mientras me llena por completo. Luego, con una certeza absoluta:

—Me has arruinado para la confesión.

Sus caderas comienzan a moverse con propósito ahora, cada embestida deliberada y profunda.

—Dime —ordena.

—Nadie más llega a ver esto —logro decir entre respiraciones—. Esta versión de ti.

Su mano encuentra mi garganta, el pulgar descansando sobre mi pulso. —Otra vez.

—He marcado tu alma, Gabriel. De la misma manera en que tú has marcado la mía.

Me recompensa follándome más fuerte, su miembro golpeando ese punto perfecto con cada embestida. Los sonidos húmedos de nuestra unión llenan la habitación, obscenos en la quietud de la mañana. Puedo sentir mis fluidos goteando, bañando sus testículos cada vez que llega al fondo.

—Quédate conmigo —ordena, con su frente contra la mía—. Justo aquí. No cierres los ojos.

El contacto visual es casi demasiado, demasiado expuesto, pero mantengo mi mirada fija en la suya. Su miembro se hincha dentro de mí, y sé que está cerca.

—Necesito sentir cómo te corres en mi verga —dice, con el pulgar encontrando mi clítoris de nuevo—. Córrete para mí, Sera.

La combinación de sus embestidas profundas y su pulgar en mi clítoris me empuja al límite. Mi orgasmo crece como una marea, mi interior apretándose rítmicamente a su alrededor. Cuando llega al clímax, sostengo su rostro, con los ojos fijos en los suyos, y el sonido que emito es silencioso, real y completamente sin artificios.

—Mierda, puedo sentirte —gruñe mientras mi sexo ordeña su miembro—. Tan jodidamente apretada.

Él me sigue de inmediato, su miembro pulsando dentro de mí mientras me llena de semen. El control que mantiene en todo lo demás se disuelve por completo, y en ese momento entiendo algo sobre la intensidad y la libertad, sobre cómo la persona adecuada hace que incluso la rendición se sienta como poder. Siento cada pulso, cada chorro caliente, su semen mezclándose con mi humedad hasta que ambos estamos empapados de ello.

Después, todavía enterrado dentro de mí, traza mi rostro como si lo estuviera memorizando, sus dedos siguiendo la curva de mi mejilla, la línea de mi mandíbula. Su miembro se está ablandando pero no se retira, como si no pudiera soportar separarse todavía. Puedo sentir su semen empezando a filtrarse alrededor de él, bañando mis muslos.

—¿Qué estás haciendo?

—Conociéndote. Por si acaso… —no termina la frase, pero lo entiendo. Por si acaso esto es temporal. Por si acaso el mañana trae arrepentimiento. Por si acaso el mundo exterior rompe esto.

—Me voy a quedar —le digo, atrapando su mano—. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad?

—Estoy empezando a creerlo —sus dedos se aprietan sobre los míos—. Dame tiempo. He estado corriendo tanto tiempo, que quedarme quieto se siente como caer.

—Entonces cae —le digo—. Yo te atraparé.

17 - Gabriel

La cama está vacía cuando alargo la mano para buscarla.

No se ha ido; puedo oírla en la cocina. El grifo abierto, un gabinete cerrándose, esa cualidad particular de alguien que se siente como en casa en tu espacio. Me quedo quieto un minuto más, escuchándola existir en mi rectoría, e intento recordar la última vez que el silencio se sintió tan habitado.

La luz de la tarde atraviesa las persianas en largas barras ambarinas sobre la sábana. No es el amanecer. No es la gris disciplina matutina bajo la que he funcionado durante tres años. El día entero ha transcurrido sin nosotros.

Encuentro mis jeans en el suelo. Me los pongo. Me acerco a la puerta.

Ella está frente a la encimera con mi camisa, nada más, el cabello suelto y alborotado, frunciendo el ceño ante el contenido de mi refrigerador con la expresión de quien se enfrenta a una falla moral.

—Tienes huevos —dice, sin darse la vuelta—. Y un trozo de pan. Y algo al fondo que he decidido no investigar.

—Como en lo de Alma, casi siempre.

—En pasado —dice ella. Cierra el refrigerador y se gira para mirarme a través de la cocina.

Nos miramos.

Lo extraño de esto —sin ninguna crisis que exija acción, solo la luz de la tarde, ella con mi camisa y el tiempo— se asienta entre nosotros.

Su dedo encuentra la cicatriz en mi costado, trazando la línea en relieve. —Nunca dijiste cómo te hiciste esto.

—Estupidez infantil —atrapo su mano y la llevo a mis labios—. Marisol me retó a trepar un muro detrás de nuestra casa. Dijo que tenía demasiado miedo.

—¿Lo tenías?

—Estaba aterrorizado. Lo hice de todos modos. Me caí y me enganché con una varilla de construcción al bajar.

Ella sonríe. —Así que siempre has sido pésimo para decirles que no a las mujeres.

La broma aterriza con suavidad.

Ella apoya la cara en mi pecho y respira, y yo la sostengo. A veces la respuesta al dolor no son las palabras. Solo la presencia.

Nos quedamos en silencio un rato.

La luz se desplaza por el suelo de la cocina, la tarde se intensifica hacia el dorado. Real.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta contra mi piel.

No pregunta por el desayuno. Pregunta por el alzacuellos en la iglesia, por la parroquia que espera al Padre Gabriel el domingo, por la vida que construí frente a la vida en la que estoy inmerso.

—No lo sé.

—¿Está bien eso? ¿No saber?

Lo pienso. Siento el peso de la incertidumbre, el terror de no tener un plan.

—Es aterrador —le digo—. Pero es honesto. Y he sido deshonesto durante demasiado tiempo. Estar aterrorizado y ser honesto es una mejora.

Levanta la cabeza de nuevo. Estudia mi rostro. Entonces sucede algo que no había pasado en una eternidad. Sonrío. No es la casi sonrisa que he estado reprimiendo en el banco de alimentos, ni el gesto irónico que me permito a veces. Una sonrisa real y plena que me ilumina el rostro por completo.

Me besa, rápido y ligero. Luego se vuelve hacia la encimera, estirando ya la mano hacia los huevos, cómoda en mi espacio de una manera que me oprime el pecho de deseo, asombro y la extraña comprensión de que esto está permitido ahora.

Me pasa una taza. Nuestros dedos se rozan sobre la cerámica, nuestro antiguo lenguaje, excepto que ahora no es un sustituto del contacto. Ahora ella puede tocar la taza y luego mi mano y después inclinarse para besar mi mandíbula porque la distancia ha desaparecido.

—Yo haré el revuelto de huevos —dice—. Tú puedes encargarte de las tostadas.

—Puedo con unas tostadas.

—¿En serio?

El pan se quema. No un poco; carbonizado por completo, un ladrillo negro y sólido, con el humo saliendo de la tostadora antes de

que los huevos estén listos. —Mierda.

Ella se ríe mientras desenchufa la tostadora y deja caer la evidencia en el fregadero. —Siempre igual.

—El detector de humo está a punto de… —comienza ella.

El chillido atraviesa la cocina. Ella está subida a una silla, abanicándolo con un paño de cocina mientras yo abro las ventanas, ambos riendo como idiotas.

Comemos los huevos de pie junto a la encimera, con su cadera presionada contra la mía.

El nudo entre mis costillas, ese que ha estado ahí tanto tiempo que olvidé que no debía estar, finalmente se afloja.

El final de la tarde se estira como la miel, dorado y lento.

Ella domina la cocina con la autoridad que yo uso para la logística de la parroquia, convirtiendo mi espacio yermo en algo que huele a hogar. El vapor empaña la ventana mientras revuelve algo complejo en la estufa. Comino, definitivamente. Ajo. Algo verde y brillante.

—Deja de rondar —dice sin darse la vuelta—. Haz tu trabajo de la parroquia.

Me retiro a la mesa, tramitando solicitudes de suministros que deberían importar, pero no lo hacen. ¿Cómo puedo pensar en el horario del banco de alimentos de la próxima semana cuando ella está justo ahí, tarareando algo bajo y rítmico mientras cocina? Su cuerpo se balancea ligeramente al son de cualquier melodía que viva en su cabeza.

—Cuéntame cómo fue crecer en Miami —dice ella, probando con la cuchara, ajustando algo—. Antes de que todo se complicara.

Me echo hacia atrás, abandonando la pretensión de trabajar. —Mi madre solía llevarnos a la bahía todos los domingos después de misa. No a la playa, sino a un rincón escondido que ella conocía, donde los manglares formaban estas piscinas naturales.

—¿Solo tú y Marisol?

—Sí. Llevaba una cesta de picnic enorme, demasiada comida. Decía que era porque éramos niños en crecimiento. Se reía. Se reía mucho, antes de enfermarse.

Sera me mira de reojo, detectando algo en mi voz. —La extrañas.

—Todos los días. Ella siempre pensó que yo era el niño bueno. Creo que, en parte, por eso elegí el seminario cuando mi vida se fue al infierno, sin ánimo de hacer un juego de palabras. Para ser aún mejor.

Ella no ofrece un consuelo vacío, solo asiente y sigue cocinando.

Se estira para alcanzar algo en un estante alto y la camisa se sube, dejando ver una franja de piel en su cintura. Pierdo el hilo de lo que sea que estuviera pensando. Ella lo sabe, atrapa mi mirada en el reflejo del microondas y sonríe sin girarse.

—Veinte minutos a fuego lento —dice, ajustando la llama. La forma en que se mueve, cómoda en mi espacio, me aprieta el pecho de deseo.

Me sorprendo tarareando, la misma melodía que ella tarareaba, asimilada sin pensarlo. ¿Cuándo empezó eso? Mi garganta haciendo música en lugar de oraciones comedidas. Ella lo nota, hace una pausa con la cuchara suspendida, pero no comenta nada. Solo esboza esa pequeña y privada sonrisa

Que guardo en mi memoria junto a la de antes.

—¿Y tú? —pregunto—. Antes de que todo se complicara. ¿Qué ibas a ser?

Ella se ríe, pero no es una risa amarga. —Chef. ¿Puedes creerlo? Estaba ahorrando para la escuela culinaria, trabajando en tres empleos. Luego conocí a… —Se interrumpe—. Luego la vida dio un giro diferente. Parecía más fácil que tres trabajos y un estudio con cucarachas.

—¿Te arrepientes?

Lo considera, revolviendo la olla distraídamente. —Me arrepiento de aquello en lo que dejé que me convirtiera. Pero ¿conocerte a ti? ¿Estar aquí? Esto solo sucede por todo aquello. Así que tal vez arrepentimiento no sea la palabra correcta.

La sencillez de esto, la admisión de que nuestros daños nos llevaron el uno al otro, asienta algo en mi interior. No somos personas rotas a pesar de nuestros pasados. Somos personas íntegras gracias a ellos.

Deja la cuchara y se gira hacia mí. —Tenemos que pasar por la casita más tarde. Dejé mis zapatos buenos allí. Y mi computadora.

El trayecto hasta su casita solo toma unos minutos, pero con cada giro, el nudo en mi estómago se aprieta. Cuando entramos en el camino de grava, lo sé de inmediato. La casita se asienta bajo la luz del atardecer con un aspecto extraño.

La puerta principal está entreabierta, no destrozada, solo abierta, como si alguien quisiera que supiéramos que estuvieron allí. Profesional. Deliberado.

—Quédate en el auto —le digo a Sera.

No lo hace. Por supuesto que no lo hace.

Han revuelto la casita sistemáticamente. Gabinetes de cocina abiertos, especias esparcidas.

—Mi computadora —logra decir—. Ya no está.

La computadora con su investigación. Sus notas sobre el código de la bóveda. ¿Qué tanto tenía allí? ¿Qué tanto saben ahora?

El Gabriel de esta mañana —sonriente, tarareando, quemando pan— se evapora. Lo que lo reemplaza ha estado dormido mucho tiempo, pero despierta plenamente operativo. Hago un barrido por la casita sistemáticamente, buscando micrófonos, cámaras, cualquier cosa que hayan podido dejar. Mi cuerpo recuerda el protocolo: primero las esquinas, luego las superficies, después cualquier lugar con tomas de corriente.

—No toques nada más —le digo, sacando mi teléfono.

El número que marco surge de la memoria. Todos estos años, y mis dedos aún lo conocen.

—Logan.

—Es Gabriel.

Una pausa. Luego la voz de Logan, no sorprendida pero más aguda: —¿Qué ha cambiado?

—Han revuelto la casita donde se quedaba Sera. Entrada profesional. Querían que lo supiéramos. Se llevaron su laptop. Están escalando.

—¿Quiénes son?

Miro a Seraphina. Ella no me ha confiado del todo en qué clase de problema está metida exactamente, así que me guardo las espaldas.

—Profesionales —le digo—. Necesito un equipo de seguridad aquí ahora mismo.

—¿Dirección?

Le doy la ubicación de la casita.

—Hecho. Gabriel, si están escalando así…

—Lo sé. Vamos a Miami.

—Por fin usas el cerebro. Lo tendré todo listo.

Termino la llamada y marco otro número. Este duele más recordarlo.

—Gunner.

—Soy Gabriel Delgado. Necesito un equipo de extracción y un transporte seguro. De Homestead a Miami, dos pasajeros, asume que

nos están vigilando.

Gunner no hace preguntas. Solo: —Cuarenta minutos.

Hago tres llamadas más. Cada una me sumerge más profundamente en la infraestructura que abandoné. Protocolos de seguridad, rutas planificadas, la maquinaria de la red Delgado poniéndose en marcha porque el príncipe llamó a casa.

Sera me observa manejar el teléfono, viendo la transformación ocurrir en tiempo real.

—Nos vamos —le digo cuando termino las llamadas—. Empaca lo que necesites de aquí. Cinco minutos.

Ella no discute. Ya había movido lo esencial a la rectoría, artículos de aseo y ropa interior, pero se apresura a recoger el resto.

El viaje de vuelta es silencioso, ambos escudriñando en busca de seguidores, de vigilantes. De vuelta en la rectoría, ya me estoy moviendo antes de que ella cruce la puerta.

—Nos vamos a Miami. Ahora mismo. Empaca lo que necesites.

—No me lo estás preguntando.

—¿Importaría si lo hiciera?

Ella me estudia, y veo que reconoce algo. No solo la amenaza, sino al hombre que responde ante ella. Al que dejará cadáveres atrás antes de permitir que la toquen.

—No —dice en voz baja—. No con ellos intensificando las cosas.

Deja la cuchara envuelta con cuidado. —Tu familia…

—Hará lo que yo diga. —La certeza me sorprende incluso a mí, pero es verdad. La infraestructura está ahí, esperando—. Logan ya está movilizando la seguridad. Tendremos los protocolos establecidos antes de llegar.

Se queda callada un momento, sopesando algo. Miami es hacia donde se dirige su investigación. Puedo verla pensando en ello, tratando de imaginar cómo estar en la casa de mi familia mientras persigue lo que sea que esté persiguiendo.

—Esto cambia las cosas —dice ella—. Que tú vuelvas. Que vuelvas a ser un Delgado.

—Sí. —No tiene sentido negarlo. El sacerdote era el disfraz. Esta certeza, esta disposición a la violencia, esto es para lo que fui criado.

Ella estudia mi rostro. —Está bien. Vamos a Miami.

El alivio casi me dobla las rodillas. —Gunner estará aquí en cuarenta minutos.

Ella va al dormitorio —mi dormitorio, nuestro dormitorio por exactamente una noche— y la oigo empacar. Rápida, eficiente. El sonido de alguien que sabe cómo irse a toda prisa.

Me quedo en mi cocina vacía, mirando el cuenco de mango que ella compró, las especias que acomodó, la cuchara de madera que guardó. Mañana todo esto será un recuerdo. La rectoría, la parroquia, el Padre Gabriel, todo terminando no con una revelación, sino con la geografía.

Cuando me doy la vuelta, Sera me observa desde el umbral. Ha visto la versión real ahora, no al sacerdote jugando a ser peligroso, sino al príncipe de los Delgado que creció en habitaciones donde la violencia era la moneda de cambio.

—¿Lista? —pregunto.

Ella asiente. No hay miedo en sus ojos. Solo aceptación.

La puerta de un vehículo se cierra afuera.

Me acerco a la ventana, apartando la cortina lo justo para ver. Un SUV negro está estacionado en la entrada, con los cristales tan oscuros como una confesión. Pero no es el vehículo lo que me corta la respiración.

Es el hombre que baja del lado del conductor.

Gunner.

No ha encogido ni un centímetro. Un metro noventa y cinco de violencia controlada se alza bajo la dorada luz del atardecer como un monumento a lo que he dejado atrás. Su cabeza rapada atrapa el sol, con una sombra de barba apenas visible. La cicatriz que le cruza la cara —desde la ceja izquierda hasta el tabique nasal— le tensa la piel mientras escanea la propiedad, un recordatorio permanente de la pelea con cuchillo que debería haberlo matado.

Viste todo de negro, como siempre. Una camiseta ajustada a un pecho que de alguna manera se ha vuelto más ancho, como si hubiera pasado los últimos ocho años convirtiéndose en un arma todavía más letal. Botas de combate. Una chaqueta de cuero a pesar del calor de Florida. Los tatuajes de su cuello suben desde el cuello de la camisa como enredaderas oscuras reclamando territorio.

Sera se pone a mi lado. —¿Ese es nuestro transporte?

—Ese es Gunner.

Ella lo estudia a través del cristal. —Parece de los que desayunan sacerdotes.

—Nunca ha sido muy religioso.

Los ojos de color gris pálido de Gunner recorren la calle, viendo cosas que la gente normal pasa por alto. Había olvidado lo inquietantes que son esos ojos; como mirar hacia el humo, sin fondo, nada que puedas leer a menos que él quiera.

—Vámonos —digo, agarrando nuestras maletas.

Afuera, el aire de la tarde está cargado de la lluvia que se avecina. Gunner espera junto al SUV, con sus macizos brazos cruzados sobre el pecho. La tinta de sus antebrazos se mueve con el músculo; imágenes militares mezcladas con calaveras, y en su antebrazo derecho, el rostro de San Miguel, patrón de los guerreros. Sus nudillos son un testimonio de violencia: cicatrizados, tatuados con símbolos que solo gente como nosotros entiende.

Me detengo a unos metros, con Sera un poco detrás de mí. El silencio se extiende entre nosotros como un campo minado.

Gunner me observa de arriba abajo, fijándose en los jeans, la camiseta, sin el alzacuellos. Esos ojos de color humo catalogan todo lo que ha cambiado y lo que no.

—Gabriel. —Su voz es grava sobre acero.

—Gunner.

Lo vi hace un mes, brevemente, mientras administraba la extremaunción sobre un cuerpo sangrante, pero no intercambiamos ni una palabra. Han pasado años desde la última vez que lo oí hablar.

Pasa otro largo momento. Entonces extiende una mano llena de cicatrices. La tomo. Su agarre es demoledor, deliberado. Un recordatorio.

—¿Sigues golpeando como antes? —pregunta.

—Más fuerte.

La comisura de su boca tiembla: lo más parecido a una sonrisa que le he visto. Suelta mi mano y su mirada se desplaza hacia Sera.

—¿Ella?

—Sera. —Me hago a un lado ligeramente—. Está conmigo.

Gunner la estudia con la misma intensidad con la que me ha mirado a mí, buscando amenazas, debilidades. Sera no se amilana ante el escrutinio. Sostiene la mirada de esos ojos pálidos.

Él asiente una vez. —Vehículo seguro. Barrido completado. Ruta trazada.

Seis palabras. Para Gunner, eso es prácticamente poesía.

—Te ves bien —digo, con palabras torpes e insuficientes.

La expresión de Gunner no cambia. —Tú no.

Casi me río. Ahí está el Gunner que recuerdo. Sin adornos en sus palabras, sin intentos de cortesía social.

—Vámonos —digo.

El Turnpike se extiende hacia el norte en la oscuridad, con el resplandor de Miami empezando a teñir el horizonte.

Gunner conduce. No dice nada, que es su estilo. Sera y yo vamos sentados en la parte de atrás del SUV, sin tocarnos, pero conscientes de cada centímetro que nos separa. La cuchara de madera envuelta descansa en su bolso, a sus pies. Su mano va constantemente a su pecho, comprobando la alianza bajo su camisa, el secreto que aún guarda.

Mientras ella empacaba, volví a la iglesia una última vez. La nave estaba a oscuras, solo con el brillo rojo de la lámpara del sagrario. El banco donde Sera había dejado mi clériman dos noches atrás seguía allí; blanco contra la madera oscura, intacto. Como si incluso los voluntarios de limpieza hubieran sabido que no debían moverlo, intuyendo que algo había cambiado.

Lo recogí, lo sostuve, esperé sentir algo. Culpa, tal vez. O una vocación.

No vino nada. Solo tela en mi mano.

Lo doblé con cuidado y me lo metí en el bolsillo. Sin usarlo, pero sin tirarlo. Solo llevándolo conmigo. La ambigüedad se siente correcta. Todavía no sé qué soy. No soy un sacerdote. No del todo un Delgado. Algo intermedio.

—¿Estás bien? —pregunta Sera en voz baja.

—No lo sé.

Me toma la mano. Simple, directa. Su pulgar traza círculos en mi palma.

La ciudad se alza a nuestro alrededor mientras dejamos atrás Homestead. Primero los centros comerciales, luego los suburbios y después el verdadero Miami empezando a despertar. Torres y luces y la complicada belleza de una ciudad que nunca duerme del todo.

—Aterrorizado y honesto, recuerda —dice ella, y de alguna manera eso me calma.

18 - Seraphina

La Sirena no es lo que esperaba.

He estado en tensión desde que salimos de Homestead, con los músculos contraídos por el recuerdo del mundo de Julian. Mármol frío, voces en susurros, una belleza que existía para recordarte el poder que había detrás. Cada superficie pulida, cada interacción curada, cada persona consciente de que estaba siendo observada y evaluada. El mundo donde la calidez era un lastre.

Pero mientras Gunner se detiene ante la entrada trasera, puedo oír el club a través de las paredes. Música, voces, risas, el zumbido de un lugar que realmente se está disfrutando. El edificio en sí es hermoso, un art déco renovado con esmero, pero hay imperfecciones. Una grieta en los escalones. Una letra de neón que parpadea. El lugar ha vivido.

Gabriel se queda sentado en silencio un momento. Su postura ha ido cambiando desde Miami; el sacerdote se va desprendiendo kilómetro a kilómetro. Ahora me mira con algo vulnerable en los ojos.

—Estás a punto de conocer a todos.

—Puedo con ello —digo, mientras una punzada de adrenalina me atraviesa.

—Son intensos —dice él.

—He lidiado con cosas intensas.

—No de este tipo.

Gunner pasa junto a nosotros con un gruñido y llama a la pesada puerta de acero. Un patrón específico, noto. Un código. Incluso la entrada trasera tiene su protocolo.

Adentro, el pasillo es industrial, estrecho, con las paredes cubiertas de carteles de espectáculos y fotografías enmarcadas. Gunner camina por delante y la gente se pega a las paredes para dejarlo pasar. No con miedo, sino con comodidad. Una mujer que lleva vasos dice: —Hola, Gun —, y él gruñe; aparentemente eso es una conversación completa, porque ella sonríe.

Tomo nota de todo. La deferencia que no es miedo. El saludo que sugiere afecto. Este hombre es aterrador y amado. A los matones de Julian se les temía y se les evitaba. A Gunner se le teme y se le saluda. El peligro aquí no apunta a la familia. La envuelve.

En el piso de arriba, el área privada es más cálida de lo que esperaba. No es una oficina corporativa ni una sala de guerra de película de mafiosos, sino un espacio cómodo con buenos muebles, iluminación dorada, una barra con orquídeas frescas. Alguien se preocupa por la belleza aquí, incluso en los espacios operativos.

Logan está de pie ante un escritorio cubierto de papeles, sin la chaqueta y con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos. Incluso sin su armadura completa, parece que debería estar en la portada de una revista de negocios. Levanta la vista cuando entramos, y esos ojos oscuros hacen su evaluación. Rápida, exhaustiva.

—Gabriel. —Neutral. Profesional. Luego hacia mí: —Srta. Marin.

Gabriel le informa de todo: el allanamiento de la casita, la escalada con esos hombres, nuestra repentina necesidad de seguridad. Logan escucha con total absorción, sus ojos oscuros sin apartarse del rostro de Gabriel mientras calcula soluciones mentalmente. Sin perder un momento, hace arreglos para nosotros en una suite en el piso superior. Me doy cuenta entonces de que La Sirena no es solo un club; también contiene espacio residencial. No es un hotel por donde la gente pasa, sino algo más permanente. Un hogar.

—¿Alguna restricción dietética? ¿Alergias? —La pregunta es práctica, ni cálida ni fría.

—Sin alergias —digo—. Pero yo cocino. Si la cocina está disponible.

Algo cambia en su expresión. Un micromovimiento. Por poco se me escapa. El mismo fantasma de algo que casi es diversión de la rectoría cuando mencioné las compras.

—La cocina está disponible —dice él. Luego, tan bajo que casi no lo oigo: El tercer estante tiene el buen aceite de oliva.

No es calidez. No es aceptación. Es una puerta abierta apenas un centímetro. Lo máximo que Logan Cruz está dispuesto a ofrecer en un segundo encuentro. Pero tengo la sensación de que un centímetro de Logan vale más que un abrazo de oso de la mayoría de la gente.

Logan nos guía de vuelta abajo, a la zona de bastidores. El aire se espesa con perfume y maquillaje de escenario. Las lentejuelas captan la luz de una pared forrada de espejos, y alguien está tarareando escalas en un rincón. Una pesada cortina nos separa de la pista principal, pero la música se filtra, con el bajo vibrando a través de mis zapatos.

—¡No puede ser! ¿Gabriel? —La voz resuena en la habitación, con una mezcla de incredulidad y deleite—. ¿Sin el clériman? Logan dijo que venías, pero por Dios, acércate aquí.

Un hombre habita la barra. No solo se apoya en ella, sino que es dueño del espacio. De estatura media, delgado, pero su presencia llena más espacio del que su cuerpo ocupa. Ojos oscuros que bailan, una sonrisa que llega hasta ellos, el cabello artísticamente despeinado de esa forma que toma veinte minutos para parecer que no costó esfuerzo.

Ve a Gabriel y su rostro se ilumina con un deleite total y sin reservas. Cruzando la habitación en tres zancadas fluidas, atrae a Gabriel a un abrazo que no es decorativo, sino real; con los brazos envolviéndolo en un apretón firme. Gabriel se tensa por una fracción de segundo, luego le devuelve el abrazo, y veo cómo algo en sus hombros se libera.

—Ha pasado demasiado tiempo, amigo. —El hombre se aparta, con las manos en los hombros de Gabriel—. Después de todo este tiempo, y entras con esa facha. Sin alzacuellos. Solo tú. ¿Tienes idea de cuánto tiempo hemos estado esperando esto?

—Acabamos de llegar, Adrian. No tuve tiempo de avisar a nadie.

—Lo sé, lo sé. Logan acaba de enviarme un mensaje hace dos minutos diciendo que subían. Pero aun así. Ocho años, Gabriel. Y trajiste a una mujer a La Sirena. ¿Cómo es que un cura consigue novia?

Gabriel casi sonríe. Adrian lo nota, y sus ojos se entrecierran con deleite.

—¿Eso es una sonrisa? ¿Fue eso una sonrisa? Logan, ¿viste eso? Llamen al Vaticano, ha ocurrido un milagro.

—No sonreí.

—Estuviste a un milímetro de una sonrisa. Tengo testigos. —Adrian se vuelve hacia mí y todo el foco de su atención recae en mí; entiendo de inmediato por qué este hombre es el anfitrión de La Sirena. Cuando Adrian te mira, te sientes la única persona en la

habitación. El encanto no es un arma. Es una frecuencia que transmite de forma natural.

—Y tú —dice—, eres la mujer que hizo sonreír a un cura. No sé quién eres todavía, pero ya te debo un trago.

Me extiende la mano. El apretón de manos es firme, sin prisas, genuino.

—Seraphina —digo—. Sera.

—Sera. —Prueba mi nombre, decidiendo dónde encaja—. Hermoso. ¿Te ha estado alimentando? Él no sabe cocinar. El hombre sobrevive a base de batidos de proteínas y culpa.

—Ella me alimenta —dice Gabriel en voz baja. Simple. Cargado de significado.

Adrian lo capta, con los ojos moviéndose entre nosotros. La picardía se suaviza en algo más profundo, casi alivio.

—Entonces ya eres de la familia —me dice Adrian. Y lo dice en serio. La sinceridad, tan fácil, ofrecida a una mujer que conoció hace treinta segundos, hace que algo en mi pecho me duela.

La palabra familia ha estado vacía tanto tiempo que había olvidado que podía tener peso. La familia de Julian era transaccional. La mía era la Abuela Rosa, y ella ya no está.

Adrian sirve tragos, habla mientras sirve. Historias, chismes, el comentario continuo mitad actuación y mitad deleite genuino. Le cuenta a Gabriel lo que se ha perdido:

—¿Te acuerdas de Valentina? ¿La de todos los pañuelos? Prendió fuego a toda la maldita cortina en mitad del acto. Las llamas subían hasta el techo mientras seguía cantando, no falló ni una nota. —Se inclina, bajando la voz—. Y el mes pasado, apareció un inspector de sanidad sin previo aviso. Logan se quedó mirándolo, deslizó una tarjeta de visita sobre el escritorio —la de su abogado, no dinero en efectivo— y dijo: «Tal vez deberíamos discutir esto adecuadamente». El tipo estaba tartamudeando disculpas para cuando se fue.

Las historias son pequeñas y llenas de vida, y así es como suena una familia. No las cenas silenciosas de Julian. Esto. Las bromas, las risas, el hombre que te estrecha en un abrazo y te llama familia antes de saber tu apellido.

Pasada la medianoche, el club sigue latiendo bajo nosotros. Logan nos muestra la suite en el piso residencial. Sencilla pero buena. Un dormitorio, baño, una pequeña sala de estar. Real. Cómoda. Una ventana que da al horizonte de Miami.

Gabriel deja nuestras maletas. El clériman sigue en su bolsillo. Lo sé porque vi que su mano iba hacia su chaqueta y se detenía. Lo lleva de la misma manera que yo llevo la alianza de Julian contra mi pecho. Pesos de vidas anteriores.

Voy a la ventana y contemplo Miami de noche, donde las torres de Brickell brillan a lo lejos contra la oscura extensión de la bahía. Las luces centellean sobre el agua como joyas esparcidas sobre terciopelo negro.

Esas torres guardan secretos que aún persigo. Reuniones de las que no le he hablado a Gabriel, un rastro que lleva a la bóveda de Julian. Desde esta ventana puedo ver ambos mundos: el que estoy investigando en secreto y el que me recibe con los brazos abiertos. La proximidad hace que se me revuelva el estómago. Están lo suficientemente cerca como para colisionar.

Gabriel se para detrás de mí frente a la ventana, con su mano buscando la base de mi espalda.

—¿Estás bien? —pregunta.

Pienso en el asentimiento de Gunner. En el aceite de oliva de Logan. En el «ya eres de la familia» de Adrian. El whisky, las risas, el abrazo que hizo que los hombros de Gabriel se relajaran.

—Bien —digo.

Nos vamos a la cama juntos en La Sirena. En su mundo. El clériman en la mesa de noche y la alianza contra mi pecho y la ciudad brillando afuera y la música aún pulsando a través del suelo como un latido.

En la oscuridad de la suite, nos unimos con la intensidad silenciosa que se ha estado acumulando desde el viaje en auto. Las manos de Gabriel se mueven sobre mí con reverencia, sus labios contra mi cuello, mi clavícula, más abajo.

El peso de su cuerpo presionándome contra el colchón se siente como un refugio. Cada toque es deliberado, sin prisas, como si quisiera memorizar cada curva y cada hueco de mi cuerpo. Cuando entra en mí, veo cómo cambia su rostro, veo cómo el autocontrol cede ante algo crudo y desesperado. Nos movemos juntos sin hablar, encontrando un ritmo que se siente como volver a casa.

Su respiración se acelera contra mi oído, mi nombre es una oración en sus labios mientras se estremece contra mí. Después, me abraza fuerte, su corazón se ralentiza bajo mi palma, nuestros cuerpos pegajosos de sudor por el calor de Miami.

Estoy casi dormida cuando lo oigo. Una voz que flota a través de las paredes. No una voz cualquiera, sino algo extraordinario, una cantante que hace que el club guarde silencio cuando actúa. El sonido me corta la respiración, me arranca del borde del sueño.

Los brazos de Gabriel se aprietan a mi alrededor. Su corazón late con fuerza contra mi espalda.

La voz sigue llegando a través de las paredes. Nunca he oído nada igual: ni entrenada ni actuada, algo más crudo que cualquiera de esas cosas. Un sonido que sabe lo que es y no pide disculpas por ello.

Me quedo quieta y escucho y no duermo.

19 - Gabriel

El alzacuellos pesa en mi palma, la luz de la mañana del domingo se filtra por la ventana haciendo que la tela blanca brille. Mi cuerpo sabe que es casi la hora de la misa. Mi reloj interno está ajustado al tiempo litúrgico después de tres años. En dos horas, la señora Álvarez se estará acomodando en el tercer banco. La lámpara del sagrario estará encendida. Alguien tocará las campanas.

Yo no estaré allí.

El pensamiento me trae una extraña ligereza.

Marco el número de Tomás antes de poder pensarlo demasiado.

—Gabriel. —Su voz tiene esa cualidad de mañana de domingo. Ya con cafeína, ya preparado—. ¿Todo bien?

—Necesito que cubras la misa. —Las palabras salen firmes—. Estoy en Miami. En La Sirena.

Silencio. No un silencio de sorpresa. El tipo de silencio de alguien que elige sus palabras con cuidado.

Tomás está entre iglesias en este momento. Su última parroquia cerró hace seis meses —demasiado pequeña, demasiado rural, sin suficientes feligreses para justificar el gasto— y la diócesis aún no lo ha reasignado. Ha estado ayudando donde se necesita, cubriendo huecos.

—No te lo pediría si tuviera otra opción —digo, mirando el clériman en mi mano.

—Lo sé. —Otra pausa—. ¿Solo por hoy?

—No lo sé.

—Está bien. —Sin juicios, sin preguntas sobre el porqué. Solo logística, que es por lo que lo llamé a él en lugar de a cualquier otro —. Yo me encargo. Diles que tuviste una emergencia familiar.

—Tomás…

—La parroquia sobrevivirá sin el Padre Gabriel —dice suavemente—. La pregunta es si Gabriel sobrevivirá sin la parroquia.

Las palabras caen con más fuerza de la que probablemente pretendía. O tal vez con la fuerza exacta. Tomás siempre ha visto a

través de mi actuación.

—Estoy bien —le digo, y por una vez podría ser verdad.

—Bien. —Una pausa—. Dios no vive en un edificio, Gabriel. Jamás lo ha hecho.

Después de colgar, vuelvo a mirar el alzacuellos. Tres años de uso diario han suavizado la tela, desgastándola en algunas partes. Esta cosa que definió mi existencia entera.

Abro el cajón de la mesa de noche. Coloco el alzacuellos dentro. Lo cierro.

El clic resuena en la habitación silenciosa.

Adrian me encuentra en la cocina una hora después, donde intento preparar café con los granos de Sera y fracaso espectacularmente. Mira una sola vez los restos de café esparcidos por la encimera y se ríe. No es una risa cruel, solo encantada.

—¿Toda una vida de café instantáneo y ahora intentas ser sofisticado? —se burla.

—Ella hace que parezca fácil.

—Ella hace que todo parezca fácil. —Se apodera del molinillo, con movimientos fluidos—. Hablando de eso, ¿sabes qué noche es hoy?

—Domingo.

—Ritual de domingo. —Logra las proporciones correctas al primer intento, porque por supuesto que lo hace—. El club cierra temprano, a las once. Luego comemos. Todos nosotros. Juntos.

—¿Reunión de personal?

—Cena familiar. —La distinción importa por cómo lo dice—. Empezó después de que te fuiste. El sábado es el gran espectáculo, el domingo cerramos temprano y simplemente existimos. Sin actuar. Sin roles. Solo nosotros.

La ironía no se me escapa. Domingo. El día en que usualmente estoy frente a un altar partiendo el pan, el mismo día en que esta colección heterogénea de trabajadores del club se reúne alrededor de una mesa diferente.

—Sera ha estado preguntando por la cocina —continúa Adrian, vertiendo el agua con pulso firme—. Le hablé de la cena familiar y se le iluminó la cara. De inmediato empezó a planear un menú.

Por supuesto que sí. Dale a Sera una cocina y un grupo al que alimentar y ella construye un hogar.

Para cuando termino el café que preparó Adrian, el sol ha subido lo suficiente como para convertir las calles de Miami en espejismos

brillantes.

Al atardecer, la cocina de La Sirena está viva, cada hornilla encendida, el vapor empañando las ventanas hasta que el mundo exterior desaparece. Sera se ha adueñado de este espacio por completo. Ollas burbujeando, cebollas tocando el aceite caliente con un siseo violento, la cuchara de madera cortando el caos como la batuta de un director de orquesta. El ajo perfuma el aire, luego el comino, luego algo verde y brillante que hace que me ardan los ojos.

—Deja de rondar —dice ella sin darse la vuelta—. Me pones nerviosa.

—Intento ayudar.

—Entonces lávate las manos y agarra ese cuchillo. —Señala una tabla de picar cargada de cebollas—. Cubos pequeños. ¿Y Gabriel? Intenta no masacrarlas.

Me coloco ante la encimera, con el cuchillo torpe en mi mano. Ella observa mis primeros cortes y suspira. El sonido de una mujer que acepta las limitaciones.

—Más pequeños. Como si estuvieras haciendo confeti, no cortando leña. Y mantén los dedos doblados. No quiero sangre en mi sofrito.

Las cebollas contraatacan de inmediato. Las lágrimas ruedan por mi cara mientras corto capas que se resbalan y deslizan. Adrian deambula por ahí, roba un poco de una de las ollas para probar, y recibe un manotazo con la cuchara de madera. La violencia casual del gesto, la risa que le sigue, llena la cocina con algo que no sentía desde que mi madre cocinaba.

—¿A cuántos vamos a alimentar? —pregunto, secándome los ojos con la manga, probablemente empeorándolo.

—Depende de quién venga. —Sera ajusta la llama, prueba, vuelve a ajustar—. Adrian dice que usualmente son seis o siete. El núcleo.

La palabra suena distinta aquí de como sonaba en Homestead. Allí, yo era el Padre. Separado, por encima, aparte. Aquí, solo soy Gabriel intentando no destruir vegetales mientras mi novia crea milagros de la nada.

Novia. La palabra se siente extraña y correcta al mismo tiempo.

La tarde transcurre lenta en ondas aromáticas. Observo a Sera trabajar, su competencia, la forma en que se adueña de este espacio en el que ha estado menos de veinticuatro horas. Logan pasa por ahí, no dice nada, pero lo sorprendo inhalando profundamente. Incluso

Gunner aparece en el umbral, atraído por el olor. Luego Adrian, otra vez.

Y entonces, Isa Navarro.

No entra tanto como se materializa. De repente está allí, apoyada contra el marco de la puerta como si estuviera evaluando una amenaza. Alta y delgada, Isa tiene una precisión en sus movimientos que hace que todos los demás parezcan descuidados en comparación. Su cabello negro está recogido tan apretado que parece doloroso, revelando pómulos afilados y ojos que podrían cortar vidrio. No hay nada suave en ella: ni las líneas severas de su rostro, ni su postura rígida, ni la forma en que su mirada recorre la cocina, calculando, midiendo, con esos ojos afilados posándose sobre Sera con un peso que puedo sentir desde el otro lado de la habitación.

El examen comienza por las manos de Sera. Observando cómo sujeta el cuchillo, la economía de sus movimientos, la forma en que no mide las especias sino que las añade por instinto. Luego sube a sus hombros, notando la tensión allí, la forma en que es consciente de que la observan pero no se voltea. Finalmente se detiene en la cuchara de madera, vieja y oscura por el uso, claramente no perteneciente a la cocina de La Sirena.

Sera también lo siente. Veo que sus hombros se tensan ligeramente, pero no se voltea, no reconoce el escrutinio. Solo sigue cocinando.

—Tú eres la nueva. —La voz de Isa tiene una monotonía que podría significar cualquier cosa.

—Soy Sera.

—Sé quién eres.

El silencio que sigue vibra con una evaluación tácita. Quiero ponerme entre ellas, desviar la intensidad de Isa. Pero Sera no necesita protección. Suelta la cuchara, se voltea y sostiene la mirada de Isa de frente.

Sera levanta la vista del fogón. —¿Quieres probar?

—No. —Tajante, final.

Adrian suspira. —Isa.

—¿Qué? Estoy aquí. Vine. —Cambia su peso de pierna, el movimiento es sutil pero deliberado. Todo en ella parece deliberado —. Ese es el requisito.

—El requisito es la cena familiar —dice él—. Énfasis en familiar.

Algo cruza por su rostro, se va tan rápido que no puedo identificarlo.

Otro instante de silencio, y luego Isa da media vuelta y se marcha sin decir una palabra más. Adrian se encoge de hombros dramáticamente y la sigue.

—Puedo ver por qué dijiste que es difícil de leer —observa Sera una vez que se ha ido.

—Eso fue positivo, de hecho, tratándose de Isa. —Abandono las cebollas y la rodeo con mis brazos desde atrás—. Dale tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto mide un hilo?

Sera se ríe, pero hay algo debajo. No es exactamente dolor, sino la conciencia de estar siendo medida y, posiblemente, ser hallada insuficiente. Lo reconozco. Isa le hace eso a la gente, sostiene un espejo que muestra cada defecto.

—Ya se ablandará —le prometo.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces no comerá de tu comida. Ella se lo pierde.

Las once en punto llegan con el sonido de cerraduras girando, el personal saliendo, la parte pública de La Sirena quedando a oscuras. La parte privada emerge como una criatura completamente diferente. Más silenciosa, más cálida, real.

La mesa que Adrian ha preparado en el área de comedor privada podría contar historias. Madera larga y con cicatrices, sillas desiguales que de algún modo combinan. Velas porque Adrian insiste, vino porque Logan insiste, platos que no hacen juego porque a nadie le importa.

Gunner llega primero y reclama la silla más grande al extremo de la mesa, aunque apenas contiene su corpulencia. Una cerveza ya lo espera en su lugar, con la condensación perlada en el vaso. Cuando Sera pone un plato humeante frente a él, sus ojos se mueven deliberadamente de la comida a su rostro, y asiente una sola vez, con gesto medido. Viniendo de cualquier otro, el gesto podría parecer despectivo, pero de Gunner es nada menos que una ovación de pie.

Logan aparece precisamente cuando dijo que lo haría, pasadas las diez, cargando vino que seleccionó de su colección personal. Ha cambiado su armadura habitual por un suéter y pantalones. Sigue siendo Logan, pero más suave de algún modo. Sirve con el mismo cuidado que pone en todo.

Adrian está en todas partes a la vez. Ajustando la música, encendiendo más velas, llenando copas. Se sienta a mi lado, frente a donde Isa inevitablemente se sentará. Registro el ángulo de visión, lo archivo junto a todos los otros momentos de Adrian e Isa que he estado coleccionando.

Isa entra y la temperatura cambia. No es que se vuelva más fría. Es más cortante. Reclama su silla de siempre, con los ojos posándose de nuevo en Sera con ese peso frío.

Y entonces, alguien nuevo. La Siren.

El suave clic de los tacones sobre la madera dura la anuncia antes de que aparezca. Entonces está allí, y el aire mismo parece vibrar. No por su belleza, aunque es impactante, sino por algo más elemental. Alegría, tal vez. O el magnetismo de alguien que ha aprendido a transformar el dolor en arte.

Lo primero que cualquiera nota: la peluca. Azul eléctrico esta noche, un bob afilado que enmarca su rostro como una obra de arte moderno. No se esconde tras la peluca, sino que crea algo nuevo con ella, una extensión de sí misma más que una máscara. Sin el maquillaje de escenario, sus rasgos naturales exigen aún más atención: ojos grandes que parecen capturar y reflejar cada destello de las velas, y labios que se curvan con una expresividad tan natural que casi se puede oír música en su movimiento antes de que empiece a cantar. El tenue aroma a jazmín la sigue, delicado ante la riqueza de la comida.

—¡Gabriel! —exclama, envolviéndome en un abrazo rápido y cálido que dice que se alegra de que esté en casa sin necesidad de hacer un espectáculo de ello. Cuando se vuelve hacia Sera, su rostro entero se transforma, iluminándose con un interés genuino.

—¿Tú eres la que cocinó todo esto? —No espera respuesta, se deja caer en la silla junto a Sera como si hubieran sido amigas por años—. Cualquiera que alimente a este grupo es automáticamente mi persona favorita.

La calidez es inmediata, envolvente. Pregunta por la comida, las especias, dónde aprendió Sera, y escucha de verdad las respuestas. Observo a Sera relajarse gradualmente bajo esa atención.

—Creo que no nos han presentado debidamente —dice Sera, claramente encantada—. Soy Sera.

—Todo el mundo me llama la Siren —dice la mujer con una sonrisa que podría dar energía a la ciudad—. Aunque en el escenario

simplemente me llaman la estrella principal. Menos poético, más exacto.

—Tú eres la voz —dice Sera de repente, cayendo en la cuenta—. Te oí cantar la otra noche, a través de las paredes. Tu voz es…

—Demasiado fuerte, probablemente —se ríe la Siren—. Estas paredes viejas no fueron construidas para insonorización.

—Trascendente —termina Sera—. Esa es la palabra que estaba buscando.

La expresión de la Siren se suaviza, algo real asoma a través de su perpetua calidez—. Bueno, ahora definitivamente eres mi favorita.

La mesa se llena. Somos Sera y yo, Gunner, Logan, Adrian, Isa y la Siren. Mi hermana y Nico están notablemente ausentes, aún en Chicago.

Adrian levanta su copa de vino, con esa sonrisa que significa problemas.

—Padre Gabriel —dice, y el título cae como una broma y un desafío—. ¿Qué tal si bendices la mesa? Viejas costumbres y todo eso.

La mesa se queda en silencio. Todos saben lo del alzacuellos. Saben que está en un cajón del piso de arriba. La pregunta parece ligera pero no lo es.

Miro alrededor de la mesa. Las velas en las que Adrian insistió. La comida que Sera creó. Los rostros. Mi gente, no por sangre sino por elección. Gunner firme, Logan observando, Isa afilada, la Siren cálida, Adrian sonriendo, y Sera a mi lado con ojos que dicen: lo que tú elijas.

Mis manos se encuentran, los dedos entrelazándose como lo han hecho diez mil veces antes. Pero esta vez, no hay ningún alzacuellos en mi garganta. Mi voz, cuando surge, es más áspera que la cadencia practicada del Padre Gabriel.

—Gracias —digo simplemente, con los ojos abiertos, mirando cada rostro—, por esta comida. Por las manos que la prepararon. Por esta mesa y las personas que la rodean. —Tres frases. Siento cada palabra—. Amén.

—Amén —repite Adrian, estirándose de inmediato por pan. El momento se rompe, la conversación estalla, y de alguna manera mi oración sencilla fue exactamente lo que se necesitaba.

Pasada la medianoche, la mesa parece un campo de batalla. Platos vacíos, botellas de vino terminadas, cera de vela acumulándose. Nos hemos trasladado a los sofás y sillas, con ese

despatarre cómodo que ocurre cuando la comida, el vino y la risa han hecho su trabajo.

La Siren empieza a cantar.

Sin anuncios, sin actuación. Está acurrucada en un sillón, con la copa de vino en la mano, y simplemente empieza. Su voz se despliega como el humo. No suave, sino humo de verdad, con peso y textura y la capacidad de llenar cada rincón de una habitación. Una vieja balada cubana que reconozco a medias, con la melodía pareciendo extraer recuerdos de las propias paredes.

Adrian está desparramado en el sofá, con los ojos cerrados, tamborileando con los dedos. Logan está realmente relajado, la versión de suéter y vino que no he visto en años. Gunner sigue en la mesa, con sus brazos macizos cruzados y la cabeza hacia atrás, con esos ojos pálidos cerrados. En paz. El arma bajo su hombro izquierdo hace un ligero bulto en su camisa, un recordatorio de que incluso la cena "familiar" ocurre en un mundo peligroso.

Isa está en la barra, limpiando copas que ya están limpias porque sus manos necesitan ocupación. Pero cuando cree que nadie mira, sus ojos encuentran a Adrian. Solo por un momento. La forma en que su mano se detiene a mitad del pulido, el ligero ablandamiento alrededor de su boca. Luego se recupera y vuelve a la copa con renovado enfoque.

Este es mi hogar. No el imperio Delgado, no la dinastía. Estas personas que mantuvieron mi silla vacía durante años y me dejaron ocuparla esta noche sin exigir una explicación.

Pienso en Homestead. La lámpara del sagrario ardiendo para una iglesia vacía. La señora Álvarez en su banco. Tomás cubriéndome, contando alguna historia sobre una emergencia familiar que no es del todo mentira.

La Siren cambia a otra cosa, dedos de melodía alcanzando los rincones. La mano de Sera encuentra la mía bajo la mesa, su pulgar trazando círculos en mi palma.

La canción termina. Comienza otra, más lenta, más triste. Nadie se mueve para irse. Este es el ritual. No la comida ni el vino, sino este después, cuando las defensas caen y las personas simplemente existen juntas en el mismo espacio.

Adrian abre los ojos, me atrapa observándolo. —¿Estás bien?

—Sí. —Y lo estoy. Realmente lo estoy.

—Bien —dice, y luego sonríe más ampliamente—. Pero este pan... Sera, ¿dónde aprendiste a hornear así? Es como la comunión pero realmente comestible.

Ella se ríe. —Mi abuela. Decía que el pan era la primera oración. Alimentar a la gente cuando las palabras no bastaban.

Adrian se queda callado un momento, en silencio de verdad, no del tipo actoral—. Tu abuela tenía razón.

20 - Seraphina

Me despierto con el sonido de la respiración de Gabriel, profunda y acompasada a mi lado. La luz de la mañana se filtra por las cortinas, pintando rayas doradas sobre su hombro desnudo. La cena ritual de anoche todavía vibra en mis huesos: las risas, el calor, el peso de sentir que pertenezco a algún lugar por primera vez desde la cocina de la Abuela Rosa.

La mañana ya está a medio pasar cuando reviso mi teléfono. Reyes me espera antes del almuerzo, y necesito transformarme de nuevo en la viuda afligida que necesita su orientación.

Salgo de la cama con cuidado, recogiendo mi ropa en silencio. Gabriel ni se inmuta. El agotamiento de ser finalmente él mismo lo ha dejado completamente fuera de combate. Dejo una nota en la mesa de noche: —Haciendo unos recados. Vuelvo esta tarde. —S.

En la cocina, me detengo ante la encimera. La cuchara de madera se apoya contra la pared donde la puse anoche; la madera oscura capta la luz de la mañana. La voz de la Abuela resuena: —Hay gente de sangre caliente, mija. La toco brevemente para conectarme con la realidad, luego agarro mi bolso y salgo sigilosamente.

El trayecto hasta Brickell toma cuarenta minutos con el tráfico del lunes. Me despojo de la Sera-que-pertenece con cada kilómetro, poniéndome a Sera-Marin como una armadura. Para cuando me estaciono en el garaje de Reyes, mi rostro ha adoptado la expresión adecuada: viuda vulnerable con finanzas complicadas, agradecida por el consejo.

Su recepcionista ya me recuerda. —Señora Marin, el señor Reyes está listo para recibirla.

La oficina todavía apesta a orquídeas, esa dulzura empalagosa que me revuelve el estómago. Reyes se levanta cuando entro, más cálido que en nuestra primera reunión. He sido ascendida de objetivo a conocida.

—Sera, qué maravilla verla—. Su apretón de manos se prolonga. —¿Café? Le pedí a mi asistente que consiguiera café cubano, del que

mencionó que le gustaba.

—Es muy detallista, gracias.

Nos acomodamos en sillones de cuero. Cruzo las piernas y observo cómo sus ojos siguen el movimiento. Los hombres como Reyes son tan predecibles. Dales un poco de atención y te lo contarán todo mientras creen que son ellos los que tienen el control.

—He estado pensando en lo que mencionó —digo, inclinándome ligeramente hacia adelante. —Sobre los protocolos de la bóveda. Especialmente los niveles de seguridad. Julian nunca explicó cómo funcionaba nada de eso.

El pecho de Reyes se infla ligeramente. Entrando en modo profesor. —Bueno, en realidad es bastante elegante. Las instalaciones utilizan un acceso graduado. Escáneres biométricos al ingresar, autenticación secundaria al nivel de la bóveda. Algunas requieren sistemas de doble llave, aunque esos son cada vez menos comunes—.

—¿Doble llave?

—Piénselo como un sistema de seguridad a prueba de fallos. Una persona posee el código de acceso principal y otra tiene la autenticación secundaria. Evita que una sola persona acceda a los activos por su cuenta—. Une las yemas de sus dedos. —Aunque la mayoría de nuestros clientes prefieren ahora el acceso de punto único. Es más conveniente.

Archivo cada palabra, cotejándola con el código grabado a fuego en mi memoria. VA-11.03.18-7K4X9. Acceso único, entonces; no doble. Una complicación menos.

Mi mirada se desvía hacia su estantería y se detiene en una fotografía enmarcada. Reyes en un barco, con champán en la mano, junto a otro hombre. La he visto antes, pero nunca me fijé bien. Hoy estudio el rostro del otro hombre: mayor, de pelo canoso, demacrado pero imponente. Hay algo en él que me resulta familiar, aunque no logro ubicarlo. Su postura denota propiedad, la de alguien acostumbrado a ser obedecido. Un tipo de hombre que reconozco del mundo de Julian.

—Las viejas familias de Miami entienden la importancia de los sistemas adecuados— continúa Reyes, y la frase atrae de nuevo mi atención. —La gestión patrimonial no consiste solo en mover dinero. Es construir marcos que perduren.

La palabra que Julian usó cuando explicó cómo el dinero limpio y el sucio se dan la mano. El mismo marco que Logan describió anoche

al hablar de la estructura legítima de La Sirena.

—Su esposo entendía eso— añade Reyes. —Ayudó a construir algunas estructuras impresionantes en su época.

El café se convierte en ácido de batería en mi boca. Dejo la taza con cuidado, mi mente analizando las implicaciones a toda velocidad mientras mantengo la sonrisa agradecida de la viuda.

—Hablando de eso —Reyes se echa hacia atrás—, tendré una pequeña reunión el viernes por la noche en mi casa. Solo unos pocos clientes y asociados selectos. Debería venir. Sería bueno para usted conocer a otros que entienden estas... complejidades.

—Lo pensaré—.

—Por favor, hágalo. A veces las mejores alianzas se forman con un buen vino y una conversación honesta—.

El viaje de regreso a La Sirena se extiende como una confesión que no estoy lista para hacer. Con cada kilómetro, la revelación se asienta con más fuerza: arquitectura, marcos, sistemas. Todo es la misma máquina moliendo hacia adelante, y yo he estado durmiendo en una cama que ella ayudó a construir.

Regreso a La Sirena por la entrada trasera, necesitando despojarme de la máscara de Sera Marin antes de ver a Gabriel. El callejón huele a la basura de anoche y a las entregas de esta mañana. Normal. Familiar.

Excepto que la postura de Gunner no es la habitual.

Está de pie junto a la puerta, su enorme cuerpo relajado de una forma que nunca he visto. No como guardián, sino como anfitrión. A su lado, un hombre que no reconozco. Más bajo que Gunner (todo el mundo lo es), con una sudadera con capucha a pesar del calor de Miami y un maletín para computadora portátil colgado al hombro. Joven, quizá de unos veintitantos, con tenis caros que gritan dinero pero un cabello desordenado que dice que no le importa.

Gunner me dedica su familiar asentimiento. Tengo paso libre. Luego le da al extraño un asentimiento diferente: respeto profesional. La distinción es importante.

—Este es Emilio Rosetti. Milo —dice Gunner, usando más palabras de lo habitual. —El primo de Nico de Nueva York.

Milo levanta la vista de su teléfono, y ahí está: la misma inteligencia aguda que vi en los hermanos Rosetti en Il Lusso, solo que envuelta en un empaque de Silicon Valley en lugar de Armani:

un chico tecnológico en sudadera en vez de un mafioso de traje. Recalibro lo que puede significar el apellido —Rosetti—.

—Hola.

Eso es todo. Pero por la forma en que Gunner se mantiene ligeramente detrás de él, la deferencia en su lenguaje corporal, este no es simplemente un pariente de visita.

Arriba, la puerta de la oficina de Logan está abierta. Inusual. A él le gustan sus límites, su espacio controlado. Gabriel ya está dentro, sentado frente al escritorio de Logan en jeans y la camiseta de ayer, con el pelo todavía revuelto por el sueño.

—Aquí estás— dice Gabriel, y su sonrisa hace que se me apriete el pecho.

Milo apenas mira a su alrededor, ya abriendo su computadora. —¿Debo esperar a alguien más?

—No —dice Logan—. Aquí están todos los que necesitan saber.

Me quedo en el umbral. No me siento. No me comprometo a quedarme ni a irme.

Los dedos de Milo vuelan sobre el teclado. —Bien, Nico me pidió que investigara la estructura financiera de los Markovic en el sur de Florida. Específicamente, sus canales de lavado—. Gira la laptop para que podamos ver la pantalla. —Esto es lo que encontré.

El diagrama parece una telaraña: cuentas, empresas fantasma, rutas de transferencia. Reconozco la estructura de inmediato. Es idéntica a lo que he estado mapeando durante seis meses, intentando rastrear el dinero de Julian. Excepto que yo solo obtuve una fracción.

Milo mira de reojo a Gabriel y luego vuelve a la pantalla. —El conducto principal pasa a través de un grupo de hotelería —continúa, resaltando una sección con el cursor y manteniendo el mismo tono casual—. Ha existido por siempre, unos cuarenta años. Se ve impecable en el papel, lo que lo hace perfecto para lavar efectivo a través de negocios legítimos. El flujo mensual es… —silba en voz baja — impresionante.

Hace clic en la siguiente pantalla y se reclina en su silla, estirando los brazos sobre la cabeza mientras el nombre de la empresa aparece en negrita: **Delgado Holdings.**

Gabriel se queda completamente inmóvil. No es sorpresa, sino la inmovilidad de alguien que siente que el suelo se quiebra bajo sus pies. Sus manos se aplanan contra sus muslos.

La mano de Logan sobre el escritorio se cierra lentamente en un puño. No está sorprendido. Está calculando el radio de la explosión.

Milo sigue hablando, ajeno al cambio de temperatura. —Ha funcionado así durante décadas. Un montaje realmente elegante, en realidad. El dinero entra a través de los clubes y restaurantes, se limpia mediante pagos a proveedores y tarifas de gestión, y sale limpio por el otro lado. De manual, pero, bueno, magistralmente ejecutado—.

—¿Qué tanto sabe Jorge?— La voz de Logan está perfectamente controlada.

—Todo—. Milo saca otro documento. —Miren, su firma está en el acta constitutiva original. Él autorizó las cuentas. Jorge lo sabe.

Gabriel se levanta abruptamente y camina hacia la ventana. De espaldas a nosotros, con los hombros rígidos. Desde aquí, el horizonte de Brickell se extiende ante él. El edificio de Reyes es visible entre las torres.

—Mi padre lo sabía— dice Gabriel. Tajante. No es una pregunta.

—Sí— confirma Milo, todavía sin captar el ambiente. —Todo el asunto reporta a Jorge Delgado. Bueno, a través de un administrador de patrimonio llamado Arturo Reyes, pero Jorge lo sabía todo. Jorge es quien...—

El nombre Reyes me golpea. La oficina que acabo de dejar. El café que ordenó especialmente. Los sistemas que elogió.

La fotografía.

Mi mente evoca la imagen con perfecta claridad ahora: Reyes en el barco, con la copa de champán en alto, y a su lado el hombre de pelo canoso que debe ser Jorge Delgado. La postura de propiedad de repente tiene sentido. El padre de Gabriel, el mismo hombre cuyo dinero construyó el imperio de Julian, cuyos sistemas crearon la bóveda que intento abrir.

La alianza en su cadena me quema contra el pecho. La bóveda de Julian, el dinero de Jorge, la oficina de Reyes. La división que construí entre mi investigación y mi vida aquí no era una pared. Era una cortina, y alguien acaba de descorrerla.

Miro a Gabriel, todavía junto a la ventana, y veo sus nudillos blancos contra el alféizar. Él no lo sabía. El asombro en su inmovilidad es genuino. Pero su apellido sigue siendo Delgado. El dinero sigue siendo Delgado. El marco que construyó mi jaula tiene la firma de su familia en cada documento.

—¿Desde cuándo?— pregunta Logan. —Específicamente la conexión con los Markovic—.

—Al menos quince años— dice Milo, revisando más archivos. —Quizá más. Antes de Julian Reznik, hubo otro tipo, y luego otro. Reyes los gestionó a todos—.

El nombre de Julian en esta habitación, en este contexto, me hace retroceder. Solo un poco, desplazando el peso desde el marco de la puerta. Luego otro pequeño movimiento, y de repente estoy en el pasillo en lugar del umbral, mi cuerpo tomando la decisión antes de que mi mente procese. Retrocediendo de la zona de impacto.

Gabriel se gira desde la ventana. Nuestros ojos se encuentran a través de la oficina. Tres segundos de perfecta honestidad: ambos estamos sangrando por esta revelación, ambos tratando de descifrar si el otro es herida o arma.

—Necesito aire— digo.

Nadie me detiene. Camino por el pasillo, paso por la cocina donde mi cuchara de madera descansa junto al buen aceite de oliva de Logan. Todo lo que he construido aquí, la pertenencia que saboreé anoche, se asienta sobre una base de dinero ensangrentado y lavado. Los Delgados, the Markovics, Julian, todo conectado en una enorme red de complicidad.

La alianza pesa contra mi esternón como un ancla. Seis meses llevo cargándola, intentando descifrar su código, y todo este tiempo fue un mapa hacia una bóveda construida con el dinero de la familia de Gabriel. La ironía sería graciosa si no se sintiera como una asfixia.

El aire de la azotea trae el salitre de la bahía y el olor a azúcar quemada de la lluvia que se aproxima. Miami se extiende debajo en su transformación crepuscular: esa cualidad de estar bajo el agua que tiene el atardecer aquí, cuando el neón comienza a sangrar en el cielo púrpura. El bajo de tres clubes diferentes vibra a través de mis zapatos, cada ritmo luchando por el dominio. He estado aquí arriba durante horas, dándole vueltas a la alianza en mis dedos, recorriendo el grabado. Un código para una bóveda construida con dinero de Delgado, gestionada por Reyes, llena de pruebas de los crímenes de todos.

Podría irme. Empacar la cuchara de madera, marcharme y desaparecer en la inmensidad de Miami. Ya lo he hecho antes. Julian me enseñó cómo vivir dentro del marco de otra persona sin dejar huellas dactilares. Los Markovic me enseñaron a huir.

Pero lo de anoche. El flan que hice con la receta de Rosa. Gabriel bendiciendo la mesa con los ojos abiertos, mirando cada rostro alrededor de la mesa. Adrian llamándome familia antes de saber mi apellido. Incluso Isa, todavía reservándose el juicio pero presente, observando, considerando.

Yo pertenecía. Por una noche perfecta, pertenecí a algún lugar.

Pasos en las escaleras. No son los de Gabriel. Ya conozco su andar, el peso de su paso. Estos son precisos, medidos. Logan.

Aparece en la puerta, de nuevo con su armadura: el suéter casual de anoche reemplazado por una camisa planchada, pantalones de vestir y el tipo de postura que podría cortar vidrio. Camina hacia la barandilla, se para a mi lado pero no cerca. Distancia profesional.

—Estuvo en la oficina de Reyes esta mañana—.

No es una pregunta. Se me hiela la sangre.

—Sé lo de Sera Marin— continúa, con la voz perfectamente calmada. —Lo sé desde que empezó a usarlo aquí en Miami. Es su apellido de soltera, por parte de su madre. Limpio. Profesional. El tipo de alias que alguien usa cuando investiga algo que no quiere que rastreen—.

Mis manos se aferran a la barandilla. —¿Cuánto tiempo lleva vigilándome?—.

—Desde que la conocí en Homestead. Cada pregunta cuidadosa que le hacía a Adrian sobre las familias de Miami—. Se gira para mirarme de frente. —La he visto cocinar en nuestra cocina, dormir en la cama de Gabriel, convertirse en parte de esta familia… mientras lleva a cabo una investigación paralela bajo un nombre que no es el suyo. Necesitaba saber si esas dos cosas estaban conectadas o si eran independientes—.

—¿Por qué no se lo dijo a Gabriel?—.

—Porque yo protejo a esta familia. A toda. Incluyéndolo a él. Y si era una amenaza, necesitaba saber de qué tipo antes de actuar—.

—¿Y ahora?—.

—Ahora lo sé. No es una amenaza. Es una víctima de la misma máquina que nos está moliendo a todos—. Hace una pausa. —Pero también le está mintiendo al hombre que considero mi hermano mientras duerme en su cama. Así que ahora me lo va a contar todo, señora Reznik—.

La revelación abre una brecha en algo. No es un quiebre, sino una liberación. El agotamiento de cargar secretos a solas, de mantener

divisiones, de ser la única que sabe lo que yo sé. Logan me ha estado observando jugar a la casita mientras investiga los crímenes de su familia y, de alguna manera, no me está arrojando de la azotea.

—Pensé que me estaba tomando aprecio—.

—Le estaba tomando aprecio. Eso no significa que no estuviera vigilando también. Eso es lo que hago. Observo. Calculo. Protejo. Por eso me contrató Jorge, por eso esta familia confía en mí, por eso esta familia todavía existe a pesar de sus propios esfuerzos por destruirse. Así que cuéntemelo todo. Empezando por la alianza.

Podría mentir. Inventar otra historia, otra división. Pero estoy cansada de cargar con esto sola. Y Logan ya sabe lo suficiente como para destruirme si quiere. La elección es sencilla: confiar en él o huir.

Saco la cadena de debajo de mi camisa. La alianza se balancea libre, el oro captando las luces de la azotea. Sin ceremonias, me la paso por la cabeza y se la extiendo en la palma de la mano.

—De acuerdo. Todo—.

Logan toma la alianza y examina el grabado. Observo su mente trabajar, veo el momento en que reconoce el patrón.

—Código de bóveda— dice.

—Julian me lo dio tres días antes de morir. Dijo que era un seguro. Que si algo le pasaba, lo necesitaría—.

—¿Dijo qué era lo que abría?

—No. Pero me he pasado seis meses descifrándolo. Una bóveda digital, tal vez en el extranjero, que probablemente contiene treinta millones en fondos desviados, además de los registros de transacciones de cada dólar sucio que movió a través de los canales de los Markovic.

La expresión de Logan no cambia, pero algo se agudiza en sus ojos. —Treinta millones.

—Es una estimación conservadora. Podría ser más—.

—Y los registros de transacciones mostrarían…

—Todo. Incluyendo, al parecer, cuarenta años de lavado de dinero de los Delgado—.

Nos quedamos en silencio, ambos calculando las implicaciones. Abajo, Gabriel probablemente sigue en la oficina de Logan, mirando las pruebas de la traición de su padre. El hombre del que me estoy enamorando se desmorona entre los crímenes de su familia mientras yo estoy en la azotea contándole a su mejor amigo secretos que debería haberle contado a él.

—¿Qué es lo que quiere?— pregunta Logan. —¿El dinero? ¿Los registros? ¿Venganza?—.

—Quería ser libre. Eso es todo. Tomar el dinero y desaparecer en algún lugar donde the Markovics no pudieran encontrarme—.

—Usted quería. En tiempo pasado—.

Pienso en las manos de Gabriel enseñándole a picar cebollas. El peso de su brazo alrededor de mí durante la cena de anoche. La forma en que bendijo la mesa con los ojos abiertos.

—Ahora no sé qué es lo que quiero—.

Logan me devuelve la alianza. —Reyes la invitó a algún lado, ¿verdad? Durante su reunión de hoy—.

Dios, ¿cómo sabe eso?

—Viernes por la noche. En su casa—.

—Irá. Iremos los dos. Seré su socio de negocios, alguien que la ayuda a gestionar el complicado patrimonio de Julian—. Se endereza. —Y luego descubriremos cómo abrir esta bóveda sin destruir a todas las personas que nos importan en el proceso—.

—¿Por qué me está ayudando?—.

—Porque Gabriel la necesita. Esta familia la necesita. Y sea lo que sea que haya estado haciendo bajo el nombre Marin, está claro que usted también nos necesita—. Se gira hacia la puerta. —Además, su comida podría ser lo único que mantenga cuerdos a todos, y soy lo suficientemente práctico como para proteger mis activos—.

21 - Gabriel

La propiedad de mi padre se extiende ante mí, inalterada a pesar de todo lo que ha cambiado en mi interior. La fuente en la entrada circular todavía rocía agua que atrapa la luz de la mañana. La buganvilla trepa por las paredes en violentas cascadas de color rosa.

Por dentro, la casa huele a cuero, a aceite de limón y a algo indefinible que significa hogar. Pero por debajo de eso ahora, arrastrándose desde la dirección de la suite principal, se percibe el punzante olor a antiséptico y la dulce podredumbre de una muerte lenta. Mis pasos resuenan en los suelos de mármol sobre los que aprendí a caminar. Los retratos familiares bordean el pasillo; los ojos de mi madre me siguen desde cada marco.

La puerta del dormitorio de mi padre está abierta. Lo que solía ser la suite principal se ha convertido en una sala médica vestida de lujo. La cama con dosel permanece, rodeada por la maquinaria de la muerte. Soportes de suero la flanquean como centinelas de cromo. Los monitores emiten pitidos constantes, registrando latidos y niveles de oxígeno. Una bomba de morfina se encuentra al alcance de la mano, con su pantalla digital brillando en verde.

Mi padre yace apoyado contra almohadas de seda, disminuido pero no derrotado. La enfermedad le ha arrebatado la carne, dejándolo demacrado, pero sus ojos permanecen tan afilados como cristal cortado. Su colonia, la misma Tom Ford que ha usado durante décadas, no logra ocultar del todo el olor a mortalidad que se filtra por sus poros.

—Gabriel —no está sorprendido; Jorge Delgado nunca se sorprende—. Ya era hora.

Cierro la puerta tras de mí. —Entraron en tu casa, papá. Robaron tus cosas. Siguieron tu auto. ¿Estos son tus socios?

Sus cejas se elevan ligeramente, la mayor emoción que mostrará. —¿Ella? Interesante. Siéntate. Luego dime de qué demonios estás hablando.

Permanezco de pie, con la mandíbula tensa por contener más de lo que pretendo decir. —The Markovics. Emilio Rosetti acaba de mostrarnos toda la operación, así que no intentes negarlo. Quince años de su dinero fluyendo a través de nuestras cuentas.

—¿Por qué negaría eso? —Busca agua con una mano que tiembla ligeramente. No lo ayudo. Él no querría que lo hiciera—. La relación es rentable. Estable.

—Son criminales.

—Nosotros también. —La franqueza sería impactante si no hubiera crecido escuchándola—. No pretendas que no lo sabías, mijo. Sabías exactamente qué pagó tu educación, tus trajes, tu vida antes de ese alzacuellos.

Tiene razón. Lo sabía. No los detalles, no los nombres, pero sí la forma de la situación. El agua siempre estuvo sucia. Ese conocimiento es parte de la razón por la que me fui.

—Bueno, ahora van tras alguien que me importa.

—Déjame adivinar —dice él, entornando los ojos con astucia—. Ella tiene algo en su poder que ellos creen que debería estar en el suyo.

No puedo admitir que no conozco los detalles, así que dejo que el silencio se interponga entre nosotros, observando cómo su frágil pecho sube y baja.

—La relación con Markovic es estrictamente de negocios —dice finalmente Jorge, ajustándose el tubo de oxígeno en la nariz—. Lo que sea que estén haciendo para recuperar activos robados es asunto suyo, no nuestro. El padre es disciplinado. Dragoslav comprende que la paciencia es una estrategia de negocios. El hijo es diferente. Cristian quiere demostrar algo.

—¿Cómo separas eso? ¿Cómo haces negocios con gente que…?

—Compartimentos. —Se toca la sien con un dedo delgado—. Todo en su compartimento adecuado. Los Markovic como socios existen aquí. —Su mano izquierda traza un cuadrado en el aire—. Cualquier otra cosa que hagan existe allá. —Mano derecha, otro cuadrado—. Los compartimentos no se tocan. Así es como sobreviven los imperios, Gabriel. Una separación limpia.

Se me oprime el pecho. La palabra resuena en mi interior, y de repente vuelvo a tener veinte años, con el peso de aquella noche presionándome, construyendo ya los muros. Separando ya lo que pasó de quien necesito ser por la mañana.

El sacerdote vive en un compartimento: el alzacuellos, las oraciones, el servicio, la representación de la santidad. El hombre que estaba allí cuando Elena murió existe en otro, bajo llave y custodiado. El hambre que me pone duro cuando Sera pasa por mi lado, que me hace aferrarme a los marcos de las puertas para evitar agarrarla, esa tiene su propia habitación sellada.

He estado viviendo la arquitectura de Jorge durante toda mi vida sin saber que heredé los planos.

—Tú lo entiendes —dice Jorge, leyéndome la cara—. Puedo verlo. Siempre entendiste mejor que tu hermana.

Mis manos se aprietan a mis costados. Tiene razón, y el reconocimiento hace que la bilis me suba a la garganta. El Padre Gabriel y Gabriel Delgado. Los mantuve separados, me dije a mí mismo que el alzacuellos borraba la sangre. Tal como Jorge mantiene separado al "socio comercial" de "la familia que caza a mi mujer".

—Entender y aceptar son cosas diferentes.

—¿Lo son? —se remueve contra las almohadas, con una mueca de dolor rápidamente suprimida—. Te has ido. No has muerto. Te has ido. Viviendo en tu pequeña iglesia, jugando a ser cura, fingiendo que el apellido Delgado no existe. Dime que eso no es su propio tipo de compartimento.

La verdad de sus palabras hace que apriete más la mandíbula.

Jorge me estudia con esos ojos afilados, con la mente todavía afilada como una navaja a pesar de la morfina, a pesar del cáncer que lo devora por dentro.

—¿Te quedas esta vez? —La pregunta tiene peso, tal vez esperanza—. Este interés en los negocios familiares. Estas preguntas. ¿Has vuelto, o es esta otra visita antes de que salgas corriendo a tu iglesia?

No respondo de inmediato. No puedo. Porque no lo sé. El alzacuellos está en el cajón de una mesa de noche en La Sirena, pero no lo he tirado. La rectoría en Homestead todavía guarda mis pocas posesiones. No soy ni sacerdote ni príncipe, atrapado entre identidades que ya no mantienen su forma.

—Responde a la pregunta, mijo. ¿Te quedas?

Me giro hacia la puerta sin responder. Dejo que lea lo que quiera en el silencio. Detrás de mí, las máquinas pitan rítmicamente,

siguiendo el latido de un rey cuyo imperio funciona con una lógica que entiendo demasiado bien.

La puerta principal se cierra tras de mí con finalidad. No puedo volver a La Sirena todavía, no puedo enfrentar a Sera con las matemáticas de Jorge aún resonando en mi cabeza. Mis pies encuentran el viejo sendero hacia el árbol de jacarandá, mi palma rozando la corteza que se ha vuelto áspera con los años. El calor de Florida presiona, denso con una humedad que hace que respirar se sienta como ahogarse.

Hago la llamada bajo las ramas que aún conservan nuestras cicatrices de la infancia.

Mi hermana responde al segundo timbrazo. Ella siempre estuvo ahí para mí.

—¿Gabriel? ¿Está todo bien?

—¿Sabes algo sobre una familia de apellido Markovic? Papá ha estado en negocios con ellos durante años.

Silencio. Luego un largo suspiro que se transmite a través de mil millas.

—¿Llamas por negocios? Jesús, Gabriel, pensé que tal vez querías charlar.

—Es que… los Markovic van tras Se… alguien que me importa. Solo quiero saber todo lo que pueda sobre ellos.

—Bueno, sean quienes sean, probablemente ayudan a financiar nuestro estilo de vida. Tú te fuiste. Yo me quedé. ¿Qué pensaste que pagó la renovación de La Sirena? ¿Los abogados cuando me arrestaron aquellas veces? ¿Todo?

El peso de la realidad se asienta sobre mis hombros.

—Te fuiste —dice ella de nuevo, más bajo—. Y no te culpo. Dios sabe que tenías razones. Pero yo me quedé. Tuve que aprender cosas. Ver cosas. Hacer las paces con las cosas.

—Mari…

—No estoy enojada. Ya no. Solo estoy cansada de fingir que alguno de nosotros está limpio.

Nos quedamos con esa verdad por un momento, la conexión telefónica transportando nuestro agotamiento compartido a través de la distancia. Presiono mi espalda contra el árbol, sintiendo los surcos de nuestras viejas iniciales talladas profundamente cuando pensábamos que este lugar siempre sería nuestro hogar.

La cocina de La Sirena huele a consuelo: ajo, cebollas, comino, alguna combinación deliciosa que significa que Sera está cocinando. Está de pie junto a la encimera, de espaldas a mí, moviendo la cuchara de madera en círculos constantes en lo que sea que esté creando. Sus hombros están tensos bajo el fino algodón de su camisa, y lucho contra el impulso de presionar mi boca en el punto donde su cuello se une con su hombro, de sentir cómo se relaja bajo mi toque.

Sabe que estoy aquí. La ligera pausa en su movimiento me lo confirma. Pero no se gira, no me reconoce más allá de esa vacilación microscópica.

La observo por un momento desde el umbral. Observo la forma cuidadosa en que se mantiene, los movimientos controlados que hablan de una hipervigilancia. Entonces se gira, y se me oprime el pecho. Me mira de la forma en que las presas miran a los depredadores: el estudio cuidadoso de la amenaza. Las mismas microexpresiones que describió haber usado con Julian, ahora dirigidas a mí como si fuera algo a lo que sobrevivir.

—La cena está casi lista —dice, con voz cuidadosamente neutral. Pero sus ojos siguen rastreando, midiendo. ¿Está su mandíbula tensa? ¿Están sus manos apretadas? ¿Qué humor trae a mi cocina?

—Huele bien.

Estamos hablando en clave, ambos. La verdadera conversación ocurre en el espacio entre las palabras, en lo que no estamos diciendo. Me siento a la mesa. Ella trae los platos, con el cuerpo angulado para no tener que darme la espalda por completo. La coreografía doméstica que perfeccionamos en Homestead, pero de la que se ha filtrado toda la calidez.

Pone la sal entre nosotros. Yo la alcanzo. Nuestros dedos no se tocan. Ambos somos demasiado cuidadosos para eso. En Homestead, cada objeto compartido era un puente. La taza de café pasada de mano en mano. La cuchara de madera ofrecida para probar. Contacto disfrazado de coincidencia, construyendo intimidad a través de toques acumulados.

Ahora incluso la sal conlleva distancia.

Ella está siendo cazada por la misma gente con la que trabaja mi familia.

Comemos en un silencio paralelo. La comida es perfecta. Por supuesto que lo es. Sera cocina como algunas personas rezan, con devoción total. Pero apenas la saboreo. Soy demasiado consciente de que me observa, evaluándome todavía como si fuera una amenaza. Demasiado consciente de la manera en que sus labios se cierran alrededor del tenedor, del movimiento de su garganta cuando traga. Mi miembro se agita a pesar de todo, mi cuerpo negándose a reconocer la distancia que mi mente intenta mantener.

—Visitaste a tu padre —dice finalmente, no del todo como una pregunta.

Empujo el arroz por el plato. —Jorge está muriendo más lento de lo que le gustaría.

Más silencio. Más consumo cuidadoso de comida perfecta que me sabe a aserrín en la boca. La mujer que adoro está sentada a un metro de distancia, lo suficientemente cerca para que pueda oler la vainilla de su champú, y la distancia bien podría ser de kilómetros.

Ella retira los platos, sin llegar a encontrar mis ojos. La veo moverse por la cocina, su cocina ahora, reclamada a través de la cocina y el cuidado, y pienso en lo que no me está diciendo. La forma en que sus caderas se balancean ligeramente al caminar hace que me piquen las manos por agarrarla, por presionarla contra la encimera y recordarnos a ambos lo que somos debajo de toda esta distancia cuidadosa.

Esta mañana se fue simplemente con un "haciendo recados". Pero Logan mencionó a Reyes, mencionó reuniones. Ella ha estado investigando algo, trazando planes con Logan mientras yo estaba sentado en esa sesión informativa aprendiendo sobre los pecados de mi padre. Ambos guardamos secretos, manteniendo nuestros propios compartimentos incluso cuando las paredes entre ellos se agrietan.

—Gracias por la cena —digo, poniéndome de pie.

—De nada.

La distancia entre nosotros ya no es la mesa. No es la forma cuidadosa en que pasamos la sal sin tocarnos. Es todo lo que no nos hemos dicho. Sus secretos sobre Julian, sobre la familia Markovic, sobre lo que sea que esté planeando. Mi visita a Jorge, la pregunta sobre quedarme que no pude responder, el reconocimiento de que

entiendo sus matemáticas porque he estado viviendo según las mismas ecuaciones.

Ella se vuelve hacia la estufa, ajustando algo que no necesita ajuste. Todavía monitoreando. Todavía manteniendo la distancia. Todavía tratándome como si pudiera convertirme en la amenaza de la que ha estado huyendo.

Alcanza la cuchara de madera y, por un momento, baja la guardia. Veo el agotamiento debajo de la vigilancia, la mujer que ha estado huyendo durante seis meses empezando finalmente a sentir el peso de ello.

—Sera… —comienzo, pero ella sacude la cabeza.

—No…

—No podemos seguir haciendo esto —la corto, con voz ronca—. Esta distancia. Estos secretos.

Ella aprieta más fuerte la cuchara de madera.

—Fuiste a hacer algún recado absurdo hoy —digo—. Y yo fui a ver a mi padre. Y mientras tanto los Markovic están…

—¿Están qué? —se gira para enfrentarme plenamente ahora, y hay algo peligroso en su mirada—. ¿Son los socios comerciales de tu padre? ¿Son las personas con las que tu familia ha estado en la cama durante quince años?

La acusación cae exactamente donde ella quería.

Luego gira sobre sus talones y se va.

22 - Gabriel

Encuentro a Sera en la cocina a las dos de la mañana, organizando especias bajo la intensa luz fluorescente. Los frascos de vidrio tintinean entre sí mientras los ordena por color, luego por altura, y después siguiendo algún sistema que solo ella entiende. El aroma persistente de la sopa de asopao de la cena aún flota en el aire, mezclándose con la lavanda que usa para limpiar. Me da la espalda, aunque no del todo. Está ladeada para mantenerme en su visión periférica, con el cuerpo posicionado para rastrear cualquier movimiento que yo haga.

La observo desde el umbral durante un minuto entero. Cuando cambio el peso de mi cuerpo, sus hombros se tensan, solo un poco, pero lo noto. Cuando respiro demasiado profundo, sus manos se detienen en su organización, esperando a ver si el sonido implica movimiento. Mantiene ambas manos visibles en todo momento, sin meterlas nunca en cajones o gabinetes donde no pueda mantener esa conciencia periférica.

La pongo a prueba. Doy un paso más hacia el interior de la habitación, pisando fuerte deliberadamente. No se sobresalta. Eso sería demasiado obvio. En cambio, cambia su postura, redistribuyendo el peso hacia la parte delantera de los pies. Lista para moverse. Lista para correr.

Paso la mano por su lado para alcanzar un vaso, con cuidado de no tocarla realmente, y observo cómo se inclina para alejarse. Sutil, pero real. El mismo microestremecimiento que describió haber tenido con Julian cuando el humor de él era incierto.

Aprieto la mandíbula. Me está monitoreando. Después de días de este baile cuidadoso, finalmente lo veo con claridad: me está tratando como una amenaza que debe ser gestionada.

—Lo estás haciendo de nuevo —digo.

No se voltea. —¿Haciendo qué?

—Analizando la tensión de mi mandíbula. Siguiendo mis manos. Posicionándote para poder llegar a la puerta —mi voz sale monótona,

controlada—. Estás aplicando conmigo los protocolos de seguridad de Julian.

El frasco de orégano en su mano se queda quieto. Durante tres latidos, no se mueve en absoluto. Luego lo deja y se voltea para enfrentarme por completo. Es la primera vez en días que me mira de frente. La cuchara de madera se apoya contra la pared junto a ella; la herencia de la Abuela Rosa observa nuestra confrontación.

—¿Y tú no? —su voz corta como el vidrio—. Visitaste a tu padre. Volviste con los hombros distintos. Con los ojos distintos. Como si fueras tres hombres diferentes que usan la misma cara, y ninguno de ellos quiere mirarme.

Da un paso al frente, agarrando la encimera detrás de ella. —Ayer en el desayuno, cuando Logan llamó por los protocolos de seguridad, cambiaste. Vi cómo sucedió. Gabriel el sacerdote se evaporó y apareció Gabriel Delgado, todo negocios y distancia calculada. Luego, cuando entró Adrian bromeando sobre Nico y Marisol, volviste a cambiar. El amigo, el hermano, cálido y presente. Pero en el segundo en que se fue, los muros volvieron a levantarse.

Se me oprime el pecho porque tiene razón. Me ha estado observando compartimentar de la misma manera que yo la he estado observando a ella gestionar amenazas percibidas.

—Cuando te encargas de los asuntos familiares —continúa ella, y su voz va cobrando calor—, interpretas al Delgado príncipe con tal perfección. La voz, la postura, la distancia cuidadosa. Luego regresas y ni siquiera puedes sentarte a la mesa conmigo. Comiste de pie como solías hacerlo en Homestead, como si no hubiéramos estado compartiendo comidas durante semanas. Como si te estuvieras castigando por algo que ni siquiera has hecho.

Se acerca más, con los ojos encendidos. —El príncipe-Gabriel que maneja los asuntos familiares, el amigo-Gabriel con la familia elegida, y cualquier versión de ti que me folló en esa sacristía. Todos guardados en pequeñas y ordenadas bóvedas que nunca tienen que encontrarse. Estás siguiendo el patrón de tu padre exactamente. Construyendo muros entre cada versión de ti mismo para nunca tener que reconciliar quién eres realmente.

La acusación golpea con fuerza, dejando mis pulmones sin aire. Porque tiene razón. He estado haciendo exactamente lo que mi padre me enseñó. Todo en su espacio adecuado, una separación limpia entre las diferentes piezas de mí mismo.

—Al menos yo no te trato como si pudieras hacerme daño —respondo, y las palabras me saben amargas.

—¿Ah, no? —se ríe, pero no hay humor en ello—. Ayer, cuando busqué tu mano en la cena, te apartaste. No fue obvio. Lo cubriste buscando la sal. Pero te apartaste. Cuando intenté hablar sobre lo que encontró Milo, me redirigiste a la logística de la parroquia, buscando un reemplazo para el próximo domingo. Cuando Adrian preguntó cuánto tiempo me quedaría, dijiste «ya veremos», como si yo fuera temporal, como si ya estuvieras planeando mi estrategia de salida.

—Eso no es…

—Y esta mañana —me interrumpe—, cuando salí de la ducha con tu bata, te diste la vuelta. De hecho, me diste la espalda como si verme con tus cosas fuera doloroso. Te mantienes en compartimentos herméticos para que yo nunca te tenga todo a la vez. ¿Cómo no es eso autoprotección?

Su voz se quiebra en la última palabra y, de repente, su postura cuidadosa se desploma. Sus manos tiemblan mientras se aferra a la encimera, con los dedos contraídos como garras, los hombros hundidos hacia adentro como si intentara contener algo.

—¿Quieres saber qué he estado ocultando? Bien —las palabras fluyen como agua a través de una presa rota—. He estado usando un alias. Sera Marin, el nombre de mi madre; limpio, imposible de rastrear hasta Julian. Me he estado reuniendo con Reyes en su oficina.

Se aparta el cabello de la cara con dedos temblorosos. —A la primera reunión fui como la viuda desconsolada. Dejé que pensara que yo estaba indefensa. Se lo tragó por completo, empezó a explicarme los protocolos de la bóveda como si fuera una niña que necesitaba instrucción.

Siento un vacío en el estómago, pero ella no se detiene.

—En la segunda reunión, me hice la más tonta. Pregunté sobre los niveles de seguridad, dejé que se pavoneara y me diera lecciones. Me habló de los sistemas de acceso graduado. Escáneres biométricos en la entrada, autenticación secundaria en el nivel de la bóveda. Algunos requieren sistemas de doble llave, pero dijo que ahora la mayoría de los clientes prefieren el acceso de punto único. Más conveniente, decía, como si me estuviera haciendo un favor al explicármelo.

Su respiración es agitada ahora, todo sale de golpe.

—He descifrado el anillo de Julian. VA es el prefijo de jurisdicción, pero no es un código estatal. Es algún banco en Nueva York. Tres de noviembre de 2018, cuando Julian hizo el depósito. La cadena de cinco caracteres que lo abre todo.

Las revelaciones me golpean en oleadas, cada detalle es un peso más en mi pecho. Pero ella sigue adelante.

—He estado trabajando con Logan.

Las palabras quedan suspendidas en el aire.

—Logan lo sabe todo. Sobre Julian, sobre la bóveda, sobre que podría contener pruebas que expongan a los Delgados. A ti. Nos reunimos cuando tú te encargas de los asuntos familiares, cuando estás en uno de tus compartimentos donde yo no existo.

Se me oprime el pecho, algo caliente y afilado se me clava entre las costillas. —¿Se lo dijiste a Logan antes que a mí?

—Se lo dije a Logan el día después del informe de Milo —su voz es firme ahora, sin remordimientos—. Tú estabas sentado en esa silla mirando a la nada, revolcándote en los pecados de tu padre. Yo necesitaba a alguien que pudiera actuar, no a alguien que tuviera una crisis existencial por el legado familiar.

—Así que acudiste a él —las palabras salen más bruscas de lo que pretendo.

—Logan realmente podía hacer algo. Tiene recursos, contactos, la capacidad de mover dinero e información sin dejar rastro. Tú estabas demasiado ocupado construyendo muros entre cada versión de ti mismo como para ser útil. Te volviste inútil para mí cuando empezaste con esos malditos compartimentos.

La palabrota en su voz, la rara ruptura en su control, hace que algo se quiebre en mi interior.

—Tenemos un plan para el viernes —continúa ella, implacable—. Una cena en la finca de Reyes. Iré como la viuda desconsolada y Logan será mi socio comercial ayudando con el complicado patrimonio de Julian. Conseguiremos las piezas finales. La ubicación de la bóveda, los requisitos de autenticación secundaria. Todo lo que necesitamos para abrirla.

—¿Y no pensaste que yo necesitaba saber esto?

—¿Qué habrías hecho? —me desafía—. ¿Qué versión de ti habría ayudado? ¿El sacerdote que no puede aceptar que está rompiendo los votos? ¿El príncipe de los Delgado que se está ahogando en

problemas con su papá? ¿O el hombre que me folla como si estuviera enojado por desearme y luego no puede mirarme a la luz del día?

Las palabras quedan flotando entre los dos; de repente, la cocina se carga con algo que ya no es exactamente ira. Su pecho sube y baja rápidamente, la parte superior de su pijama de seda se pega a su piel por la transpiración. Mis manos se cierran a los costados, las uñas clavándose en mis palmas. La distancia entre nosotros se siente eléctrica, peligrosa, como si una sola chispa pudiera incendiarlo todo.

—Tienes razón —digo, y veo la sorpresa cruzar su rostro—. He sido un cobarde. Manteniendo todo separado para no tener que enfrentar lo que soy. Lo que somos.

—¿Y qué somos, Gabriel? —su voz se quiebra al pronunciar mi nombre—. Porque no puedo seguir haciendo esto. Viviendo con tres versiones diferentes de ti, sin saber nunca cuál voy a recibir, sin saber nunca si el hombre que me sostiene por la noche me reconocerá por la mañana.

Nos miramos a través de un metro de baldosas de cocina. Sus labios están entreabiertos, su respiración es rápida. Mi pulso retumba en mis oídos. La luz fluorescente parpadea una vez y, en ese segundo de oscuridad, algo cambia.

Cruzo la cocina en dos zancadas y ella me encuentra a mitad de camino; ambos chocamos con una fuerza furiosa y desesperada.

Mi boca se estrella contra la suya y ella me muerde el labio con la fuerza suficiente para hacerme sangrar. El sabor metálico se mezcla con su dulzura familiar, y la contradicción de ello me hace gruñir contra su boca. La empujo contra la encimera, pero ella no se somete. Sus uñas rasgan mi espalda a través de mi camisa, atrayéndome más cerca, exigiendo más.

El beso es una continuación de la pelea, crudo y urgente, ninguno de los dos cede. Su lengua lucha contra la mía por el dominio mientras sus manos se enredan en mi cabello, tirando lo suficiente como para doler. La agarro de la cintura, levantándola sobre la encimera de un solo movimiento, apartando los frascos de especias que caen al suelo con estrépito. Un vidrio se rompe en alguna parte. El orégano y el comino se esparcen por las baldosas, pero a ninguno de los dos nos importa.

Ella me quita la camisa por la cabeza mientras yo le levanto la falda por los muslos; ambos reclamamos al otro con una intensidad

que deja marcas. Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, atrayéndome hacia ella, y puedo sentir lo mojada que está a través de la fina tela de su ropa interior. La evidencia de su excitación a pesar de su rabia, o a causa de ella, hace que mi miembro palpite dolorosamente contra mi bragueta.

—Joder —gruño contra su boca, forcejeando con mi cinturón—. Necesito…

—Ahora —exige ella, bajándome los pantalones con los talones—. Deja de pensar y solo…

Le arranco la ropa interior, literalmente la rompo; la delicada tela cede bajo mi agarre desesperado. Ella jadea ante la violencia del acto pero no protesta, solo me acerca más, con las uñas clavándose en mis hombros con la fuerza suficiente para hacerme sangrar.

Cuando penetro en ella, ambos seguimos furiosos; su sexo se contrae alrededor de mi miembro como si estuviera luchando contra mí incluso mientras me recibe más profundo. La altura de la encimera nos pone al nivel de los ojos, obligándonos a ver la ira y la necesidad del otro reflejadas. Ella me agarra del cabello y tira con la fuerza suficiente para obligarme a echar la cabeza hacia atrás, luego me muerde la garganta expuesta. No por juego. Con la intención de marcar.

Le aprisiono las muñecas por encima de la cabeza contra el gabinete con una mano, pero ella se libera de inmediato, demasiado fuerte en su furia para ser contenida. Sus manos arañan mi pecho, dejando rastros rojos que sentiré por días. El dolor solo alimenta el borde desesperado de esto. No es hacer el amor, ni siquiera es follar, es algo más crudo. Una discusión física que ninguno de los dos puede ganar.

—¿Es esto lo que querías? —jadea contra mi oído, y luego muerde el lóbulo con fuerza.

Respondo agarrándola de las caderas y cambiando el ángulo, haciéndola gritar. Pero ella no se queda pasiva. Responde a cada embestida con su propia fuerza, frotándose contra mí como si intentara meterse dentro de mi piel o empujarme fuera de la suya.

El poder cambia constantemente. Un momento yo tengo el control, marcando un ritmo castigador, al siguiente ella ha envuelto sus piernas con más fuerza y está usando el impulso para tomar lo que necesita. Me muerde el hombro cuando golpeo particularmente

profundo. Yo le succiono una marca en el cuello como represalia. Ninguno de los dos es amable. Ninguno de los dos quiere serlo.

—Mírame —exige ella, tomándome la cara con ambas manos, forzando el contacto visual—. Con todo lo que eres. Mírame con todo lo que eres.

La orden rompe algo en mí. Los compartimentos estallan. El sacerdote, el príncipe, el hombre, todos colisionando en este momento. Soy todo a la vez: el pecador y lo sagrado, lo controlado y lo caótico, el hombre que mató a una mujer y el que mataría por esta mujer. Es demasiado, abrumador, pero Sera mantiene su mirada fija, aceptándolo todo sin vacilar.

—Ahí estás —alienta, y entonces se viene, su sexo apretándose alrededor de mí en oleadas. Pero sus ojos nunca se cierran, nunca desvían la mirada, manteniéndome en mi lugar mientras ella se desmorona.

La intensidad de su mirada, viéndome por completo y aun así dejándose llevar, desencadena mi propia liberación. Me vengo con más fuerza que nunca, con la visión nublándose en los bordes, pero no aparto los ojos de los suyos. Observo cómo me mira perder el control por completo. Sin cortafuegos. Sin separación. Solo una conexión brutal y honesta.

Nos desplomamos el uno contra el otro, con su frente apoyada en mi hombro, ambos temblando. La ira no ha desaparecido, sino que se ha transformado en algo más. Agotamiento quizás, o reconocimiento. Lentamente, inevitablemente, terminamos en el suelo. No es un descenso elegante, sino una caída controlada, con mi espalda contra el gabinete y su peso sobre mi pecho.

La baldosa de la cocina está fría contra mi piel. Ambos estamos deshechos. Ropa rota y esparcida, respirando como si hubiéramos corrido kilómetros. Puedo sentir el escozor de las marcas de sus uñas en mi pecho y espalda. Ella tendrá moretones en las caderas, en las muñecas, marcas de una posesión que no fue gentil. La rabia se ha consumido, dejando algo más claro pero no menos crudo.

Durante largos minutos, ninguno habla. El refrigerador zumba. En algún lugar del edificio, las tuberías se asientan con pequeños sonidos. Las especias derramadas perfuman el aire. El orégano y el comino se mezclan con el sexo y el sudor.

—He tenido tanto miedo —digo finalmente, con las palabras ásperas en la garganta—. De ser todo yo mismo a la vez. De lo que

pasó la última vez que perdí el control.

Se mueve contra mi pecho pero no se aleja. —La mujer que mataste.

No es una pregunta. Ella conoce la forma de ese dolor, incluso sin el nombre.

—Pensé que si mantenía todo separado, podría contener las partes peligrosas. El hambre. La violencia. Las cosas que me hacían hijo de mi padre —mi mano encuentra su cabello, acariciando los enredos que creamos—. Pero lo único que hice fue convertirme en él de todos modos.

—Ambos lo hicimos —dice ella en voz baja—. Yo estaba aplicando contigo el programa de Julian. Gestionar la amenaza, mantener la distancia, nunca dejarme sorprender. A pesar de que tú nunca me has… —se calla, pero sé lo que quiere decir. Nunca le he hecho daño. Nunca la he controlado. Nunca la he hecho sentir pequeña.

—Ambos estábamos luchando contra fantasmas —digo.

Levanta la cabeza para mirarme. Su lápiz labial ha desaparecido, sus labios están hinchados por nuestro beso. Tiene una marca en la garganta que estará morada por la mañana. Pero sus ojos están claros, presentes, sin la distancia cuidadosa que ha estado manteniendo.

—No más compartimentos —digo.

—No más caminos paralelos —responde ella con voz ronca.

Nos quedamos allí un minuto más, y luego empezamos a notar lentamente el desastre. Vidrios rotos de al menos dos frascos de especias. Orégano por todas partes. En mi cabello, pegado a su piel, esparcido por el suelo como nieve verde. Su ropa interior destruida sin remedio. Mi camisa en algún lugar bajo la estufa. La cocina parece la escena de un crimen pasional.

—Deberíamos limpiar —dice, pero no se mueve.

—En un minuto.

Ella alcanza un paño de cocina que cuelga del asa del horno y lo usa para limpiar la sangre de mi labio donde me mordió. El gesto es tierno, cuidadoso, totalmente opuesto a cómo se produjo la herida.

—Siento habérselo dicho primero a Logan —dice—. No siento habérselo dicho a él. Necesitábamos sus recursos. Pero siento no haber confiado en ti primero. Debería haberlo…

—No —le tomo la mano—. Ambos deberíamos haber hecho las cosas de otra manera. Pero estamos aquí ahora. La investigación es

nuestra. La cena del viernes es nuestro movimiento. Somos una unidad.

Estudia mi rostro. —No puedes venir el viernes. Tu cara. Todo el mundo sabe que eres un Delgado.

—Lo sé. Irás con Logan —las palabras saben amargas pero son necesarias—. Yo estaré aquí, confiando en ti en el campo de batalla. Esa es la prueba, ¿no? De esta nueva honestidad.

—¿Puedes hacer eso? ¿Confiar en mí con Logan mientras tú te quedas atrás?

Lo pienso con honestidad. Los celos no son románticos. Sé que los intereses de Logan están en otra parte. Pero, ¿los celos funcionales, el hecho de que él pueda moverse en espacios donde yo no puedo, que él sea su compañero operativo mientras yo espero? Eso es más difícil.

—Tendré que hacerlo —digo simplemente—. Eso es lo que hacen los compañeros.

23 - Seraphina

La seda se desliza por mis hombros como si fuera agua. Negra, sencilla, lo suficientemente cara como para encajar pero no tan llamativa como para competir. Conozco bien esta coreografía: seleccionar la ropa de noche, elegir la versión de mí misma que hará que los hombres se sientan lo suficientemente poderosos como para ser generosos.

—Parece que te estás preparando para una guerra —dice Gabriel desde el umbral.

Me encuentro con sus ojos en el espejo. —¿Acaso no es así?

No responde, solo me observa abrocharme los aretes de mi antigua vida. Unos diamantes pequeños que conservé cuando hui, escondidos en el fondo de mi bolso junto al vestido de la gala. Gabriel se queda completamente inmóvil, pero no intenta detenerme. Esa moderación, esa confianza, vale más que cualquier promesa.

Logan espera en la sala de estar de la suite, impecable en un traje gris carbón. Apenas hablamos en el ascensor o en el auto. Somos dos agentes preparándose para una actuación, cada uno repasando su papel. Él será mi asesor financiero: profesional, deferente, olvidable. Yo seré la viuda agradecida que aprende a lidiar con el complicado patrimonio de su difunto esposo.

La mansión de Reyes frente al mar se extiende por la costa como algo que fue arrastrado por la marea y decidió quedarse allí. Piedra blanca, paredes de cristal, una piscina infinita que se funde con la bahía de Biscayne. El valet toma las llaves de Logan mientras la seguridad anota nuestros nombres en iPads.

—Sera, querida —Reyes aparece en la entrada, con los brazos abiertos como si yo fuera su hija que regresa de la universidad. Su mano busca mi hombro y lo aprieta con una calidez paternal que dura dos segundos de más—. Y señor Cruz, bienvenido. Vengan, hay gente que deben conocer.

Me guía por el vestíbulo con la palma de la mano contra mi espalda; la presión es lo suficientemente firme como para estar

dirigiendo en lugar de orientando. La casa se abre a una gran sala donde el dinero de Miami se mezcla entre champaña y risas calculadas. Registro las salidas automáticamente: puertas francesas hacia la terraza, pasillo hacia la cocina, entrada principal detrás de nosotros.

—Recuerdas a los Weatherby de la gala —dice Reyes, entregándome a una pareja de cabello plateado—. Ellos también están explorando oportunidades de inversión en el extranjero.

Interpreto mi papel de agradecimiento, dejo que la señora Weatherby se solidarice por las dificultades de la viudez mientras su esposo discute contratos de futuros de materias primas con Logan. Reyes merodea cerca; su mano vuelve a mi codo, a mi hombro, a la parte baja de mi espalda. Cada toque es perfectamente apropiado y, a la vez, se siente ligeramente mal.

—Los protocolos de la bóveda que mencionamos —digo durante un silencio, con un tono de voz que denota una curiosidad vulnerable —. Los escáneres biométricos, ¿son realmente tan sofisticados?

Reyes se pavonea, lanzándose a dar detalles sobre el escaneo de retina, el reconocimiento de voz y la hermosa sencillez de los niveles de acceso escalonados.

—Por supuesto, la instalación de Manhattan es la más segura — añade, rellenando mi copa de champaña aunque apenas le he dado un sorbo—. Podríamos organizar una visita el lunes para encargarnos del papeleo de transferencia en persona.

Lunes. Manhattan. La ubicación encaja en su lugar. Todo lo que habíamos estado suponiendo sobre el paradero de la bóveda se confirma de repente. Sonrío y toco su brazo brevemente, viendo cómo infla el pecho ante el contacto. —No puedo expresar lo agradecida que estoy por su guía en todo esto.

Logan me mira por encima de su whisky; el más mínimo asentimiento confirma que ha registrado la misma información. Estamos obteniendo lo que vinimos a buscar.

La champaña se ha entibiado y ha perdido el gas en mi mano cuando noto a una mujer junto a las ventanas. Joven, de unos veinticinco años. Está con un hombre que podría tener cuarenta o cincuenta. La mano de él descansa en su cintura, el pulgar moviéndose en pequeños círculos que parecen afecto pero que se leen como un recordatorio. Cuando él hace un gesto, todo el cuerpo de ella sigue el movimiento, se sobresalta. La atención de Logan se

desplaza hacia la misma mujer. Pero hay algo diferente en su enfoque: más afilado, más frío. No observa el miedo de ella con empatía o preocupación. Lo estudia con una intensidad que me eriza la piel. Cuando la voz de la pareja de ella sube ligeramente y ella se estremece, la mirada de Logan se agudiza en lugar de suavizarse. Como si el miedo mismo lo fascinara.

Luego recapacita, desvía la mirada deliberadamente y regresa a su whisky y a su interpretación del agradable asesor financiero. Archivo el momento sin llegar a comprenderlo. Hay algo ahí que no encaja con el Logan que comparte cenas tardías en La Sirena. Algo en lo que tendré que pensar más tarde.

La mujer se excusa para ir al tocador, probablemente para robarse treinta segundos de soledad. Su pareja comienza de inmediato a explicar algo sobre regatas de yates a los hombres cercanos, moviendo las manos con amplitud ahora que no la tiene a ella para anclarlo.

Yo también reconozco esto: el alivio cuando se olvidan de que existes por un breve momento. Cómo aprendes a estar agradecida por su distracción. Ella está viviendo en la misma prisión hermosa que yo alguna vez llamé matrimonio.

—Permíteme mostrarte la colección —dice Reyes a medida que la fiesta empieza a disiparse, y su mano encuentra mi codo, dirigiéndome hacia las puertas francesas—. Arte cubano de la época prerrevolucionaria. Es bastante extraordinario.

Logan intenta seguirnos, pero Reyes lo detiene con un gesto. —Estoy seguro de que las charlas de arte aburren al señor Cruz. La terraza tiene las mejores vistas.

Salimos a la terraza. El espacio se extiende a lo largo del agua, iluminado por una sutil luz ascendente que hace que todo brille en tonos dorados. La colección de arte resulta ser tres pinturas que apenas miro. Esto no se trata de arte. Me ha llevado a solas, lejos de Logan, lejos de testigos. El aire de la noche está cargado de jazmín del jardín, tan dulce que llega a asfixiar. Adentro, alguien ha puesto a Buena Vista Social Club. La música flota a través del cristal como si fuera nostalgia.

—Tu esposo tenía un gusto excelente —dice Reyes, acercándose demasiado. La brisa trae su colonia, algo costoso y extrañamente medicinal—. En el arte, en el vino, en las mujeres.

Me obligo a sonreír. —Julian siempre supo lo que quería.

—En efecto. Hablaba de ti a menudo. —La voz de Reyes se vuelve cálida con una admiración genuina—. Cómo te encontró tan joven, tan sin formar. La forma en que te moldeó hasta convertirte en algo excepcional. Como un escultor con mármol en bruto.

Se me revuelve el estómago, pero mantengo la sonrisa firme.

—Estaba orgulloso de lo que llegaste a ser bajo su guía —continúa Reyes, posando de nuevo la mano en mi hombro—. Sofisticada, observadora, estratégica. Solía decir que eras su mejor creación.

Creación. La palabra se me queda en la garganta como si fuera vidrio.

—Veo el mismo potencial que él vio —dice Reyes, bajando la voz a un tono más íntimo—. Ahora estás de duelo, estás vulnerable, pero con la guía adecuada, podrías reconstruirte.

La náusea se retuerce en mi vientre, trepando por mi garganta.

—Quizás tenga razón. Podríamos discutirlo después de que acceda a la bóveda.

—El lunes en Manhattan —dice, como si ya estuviera decidido—. Nos encargaremos de la transferencia de la bóveda, haremos que te establezcas adecuadamente. Conozco un hotel boutique encantador. Discreto, elegante. Cenaremos después para celebrar tu nueva independencia.

La forma en que dice independencia deja claro que se refiere a dependencia. De él. Otro hombre para moldearme.

—Eso suena perfecto —digo, dejando que lágrimas de gratitud asomen a mis ojos—. No sé qué haría sin su ayuda.

Me atrae hacia un abrazo paternal que dura demasiado; su mano me acaricia la espalda de una manera que es casi apropiada. —Julian querría que yo cuidara de ti. Es lo que hacen los amigos.

Dejo que me sostenga mientras la bilis me sube por la garganta. Él realmente cree esto. Realmente admiraba el control de Julian. Realmente piensa que ese acuerdo era bueno para mí. Eso es lo que lo hace peligroso: no la malicia, sino la convicción.

Tan pronto como es socialmente aceptable hacerlo, le hago una señal a Logan y nos vamos. El viaje de regreso en el auto transcurre en silencio durante los primeros diez minutos. Logan maneja mientras yo miro por la ventana; ambos nos estamos desahogando de la actuación.

Miami fluye tras los cristales. Neón, sombras y vidas que transcurren detrás de ventanas iluminadas. El aire acondicionado

está demasiado frío, erizándome la piel de los brazos, pero ninguno de los dos lo ajusta. Necesitamos ese frío para lavar la calidez de la velada.

—Bien hecho esta noche —dice Logan finalmente—. Confirmaste la apertura de la bóveda para el lunes.

Solo emito un sonido de asentimiento. Supongo que tiene razón, pero las palabras «moldeada» y «creación» se quedan en mi mente como un cáncer.

—Estuviste impecable allá adentro —observa Logan, y no puedo distinguir si es un cumplido o una evaluación de trabajo.

—Aprendí del mejor.

Logan no responde. La ciudad sigue fluyendo.

—Reyes quiere cenar conmigo después de lo de la bóveda. Luego quiere hacerse cargo de mi vida, continuar donde Julian lo dejó —digo en voz baja.

—Sí. —La voz de Logan se mantiene plana—. Los hombres como él siempre quieren eso.

Algo en su tono me hace mirarlo, pero su rostro no revela nada. Solo las facciones perfectas de un hombre que es muy hábil siendo quien la situación requiera.

Mi teléfono vibra. Gabriel, preguntando cómo va todo. Solo un signo de interrogación, dejándome decidir cuánto compartir. Le respondo: Exitoso. Lunes asegurado. Pronto en casa.

Casa. La Sirena, donde Gabriel está esperando.

Logan baja primero, me sostiene la puerta con cortesía profesional. Nos separamos en el pasillo. Él va a su oficina, yo a la suite donde Gabriel probablemente está leyendo o fingiendo leer mientras me espera.

Subo las escaleras lentamente. Mis pies ya conocen el camino; este edificio se está volviendo más familiar que la casita de Homestead lo fue jamás. Pero cargo con algo extra: la memoria muscular de haber sido la alumna perfecta de alguien más.

La puerta de la suite está sin llave. Gabriel está sentado en el sofá con un libro que no está leyendo, y cuando me ve, el alivio en su rostro es inmediato. No se levanta, no me asfixia. Solo me observa caminar hacia él.

—¿Cómo estuvo? —pregunta.

—Horrible. Odio las fiestas así. Odio a la gente así.

Incluso mientras digo las palabras, me pregunto qué tan ciertas son. Gabriel Delgado es de ese círculo, y ciertamente no lo odio.

Me dejo caer en el sofá junto a Gabriel, quitándome los tacones y dejándolos caer donde sea. Me duelen los pies de estar de pie, de actuar, de la conciencia constante de cómo posicionar mi cuerpo para lograr el máximo efecto.

—Confirmó que la bóveda está en Manhattan —digo, llevándome las manos a las orejas para quitarme los aretes de diamantes—. Todo listo para el lunes.

Gabriel me observa dejar los aretes en la mesa de centro, siguiendo mis movimientos con la mirada. —¿Y Reyes?

—Todo lo que sospechábamos. Quiere ser mi nuevo mentor. Mi nuevo… guardián. —La palabra me sabe amarga en la lengua.

Gabriel se mueve a mi lado, sin llegar a tocarme pero dejando un espacio que yo podría ocupar si quisiera. Y quiero. Me reclino contra él, apoyando mi cabeza en su hombro, y él me rodea con un brazo sin decir palabra. Nos quedamos así durante varios minutos, con un silencio cómodo entre nosotros.

—Tú no eres lo que Julian fabricó —dice Gabriel finalmente, con voz grave—. Lo sabes, ¿verdad?

Cierro los ojos. —A veces me pregunto qué quedaría si raspara todas las partes de mí que él moldeó.

—Todo lo que importa. —La certeza de Gabriel es como una roca sólida—. Tu esencia no es lo que él enseñó; es lo que protegiste de él.

Sus palabras se asientan en mi interior, sirviendo de contrapeso a la valoración de Reyes.

No cierro los ojos. Me quedo en la quietud de su abrazo y pienso en el lunes. La bóveda. Manhattan. Lo que sea que Julian puso allí por lo que valiera la pena morir, por lo que valiera la pena pasar seis meses huyendo, por lo que valiera la pena todo esto.

Pronto lo tendré.

Los aretes están sobre la mesa de centro, captando la luz. Los aretes de Julian. Esos que él decía que me hacían ver costosa.

Debería tirarlos.

Los dejo ahí.

24 - Gabriel

La cocina aún está a oscuras cuando pongo la tarjeta de la receta sobre el mostrador; falta una hora para el amanecer. El papel amarillento se siente más pesado de lo que debería. Las esquinas están suavizadas por los años, con una caligrafía de trazos curvos, propia de las mujeres que aprendieron cursiva cuando todavía importaba.

He guardado esto durante días, esperando el momento adecuado. Desde antes de nuestra pelea en el suelo de la cocina, desde antes de que ella me hablara de la bóveda. La rastreé a través de conexiones de los Delgado. Cobré favores de personas que recuerdan a esa generación de mujeres cubanas que levantaron las cocinas de Miami. Ahora la coloco al lado de donde irá su café. Sin ceremonias. Sin papel de regalo. Simplemente poniéndola allí como cualquier otro objeto matutino, aunque mis manos tiemblan ligeramente mientras la acomodo. La mancha de grasa en la esquina superior capta la luz. Tiene décadas de antigüedad, proviene de una cocina que ya no existe.

La letra de la Abuela Rosa. La original, del restaurante donde trabajó brevemente en los años ochenta. Antes de Julian. Antes del aislamiento. Antes de que Sera perdiera el acceso a la mujer que le enseñó que la comida era amor.

Escucho sus pasos en la escalera y me giro hacia la cafetera, ocupándome con ajustes innecesarios. Tengo los hombros tensos. Esto podría significar todo o podría ser un exceso de confianza tan grande que ella nunca me lo perdonará.

—Buen día —dice ella, con la voz todavía ronca por el sueño.

—Buen día.

Ella se acerca al mostrador, estirando la mano hacia su taza, y se detiene. Todo su cuerpo se queda inmóvil. Observo cómo toma la tarjeta con el mismo cuidado que se tendría con un cristal antiguo, temiendo que pueda romperse.

—¿Qué es…? —su voz se apaga mientras lee la cursiva de Rosa. La observo delinear los trazos con un dedo, siguiendo la tinta azul desvaída. La receta es de frijoles negros. Simple, fundamental, el tipo de cosa que le enseñarías primero a una nieta.

—¿Cómo…? —me mira con los ojos húmedos—. Es su letra. Realmente es su letra.

—El restaurante guardaba sus viejas tarjetas de recetas archivadas. El dueño la recordaba —mantengo mi voz firme, pragmática—. Dijo que era la mejor cocinera que habían tenido. Dijo que lo escribía todo porque estaba entrenando a alguien que nunca apareció.

Sera se lleva la mano a la boca.

—Fuiste a buscar las recetas de mi abuela —dice, aunque no es del todo una pregunta.

—Dijiste que las habías perdido. Cuando Julian… —Me detengo—. Dijiste que cocinar era la forma en que te mantenías conectada con ella, y él te arrebató eso. Pensé que tal vez podría recuperarte un pedazo de aquello.

La tarjeta de la receta susurra contra el mostrador cuando la suelta. Cruza la cocina y me rodea con sus brazos, trayendo consigo el aroma al sueño y al champú de vainilla. Su rostro se presiona cálido contra mi pecho y siento que sus hombros se agitan una vez, solo una vez, antes de recuperar la compostura.

—Esto lo es todo —dice contra mi camisa.

Se aparta para mirarme, y hay algo en sus ojos que no había visto antes. No es deseo, ni gratitud. Es reconocimiento, tal vez. Como si estuviera viendo quién soy en realidad cuando no estoy intentando ser nada.

Su pulgar roza mi mandíbula; el contacto es eléctrico. —Gracias.

La tarjeta de la receta permanece en el mostrador mientras Sera cocina los frijoles negros de Rosa, y el departamento se llena del aroma del comino. Para cuando finalmente tomo el teléfono, el sol ya se ha desplazado a los ángulos de la tarde, y mi mano planea sobre él durante un minuto entero antes de marcar el primer número.

Luego un segundo.

Luego un tercero.

Seguridad, banca, aviación. Cada conversación sigue el mismo patrón: me identifico, mi voz baja a ese registro de mando, y

personas que no han sabido de mí en años responden como si nunca me hubiera ido.

—Sí, Sr. Delgado.

—Enseguida, Sr. Delgado.

—Considérelo hecho.

Con cada llamada, el heredero Delgado emerge con más fuerza. La forma en que sostengo el teléfono cambia. No lo agarro, sino que lo controlo, de la misma manera en que aprendí a sostenerlo todo cuando tenía veinte años y me preparaban para dirigir un imperio. Mi mano libre no se inquieta ni tamborilea. Descansa inmóvil, controlada; la paciencia de alguien que nunca tuvo que apurarse porque el mundo esperaba por él.

Sera pasa por ahí mientras estoy en la cuarta llamada, organizando el transporte terrestre. Se detiene en el umbral, observando.

Tengo cuidado de no apartar la vista de ella, de no compartimentar, de no excluirla mientras me pongo en los zapatos de mi padre. Cuando termino la llamada, el silencio se prolonga. Mi cuerpo aún mantiene esa postura. La autoridad natural que todas esas duchas frías no pudieron borrar.

Ella se acerca a mí, pone su mano en mi brazo. —¿Te asusta? ¿Lo fácil que regresa?

—Me aterroriza —miro mis manos, firmes, controladas, nada parecidas al temblor de cuando sostuve la receta de Rosa—. Pasé tanto tiempo intentando olvidar esto, y toma menos de una semana recordarlo.

Se presiona más cerca, su cuerpo cálido contra el mío, y percibo el aroma de su piel. Vainilla y algo almizclado que hace que mi miembro se agite.

—Necesito ambas versiones —dice—. El hombre que encuentra recetas y el que comanda imperios. Especialmente si vas a mantenerme a salvo mañana.

Su proximidad hace que sea difícil pensar. La curva de su cuello está ahí mismo, suplicando por mi boca. Quiero presionarla contra la pared, marcar esa piel, recordarnos a ambos que pase lo que pase mañana, ella es mía. Pero me obligo a quedarme quieto, a ser la versión controlada que ella necesita ahora mismo.

Y mi voluntad, cuando se trata de controlarme cerca de ella, se vuelve más vulnerable con cada hora que pasa.

El domingo por la noche, la oficina de Logan se transforma en nuestra sala de guerra a medida que las sombras se alargan; nuestra cena familiar se sustituye por una sesión informativa de la misión familiar. Las pantallas están encendidas, los datos dispuestos en columnas ordenadas, cada variable tomada en cuenta. Logan se sitúa en el centro como un director de orquesta, mientras Gunner llena el umbral de la puerta, Isa se apoya contra la pared y Sera se inclina hacia adelante en su silla, absorbiendo cada detalle. Solo faltan Adrian y la Siren, ya que esto no requiere sus habilidades.

—La bóveda requiere biometría dual —dice Logan, resaltando una sección en la pantalla—. La huella digital de Sera. Y el escaneo de retina de Reyes, que él proporcionará pensando que está ayudando a una viuda a acceder a los activos de su esposo.

El «Simple» de Gunner es prácticamente poesía viniendo de él, pero Logan ya está abriendo otra pantalla.

—En el papel, sí. Pero no confiamos en Reyes. O está totalmente alineado con ciertas partes interesadas, o está jugando para todos los bandos. De cualquier manera, se convierte en una variable en el momento en que estén dentro de ese banco.

—Así que controlamos lo que podemos —digo, y siento que la atención de la sala se desplaza hacia mí. La autoridad se filtra en mi voz, tomando decisiones—. ¿Cuáles son nuestros protocolos de contingencia?

Logan asiente, mostrando los roles operativos. —Yo me encargo de la coordinación remota desde aquí. Comunicaciones en tiempo real con Sera, además de monitorear la huella digital de Reyes. Si contacta a alguien durante la operación, lo sabré al instante.

—Gunner es nuestro recurso en el terreno —continúo, mientras el plan se cristaliza—. En Manhattan, listo para la extracción si algo sale mal.

Gunner asiente una vez, ya analizando escenarios detrás de esos ojos pálidos.

Me giro hacia Isa, y la habitación contiene el aliento. Ella no ha aceptado a Sera, no se ha mostrado cercana ante su presencia, pero esta operación necesita sus habilidades específicas.

—Isa —le digo directamente, sin pedirle a Logan que lo asigne—. Te necesito en contravigilancia. Monitorea las comunicaciones de Reyes durante las próximas cuarenta y ocho horas. Llamadas, mensajes, patrones. Si va a traicionarnos, tú lo verás venir.

El silencio que sigue es pesado.

Isa no mira la pantalla. Mira a Sera. Una evaluación larga y mesurada, del tipo que le daría a un extraño que entrara de la calle diciendo ser de la familia.

—No.

La palabra cae como una cuchilla sobre mármol. Los dedos de Logan se detienen sobre su teclado. Gunner cambia el peso de su cuerpo en el umbral.

—Isa… —comienzo.

—¿Por qué ayudaría a una mujer cualquiera a acceder a información que podría destruir a esta familia? —Su voz es plana, controlada, pero la rabia que subyace en ella es afilada. Se gira para enfrentarme de lleno—. Ella aparece de la nada, ha estado llevando una investigación paralela de la que ninguno de nosotros sabía nada, te ha estado mintiendo durante semanas, ¿y ahora se supone que debo pasar cuarenta y ocho horas protegiendo su operación? —Señala hacia Sera sin mirarla—. No sabemos qué hay en esa bóveda. La póliza de seguro de Julian Voss contra los Delgados. Contra tu padre. Contra ti. ¿Y se supone que debo ayudarla a abrirla?

La habitación está muy quieta. No le falta razón. Esa es la parte que más duele.

Sera habla antes de que yo pueda hacerlo. —Tienes razón.

Los ojos de Isa se clavan en ella, sorprendida a pesar de sí misma.

—No me conoces —continúa Sera, con voz firme—. Y lo que sea que haya en esa bóveda podría ser exactamente lo que temes. Pero también es la única ventaja que impide que Cristian Markovic mate a todos en esta habitación. Incluyéndote a ti.

Las dos mujeres sostienen la mirada. La mandíbula de Isa se tensa una vez, la única grieta en su compostura.

—No te estoy pidiendo que confíes en mí —dice Sera—. Te estoy pidiendo que los protejas a ellos. —Asiente hacia Logan, hacia el umbral donde está Gunner—. Eso es lo que haces. Eso es lo que siempre has hecho.

Otro silencio. Más largo esta vez.

—Isa —digo, ahora más bajo. No ordenando. Pidiendo—. Por favor.

Algo cambia tras sus ojos. No es que se suavice; está recalculando. De la misma manera en que recalculó esa primera noche en la cocina cuando Sera no se inmutó.

—Me alegra que no me pidas que confíe en ti —le dice finalmente a Sera—. Porque no lo hago. Y no te ayudaré a destruir a esta familia.

Luego se da la vuelta sin decir otra palabra y sale de la habitación. Todos los ojos en la sala la ven irse, todos los oídos escuchan el eco de sus pasos desvaneciéndose.

—Mierda —suspira Logan en medio del silencio.

—No es bueno —dice Gunner.

—No podemos hacer esto sin ojos y oídos —Logan golpea la mesa con el puño—. Maldita Isa.

Estoy a punto de cancelar todo. No podemos dejar a Sera bajo el control de Reyes sin saber exactamente con quién está hablando cada segundo, y sin una advertencia previa de cualquier posible traición.

Me pongo de pie y camino de un lado a otro, tratando de encontrar las palabras para decirle a Sera que no puede perseguir el objetivo que ha estado buscando durante medio año.

—Pregúntale a ese hermano Rosetti de Nueva York —dice Sera—. Milo. Parece que sabe manejarse con una computadora.

Intercambio una mirada con Logan, mientras Gunner emite un gruñido de aprobación.

Suelto un resoplido. —Emilio Rosetti le propuso matrimonio a su esposa hackeando todos los carteles publicitarios de la ciudad de Nueva York.

—Después de haberla acosado cibernéticamente durante unos años —añade Logan—. Sí, se podría decir que sabe manejarse con una computadora.

—Y de todos modos tiene su base en Nueva York —añade Sera—. Así que…

Unos instantes de silencio, y es Gunner quien lo rompe.

—Sí —dice—. Eso funcionará.

—¿Dónde estarás tú? —me pregunta Logan, aunque ya conoce la respuesta.

—Vuelo por separado. Comercial, una hora antes que ellos. En posición de sombra. Si se necesita peso institucional, allí estaré. Pero no se me puede ver con ellos. Reyes podría reconocer el rostro Delgado, y eso arruinaría la tapadera de Sera al instante.

—Así que entro sola con él —dice Sera, siendo la primera vez que habla—. A una bóveda de banco con un hombre que creemos que podría venderme.

—Sola no —corrijo—. Todo el equipo está contigo. Solo que invisibles.

Ella asiente, pero veo la tensión en sus hombros. Ha hecho cosas más peligrosas. Vivió con Julian, se manejó en cenas de la mafia, sobrevivió seis meses huyendo. Pero esto se siente diferente. Esto es caminar hacia una trampa con los ojos abiertos.

—La bóveda está en Midtown —continúa Logan—. En la Cuarenta y Tres y Madison. Planta baja del Excelsior Building.

—¿Y esos sedanes negros que seguían a Sera en Homestead? —pregunto, sintiendo que algo encaja—. La vigilancia temprana. Era la gente de Reyes, ¿no?

Logan asiente—. Confirmado la semana pasada. La tenía vigilada desde el momento en que empezó a usar el alias Marin en Miami. Probablemente con la esperanza de que lo guiara a la bóveda sin que él tuviera que involucrarse.

—Pero ella acudió a él en su lugar —digo—. Lo que significa que él cree que tiene el control.

—Deja que lo crea —dice Sera en voz baja—. Los hombres como Reyes son más fáciles de manejar cuando creen que están ganando.

Más datos fluyen por la pantalla. Planos de edificios, rutas de salida, patrones de tráfico. Logan ha sido minucioso. Gunner pregunta por las entradas de servicio. Milo Rosetti confirma que está disponible para ayudar y que puede rastrear el teléfono de Reyes en tiempo real. La operación cobra forma con la competencia de personas que han hecho esto antes, en diferentes contextos, con diferentes riesgos.

—¿Preguntas? —pregunta Logan, aunque en realidad se dirige a Sera.

Ella niega con la cabeza—. Es sólido. Todo lo sólido que puede ser un plan basado en confiar en un hombre que no es de confianza.

La reunión termina lentamente. Gunner desaparece primero. Está en un momento, y al siguiente se ha ido, pensando ya en la logística de Manhattan.

Pero Sera y Logan se quedan agrupados ante su escritorio, con las cabezas juntas sobre la pantalla. Están puliendo detalles. Protocolos de comunicación, el fraseo exacto que usará con Reyes, cómo manejar su lenguaje corporal en el banco.

—Si intenta hacer una llamada, creas una distracción —dice Logan—. Derrama algo, tropiézate, cualquier cosa para romper su

concentración hasta que yo pueda confirmar a quién está contactando.

—¿Y si son ellos? ¿Si está llamando para confirmar que estamos en la bóveda?

—Entonces ya estás comprometida y Gunner se mueve. Tendremos unos noventa segundos para extraerte.

Mis dedos tamborilean contra mi muslo mientras ellos se inclinan más sobre la pantalla. Logan señala algo y Sera asiente antes de que él termine de hablar. Me duele la mandíbula de tanto apretarla. Ella se inclina hacia adelante para ver algo mejor y su camisa se sube, dejando al descubierto una franja de piel en su cintura que me dan ganas de morder. Logan no se da cuenta. Su atención es puramente operativa. Pero yo me doy cuenta de todo lo que tiene que ver con su cuerpo, siempre.

—La autenticación secundaria podría requerir una huella de voz —dice Sera.

—He estado grabando a Reyes durante tus reuniones —responde Logan de inmediato—. Puedo falsificar eso si es necesario.

Por supuesto que lo ha hecho. Por supuesto que han estado pensando tres pasos por delante mientras yo he estado luchando por ponerme al día.

Me trago los celos. No les pongo nombre, no actúo en consecuencia, solo dejo que existan. Esto es crecimiento. Sentir algo difícil y no compartimentarlo, no construir una caja para ello. Simplemente dejar que arda mientras elijo confiar de todos modos.

Las luces de Miami se desvanecen en la oscuridad exterior. El lunes está a pocas horas de distancia. Por la mañana, ella subirá a un vuelo con Reyes, entrando en una bóveda que podría ser una trampa, mientras yo la sigo desde las sombras.

El plan es sólido. El equipo está desplegado. Cada contingencia que podemos imaginar ha sido abordada. Pero se me revuelven las tripas al saber que estará sola con él en una habitación cerrada, que estaré a kilómetros de distancia cuando importe, que todo lo que puedo hacer es confiar.

Confiar en su competencia. Confiar en la vigilancia de Logan. Confiar en la preparación de Gunner. Confiar en la inteligencia de Milo. Confiar en todos excepto en mí mismo para mantenerla a salvo.

Cada instinto desarrollado en veinte años de entrenamiento Delgado me dice que tome el control, que esté en la habitación, que

maneje la amenaza directamente. No delegues su seguridad. No te quedes en las sombras mientras ella camina hacia el peligro. No dejes que nadie más sea su protección.

Pero eso no es compañerismo. Eso es posesión. Y hemos superado eso, hemos superado la personalidad dividida y los controles y la arquitectura de mantenernos a distancia el uno del otro. Ahora tengo que vivirlo de verdad.

25 - Seraphina

El vuelo a Nueva York se siente como nadar en miel. Reyes se sienta a mi lado en primera clase, imponente en su traje de lino, explicándome la infraestructura bancaria de Manhattan como si yo fuera una estudiante que necesita educación. Su mano descansa en el apoyabrazos entre nosotros; sus dedos rozan los míos ocasionalmente cuando gesticula. Cada contacto es calculado de su parte, con la intención de establecer intimidad. Dejo que suceda, abriendo mucho los ojos en los momentos adecuados, haciendo las preguntas agradecidas de una viuda que se siente superada por las circunstancias.

—El Excelsior Building ha albergado bóvedas privadas desde 1892 —dice, inclinándose más de lo necesario—. Muy pocas instituciones mantienen ya ese nivel de… discreción.

—Estoy tan agradecida de que sepa todo esto —le digo, dejando que la vulnerabilidad matice mi voz—. Julian nunca me explicó nada de esto.

En mi oído, la voz de Logan confirma lo que ya sé: —Equipo en posición. Gabriel aterrizó hace cuarenta minutos. Gunner está en el lugar.

Me toco el arete, ajustando el casi invisible dispositivo de comunicación mientras pretendo juguetear con el diamante. El movimiento parece nervioso, femenino. Los ojos de Reyes lo siguen con satisfacción. Piensa que estoy ansiosa. Bien.

El aterrizaje es suave. El auto que él reservó está esperando. Todo en el mundo de Reyes funciona con precisión, basado en conexiones hechas hace décadas y mantenidas con cuidadosa atención. Me ayuda a bajar del auto cuando llegamos a la calle Cuarenta y tres con Madison. El Excelsior Building se alza ante nosotros, dinero antiguo convertido en piedra.

El interior del edificio confirma su linaje. Pisos de mármol que han guardado secretos desde antes de que naciera cualquier persona viva. Paneles de caoba que se tragan el sonido. La seguridad es

invisible pero absoluta. Sin detectores de metales ni guardias obvios. Solo puertas que te reconocen o no.

—Arturo —lo saluda la mujer en el mostrador. No señor Reyes. Arturo. Aquí él es de la familia.

—Esta es la señora Marin. Vamos a acceder a la bóveda de su difunto esposo.

Los ojos de la mujer me evalúan con simpatía profesional. La viuda en duelo, aquí para reclamar su herencia. Dejo que mis hombros se encorven ligeramente hacia adentro, la postura de alguien abrumado por la magnífica arquitectura y las complicadas finanzas.

Reyes me guía por los pasillos con la misma familiaridad posesiva que mostró en su recepción. Su mano no se aparta nunca de mi espalda. La presión es lo suficientemente firme como para ser controladora en lugar de reconfortante, pero me apoyo en ella, interpretando a la mujer que necesita orientación.

La voz de Logan en mi oído: —Todo despejado. Milo confirma que el teléfono de Reyes está en silencio.

Busco cámaras mientras caminamos. Cuento al personal. No porque el plan lo requiera —Gunner ya mapeó esto—, sino porque Julian me entrenó para leer cada habitación al entrar, y ese entrenamiento no se apaga solo porque Julian esté muerto.

El acceso a la bóveda requiere de ambos. Mi huella del pulgar en el escáner. Mis dedos están fríos a pesar de la temperatura controlada. Luego Reyes da un paso al frente para el escaneo de retina, haciendo un pequeño chiste sobre cómo la tecnología siempre lo hace sentir como si estuviera en una película de espías. Su risa es relajada, el sonido de un hombre que hace esto habitualmente.

La pesada puerta se abre sobre bisagras silenciosas.

Adentro: filas de cajas de seguridad trepando por las paredes y, en el centro, una terminal de archivo digital que zumba suavemente. El resplandor azul de la pantalla de la terminal proyecta sombras sobre mis manos mientras me acerco. Me dirijo a la terminal, sacando la unidad segura de mi bolso. Mis dedos bailan sobre el teclado mientras inicio la secuencia de descarga. Reyes observa desde el umbral con la satisfacción de un hombre que se ha hecho indispensable.

El dinero aparece primero en pantalla, signos de dólar pasando demasiado rápido para que pueda leerlos bien. Millones, supondría

yo. Los números se desdibujan mientras descargo, mi mente ya calculando lo que esto significa, lo que podría comprar. Libertad. Distancia. Una vida completamente nueva.

Luego los registros comienzan a cargarse. Documentación financiera que se remonta a años atrás. Este es el punto de apoyo, la protección, lo que me hace lo suficientemente valiosa para mantenerme viva o lo suficientemente peligrosa para matarme. El suave zumbido de los discos duros llena la bóveda mientras gigabytes de evidencia fluyen hacia mi memoria USB.

La voz de Milo atraviesa el zumbido de la bóveda: —Reyes hizo una llamada telefónica. Cuarenta segundos a un número de Markovic.

Miro a mi alrededor. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había ido. Mi respiración se acelera y la adrenalina hace que me hormigueen los dedos.

Logan suena en mi auricular: —Es hora de salir de ahí. Tienes quizás veinte minutos antes de la respuesta de Markovic. Podría ser menos si tienen gente en la zona.

Miro la barra de progreso de la descarga. Sesenta por ciento. No es suficiente.

—Necesito unos minutos más —les digo, tomando ya decisiones de triaje. Los archivos prioritarios primero. Los registros que prueban las conexiones, las estructuras de las cuentas. Los registros de transacciones detallados pueden esperar si es necesario.

—Tienes lo que tienes —dice Logan—. Gunner está rastreando dos autos que acaban de cambiar de dirección. Podría ser una coincidencia.

Podría serlo. Pero todos sabemos que no lo es.

Reyes volverá en cualquier segundo, y necesito lucir exactamente tan abrumada como cuando se fue. La barra de progreso avanza lentamente: setenta por ciento, setenta y cinco. Cada punto porcentual se siente como una hora.

La puerta de la bóveda se abre. Reyes regresa, alisándose el cabello. Su sonrisa es cálida, paternal, completamente normal. La expresión de un hombre que acaba de cometer una traición con una llamada de cuarenta segundos y regresó para continuar su actuación sin perder el ritmo. No está nervioso. No se siente culpable. Solo sonríe como ha estado sonriendo todo el día, confiado en que delatarme no le traerá consecuencias.

—¿Encontraste todo lo que Julian te prometió, querida? —pregunta, acercándose para pararse detrás de mí. Lo suficientemente cerca como para que pueda sentir su aliento en mi nuca.

—Casi termino —digo, dejando que mi voz tiemble un poco—. Hay mucho más de lo que esperaba.

—Julian era minucioso —asiente él. Su mano se posa en mi hombro—. Pero no te preocupes. Te ayudaré a estructurar todo adecuadamente.

Ochenta y cinco por ciento. Noventa.

Se transfieren los últimos archivos y expulso la memoria USB, con suavidad y rapidez a pesar del grito que se forma en mi garganta. Reyes está parado justo detrás de mí, sonriendo con su sonrisa servicial, habiendo firmado mi sentencia de muerte con una llamada telefónica que hizo con la misma naturalidad con la que pediría el almuerzo.

Extiende las manos para recibir la memoria USB.

—Guardaré eso por ti para que esté a salvo, querida.

Deslizo la memoria USB en mi bolso, tratando desesperadamente de pensar algo para distraerlo.

—Me quedaré con ella hasta el almuerzo —logro decir.

—Perfecto —dice, apretándome el hombro—. Conozco un lugar maravilloso cerca de aquí.

Logan en mi oído: —Muévete. Ahora.

Cierro la bóveda y dejo que Reyes me guíe hacia afuera. La memoria USB no pesa nada en mi bolso y lo pesa todo en mi mente.

Pasé seis meses imaginando este momento. La memoria USB en mi mano, los secretos de Julian contenidos, el poder que finalmente me haría intocable. En cada versión, sentía algo grande; triunfo, tal vez, o alivio, o la libertad de una deuda pagada. Lo que siento en realidad, caminando por pasillos de mármol con la mano de Reyes en mi espalda, es a Gabriel. Sus brazos rodeándome en la cocina de la rectoría. Su voz diciendo *que estar aterrorizada y ser honesta es una mejora*. La memoria USB representa treinta millones de dólares y la llave de una puerta que ha estado cerrada para mí por un año, y todo lo que puedo pensar es que quiero mostrársela a él. No para demostrar que tuve razón al perseguirlo. Sino simplemente porque él es la persona a la que quiero contarle las cosas ahora, y eso es algo mucho más aterrador de sacar de esta bóveda que el dinero.

Salimos por los mismos pasillos silenciosos, con la mano de Reyes quemándome la espalda en cada paso. Luego cruzamos las puertas y estamos en la calle, donde el aire de octubre golpea como una bofetada después del control de temperatura de la bóveda.

Reyes me dirige hacia un sedán negro que espera en la acera, con su mano todavía posesivamente en mi espalda.

—Pensé que podríamos discutir tus opciones durante el almuerzo —dice, alcanzando la puerta del auto—. Hay una sala privada en Le Bernardin esperándonos. Pareces necesitar una copa de vino.

—Tiene razón en eso —digo, dejando que el agotamiento matice mi voz.

Justo cuando su mano presiona mi espalda baja para guiarme hacia el auto, un Audi plateado familiar frena de golpe directamente frente a nosotros. La puerta del pasajero se abre de par en par.

—Sube —dice Gunner, con voz calmada pero urgente. Sus ojos pasan de mí a Reyes, cuya mano se aprieta en mi espalda.

No dudo. Me zafo de Reyes, cuyos dedos intentan enganchar mi muñeca mientras me lanzo hacia el Audi.

—Sera, ¿qué haces? —La voz de Reyes se eleva alarmada—. Esta gente es peligrosa…

—Lo sé —digo, zambulléndome en el asiento trasero. Gunner me jala hacia adentro mientras la puerta se cierra de golpe tras de mí.

El Audi arranca bruscamente hacia el tráfico antes de que pueda siquiera abrocharme el cinturón, con el brazo de Gunner sosteniéndome mientras zigzagueamos entre taxis amarillos.

—Cuatro minutos hasta que llegue la gente de Markovic —dice, con los ojos en el espejo retrovisor—. ¿Conseguiste lo que necesitábamos?

Toco mi bolso. —Todo. No puedo creer que Reyes me vendiera así. Tal como dijiste que lo haría.

La boca de Gunner se tuerce en algo parecido a una sonrisa. —Los hombres como él son predecibles. Siempre cubriendo sus apuestas.

Por la ventana trasera, diviso el primer SUV negro cruzando agresivamente el tráfico. —Tenemos compañía —digo.

—Los veo. —Nuestra conductora, una mujer de cabello gris corto a la que nunca había visto antes, acelera pasando un semáforo en amarillo—. Tres vehículos, conductores profesionales.

La voz de Logan cruje en mi oído: —El avión está cargado de combustible y esperando. Diez minutos para despegar.

El Audi se sacude al tomar una curva demasiado rápido. Más camionetas aparecen detrás de nosotros, ganando terreno. Gunner saca una pistola de su chaqueta, revisando el cargador con eficiencia practicada.

—No necesitarás eso —dice la conductora, girando el volante bruscamente. Cortamos por un callejón tan estrecho que casi puedo tocar las paredes de ladrillo a cada lado.

Salimos a Park Avenue, la conductora encontrando de algún modo huecos imposibles en el tráfico, deslizándose entre camiones de entrega y taxis mientras nuestros perseguidores se quedan atrás, atrapados por los vehículos por los que nos hemos filtrado.

—A cinco minutos —anuncia ella mientras entramos en la autopista hacia el JFK.

Miro el espejo lateral cuando dos camionetas aparecen de nuevo, acortando la distancia. —Volvieron.

—No nos atraparán —dice Gunner con tranquila certeza. Su mano descansa sobre su arma, pero su respiración se mantiene pausada—. No antes de que lleguemos al avión.

El aeropuerto aparece a la vista, pero en lugar de dirigirnos a las terminales principales, nos desviamos hacia la aviación privada. El Audi apenas reduce la velocidad cuando nos acercamos a una puerta de seguridad que se abre justo a tiempo.

Aceleramos hacia un elegante Gulfstream que espera en la pista, con sus motores ya empezando a rugir. Las camionetas se están acercando, a no más de treinta segundos de nosotros.

—¡Vamos, vamos! —grita Gunner mientras el auto derrapa hasta detenerse junto a las escaleras del avión.

No espero a que el auto se detenga por completo antes de abrir la puerta. Mis tacones golpean el pavimento y salgo corriendo, con el bolso apretado contra mi pecho. El viento de los motores del jet me azota el cabello contra la cara mientras subo las escaleras de dos en dos.

Detrás de mí, escucho puertas de autos cerrándose, gritos. Un sonido que podría ser disparos.

Tropiezo al llegar a la cima de las escaleras, sosteniéndome del marco de la puerta, y en la abertura de la puerta del avión veo a Gabriel.

Él ya está dentro —debió de estar en el jet todo el tiempo, esperando— y su brazo está extendido hacia mí, su rostro mostrando

algo complicado, furioso y aliviado a la vez. Un metro entre su mano y la mía.

Intento alcanzarla.

El agarre que se cierra alrededor de mi brazo viene desde atrás.

—Señora Reznik. —La voz es calmada, con acento, casi cortés. El brazo que me arrastra de vuelta escaleras abajo no lo es.

No grito. Mis tacones luchan por aferrarse a los escalones de metal y pierden, y tengo un segundo suspendido en el que miro hacia arriba a Gabriel —sus ojos pasando del alivio a algo para lo que no tengo palabras— antes de que el asfalto aparezca y haya dos hombres a cada lado de mí y un auto negro con el motor encendido, y comprendo, con absoluta claridad, que las camionetas no estaban siguiendo a Gunner.

Me estaban siguiendo a mí.

Gabriel se lanza hacia la puerta. Un tercer hombre aparece en el hueco entre el avión y las escaleras, no armado, solo posicionado, lo suficientemente grande como para hacer que la física sea imposible. No es una amenaza; es una pared. El mensaje no es "te dispararemos". El mensaje es "verás cómo se la llevan".

—Gabriel…

No termino de decirlo. Uno de ellos me dirige hacia el auto, con la mano en mi hombro, no con brusquedad pero sí de forma totalmente implacable. Miro hacia atrás por encima del hombro y Gabriel está en lo alto de la escalera en el marco de la puerta abierta, con la cabeza ladeada y el ceño tan fruncido que puedo verlo desde seis metros de distancia.

Mi bolso todavía cuelga de mi hombro. La memoria USB está dentro. No sé si eso hace que esto sea mejor o peor.

La puerta del coche se cierra. Las ventanas son polarizadas. Observo a través del cristal mientras el jet espera en la pista —con el motor en marcha, las escaleras todavía desplegadas— y Gabriel es un bulto en la puerta que empieza a bajar las escaleras a toda prisa.

26 - Gabriel

El auto dobla la esquina y desaparece en el tráfico de Nueva York, llevándose a Sera con él.

Aprieto el barandal con la fuerza suficiente para dejar marcas mientras sus luces traseras se desvanecen, y lo único en lo que puedo pensar es en el patrón. Cómo siempre me quedo inmóvil mientras las personas a las que se supone que debo proteger desaparecen fuera de mi alcance.

A mi alrededor, la maquinaria de los Rosetti se activa. Milo ya tiene su computadora abierta y sus dedos vuelan sobre las teclas. Segundos después está al teléfono, con voz baja y urgente, movilizando recursos que no puedo ver pero que sé que existen. Gunner está de pie junto al Audi en el que nos trajo, vigilando la calle por donde desaparecieron, con esos ojos pálidos rastreando cada vehículo que pasa. Todos se mueven con un propósito, excepto yo.

Sigo aferrado al barandal.

Mi padre, muriendo poco a poco mientras yo jugaba a ser sacerdote en Homestead. Elena, jadeando por un aire que no llegaba mientras yo me quedaba petrificado, demasiado tarde para salvarla. Mi hermana, ahogándose en champán y fiestas mientras yo me decía a mí mismo que ella estaba mejor sin mí.

Y ahora Sera, con su rostro en esa ventana trasera, mirándome con una expresión que no pude descifrar antes de que el auto girara y ella se fuera.

—Nosotros nos encargaremos. Milo está a mi lado ahora, su voz imbuida de esa certeza de los Rosetti. —Esta es nuestra ciudad. Tenemos recursos en cada distrito. Danos una hora y tendremos su ubicación, otra hora y estará de vuelta.

Observo la calle vacía. El pecho se me oprime con algo peor que el pánico. La memoria muscular de quedarse quieto mientras todo lo que importa se escapa.

—No. La palabra sale plana. Sin discusión, sin explicaciones. Simplemente declarada. —Este asunto es mío.

Milo me estudia. Puedo sentir que está analizando la situación, entendiendo de qué se trata esto sin necesidad de detalles. Hay cosas que un hombre tiene que hacer por sí mismo. Un Rosetti entiende eso mejor que la mayoría.

—Está bien —dice simplemente—, pero nosotros brindamos apoyo. No es negociable.

Finalmente suelto el barandal. Me late la palma de la mano donde el metal dejó su huella.

Veinte minutos después, la pantalla de la computadora de Milo se ilumina con datos en el asiento trasero del Audi junto a mí, mientras Gunner sortea el tráfico de Manhattan. Flujos de datos, transmisiones de cámaras, conexiones que no entiendo del todo pero que reconozco como maestría.

—Las cámaras de tráfico los muestran dirigiéndose al norte por la FDR —dice, sin detener sus dedos—, un sedán negro, placas diplomáticas. Eso es interesante.

—¿Por qué interesante?

—Porque los Markovic no tienen protección diplomática en Nueva York. Están tomando prestada la cobertura de alguien más —abre otra pantalla—, tres hoteles en el Upper East Side utilizan ese servicio para sus huéspedes VIP. Los tres tienen reservas vinculadas a los Markovic en las últimas cuarenta y ocho horas.

Hace una llamada, hablando en un italiano rápido con alguien al otro lado. Luego otra llamada en inglés, a un contacto en una firma de seguridad privada. Cada conversación es breve, profesional, extrayendo exactamente lo que necesita sin revelar el porqué.

—La tengo. Gira la computadora hacia mí. Imágenes de seguridad del vestíbulo de un hotel, con una marca de tiempo de hace doce minutos. Cristian Markovic caminando por el encuadre con Sera a su lado. No está retenida, pero la mano de él en el codo de ella lo dice todo sobre la dinámica. —El Carlisle. Suite presidencial.

—¿Qué es lo que quiere?

Milo cambia de pantalla, mostrándome comunicaciones interceptadas. —Contenidos de la bóveda, transferencia completa. Y el testimonio de ella ante el liderazgo de los Markovic de que todo el material que Julian reunió ha sido neutralizado. Él necesita que la ventaja desaparezca y un testigo vivo que lo confirme.

—Así que la necesita viva.

—Por ahora. Hasta que tenga lo que quiere —la expresión de Milo es cuidadosamente neutral—, la memoria USB requiere su huella digital. Ella es necesaria hasta que la bóveda esté abierta.

La memoria USB. Aquello que ella arriesgó todo para recuperar, ahora en manos de Cristian pero inútil sin ella.

—Iré solo —digo.

Milo y Gunner intercambian una mirada.

—Define solo —dice Milo con cautela.

—Entraré a la suite solo. Ustedes pueden tener el edificio, la calle, cualquier perímetro que quieran. Pero la habitación es mía.

Ninguno de los dos discute. Reconocen el tono. No es una negociación, es una notificación.

—A tres minutos —dice Gunner.

Tres minutos para idear cómo recuperar a Sera de un hombre que cree que es dueño de todo lo que toca.

El portero del Carlisle no cuestiona a hombres que caminan como si fueran dueños del edificio. La suite presidencial ocupa la mitad del último piso, un espacio que huele a cuero y cigarros viejos, dinero antiguo de Nueva York preservado en ámbar. El propio Cristian abre la puerta, lo que me indica que está confiado. Los hombres como él solo abren sus propias puertas cuando creen que ya han ganado.

—Gabriel Delgado —dice mi nombre como si me hubiera estado esperando—. —El sacerdote.

Es más joven de lo que esperaba. Veintitrés, tal vez veinticuatro años, portando su autoridad como un traje que aún le están entallando. Camisa de lino, sin corbata, la informalidad estudiada del dinero nuevo que intenta parecer establecido. Cabello rubio oscuro engominado hacia atrás, ojos del azul de un lago congelado, y el cuerpo tonificado en el gimnasio de un hombre que boxea por deporte, no por supervivencia. Tiene esa energía de dinero joven, todo barniz sin profundidad.

Detrás de él, mis ojos rastrean primero las salidas: puerta principal, habitación contigua, ventanales de piso a techo que no se abren. La colonia de Cristian es demasiado penetrante para el espacio, marcándolo como el intruso aquí.

Sera está sentada en un sillón en el área de la estancia. Viva. Ilesa. Observando.

—Markovic —no uso su nombre de pila; que piense que le estoy concediendo respeto—, necesitamos discutir los términos.

Él retrocede, invitándome a pasar con la expansividad de un hombre que juega a ser el anfitrión. Dos guardias flanquean la puerta contigua. El de la izquierda tiene los nudillos cicatrizados. Un peleador. La postura del de la derecha dice exmilitar. Ambos costosos, ambos problemas si esto sale mal.

Cristian los despide con un gesto. —Dennos la habitación.

Desaparecen por la puerta contigua, cerrándola tras de sí. Una muestra de confianza o de estupidez. Tal vez ambas.

La memoria USB está sobre la mesa de centro entre dos sillas de cuero. Simplemente ahí, como si no fueran treinta millones de dólares y evidencia que podría derribar imperios. Cristian toma una silla, yo tomo la otra. Sera no se ha movido, no me ha mirado directamente desde que entré. Nos está analizando a ambos.

—Has venido a negociar por tu mujer —dice Cristian, recostándose con la comodidad de quien cree que ya ha ganado.

—He venido a negociar por los intereses de los Delgado.

Él sonríe ante eso. —Por supuesto. Los intereses de la familia. Aunque debo decir que enviar al sacerdote para encargarse de esto parece… —hace un gesto vago—, ¿desesperado?

Dejo que piense eso. Que vea lo que espera ver. El hijo que huyó al seminario, el hombre que eligió a Dios sobre el dinero, jugando a ser un príncipe porque no hay nadie más a quien enviar. Ya se está relajando, su lenguaje corporal se vuelve más abierto. Cree que soy manejable.

—La bóveda contiene registros de transacciones que implican a mi familia —digo, manteniendo la voz formal, controlada, interpretando el papel que me ha asignado—, esos registros tienen valor para ti, pero son un riesgo para nosotros. Estoy aquí para discutir cómo resolvemos ese conflicto.

—Simple —se inclina hacia adelante, con los codos en las rodillas —, ella abre la bóveda, transfiere todo y luego presta testimonio ante mi tío de que la póliza de seguro de Julian está muerta. Tú consigues que la exposición de tu familia sea contenida. Yo obtengo lo que nos fue robado. Todos ganan.

Sus ojos se deslizan hacia Sera cuando lo dice, posesivos, como si ella fuera parte de los activos que se discuten.

—¿Y ella? —pregunto.

—La viuda lo hereda todo, ¿no es así? Los activos, las obligaciones… —deja la implicación en el aire, sonriendo como si

compartiéramos un secreto—, Julian entendía eso. Estoy seguro de que tú también lo entiendes, Padre.

Sigue sonriendo, sigue relajado, sigue malinterpretando por completo lo que está sucediendo en esta habitación.

—Aunque debo decir —continúa, con los ojos todavía en Sera—, que Julian tenía un gusto excelente. Incluso en su estado actual, se puede ver lo que él vio. Es impresionante.

Las palabras aterrizan de la forma exacta en que no debían. No tácticamente mal. Personalmente mal. Habla de ella de la misma manera que Julian hablaba de ella. Como inventario.

Algo dentro de mí se queda muy quieto.

Esa quietud no está vacía. Está llena. Ocho años de violencia reprimida condensándose en claridad.

Me pongo de pie. Cruzo la habitación. Mis movimientos son deliberados, sin prisa. Esto no es un desborde de pasión. Sé cómo se siente eso. Eso fue lo que pasó con Elena; el control perdido, las manos moviéndose sin pensar. Esto es diferente. Esto es una elección.

Mis manos encuentran la garganta de Cristian.

Todavía está sonriendo cuando lo alcanzo, pensando aún que esto es teatro de negociación, justo hasta que mis pulgares encuentran su tráquea. Entonces sus ojos cambian. Primero sorpresa, luego comprensión, después el comienzo de un miedo real.

No aprieto de inmediato. Posiciono mis manos correctamente, de la forma en que el entrenamiento me enseñó hace años, antes del sacerdocio, cuando me estaban preparando para un tipo diferente de servicio. Los pulgares en la tráquea, los dedos envolviendo hacia la columna. Máximo control, mínimo esfuerzo.

—Cometiste un error —le digo, con voz calmada.

Intenta hablar. No puede. Sus manos suben, agarrando mis muñecas, pero yo tengo la palanca y la posición. Ya perdió y aún no lo sabe.

Aplico presión. Lenta. Deliberada. Observando cómo cambia su rostro a medida que el oxígeno se convierte en moneda de cambio y se da cuenta de que su cuenta está sobregirada.

Esto es de lo que tenía miedo. No de la violencia. De la elección. Del momento en que podría detenerme pero no lo hago. Cuando la decisión es mía, plenamente consciente, integrada. El sacerdote que juró proteger la vida. El príncipe al que le enseñaron a quitarla. El

hombre que le falló a Elena. Los tres en las mismas manos, tomando la misma decisión.

Cristian está luchando ahora, su cuerpo se sacude contra la silla, sus pies patean. El sonido que hace es feo. No es exactamente un jadeo, no es exactamente un gorgoteo. Su rostro está cambiando de color, el rojo se intensifica hacia el púrpura, esos ojos azules se vuelven vidriosos. Observo cómo sucede. Presente. Consciente. Eligiendo.

Con Elena, todo se hizo añicos a la vez. El control, el pensamiento, la elección. Esto no se parece en nada a eso. Podría detenerme. El pensamiento viene con cada latido, claro como una campana. No me detengo.

Sus forcejeos se debilitan. Sus manos aún sujetan mis muñecas, pero la fuerza las va abandonando. Otros treinta segundos, tal vez menos. Los guardias están a una puerta de distancia, pero no vendrán. Cristian los echó para mostrar su confianza, y ahora no tiene aire para gritar por ayuda. Su orgullo lo matará.

Me inclino más cerca. —Tú no puedes tocarla. No puedes poseerla. No puedes moldearla.

Sus ojos están desorbitados ahora, con los vasos sanguíneos reventándose en lo blanco.

Sera se remueve en su silla y mis manos se tensan involuntariamente. Mi conciencia de ella hace que la elección sea más nítida, más deliberada.

Entonces levanto la vista de lo que mis manos están haciendo.

Sera está observando.

No se ha movido de la silla. No ha corrido hacia la puerta ni ha desviado la mirada. Me está viendo matar a Cristian Markovic con la misma atención constante que pone en todo. Analizando la habitación, analizándome a mí, analizando lo que esto significa.

Mis manos siguen en su garganta. Él todavía está vivo bajo ellas, apenas, tal vez le quedan diez segundos. Pero ahora la miro a ella a la cara, tratando de entender lo que veo allí.

No es horror. Esperaba horror, la respuesta humana natural al ver a una persona terminar deliberadamente con otra. Tampoco es miedo. No me tiene miedo, incluso con mis manos quitando una vida en este momento.

No es aprobación. No está disfrutando esto, no se está regocijando en el sufrimiento de Cristian.

Es algo más. Algo ajeno a mi vocabulario. Sus ojos están fijos en los míos, oscuros e impenetrables bajo la luz de la lámpara. Tiene los labios ligeramente entreabiertos, como si estuviera a punto de decir algo pero no hubiera encontrado las palabras. Hay un color en sus mejillas que no estaba allí antes. No es un rubor, es algo más. Sus manos descansan en los brazos de su silla, con los dedos quietos, sin apretar.

27 - Seraphina

Los ojos de Gabriel se encuentran con los míos a través de la suite del hotel y, por un momento, el tiempo se suspende. Cristian Markovic sigue vivo bajo sus manos, con la garganta tornándose púrpura y el cuerpo convulsionando en sus últimas protestas. Debería apartar la vista. Debería sentir horror al ver morir a un hombre. Debería hacer algo más que quedarme perfectamente inmóvil en esta silla de cuero, con el pulso martilleando entre mis piernas.

Su agarre se aprieta. Deliberado. Paciente. El rostro de Gabriel no muestra rabia, ni pérdida de control, solo la terrible claridad de un hombre que ha elegido exactamente lo que está haciendo. Sus pulgares presionan más profundamente en la tráquea de Cristian, y veo cómo estallan los vasos sanguíneos en los ojos del hombre más joven, veo sus dedos arañar débilmente las muñecas de Gabriel, veo cómo la vida se le escapa como el agua de un vaso roto.

Mi sexo se contrae. La respuesta es inmediata, involuntaria; mi cuerpo reconoce algo que fue entrenado para desear. Cinco años de las manos de Julian en mi garganta, de orgasmos que llegaban con más fuerza cuando no podía respirar, de mi sistema nervioso aprendiendo a traducir la violencia controlada en excitación. Las huellas de Julian están por toda esta respuesta: en la forma en que mis muslos se aprietan, en la forma en que la humedad se acumula entre ellos, en la forma en que el aliento se me corta no por horror, sino por reconocimiento. Estoy mojada, y un hombre está muriendo a un metro de mí, y la vergüenza de esa combinación hace que me arda la cara incluso mientras mi cuerpo responde exactamente de la manera en que Julian lo condicionó.

El cuerpo de Cristian se queda flácido. No gradualmente, sino de golpe, como una marioneta con las cuerdas cortadas. Gabriel mantiene el agarre durante otros diez segundos, para asegurarse, y luego lo suelta. El cuerpo cae sobre la costosa alfombra con un golpe sordo. Sin drama. Solo carne que solía ser un hombre.

Gabriel se endereza lentamente, mirándose las manos. Están firmes. Sin temblores, sin rastro de adrenalina u horror. Solo los elegantes dedos de su madre, sin marcas a pesar de lo que acaban de hacer. Luego me mira a mí.

El silencio en la suite es absoluto. La memoria USB está sobre la mesa de centro entre nosotros, treinta millones de dólares y toda una vida de secretos, y ninguno de los dos se mueve hacia ella. Ambos seguimos dentro de este momento, dentro de lo que acaba de suceder, dentro del reconocimiento de que él mató por mí y yo lo vi hacerlo y una parte de mí, la parte que Julian construyó o encontró, o ambas cosas, lo disfrutó.

El espacio entre nosotros se vuelve insoportable. Me estoy moviendo antes de decidir hacerlo, y él me encuentra en el centro de la habitación, dos cuerpos atraídos por la gravedad de lo que acaba de pasar. Su boca choca contra la mía, todo dientes y desesperación, la violencia que acabamos de presenciar combustionando en algo más entre nosotros. Siento el sabor a cobre, sangre de donde me he estado mordiendo el labio, y debajo de eso, él, esa oscuridad familiar que he estado anhelando desde Homestead.

Mis manos se cierran en puños en su camisa, atrayéndolo, necesitando eliminar cualquier distancia entre nosotros. Su respuesta es inmediata; una mano se enreda en mi cabello mientras la otra agarra mi cadera con fuerza. No nos estamos besando tanto como devorándonos, el fuego de la muerte aún chisporroteando en nuestras venas, intentando procesar lo que acaba de suceder a través del tacto en lugar de las palabras.

Me empuja hacia atrás hasta que mi espalda golpea la pared, sin romper el contacto en ningún momento. Mis piernas se abren automáticamente, dejando que él se presione entre ellas, y puedo sentirlo duro contra mí a través de la ropa. La evidencia de que la violencia también lo pone duro, de que ambos somos este tipo de seres rotos, me envía otro pulso de calor.

Su boca se desplaza hacia mi cuello, mordiendo más que besando, y sus manos, esas manos que acaban de terminar con una vida, se deslizan por mi cuerpo hasta mi garganta.

Sus pulgares encuentran mis puntos de pulso, presionando ligeramente al principio, luego con más fuerza. Mi corazón martillea bajo su toque, y yo me arqueo hacia él; mi cuerpo recuerda esta presión exacta, este placer exacto, condicionado por años de Julian

haciendo precisamente esto antes de hacerme correr con más fuerza de la que creía posible.

Entonces Gabriel se queda gélido.

Un bloqueo completo; retira las manos de mi cuello como si se hubiera quemado. Todo su cuerpo se tensa. El color desaparece de su rostro tan rápido que por un momento pienso que va a desmayarse, y cuando retrocede tres pasos, la distancia se siente infinita.

—No —susurra, mirando sus manos como si pertenecieran a otra persona—. No, no, no.

—¿Gabriel? —Intento acercarme a él, confundida por el cambio repentino, pero él retrocede aún más.

—No lo hagas —su voz se quiebra—. No puedo, mis manos acaban de estar en tu garganta.

—Lo sé. Yo las quería ahí.

Él me mira con tal horror que siento un vuelco en el estómago. —No lo entiendes. Elena. —Se detiene, con la mandíbula tensa como si se estuviera atragantando con cristales—. La mujer que murió. Cuando yo tenía veinte años.

Sé lo del accidente. Me lo contó hace días en su cocina vacía, cómo alguien murió y él huyó al seminario para enjaularse. Pero la forma en que se mira las manos ahora, la forma en que todo su cuerpo tiembla por primera vez en toda la noche, me dice que hay algo que no dijo, algo peor que un simple accidente.

—Estábamos juntos —dice, y las palabras salen a pedazos—. En Miami, en La Sirena. The Calypso Room. Estábamos… —Tiene que detenerse, presionando las palmas contra sus muslos—. A ella le gustaba, me pidió que controlara su respiración. Durante el sexo. Juego de asfixia.

La revelación cae con fuerza. Esto no es solo un detalle más sobre un accidente; esta es una historia completamente diferente. Mi mente corre para recalibrar todo lo que creía entender sobre su culpa, su sacerdocio, su miedo a sus propias manos.

—Pensé que estaba siendo cuidadoso. Palabras de seguridad. Señales. —Su voz se rompe en la última palabra—. Pero ella no regresó. Se quedó quieta y no regresó.

Mi pulso sigue acelerado por donde sus manos acaban de presionar; la ironía del momento me marea.

—Intenté la reanimación —las palabras son apenas audibles ahora—. En una mujer en la que acababa de estar dentro. Su cuerpo

aún caliente por… —No puede terminar, pero no es necesario. La imagen es lo suficientemente clara.

La revelación lo reescribe todo: no solo quién es Gabriel, sino quién soy yo por seguir deseándolo después de escucharlo. Mi cuerpo no ha dejado de responderle incluso mientras mi mente intenta reconciliar esta nueva información con el hombre que tengo delante.

Él continúa, con voz hueca.

—Ocho años de duchas frías y abnegación y de jugar al cura porque pensaba que si lograba controlarme lo suficiente, enjaularme lo suficiente, nunca volvería a lastimar a otra mujer. Pero acabo de matar a un hombre con estas mismas manos y luego las puse en tu garganta y quería, que Dios me ayude, quería apretar. No para lastimarte. Sino para hacer que…

No puede terminar.

—Para hacerme venir —digo en voz baja.

Él se sobresalta como si le hubiera dado una bofetada. —Mi deseo de control mata a la gente. Primero Elena, ahora Cristian, y tenía mis manos en tu garganta y en lo único que podía pensar era en lo mucho que te mojarías si apretaba más fuerte.

La suite huele a colonia cara y a muerte. Mis tacones se enganchan en la gruesa alfombra mientras recogemos nuestras cosas, caminando con cuidado para evitar la mancha oscura que se extiende bajo la cabeza de Cristian. Gabriel recoge la memoria USB de la mesa de centro y la pone en mi mano sin ceremonias, cuidando que sus dedos no toquen los míos. El peso de esta, treinta millones de dólares, influencia, libertad, se siente más pesado ahora de lo que se sentía hace una hora. El cuerpo de Cristian yace entre nosotros como una pregunta que ninguno de los dos quiere responder. La puerta de la habitación contigua permanece cerrada; los guardias no se han enterado de lo sucedido o han decidido no intervenir. Los matones profesionales no abandonan su puesto, pero también saben cuándo una situación supera su nivel salarial.

Gabriel abre la puerta de la suite. Salimos al pasillo, dejando atrás el cuerpo de Cristian como un secreto que la habitación guardará. Hombres con trajes caros aparecen de la nada, rodeándonos sin mediar palabra. Hombres de los Rosetti. Ellos se encargarán del cuerpo, de las cámaras del hotel, de los guardias de la habitación contigua, de toda la escena que estamos dejando atrás. Eso es lo que compran el dinero y los contactos: la capacidad de hacer que un

sobrino muerto de la familia Markovic desaparezca de un hotel de Manhattan.

El coche espera junto a la acera, con el motor en marcha. Gabriel y yo nos sentamos en lados opuestos del asiento trasero; el espacio intermedio se siente como un océano. El silencio tiene peso ahora, cargado con todo lo que acaba de pasar: él mató a un hombre con sus propias manos, yo miré y me mojé, él tocó mi garganta y recordó haber matado a una mujer de la misma manera, y luego me lo contó todo mientras nuestros cuerpos aún vibraban con energía no consumida.

—Gracias —digo finalmente mientras Manhattan se desliza tras las ventanillas—. Por decirme la verdad.

Él mira por su ventana. —Merecías saber con qué clase de hombre estás viajando.

El silencio regresa, pero no es hostil. Solo está fracturado. No podemos mirarnos. No podemos hablar. ¿Qué se supone que debo decirle a un hombre que acaba de contarme su peor secreto mientras el cuerpo de su víctima se enfría a nuestras espaldas? La distancia entre nosotros en el asiento es deliberada; ambos la necesitamos, necesitamos espacio para procesar lo que hemos aprendido el uno del otro y de nosotros mismos.

—La memoria USB —dice Gabriel mientras nos incorporamos a la autopista—. Es tuya. Te la ganaste. La influencia, el dinero, todo por lo que trabajaste seis meses.

—Lo sé.

Más silencio. El peso del espacio entre nosotros se vuelve más denso con cada kilómetro. Nos vamos juntos pero nos sentimos más separados que nunca, con la falla atravesándonos como las líneas blancas de la carretera.

El piloto anuncia nuestro descenso a Miami, y me doy cuenta de que no he dicho más de diez palabras desde que abordamos. Gabriel está sentado al otro lado del pasillo, lo suficientemente cerca como para tocarlo, pero podría estar en otro país. Viajamos juntos pero por separado, con el espacio entre nosotros lleno de todo lo que no se ha resuelto.

Tengo la memoria USB. Treinta millones de dólares, suficiente ventaja para protegerme de cualquiera, suficiente dinero para desaparecer para siempre. Todo por lo que vine a Nueva York está en mi bolso. La misión está cumplida. Entonces, ¿por qué vuelvo a

Miami con un hombre que acaba de confesar haber matado a una mujer de la misma manera en que casi me toca a mí?

—Puedes marcharte —dice Gabriel en voz baja, como si hubiera estado leyendo mis pensamientos—. Cuando aterricemos. Logan puede organizar protección, dinero, lo que necesites. No tienes que volver a La Sirena.

Me está dando una salida. Después de todo, de matar por mí, de confesar su peor secreto, de mostrarme exactamente qué tipo de violencia vive en sus manos, me está ofreciendo escapar de él. Podría aceptarlo. Todas las salidas son visibles desde aquí, todas las rutas de escape están despejadas. Pero no me muevo hacia ninguna de ellas.

—¿Es eso lo que quieres? —le pregunto.

—Quiero que estés a salvo —dice, todavía sin mirarme—. Y ya no estoy seguro de poder ofrecerte eso.

El avión aterriza, las luces de Miami se extienden debajo de nosotros como una promesa o una amenaza. La fractura entre nosotros no se ha curado. En todo caso, ahora es más ancha, llena del fantasma de Elena y del cuerpo de Cristian y de la verdad sobre lo que ambos somos cuando el control se rompe.

Podría irme. Tomar el dinero, tomar la memoria USB, empezar de nuevo en algún lugar donde las manos de Gabriel y su historia no puedan alcanzarme. Sería la elección inteligente. La elección segura.

Pero pienso en sus manos temblando mientras me hablaba de Elena, mucho más firmes matando a Cristian que enfrentando su propia historia. Pienso en la distancia que está manteniendo ahora, no para castigarme sino para protegerme de sí mismo. Pienso en volver a esa cocina en La Sirena, la cuchara de madera, las cenas familiares, el hogar que he empezado a construir, y no sé si algo de eso sobrevive a lo que pasó en esa habitación de hotel.

—No sé si debería quedarme —le digo con sinceridad.

—Lo sé —dice él, y la aceptación en su voz hace que se me oprima el pecho.

La puerta del avión se abre. El aire húmedo de Miami entra de golpe, arrastrando el olor a combustible de aviación y jazmín. Gabriel se levanta primero, avanzando hacia la salida sin mirar atrás.

—¿A dónde vas? —le pregunto.

Él se detiene en la puerta. —A decirle a Logan que Cristian Markovic ha muerto. Y que lo maté yo.

28 - Seraphina

Voy a La Sirena con Gabriel porque no tengo a dónde más ir. Es la posición por defecto, la ruta fácil. Informamos a Logan y Gunner de lo sucedido y luego nos vamos a la cama en nuestra suite. Su suite.

Gabriel duerme a mi lado, el primer sueño real que le he visto tener desde que nos conocimos. Su rostro en la oscuridad se ve más joven sin el peso de la conciencia tallando líneas en él. La mandíbula que ha estado tensa durante horas finalmente se ha relajado. Sus manos descansan abiertas sobre la almohada, con las palmas hacia arriba y los dedos ligeramente encogidos, como si sostuvieran algo invisible.

Esas manos mataron a una mujer durante el sexo. Esas mismas manos mataron a Cristian Markovic hoy más temprano. Julian me entrenó para leer el peligro en las manos de los hombres: las señales antes de la violencia, el agarre que significa control, la relajación que precede a un golpe. Las manos de Gabriel llevan la muerte en su historia y la violencia en su capacidad, y no siento nada más que la ausencia de miedo.

La ausencia me molesta más de lo que lo haría el miedo.

Me escurro de la cama, con cuidado de no perturbar su respiración, por fin tranquila. La sala de la suite está a oscuras, excepto por la luz de la calle que se filtra a través de las persianas. Me hundo en el sofá y abro mi nueva computadora. Los registros de la bóveda todavía llenan la pantalla desde hace un rato, cuando no podía dejar de leerlos. Es la tercera vez que vuelvo a estos archivos.

Los registros se leen como un manual de instrucciones. No solo para administrar dinero o mover mercancía, sino que me doy cuenta, con un horror naciente, de que Julian usó el mismo enfoque conmigo.

Él me impidió cocinar, conectarme con mi abuela, y todo fue planeado. Orquestado. Cuanto más leo los archivos, más me doy cuenta de la verdad: nunca dejó nada al azar. Incluyéndome a mí. El

aislamiento sistemático de Abuela Rosa de mi vida fue una estrategia calculada. Las reservaciones para cenar que, casualmente, coincidían con las visitas de los domingos. Su «preocupación» por mi estado de ánimo después de verla. La ubicación del departamento que hacía que ir a Hialeah fuera inconveniente.

Y yo aprendí sus métodos hasta la médula.

Como el viernes por la noche en la cena de Reyes; ahora lo veo claramente. Cada mirada de agradecimiento, cada momento de vulnerabilidad fingida fue ejecutado con la precisión de Julian. Leí la vanidad de Reyes y la alimenté exactamente con lo que ansiaba. Me hice más pequeña, más necesitada, más dependiente con cada interacción. Los toques estratégicos en su brazo. Las lágrimas que amenazaban con salir pero nunca llegaban a caer al hablar de mi «duelo complicado».

Usé el manual de Julian para extraer información de Reyes, desplegué el mismo enfoque que una vez me enjauló. No estaba resistiendo el entrenamiento de Julian. Me gradué de él.

Entonces llega la tercera ola, más fea que el reconocimiento: la respuesta de mi cuerpo a la violencia de Gabriel de hace un rato. Cuando sus dedos se cerraron alrededor de la garganta de Cristian, cuando escuché los gorgoteos húmedos de un hombre que no podía respirar, mis muslos se apretaron involuntariamente. Me humedecí a pesar de mí misma. La traición de mi cuerpo fue inmediata, respondiendo a la violencia de la manera en que Julian le enseñó a hacerlo. No por miedo. Por algo más, algo que mi sistema nervioso reconoció antes de que mi mente pudiera interferir.

Rosa solía decir que soy apasionada, que necesito tener cuidado de no quemar todo lo que toco. Pero tal vez ella vio lo que yo apenas estoy comprendiendo ahora. Me siento atraída por hombres que arden con más fuerza. El control de Julian, la capacidad de Gabriel. Hombres diferentes, intenciones diferentes, pero mi cuerpo no distingue entre arquitectura y protección. Responde al poder. A las manos que pueden sostener o dañar.

No tuve miedo de las manos de Gabriel porque Julian me programó para tolerar hombres peligrosos. Para encontrar la violencia excitante en lugar de aterradora. La tolerancia a la violencia no fue una falla en la programación. Fue una característica.

Necesito romper el ciclo. Reinventarme y convertirme en la mujer que quiero ser, no en la mujer para la que fui diseñada.

La comprensión me pone de pie, el cuerpo se mueve antes de que el pensamiento consciente se forme. Hacer la maleta ya es memoria muscular. Tomar lo esencial, dejar el resto, moverme rápido y ligero. El bolso se llena rápido. Ropa, computadora, cargador, artículos de aseo. Todo lo que importa cabe en un bolso porque he estado lista para huir desde mi primer año de matrimonio. Esto es una habilidad técnica, no una decisión. Mis manos saben exactamente qué tomar y qué abandonar.

Bajo a la cocina con el bolso y lo dejo junto a la puerta. La cuchara de madera está sobre el mostrador, como siempre, junto al aceite, junto a la tarjeta con la receta de Rosa que Gabriel encontró para mí. La letra de Rosa se curva sobre el papel amarillento, cada letra formada por la mano que me enseñó a cocinar, a alimentar a la gente, a convertir las cocinas en hogares.

Me quedo entre el bolso y el mostrador. La salida y el ancla. Luego cruzo y agarro la cuchara de madera, tomando también la tarjeta de la receta.

Isa aparece en el umbral. No de forma dramática, simplemente está allí, de la forma en que la gente de La Sirena se materializa cuando ha estado observando más tiempo del que crees. Sus ojos captan la escena: yo, el bolso, la cocina que se ha vuelto mía. Lo lee al instante porque Isa lo lee todo al instante.

No habla. No pregunta qué pasó ni a dónde voy. Camina hacia el gabinete, saca una botella de whisky y dos vasos. Sirve ambos. Pone uno frente a mí, se queda con el otro. Bebe.

El silencio se extiende entre nosotras. Isa no es alguien que llene el silencio con palabras. Se queda allí con su ropa negra, el cabello recogido con severidad como siempre, y espera.

Cuando finalmente habla, su voz es plana, controlada. —Huir es la decisión inteligente.

Levanto la vista, sorprendida por la honestidad.

—Una mujer con tus habilidades podría desaparecer, sobrevivir indefinidamente. Tienes el dinero ahora, la influencia. No necesitas este lugar. No necesitas el peligro. El análisis lógico dice: huye.

Toma otro sorbo, sin quitarme la vista de encima.

—Pero aquí están los datos sobre Gabriel. Años de nada. Ni intentos fallidos de relaciones, ni aventuras breves que no funcionaron. Nada. Pasó de matar a esa mujer al seminario sin

detenerse. Nadie antes de ti, nadie durante. Solo actuación, penitencia y duchas frías. Años de absoluta y maldita nada.

El whisky me quema la garganta cuando finalmente bebo un trago.

—Luego tú. —La voz de Isa no se suaviza, se mantiene pragmática —. Lo he observado estas últimas semanas. No es solo que te esté follando, aunque eso ya es bastante notable dado que el hombre solía flagelarse por pensamientos impuros. Es que está presente. Realmente aquí, no fingiendo estar aquí.

Deja su vaso.

—Así que así está la cosa. Te vas ahora, bien. Esa es tu elección. Pero si te vas, nunca regresas. Jamás vuelves. No puedes huir cuando las cosas se ponen difíciles y regresar cuando extrañes la cocina. Si lo destruyes una vez al irte, no tienes una segunda oportunidad. Yo me encargaré de eso.

El ultimátum queda suspendido entre nosotras, entregado sin emoción. Isa no está haciendo una súplica. Está exponiendo hechos.

—¿Crees que lo destruiría si me voy?

No se molesta en responder, solo suelta una risa corta y luego termina su whisky de un trago. —Toma tu decisión. Pero entiende esto: cruzar esa puerta es permanente. No hay vuelta atrás después de eso.

Miro el bolso empacado junto a la puerta. Todo lo que necesito para desaparecer, para convertirme en alguien nuevo en otra ciudad donde finalmente pueda dejar mi pasado atrás. Luego golpeo rítmicamente la cuchara de madera de Rosa contra mi palma.

Rosa nunca huyó de una cocina en su vida. Cuando el dinero escaseaba, cocinaba. Cuando su esposo murió, cocinaba. Cuando aparecí yo a los nueve años mientras mi madre trabajaba en tres empleos, ella me subió a un taburete y me enseñó a cocinar. Su respuesta para todo era alimentar a la gente, convertir el lugar donde estuviera en un sitio que nutriera. La cocina de Rosa se trataba de alimentar a todo el que cruzara la puerta.

Julian me programó para huir. Para empacar con eficiencia, para irme sin mirar atrás, para sobrevivir desapareciendo. Pero Rosa me programó primero: para quedarme, para cocinar, para crear un hogar.

Le doy la espalda al bolso. No de forma dramática, ni con finalidad absoluta, solo la simple acción de alejarme de algo que no

está bien. Luego jugueteo con la cuchara de madera, siento su peso familiar y la coloco de nuevo en el mostrador, donde pertenece.

Isa observa todo esto sin expresión. Cuando me encuentro con su mirada, asiente una vez. No es aprobación, ni bienvenida, solo reconocimiento. Anotado.

Se da la vuelta para irse, luego se detiene. —Termina el whisky. Parece que lo necesitas.

Luego se va, sus pasos se desvanecen por el pasillo, y me quedo sola en la cocina pasadas las tres de la mañana con dos vasos de whisky y una decisión que se siente menos como una victoria y más como agotamiento.

Bebo lo que queda en mi vaso y luego sirvo otro. El alcohol quema pero no adormece lo que necesita ser adormecido. Me hundo en el suelo de la cocina, el mismo suelo donde Gabriel y yo peleamos y follamos después de nuestro enfrentamiento sobre secretos. El azulejo está frío a través de mi ropa. El olor persistente a ajo se mezcla con el whisky en mi aliento. El refrigerador zumba su canción de cuna mecánica mientras me siento aquí con los vasos vacíos y el conocimiento de que casi huyo.

El suelo de la cocina me sostiene mientras se acerca el alba, frío y duro. Una luz gris comienza a filtrarse por las ventanas, esa incertidumbre previa al amanecer que hace que todo parezca un recuerdo de sí mismo.

No me he movido de este lugar. No porque irse sea un error. Isa tenía razón, es la decisión inteligente. Mi pasado se ha ido, tengo la oportunidad de seguir adelante antes de involucrarme con otro hombre peligroso. Una mujer con documentos falsos y millones robados podría desaparecer en la inmensidad de los Estados Unidos y nunca volver a salir a la superficie.

Sigo aquí porque huir es lo que el programa de Julian me dice que haga. La única forma de resistir la programación de Julian es negarse a ejecutarla. Eso no es sanación ni victoria, solo la decisión de dejar de ser el juguete de cuerda de Julian, incluso si eso significa permanecer en la trayectoria de una tormenta inminente.

Gabriel despertará pronto. Me buscará y encontrará un espacio vacío, y alguna parte de él sabrá inmediatamente lo que pasó. Él sabe cómo se ve la huida.

Me pregunto si estará enojado. Si esas manos se cerrarán en puños. Si el hombre que mató con sus propias manos saldrá a la

superficie, o si el sacerdote regresará con su distancia cuidadosa y su restricción medida.

El whisky pesa en mi estómago vacío. Me duele el cuerpo tras horas en el suelo frío. Pero sigo aquí, esperando la mañana, esperando lo que venga después, porque la alternativa es dejar que Julian gane desde más allá de la tumba.

Pasos en el pasillo. El andar de Gabriel, más pesado de lo habitual. Buscando.

Aparece en el umbral y sus ojos van directo al bolso.

29 - Gabriel

Mis ojos recorren el trayecto desde el bolso hasta Seraphina, derrumbada en el suelo. Conozco este momento. Lo he vivido desde ambos lados. La persona que se queda, la persona que se va. La elección tomada en la oscuridad.

—Hiciste las maletas —digo, con la voz ronca por el sueño.

Ella no lo niega. No puede. La evidencia está ahí sentada como una confesión.

—Ayer —dice ella—, cuando mataste a ese hombre… —se detiene, pareciendo insegura.

—Te asusté —termino la frase por ella.

—No. —Ella sacude la cabeza—. Ese es el problema. No tuve miedo. Estaba… —No dice la palabra, pero su cuerpo la traiciona con un rubor que sube por su cuello.

Mi entrepierna reacciona mientras mis ojos se agrandan. Entiendo exactamente lo que no está diciendo.

—Julian me condicionó para responder a la violencia —susurra—. Para que el poder me resultara excitante. Para quedarme con hombres peligrosos. Ya no sé qué es mío y qué es su programación.

—Tal vez ambos seamos solo colecciones de las influencias de otras personas —digo—. Julian. La iglesia. Mi padre. Tu abuela.

Rosa odiaría esa idea. —Ella sonríe levemente—. Creía en las almas. En algo debajo de todo lo demás que no puede ser tocado.

—¿Tú en qué crees?

La pregunta se asienta pesadamente entre nosotros.

Me acerco a mi ángel, con movimientos cuidadosos como si fuera algo que pudiera asustarse. Me pongo en cuclillas a su lado, lo suficientemente cerca como para oler el whisky en su aliento, para ver la sal de las lágrimas secas. —Dime que no te vas a ir.

Ella no dice nada, solo me mira con ojos que han estado llorando. Enrojecidos, hinchados, el tipo de llanto que ocurre en la oscuridad cuando tratas de no hacer ruido. —Será más fácil si simplemente desaparezco.

—Más fácil. —La palabra me quema en la boca.

—Esfumarme sin decir una palabra —dice ella, con la voz ronca, como si hubiera estado hablando sola toda la noche—. Salir de este maldito mundo tuyo.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duelen los dientes. El calor sube por mi pecho, extendiéndose por mis brazos, mis manos. Se iba a ir. Sin despedirse. Sin explicaciones. Desaparecida como si nunca hubiera existido aquí.

Me pongo de pie bruscamente, poniendo distancia entre nosotros porque si me quedo cerca podría agarrarla, sacudirla, suplicar. Mis manos se cierran en puños, con los nudillos blancos.

—¿Cómo pudiste siquiera pensar en…? —Me detengo, respiro fuerte por la nariz. El bolso ya hecho está ahí como evidencia de un crimen. Quiero patearlo, dispersar su ropa cuidadosamente doblada por todo el piso, hacer que la partida sea desastrosa en lugar de ordenada—. ¿Ibas a meter nuestra vida en ese bolso y simplemente marcharte?

Ella sigue en el suelo, mirándome con un agotamiento que llega hasta los huesos. —Lo he hecho antes. Julian me enseñó cómo desaparecer. Los hombres antes de Julian también. —Se aparta el cabello de la cara con una mano temblorosa—. Sé cómo volverme lo suficientemente pequeña como para caber por cualquier salida. Cómo esfumarme tan completamente que sea como si nunca hubiera existido.

La forma casual en que lo dice, como si fuera una habilidad, como un renglón en un currículum, me quema el pecho. Sera se levanta del suelo, usando el gabinete como apoyo. Sus piernas tiemblan ligeramente. ¿Cuánto tiempo estuvo sentada ahí? ¿Horas? ¿Toda la noche? Al ponerse de pie ahora, su agotamiento se transforma en algo más afilado.

—Y tú… —Me señala, con el dedo firme a pesar de todo—. Tú le hiciste exactamente lo mismo a Marisol.

La acusación aterriza con fuerza en mi estómago.

—El seminario no fue una vocación, Gabriel. Fue un abandono disfrazado de fe. —Su voz gana fuerza con cada palabra—. Dejaste a tu hermana sola con tu madre muerta y tu padre agonizando. Escondiéndote tras ese alzacuellos mientras Marisol se asfixiaba en clubes y coca y cualquier otra cosa que pudiera encontrar para llenar el hueco que dejaste.

Quiero defenderme, decir que fue diferente, pero mi garganta se cierra ante la mentira.

—¿Quieres darme lecciones sobre irse? —Ella está plenamente viva ahora, el agotamiento consumido por la ira—. Abandonaste a todos los que te amaban. Lo llamaste la voluntad de Dios. Levantaste muros de liturgia y duchas frías y lo llamaste devoción cuando en realidad solo estabas huyendo. Siempre huyendo. De Elena, de tu familia, de ti mismo. Abandonando a todos y llamándolo sagrado.

Cada palabra encuentra su blanco. Mi madre muriendo justo antes de que yo fuera al seminario. La sobredosis de Marisol de la que me enteré por terceros. Jorge solo en esa enorme propiedad.

—¿Crees que yo no…? —Se detiene, presiona sus palmas contra sus sienes y luego las deja caer—. Dios, te amo y te veo hacerlo incluso aquí…

Las palabras salen a mitad de la frase, no como una declaración sino como metralla. No hace una pausa, no le da espacio para respirar a la confesión de amor, simplemente continúa.

—Estas distancias cuidadosas. La forma en que te divides en pedazos. El padre Gabriel, el Gabriel, Delgado, el Gabriel que me folló en esa sacristía. Siempre manteniendo un pie… tú no proteges a la gente, Gabriel. Los dejas. —Su voz se quiebra—. A mí también me dejarás. Igual que a Marisol. Igual que a todos. Así que, ¿por qué no debería… por qué no debería llegar yo primero?

La acusación se asienta en mi estómago como vidrio roto. Me ama. Lo dijo enterrado en la ira, envuelto en acusaciones, pero lo dijo. Y tiene razón en lo demás. No tengo respuesta porque es verdad. Me voy, huyo, visto el abandono de virtud.

Cuando me giro y salgo por la puerta, estoy demostrando su punto con cada paso.

Mi parroquia en Homestead se siente extraña y familiar a la vez, como regresar a una casa de la infancia. Demasiado pequeña, demasiado ordenada, demasiado descuidada, pero de alguna manera exactamente igual. El incienso huele mal, más dulce, más pesado,

mezclado con algo floral que mi madre habría reconocido. gardenia, tal vez; el aroma que usaba para ir a misa cuando yo era joven, antes de que la enfermedad se llevara su perfume junto con todo lo demás. Los grillos chirrían desde afuera en lugar del ruido del tráfico, y la luz que se derrama a través de los vitrales parece de alguna manera pura e inocente.

Me siento en un banco intermedio. La madera es dura contra mi columna, enganchándose en mi camisa cuando me muevo. Aquí no hay suavidad. Solo un hombre y un altar y un Dios con el que necesito pelear.

Sujeto el banco frente a mí hasta que me duelen los nudillos. He dado tanto a esta institución, ¿y para qué? ¿Fue algo de eso fe real o solo miedo vistiendo vestiduras? ¿Huir hacia Dios porque huir de Elena no fue lo suficientemente lejos?

Mi cabeza cae hacia adelante. Perlas de sudor brotan en mis sienes a pesar de la frescura de la iglesia. El pacto original surge en mi memoria. Veinte años de edad, el cuerpo de Elena enfriándose, mis manos aún temblando. La promesa que hice en la iglesia de mi infancia: toma mi deseo, toma mi cuerpo, toma mi vida, solo manténme a salvo. Mantén a las mujeres a salvo de mí.

Pero hubo partes reales. Me obligo a pasar por el recuento honesto.

La señora Álvarez en el tercer banco cada domingo, trayéndome guisos que yo no quería, apretando mis manos después de la misa porque necesitaba aferrarse a algo y yo estaba allí. Soledad real que realmente alivié.

La adolescente que vino a confesarse por cortarse. Semana tras semana, la conversación cuidadosa a través de la rejilla, nunca presionando, solo escuchando, hasta que un día dijo que se había detenido. Que las palabras ayudaron. Mis palabras. Dolor real que realmente ayudé a sanar.

El bautismo la primavera pasada. El bebé de los Ramírez, finalmente aquí después de tres abortos espontáneos. La forma en que los padres lloraron cuando vertí el agua. La forma en que mis propios ojos ardieron porque su alegría era tan pura que dolía presenciarla. Había sentido a Dios en ese momento. Realmente lo sentí. No era una actuación. Era Su presencia.

Tomás. El café de cada martes. El hombre que sabía lo de Elena, sabía que yo estaba huyendo, y me amaba de todos modos. Creía en

mi ministerio aun conociendo su base envenenada.

—Dios usa herramientas rotas —dijo Tomás una vez—. De lo contrario, no tendría ninguna herramienta.

Incluso mis propias homilías me sorprendían a veces. Cuando las palabras venían de un lugar más profundo que la preparación. Cuando la señora Santiago dijo que mi sermón sobre la misericordia salvó su matrimonio. Cuando el Evangelio se sentía vivo en mi boca en lugar de muerto en mi lengua.

Ministerio real. Compasión real. Momentos reales de gracia.

Mis manos se aprietan en el banco. Pero incluso esas partes reales crecieron de un suelo envenenado. Cada momento genuino se remonta a esa noche con Elena: su respiración disminuyendo, deteniéndose, desapareciendo. Mis manos en su garganta, el chico de veinte años que perdió el control, que aguantó tres segundos de más porque ella pidió más y yo se lo di. El niño que se hizo sacerdote no por vocación, sino por horror.

El buen trabajo construido sobre el horror sigue siendo horror, incluso cuando el trabajo en sí trae luz.

Mi puño golpea el banco. El crujido resuena en la iglesia vacía. El dolor explota en mis nudillos pero no me importa.

—¿Dónde estabas Tú? ¿Cuando ella se estaba muriendo? ¿Cuando estaba destruyendo a Marisol al irme? ¿Dónde carajos estabas Tú?

Mi ira contra Dios surge volcánica, años de rabia reprimida finalmente estallando; por el silencio cuando supliqué respuestas, por la muerte de Elena que moldeó todo lo posterior, por el alzacuellos que funcionó como una jaula pero nunca como una cura. Seguía deseando, seguía ardiendo, seguía poniéndome duro ante la vista del cuello de una mujer.

—¡Ocho años! —Estoy de pie, gritándole al crucifijo—. Ocho años Te di todo. Y Tú no me diste nada. Ni paz. Ni respuestas. Solo silencio y hambre y más maldito silencio.

Mi voz se quiebra. Pero incluso esta furia es su propia fe; pelear con Alguien que todavía creo que está escuchando. No te enfureces con la nada. No le gritas a la ausencia. Esta ira demuestra que Alguien está ahí.

Me desplomo de nuevo en el banco, agotado. ¿Quién soy sin el alzacuellos y sin la huida? No el sacerdote; esa parte se acabó. No el

príncipe de los Delgado; eso nunca fue real. No el joven de veinte años que mató a Elena; ese chico también murió esa noche.

¿Hay algo debajo de todas estas identidades? ¿O soy solo arquitectura vacía, todo muros y sin centro?

El banco cruje a mi lado. El aroma familiar de Alma a café molido y aceite de freír se asienta en el espacio antes que ella. Las cuentas de su rosario tintinean contra la madera mientras se persigna, más rápido de lo que requiere el protocolo, como siempre lo ha hecho. El borde de su delantal asoma de su bolso, metido apresuradamente, todavía con una mancha del especial del día. Las llaves de la cafetería tintinean al dejar el bolso en el suelo, el sonido de un negocio cerrado horas antes de lo debido.

Ella siempre ha sabido a dónde van los chicos perdidos para discutir con Dios.

—Problemas de mujeres —dice ella, sin saludo, sin sorpresa al encontrarme de vuelta aquí—. Nunca he visto un caso peor.

Abro la boca para hablar, pero ella levanta una mano; el gesto universal de cállate, que estoy hablando yo.

—Tienes a una buena mujer, y estás sentado aquí como si alguien hubiera muerto. —Se gira para mirarme bien; la mujer que me conoció antes del alzacuellos, antes de Elena, cuando yo era solo el chico de Jorge que comía demasiados pastelitos en su antigua cafetería de Miami y dejaba propinas excesivas porque mi madre me crió bien.

—No tengo a una buena mujer. —Las palabras salen más pequeñas de lo que deberían, encogidas por el silencio sagrado de la nave—. Hizo la maleta. Dice que es mejor que me deje ella antes de que yo la deje a ella. —Mi mandíbula está tensa, mi pecho aún más, como si al relajar un músculo, todo lo que hay dentro de mí se derramara sobre el frío suelo de mármol.

Los ojos de Alma suben hacia el altar, de la forma en que revisas el techo en busca de goteras. —Esta es la parte en la que maldices al cielo, bebes el vino de consagrar y luego lloras sobre tus vestiduras, ¿sí?

Intento reír, pero no puedo. Imagino a Sera en nuestro apartamento sobre el club, sola, con el aspecto que tenía esta mañana: puro hueso y fuego, hablando como si ya perteneciera a algún futuro sin mí. La mano de Alma encuentra mi hombro. Es cálida y real, dándome apoyo como siempre lo hace.

—¿Te ama ella? —pregunta Alma, con voz suave ahora. No es tanto una pregunta como una prueba.

Recuerdo el rostro de Sera, la forma en que las palabras se le escaparon como una herida: Dios, te amo y te veo hacerlo incluso aquí… No había tenido la intención de decirlo, pero era más verdadero por haber tenido que abrirse paso a la fuerza fuera de ella.

—Sí —digo. Saboreo la confesión, más extraña que cualquier otra que haya dado.

—¿Y tú la amas a ella? —pregunta Alma. Las palabras se quedan entre nosotros, sólidas como una hostia de comunión en la lengua.

La miro, como nunca miro a los feligreses, a mis propios parientes, a nadie. Su amabilidad es una fuerza, su conocimiento algo ancestral. Me da la ventana más pequeña para responder, apenas el lapso de un respiro, antes de moverse para llenar el silencio.

Alma se echa hacia atrás, sujetando su rosario en una mano, las cuentas haciendo clic como un reloj en cuenta regresiva. —No es una pregunta con trampa, padre —dice, con su acento de Miami marcado por la determinación de alguien que crió a tres hijos con propinas y agallas—. Y no es lo uno o lo otro. Puedes amar a Dios y amar a una mujer. Mucha gente lo hace. ¿Crees que Dios necesita todo esto? —Señala la iglesia, a mí, mis nudillos ensangrentados—. ¿Este deprimirse y sufrir como si fueras Jesús mismo? Tal vez Él solo necesita que te hagas presente.

Miro mis manos, la sangre secándose en las grietas de mi piel. —No estoy seguro de saber cómo hacerme presente para ella. O para mí mismo.

Ella suspira, con la pesada y cariñosa desesperación de cada camarera que ha esperado a que un cliente habitual finalmente ponga su vida en orden. —¿Crees que alguien sabe, al principio? —Su voz baja a un susurro—. He visto la forma en que miras a esa mujer cuando crees que nadie está mirando. La llevas dentro de ti como si fuera una reliquia.

Quiero protestar, pero las palabras no se forman. En su lugar, flota un recuerdo: la risa de Sera resonando por el pasillo de la iglesia la primera vez que dejé que ayudara con la colecta de alimentos de la parroquia. La forma en que me regañó por comerme las donas que se suponía eran para los niños. La forma en que mi pecho se había llenado de algo tan brillante que se sentía como un pecado.

—Eres un buen hombre, Gabriel —dice Alma—, pero no eres un santo. Ninguno de nosotros lo es.

—Ella merece algo mejor que yo. —Un mafioso. Criado con dinero sucio. Adicto a la violencia.

Alma sacude la cabeza. —Si quieres abandonar a tu mujer, adelante. Solo ten en cuenta que no estás huyendo de ella, estás huyendo de ti mismo. Y nunca serás lo suficientemente rápido.

Dejo que las palabras se asienten, más pesadas que cualquier homilía dominical, más honestas que cualquier cosa que haya escuchado en años. Cierro los ojos e intento imaginar una vida no construida sobre la penitencia, sino sobre algo parecido a la esperanza. La voz de Sera en la cocina, el calor de su cuerpo en la cama, la forma en que incluso su ira se siente como una especie de oración.

Alma se levanta, recogiendo sus cosas. Se detiene, con la mano en mi hombro, suave pero insistente.

—Vete a casa —dice.

Asiento, aturdido por la simplicidad de ello.

Ella camina por el pasillo central, cada paso haciendo eco de su autoridad, su fe en la capacidad de sanar del mundo. La observo hasta que se va, luego me quedo sentado un momento más en el silencio, el aire denso de incienso y posibilidades.

Tal vez Alma tenga razón. Tal vez todo lo que Dios quiere es que nos hagamos presentes. Tal vez eso sea suficiente.

Me levanto del banco, con las manos todavía temblando, y salgo a la noche de Homestead, listo —aterrorizado, pero listo— para ver si Sera todavía está esperando en casa.

30 - Seraphina

El piso de la cocina se siente frío a través de mi ropa.

No me muevo. Los pasos de Gabriel se desvanecieron hace mucho, y la puerta principal, al cerrarse, hizo un clic con el control cuidadoso de un hombre que no confía en sí mismo para no dar un portazo. Irá a algún lado a pelear consigo mismo. Él hace eso: externaliza la batalla, le busca un lugar físico. A la iglesia, probablemente. Siempre vuelve a la iglesia.

Lo cual me deja aquí, en este piso, con la cuchara de madera en mi regazo y el bolso empacado junto a la puerta y el whisky todavía quemándome la parte posterior de la garganta.

He estado en el piso antes. Sé cómo esperar a que pase el efecto.

Repaso el expediente. No porque quiera, sino porque esto es lo que hago cuando la emoción se convierte en ruido. Despojarlo de todo. Encontrar las pruebas. Lo hice con las finanzas de Julian, con la oficina de Reyes, con la suite de Cristian. Puedo hacerlo con esto.

Julian. Gabriel. Qué es realmente diferente.

El peligro de Julian era ambiental. Llenaba una habitación de la misma forma que el monóxido de carbono llena un cuarto: invisible, gradual; no te das cuenta hasta que ya te afectó. El aislamiento ocurrió preferencia tras preferencia. Prefería mi cabello suelto. Prefería que visitara menos a Rosa. Prefería que no aceptara el trabajo como independiente. Cada preferencia era razonable por sí sola. Juntas eran una arquitectura. No noté que se levantaban los muros porque los construyó lentamente y los hizo parecer amor.

Y confundí la intensidad con la prueba de algo. Si se sentía así de vivo, así de eléctrico, seguramente significaba algo real. Seguramente una no arde así por nada.

Gabriel arde. No me engaño con eso. El estacionamiento. La suite de Cristian. El silencio particular que se apodera de él antes de que ocurra algo violento; conozco ese silencio ahora, he aprendido a leerlo de la misma forma en que aprendí a leer los estados de ánimo de Julian. La capacidad está ahí. Realmente está ahí.

Pero estoy repasando las pruebas, no el sentimiento. Pruebas.

Julian usó esa capacidad conmigo. No abiertamente; era demasiado sofisticado para cualquier cosa burda. Pero su forma, con el tiempo, siempre apuntaba hacia adentro. Cada cena en la que vigilaba mis porciones. Cada conversación en la que mis opiniones eran corregidas suavemente para coincidir con las suyas. Cada habitación en la que entraba y se reorganizaba a su alrededor mientras yo me hacía más pequeña, más silenciosa, más útil.

Catalogo lo que Gabriel ha hecho de verdad. El reloj en mi muñeca: tres pulsaciones si algo se siente mal. El cerrojo que instaló sin que se lo pidiera. Seguirme a casa para el barrido de la casita cuando aparecieron hombres en aquel estacionamiento, y luego irse cuando terminó el barrido. La forma en que me ha preguntado por mis secretos y ha esperado cuando yo no estaba lista para compartirlos. La forma en que me contó cosas en la oscuridad y no las usó.

Su peligro tiene una dirección. No me ha apuntado ni una sola vez.

Eso no es poco. Eso lo es todo.

Una más. Lo que he estado evitando mirar directamente, de la misma forma en que una evita mirar al sol.

Julian quería la versión de mí que él había construido. La esposa que no hacía preguntas. La mujer que encajaba en su arquitectura tan perfectamente que había olvidado que tenía la suya propia. Vio lo que había fabricado y lo llamó amor.

Gabriel me ha querido de forma inconveniente. Obstinadamente. A la mujer en el confesionario que le dijo verdades incómodas. A la mujer quemando sofrito en su cocina, haciendo preguntas, resistiéndose, mintiéndole sobre Miami y luego confesando antes de que él pudiera siquiera preguntar. Me vio ser un desastre y siguió mirando. Ha visto todas las puertas que mantengo abiertas y nunca ha intentado cerrarlas.

Esa es la diferencia. No que Gabriel sea seguro —no lo es, y ya dejé de mentirme acerca de que el peligro no es parte de lo que me atrae—. Lo es. Mi cuerpo no se equivoca respecto a aquello a lo que responde. Pero el poder de Julian me borraba y el de Gabriel me ve.

Esas no son la misma cosa. Tenía tanto miedo de que fueran la misma cosa.

…

El piso sigue frío. Me duele la espalda.

Miro el bolso junto a la puerta por un largo momento. Luego miro la cuchara de Rosa en mis manos, desgastada y suave en los lugares exactos donde su agarre la desgastó antes que el mío. Ella cocinó en cocinas malas, en departamentos estrechos, con lo que tuviera. Hizo un hogar de cada superficie que tocó, no porque fuera valiente, sino porque decidió que hacer importaba más que el miedo.

Dejo la cuchara de nuevo sobre el mostrador, donde pertenece.

Luego me siento otra vez, con la espalda contra el gabinete, y espero a que Gabriel vuelva a casa.

No porque no pueda irme. Podría irme. Soy extremadamente buena para irme, es una habilidad documentada. Pero miré las pruebas y tomé una decisión. Y me quedo por mí, no contra Julian, no para demostrar algo, no porque tenga miedo de en lo que huir me convierta.

Porque el hombre que salió por esa puerta vale el piso.

31 - Gabriel

La encuentro en la cocina principal de La Sirena. Sola. Aquí.

Cruzando el espacio en tres zancadas, mi mano se cierra alrededor de su muñeca y la giro hacia mí.

—No —digo.

Una palabra, baja, despojada de todo excepto de lo que hay debajo.

—Yo no estaba—

—Estabas trazando las salidas. Puedo verlo en tu cara. —Mi otra mano sube hacia su mandíbula, inclinando su cabeza para que no tenga a dónde mirar sino hacia mí—. Llevas trazando las salidas desde el día en que te conocí. Cada habitación, cada conversación, cada vez que alguien se acerca demasiado. —Mi pulgar le traza el pómulo y mi voz baja—. Se acabó.

—Gabriel—

—No te vas a desaparecer. A ningún lado. No a algún lugar donde te convenzas a ti misma de que sobrevivir sola es lo mismo que vivir. —Avanzo más cerca, mi cuerpo presionando el suyo contra el borde del mostrador, y no hay nada controlado al respecto. El príncipe, el sacerdote, ambos desaparecidos. Solo el hombre, crudo y seguro y harto de esperar—. Maté a un hombre ayer por ti. No voy a estar en esta cocina viéndote calcular la distancia a la puerta.

Su aliento se corta.

Mis dedos le aprietan la mandíbula. —Te amo, Seraphina, y las mujeres que amo no se van. ¿Entendido?

—No iba a irme —susurra.

—Bien. —Mi frente cae sobre la suya y la fiereza se resquebraja lo justo para mostrar lo que hay debajo — no es posesión, no es el tipo de propiedad de Julian, sino el terror crudo de un hombre que ha perdido a todos los que alguna vez amó y que acaba de encontrar a la que quemaría el mundo para mantener—. Necesito que dejes de pensarlo. Necesito que dejes de mantener un pie fuera de la puerta y

ambas manos en la estrategia de salida. Te necesito aquí. Completamente aquí.

Mi boca encuentra la suya antes de que pueda responder, y no es un beso cuidadoso. Este es el beso que he estado guardando, años de negación rompiéndose sobre sus labios. Mis manos se mueven hacia sus caderas, levantándola sobre el mostrador, y ella se envuelve alrededor de mí como la respuesta que aún no ha dicho en voz alta.

—Estoy aquí —dice contra mi boca—. Me voy a quedar.

He pasado años enumerando las cosas que mis manos no pueden tocar. Piel de mujer. Mi propio pene en las noches cuando la disciplina se quiebra. Años de gestión de inventario, tratando el deseo como contrabando, y ahora Sera está en mi mostrador de cocina con las piernas envueltas alrededor de mi cintura y no puedo recordar una sola razón por la que alguna vez dejaría de querer esto.

—Dilo de nuevo.

—Me voy a quedar, Gabriel.

Mis manos se tensan en sus muslos. Las suyas me agarran la camisa. La cena puede esperar.

Todo puede esperar excepto esto.

Lo dijo dos veces y voy a hacer que lo diga de nuevo. No porque no le crea sino porque el sonido lo reordena todo en mi pecho que ha estado roto desde que tenía veinte años.

Me alejo lo justo para ver su cara. Sus labios están hinchados por los míos, sus ojos oscuros, su pulso visible en la garganta. Esa garganta.

El contraste debería horrorizarme. Ayer maté a un hombre con estas manos. La constancia, la precisión — debería retraerme de tocarla. Pero ya he dejado de hacer penitencia del placer. He pasado años tratando mi deseo como un arma. Esta noche voy a descubrir qué hace cuando dejo que sea algo más.

—Dilo de nuevo —le digo, y mi voz sale baja y áspera y no se parece en nada a la de un sacerdote.

Sus manos agarran el frente de mi camisa. —Hazme, Padre.

Cristo. Esta mujer.

La beso fuerte, una mano acunando la parte posterior de su cráneo, la otra agarrando su cadera para pegarla contra mí. Ella jadea en mi boca cuando siente qué tan duro estoy, y el sonido hace algo primitivo en mi cerebro. No la excitación cuidadosa de la

sacristía o la colisión desesperada en el altar. Algo más simple. Algo que dice: mío, y he dejado de pretender lo contrario.

Sus dedos encuentran el dobladillo de mi camisa y la jalan sobre mi cabeza. La dejo, brazos arriba, y cuando sus manos aterrizan en mi pecho desnudo sus palmas son cálidas y seguras y me estremezco como si ella fuera la que tiene agua bendita.

—Estás temblando —dice.

—No lo es.

—Gabriel. —Su pulgar traza el músculo sobre mi cadera, bajando —. Estás temblando.

Lo estoy. No por shock. No por lo que pasó en el hotel en Nueva York. Por el volumen abrumador de quererla sin ninguna barrera entre nosotros — sin clériman, sin culpa, sin el fantasma de Elena parada en la esquina de cada habitación donde toco a una mujer. Las barreras cayeron hoy, todas a la vez, y debajo hay solo esto: hambre tan aguda que es casi dolor.

—¿Quieres estas manos sobre ti?

Ella toma mi mano derecha y la pone en su pecho, sobre la seda de su blusa. La sostiene ahí. —Las quiero en todas partes.

La blusa tiene botones. Pequeños, color perla, y mis dedos son muy grandes e impacientes para ellos. Deshago tres antes de rendirme y jalo, y los botones rebotan por el piso de la cocina.

—Eso era seda —dice Sera.

—Te compraré otra.

—¿Con qué dinero? Estás a punto de renunciar a tu trabajo.

Me río contra su clavícula, y la risa me sorprende. No puedo recordar la última vez que reí durante el sexo. Tal vez nunca. Los encuentros antes de Elena fueron urgentes, competitivos, el príncipe de los Delgado actuando. Elena fue intensa y sincera. Y después — años de nada.

Pero Sera me hace reír, y la risa no mata el deseo. Lo alimenta.

Su sostén es simple. Negro. El cierre está atrás y lo consigo al primer intento, lo que se siente como un milagro menor para un hombre que no ha desvestido a nadie en casi una década. Sus senos se liberan y los cubro ambos, pasando mis pulgares sobre sus pezones, viéndolos endurecerse bajo mi toque.

—Dios —suspiro, y no es blasfemia. Es la cosa más cercana a una oración que he dicho en semanas.

Ella se arquea en mis manos, y me inclino para tomar un pezón en mi boca. El sonido que hace cuando succiono, un gemido pequeño y roto que intenta tragarse, va directo a mi pene. Quiero escuchar cada sonido que ha estado guardando. Cada gemido que sofocó en la sacristía, cada jadeo que tragó en el altar porque alguien podría escuchar.

Esta noche, que escuchen.

Trabajo su pezón con mi lengua, tentándolo hasta un pico tieso, luego cambio al otro mientras mi mano se desliza por su estómago hacia su cintura. Sus pantalones tienen un botón y una cremallera, y soy mejor con estos que con la blusa — una mano, rápido, eficiente. Ella levanta sus caderas del mostrador y jalo los pantalones y la ropa interior juntos, soltándolos en el piso encima de la blusa arruinada.

Sera desnuda en mi mostrador de cocina. La cocina del club de mi madre, y el cuerpo de Sera.

He dado la comunión a cientos de personas. He colocado la hostia en sus lenguas con reverencia y cuidado. Nunca, en todos mis años detrás del altar, he sentido algo tan sagrado como esta mujer desnuda frente a mí, con la luz de la cocina en su piel.

Me dejo caer sobre mis rodillas.

La posición de la oración. La posición de la adoración. Hemos hecho esto antes — en el altar, la simetría de confesionario y súplica. Pero esto es diferente. Sin transgresión alimentándolo. Sin una hora robada en una iglesia. Solo un hombre sobre sus rodillas porque no hay ningún otro lugar donde quiera estar.

Presiono mi boca en la parte interna de su muslo y ella se sobresalta, sus dedos encontrando mi cabello. Beso más arriba, tomándome mi tiempo, probando la sal de su piel, sintiendo los músculos en sus piernas tensarse mientras me acerco. Su respiración se ha vuelto entrecortada. Sus dedos se tensan en mi cabello.

—Gabriel—

—He estado arrodillado en la dirección equivocada durante ocho años —murmuro contra su piel—. Deja que lo compense.

Pongo mi boca en ella y se desmorona.

No de inmediato — no soy tan arrogante. Pero rápido, más rápido de lo que esperaba, porque ya está empapada, ya está inflamada, y cuando mi lengua encuentra su clítoris y presiona plano ella hace un sonido que escucharé en mis sueños por el resto de mi vida. Un grito

crudo e indefenso que rebota en las baldosas de la cocina y dice finalmente, finalmente, finalmente.

La como como comunión. Lento, reverente, exhaustivo. Mi lengua trabaja en largos golpes desde su entrada a su clítoris, haciendo una pausa para girar, presionar, succionar. Sus muslos se cierran alrededor de mi cabeza y los agarro, manteniéndolos abiertos, manteniéndola expuesta para mí porque necesito verla toda, necesito probar cada parte de ella mientras se retuerce en mi mostrador.

—Oh Dios —ahí— no pares—

No paro. Agrego un dedo, deslizándolo dentro de ella, curvándolo hacia adelante mientras mi lengua mantiene su ritmo en su clítoris. Está apretada, caliente y goteando, y cuando agrego un segundo dedo ella se contrae alrededor de ellos tan fuerte que mi pene late en simpatía.

—Ven para mí —digo contra ella, y la vibración de mi voz debe hacer algo porque se desmorona. Su espalda se arquea del mostrador, tirando la cuchara de madera al piso con un sonido metálico, sus muslos temblando, sus manos jalándome el cabello lo suficientemente fuerte para doler. La trabajo mientras cae, suavizando mi lengua mientras desciende, sintiendo los espasmos posteriores pulsando alrededor de mis dedos.

Me incorporo, secándome la boca con el dorso de la mano, y Sera me mira con ojos vidriosos y mejillas sonrojadas y una sonrisa que es malvada.

—Quítate los pantalones —dice.

Obedezco. Hay una frase que nunca pensé que pensaría sobre una mujer dándome una orden, pero cuando Sera me dice que me desnude, me desnudo. Cinturón, pantalones, bóxers — todo cayendo al piso en una pila que se mezcla con su seda arruinada. Estoy tan duro que casi duele, mi pene sobresaliendo grueso y pesado entre nosotros.

Sus ojos caen y sus labios se abren. Me alcanza, envolviendo su mano alrededor de mi vástago, y mis caderas avanzan involuntariamente. Su agarre es firme, confiado, y me acaricia una vez de base a punta, su pulgar girando sobre la cabeza donde ya estoy goteando.

—Sera. —Su nombre sale estrangulado.

—Te quiero dentro de mí.

La jalo hacia el borde del mostrador. La altura es casi la correcta — está lo suficientemente levantada para que pueda alinearme, la cabeza de mi pene presionando contra su entrada. Siento el calor de ella, la bienvenida resbaladiza, y cada músculo en mi cuerpo está gritando para empujar hacia adelante.

Pero me detengo.

—Mírame —digo.

Lo hace. Esos ojos oscuros, claros y presentes. No actuando. No sobreviviendo. Solo aquí, conmigo, eligiendo esto.

Empujo dentro de ella lentamente, viendo su cara mientras la estiro abierta. Sus labios se abren, sus ojos parpadean, y sus manos me agarran los hombros. Soy grueso — lo sé, siempre lo he sabido — y el ritmo es deliberado, dándole tiempo para ajustarse mientras lucho contra cada instinto para enterrarme hasta la empuñadura.

—Más —susurra—. Todo.

Me hundo el resto del camino y ambos dejamos de respirar.

La sensación de estar completamente dentro de ella — calor húmedo apretado agarrando cada centímetro de mí — es tan abrumadora que mi visión se empaña por un momento. Presiono mi frente contra la suya, nuestro aliento se mezcla, y puedo sentir su latido a través de todo su cuerpo. O tal vez es el mío. Tal vez nos hemos sincronizado.

—Muévete —dice, y lo hago.

El primer empuje es lento, controlado. Me retiro casi completamente, luego empujo profundo, asentándome completamente. Sera gime, su cabeza cae hacia atrás, y uso el ángulo para besarle la garganta. El segundo empuje es más duro. El tercero más aún. Y luego el ritmo se encuentra — empujones profundos y constantes que la hacen jadear cada vez que me acomodo completamente, mis manos agarrando sus caderas para mantenerla en su lugar.

El mostrador tiene la altura correcta para esto, como si estuviera diseñado para que la follara sobre él. El pensamiento es absurdo y lo archivo como evidencia de que mi cerebro oficialmente ha dejado el edificio.

—Más fuerte —dice, y le doy más fuerte, mis caderas chasquean hacia adelante, el sonido de piel contra piel llena la cocina. Ella envuelve sus piernas más apretadas alrededor de mí, talones

cavando en mi trasero, jalándome más profundo. Sus uñas rastrean mi espalda y el escozor me hace gemir.

No soy gentil. No estoy intentando serlo. Años de contención, un día desde que maté a un hombre, y la mujer que amo está desnuda en mi cocina diciéndome que la folle más fuerte. La gentileza es para después. Para las mañanas lentas y las noches tranquilas que tendremos ahora que la guerra ha terminado. Ahora mismo, necesito que sienta cada centímetro de mí. Necesito que sepa que la intensidad que todos le advirtieron — la cosa que mató a Elena, que aplastó la garganta de Cristian, que ha estado enjaulada detrás de un clériman — está aquí, en su cuerpo, y no está destruyendo. Está eligiendo.

Cambio el ángulo, inclinando sus caderas, y encuentro el punto que quiebra su voz. Ella grita, fuerte, sin importarle quién escuche, y empujo hacia ese punto una y otra vez, implacable, viendo su cara contorsionarse de placer.

—Te sientes tan jodidamente bien —le digo, porque el sacerdote está muerto y el hombre que lo reemplazó dice lo que significa—. No tienes idea de lo que me haces.

—Muéstrame —jadea.

Me retiro y ella hace un sonido de protesta que silencio levantándola del mostrador y girándola. Ella se atrapa en el mostrador, palmas planas, y me mira por encima del hombro con una expresión que hace que mi pene se contraiga.

—¿Esto es—?

—Sí —dice antes de que termine—. Dios, sí.

Empujo de nuevo desde atrás y el ángulo es más profundo, más apretado, y tengo que apretar la mandíbula para evitar terminar justo ahí. Mi mano se envuelve alrededor de su cadera, la otra se desliza por su espina dorsal, presionándola suavemente hacia abajo hasta que su pecho está plano contra el mostrador. El acero frío contra su piel sonrojada la hace estremecerse.

Establezco un ritmo que es casi castigador, cada empuje profundo, y ella lo toma, lo encuentra, se empuja contra mí con su propio ritmo. La cocina se llena de la banda sonora obscena de nuestros cuerpos — húmeda, rítmica, urgente — puntuada por sus gemidos y mi respiración apenas controlada.

Luego su mano se extiende hacia atrás y encuentra la mía. La guía hacia su cuerpo. A lo largo de su lado, pasando su cadera, sobre su

hombro. A su garganta.

Me congelo. Cada músculo se bloquea.

—Gabriel. —La voz de Sera es tranquila. Presente—. Confío en ti.

Tres palabras que desmantelan mi exilio auto impuesto.

—Necesito que me mires —digo, y ella gira su cabeza, encontrando mis ojos por encima de su hombro. Lo veo ahí — no el acondicionamiento de Julian, no una respuesta de trauma, no una mujer actuando sumisión porque es lo que aprendió para sobrevivir. Elección clara y consciente. Ella sabe lo que está pidiendo. Sabe lo que me cuesta. Lo está pidiendo de todas formas.

Mi mano se coloca alrededor de su garganta. No apretando. Solo descansando ahí, mi palma contra su pulso, mis dedos curvándose suavemente sobre la columna de su cuello. Puedo sentir su latido, fuerte y rápido, y la confianza en esa vulnerabilidad — la manera en que inclina su barbilla para darme mejor acceso — abre algo en mi pecho.

—Dime si es demasiado —susurro.

—No lo es. —Ella se empuja contra mí, llevándome más adentro —. Eres tú.

Aprieto mi agarre. No mucho — solo lo suficiente para que sienta la presión, sienta el potencial, sienta el poder que me está dando y el cuidado con el que lo sostengo. Mis caderas comienzan a moverse de nuevo, lentamente al principio, luego acumulándose, y mi mano se mantiene en su garganta, constante y segura.

Estoy sosteniendo la parte más vulnerable de su cuerpo y eligiendo, con cada aliento, ser gentil con ella. No porque no pueda lastimarla. Porque no voy a.

Porque el deseo no tiene por qué destruir.

Sera jadea bajo mi mano, su cuerpo apretándose alrededor de mí, y siento su pulso revolotearse bajo mi palma. Mi pulgar acaricia el lado de su cuello, un movimiento pequeño y tierno que contrasta con el impulso implacable de mis caderas. Está cerca. Puedo sentirlo en la forma en que sus músculos se contraen, la forma en que sus gemidos se han convertido de palabras a sonidos a algo casi silencioso, el aliento retenido antes de la caída.

—Suéltate —le digo—. Te tengo.

Ella se viene con mi mano en su garganta y mi pene enterrado dentro de ella, y el orgasmo es violento en su belleza — todo su cuerpo convulsionando, sus paredes internas apretándome tan fuerte

que veo blanco, su grito tragado por la presión de mi palma. Lo siento en todas partes, a través de mi mano, a través de mi pene, a través de las partes de mí que no tienen nada que ver con terminaciones nerviosas. Ella confió en mí con esto. Ella confió en mí con todo.

La sigo sobre el borde segundos después, enterrándome profundamente y derramándome dentro de ella con un gruñido que viene de algún lugar que no sabía que existía. Mi mano se afloja en su garganta, se desliza hacia su hombro, la jala hacia arriba contra mi pecho. Todavía estoy dentro de ella, ablandándome, y la sostengo así — espalda contra mi pecho, mis brazos envueltos alrededor de ella, ambos respirando fuerte en una cocina que huele a limón y sexo.

Mi mano encuentra su garganta de nuevo. Suavemente esta vez. Presiono mis labios en el lugar donde mis dedos acaban de estar.

—Estás viva —murmuro contra su piel, y las palabras significan más de lo que ella sabe. Ella está viva.

—Estoy viva —confirma, y se gira en mis brazos para enfrentarme. Desnuda, sonrojada, recostada contra el mostrador. Me mira con una expresión que no puedo categorizar — en algún lugar entre destrozada y radiante—. Y estás aquí.

—Estoy aquí.

—No corriendo.

—Nunca de nuevo.

La beso, y esta vez es lento, la urgencia gastada. Sus dedos trazan la línea de mi mandíbula, y los míos descansan en su cadera, y nos quedamos allí en los escombros de nuestra ropa y sus botones esparcidos y una cocina que necesitará desinfección seria antes de que alguien cocine en ella de nuevo.

Lo cual es, por supuesto, cuando la puerta se abre.

—Ey, Gabriel, Logan quiere saber si—

Adrian se detiene a mitad del paso. Sus ojos procesan la escena rápidamente. Dos personas desnudas en una cocina. Ropa por todas partes.

Su cara pasa por alrededor de seis expresiones en dos segundos antes de llegar a pura y absoluta alegría.

—Bueno. —Se inclina contra el marco de la puerta, brazos cruzados, sonriendo como si la Navidad llegara temprano—. Iba a preguntar si querían comida para llevar, pero veo que ya has comido.

—Adrian. —Mi voz lleva la autoridad de los Delgado que solían sacar a la gente de las habitaciones—. Sal.

—Me voy, me voy. —Levanta ambas manos, retrocediendo, todavía sonriendo—. Pero solo para que lo sepas, esto es una cocina comunal. Violaciones del código de salud, hermano. Serias.

Desaparece por el pasillo, y su risa hace eco mucho después de que la puerta se cierra con un clic.

Sera entierra su cara en mi pecho. Sus hombros se estremecen. Me toma un momento darme cuenta de que se está riendo, no llorando, y la risa es contagiosa, burbujeando desde algo profundo y limpio.

—Nunca nos va a dejar olvidar esto —dice contra mi piel.

—No —estoy de acuerdo—. No va a hacerlo.

Ella me mira, todavía riendo, y pienso: esto es de lo que tenía miedo. Exactamente esto. No del sexo, no de la violencia, no del asesinato. Esto. La risa después. La persona que se queda. La vida que se construye alrededor de los escombros de lo que eras.

32 - Seraphina

Recién termino de quitarme el rastro del sexo del cuerpo en la ducha cuando le digo a Gabriel que necesito ir a Brickell.

—Voy a ver a Reyes —digo—. Hoy. Ahora.

Estamos arriba en nuestra suite, y Gabriel deja a un lado la toalla con la que se limpiaba la cara, girándose para mirarme.

—Quieres hacer esto hoy. —No es una pregunta.

—Cristian está muerto. El liderazgo de los Markovic aceptará nuestros términos en unas horas. Tenemos la ventaja sobre ellos, así que realmente no tienen otra opción. El único cabo suelto es Arturo Reyes. Para mañana, se habrá enterado de lo que pasó y calculará su próximo movimiento. Necesito estar en su oficina antes de que tenga tiempo de pensar.

Gabriel se seca las manos, lento y pausado.

—Iré contigo —dice.

No discuto. La versión de este plan en la que entraba sola a la oficina de Reyes, interpretando a la viuda vulnerable una última vez... esa versión murió con Cristian. Ya no necesito actuar. Necesito que Reyes vea exactamente quién soy.

Gabriel asiente. —Dame cinco minutos.

Se afeita y se cambia la camisa. Cuando termina, se ve como lo que es: el príncipe Delgado.

Gabriel maneja, en silencio. Su presencia llena el auto como un cambio barométrico. La luz del final de la tarde tiñe de dorado el parabrisas mientras cruzamos el puente hacia Brickell, y la ciudad se ve obscenamente normal. Tráfico, gente trotando y turistas con bolsas de compras.

La oficina de Reyes en Brickell no ha cambiado. Las mismas orquídeas asfixiando el aire con su dulzura. Las mismas sillas de cuero dispuestas para intimidar. La misma fotografía de él con Jorge Delgado en un yate, con las copas de champán en alto en una eterna celebración de ganancias construidas sobre sangre.

Pero yo no soy la misma mujer que se sentó en esta silla antes.

La última vez, me incliné hacia adelante con una falsa curiosidad, dejando que viera la vulnerabilidad en la curva de mis hombros. Yo era Sera Marin entonces, el alias, la actuación. Pregunté sobre los protocolos de la bóveda con los ojos muy abiertos mientras él se pavoneaba y explicaba, sin darse cuenta nunca de que yo estaba memorizando cada palabra.

Ahora me recuesto, con la columna recta y las manos entrelazadas. Sin calidez. Sin gratitud. Sin toques estratégicos ni sonrisas cuidadosas. Solo yo, finalmente, mirando al hombre que pensó que estaba preparando a una viuda y viéndolo por lo que es: un parásito cuyo tiempo en Miami acaba de terminar.

Gabriel toma la silla a mi lado pero no habla. No necesita hacerlo. Los ojos de Reyes se dirigen a él primero cuando entramos, como lo harían los de cualquiera: para leer la quietud, la autoridad absoluta que emana de él. Reyes sabe que algo ha cambiado. Simplemente todavía no sabe qué.

—Sera —comienza Reyes, con su sonrisa volviendo a ser paternal, intentando recuperar la dinámica que cree que teníamos—. Y Gabriel. Esto es inesperado. Cuando no respondiste mis llamadas—

—Cristian Markovic está muerto.

Las palabras aterrizan como piedras lanzadas en agua estancada. Su sonrisa se congela, no llega a desaparecer pero pierde su calidez. Sus ojos se desvían hacia Gabriel, y observo cómo hace las cuentas.

—El liderazgo de los Markovic ha aceptado nuestros términos —continúo, con la voz tan plana como las hojas de cálculo de Logan—. No es que tuvieran mucha opción. Y, francamente, el pequeño intento de secuestro de Cristian nos dio mucha más ventaja de la que teníamos antes. Ahora, me marcho con todo, y los Markovic se libran de la prisión federal. Ah, y la relación de lavado con los Delgado queda terminada. Permanentemente.

Los dedos de Reyes tamborilean una vez sobre su escritorio, el único signo de agitación. —Ya veo. Y estás aquí para…

—Decirte que tu práctica en Miami se terminó. —Saco la memoria USB de mi bolso y la pongo sobre su escritorio con un pequeño clic—. Todo está aquí. Cada transacción que facilitaste. Cada comisión que cobraste. Cada número de ruta que usaste para lavar dinero sangriento a través de negocios legítimos.

Su rostro pierde el color, pero es demasiado profesional como para balbucear. —¿Me estás amenazando?

—Te estoy informando. Te vas de Miami permanentemente. Busca otra ciudad, otra práctica, otro grupo de viudas desesperadas a las que apadrinar. Pero no aquí. Nunca más aquí.

Gabriel se mueve ligeramente, y los ojos de Reyes se desvían hacia él, buscando al sacerdote, al hombre con el que podría haber razonado. Lo que encuentra en su lugar hace que se recueste en su silla.

—Esto es una negociación —intenta Reyes, inclinándose hacia adelante con restos de su antigua confianza—. Todo es una negociación. ¿Qué quieres? ¿Un porcentaje? ¿Un territorio? Tengo conexiones que no puedes ni imaginar—

—No estás escuchando. —Me inclino hacia adelante ahora, imitando su postura—. Lo sabemos todo. Somos tus dueños. Los Rosettis están viendo cómo se congelan tus cuentas en las Islas Caimán mientras hablamos.

El golpe le llega por etapas. Observo cómo sucede mientras procesa lo que realmente está ocurriendo. No soy la viuda a la que apadrinó, la mujer vulnerable que necesita su guía. Y el hombre a mi lado —el sacerdote que debería haber sido fácil de manejar— tiene sangre metafórica secándose en sus manos.

Sus ojos se entrecierran y, por primera vez desde que lo conocí, veo al verdadero Reyes. No al asesor baboso. No al guía paternal. Al operador que sobrevivió cuarenta años en el submundo de Miami leyendo ángulos que nadie más veía.

—Me engañaste. —No suena enojado. Casi impresionado—. Cada reunión. Cada pregunta sobre los protocolos de la bóveda. Nunca fuiste la estudiante.

—Aprendí del mejor. —Las palabras queman mi lengua con satisfacción—. Mi esposo me enseñó a leer a la gente, a extraer lo que necesitaba, a interpretar cualquier versión de mí misma que diera resultados. Pensaste que estabas cultivando a la viuda de Julian. Solo eras una víctima más.

Reyes se recuesta lentamente, con los dedos entrelazados, procesando su nueva realidad. Es lo suficientemente pragmático como para ver la arquitectura con claridad: la evidencia es condenatoria, la protección de los Delgado se ha ido, la conexión con los Markovic está cortada. Su carrera en Miami acaba de evaporarse.

—El FBI recibirá un paquete anónimo en veinticuatro horas si sigues en la ciudad —le digo, dejando que la amenaza aterrice suave

como la seda—. Pero si te vas, si te mantienes alejado, los registros se quedan enterrados. Podrás seguir respirando. Solo que no aquí.

Él acepta esto con el cálculo de un hombre que sabe cuándo ha sido superado. El pragmatismo que lo ha mantenido vivo tanto tiempo entra en juego. Sobrevivirá a esto, se mudará, reconstruirá. Pero no aquí. Nunca más aquí.

—Podrías haberme destruido por completo —dice, ladeando la cabeza con genuina curiosidad—. ¿Por qué la misericordia?

—No es misericordia. Son matemáticas. Tú vivo y lejos eres más útil que muerto y convertido en mártir. Tus clientes necesitan verte huir. Necesitan saber que el viejo Miami se terminó.

Él asiente una vez. —Tu esposo estaría orgulloso. Te convertiste exactamente en lo que él quería.

—No. Me convertí en lo que yo elegí ser. Julian está muerto. Tú te vas. Y yo sigo aquí.

El viaje de regreso es silencioso. Gabriel atiende una llamada de Logan, quien le pasa información de los Rosettis en Nueva York: la confirmación de que el liderazgo de los Markovic ha aceptado formalmente nuestros términos. La tregua se mantiene. El interruptor de hombre muerto sigue activo como un seguro permanente, y yo me marcho con el dinero. Se terminó.

Gabriel estira el brazo y me toma la mano. Ninguno de los dos habla. La ciudad se desliza tras las ventanas, iluminada ahora con los tonos ámbar y rosa del atardecer, y pienso en lo extraño que es que el día más importante de mi vida esté terminando con una puesta de sol sobre el MacArthur Causeway.

De vuelta en La Sirena, nuestra suite de arriba huele al café que Gabriel preparó esta mañana, hace horas, hace una vida.

Gabriel se sienta a la pequeña mesa con papel y pluma, escribiendo a mano el tipo de carta que ya nadie escribe. Su caligrafía es cuidadosa, mesurada, cada palabra elegida como una prueba.

No leo por encima de su hombro, pero puedo ver la estructura formal. —Excelentísimo y Reverendísimo —comienza. El lenguaje

eclesiástico para solicitar la laicización. Términos latinos apropiados entretejiéndose en oraciones en inglés.

Me muevo a su alrededor, dándole espacio pero manteniéndome cerca. Hay que despejar la encimera: los panqueques fríos, las tazas de café de la mañana. Pequeñas tareas que me mantienen presente sin invadir su espacio.

Firma con trazos deliberados y luego deja la pluma.

No dobla la carta de inmediato. Se queda sentado un momento con las manos abiertas sobre la mesa, mirando lo que ha escrito. Ocho años de misa diaria. De manos que conocían el peso del cáliz, la textura de la estola, el silencio de una iglesia al amanecer. Dos párrafos para terminarlo, y su caligrafía ni siquiera flaqueó.

Lo observo respirar para asimilarlo: una exhalación larga, con los ojos cerrados, de la forma en que solía respirar antes de entrar en el confesionario. Soltando algo.

Luego dobla la carta. Con precisión, dos pliegues, como hace todo.

—Tengo que llamar a Tomás —dice, sellando el sobre—. Quiero que lo sepa antes de que se entere por la diócesis.

—¿Se sorprenderá?

—No. Él vio venir esto antes que yo. Siempre supo que yo estaba huyendo, no siguiendo un camino. —Una sombra de sonrisa cruza su rostro—. Dijo que Dios no vive en edificios. Nunca lo ha hecho.

Doblo un paño de cocina y lo pongo sobre la mesa. —¿Qué dirá tu padre sobre que dejes la iglesia?

Gabriel termina de escribir la dirección en el sobre, luego levanta la vista y se encoge de hombros. —Probablemente dirá que ya era hora.

Hago un pequeño sonido, sin saber muy bien cómo sentirme respecto a que Gabriel deje el sacerdocio. Debería sentirme culpable, probablemente, pero no es así.

—Así que ahora eres un vago desempleado —digo.

Sus labios se curvan. —Suerte que tengo una novia rica.

La realidad flota en el aire entre nosotros. Tengo treinta millones de dólares en mi cuenta bancaria. Míos. No dinero de los Delgado. No dinero de los Markovic. Dinero que extraje de la máquina que me tenía enjaulada.

—Eres completamente libre —añade Gabriel, como si estuviera leyendo mis pensamientos—. Sin obligaciones. Sin deudas. Sin nadie

que te persiga.

El dinero significa que podría desaparecer. Tokio, tal vez, o algún pueblo en Oregón donde los Markovic sean solo un mal sueño. Seis meses de huida me enseñaron que puedo sobrevivir sola en cualquier parte.

La silla de Gabriel chirría al retroceder y, en el espacio de dos latidos, está frente a mí, llenando mi visión, con su mano sujetando mi mentón.

—No te vas a ir a ningún puto lado, ángel —gruñe.

Le sonrío.

—No —asiento—, no lo haré.

Prepara café que no se toma. Se queda junto a la ventana con la taza enfriándose en sus manos, y ya reconozco esa postura: la quietud de un hombre que se prepara para algo que no sabe cómo empezar.

—Solo dilo —le pido.

Él se gira. Deja la taza.

—En el hotel. Lo que dije sobre Elena y Cristian… sobre que mis manos eran iguales… —Se detiene—. Necesito que sepas que ya no creo eso. Que ahora puedo ver la diferencia.

Espero.

—Lo de Elena fue una pérdida de control. Tenía veinte años y no conocía mi propia fuerza y no hubo pensamiento, solo… —la palabra le cuesta— secuelas. Cristian fue una elección. Sabía lo que estaba haciendo. Podría haberme detenido. —Se mira las manos de la misma forma en que las ha estado mirando desde que tenía veinte años—. Pasé ocho años decidiendo que eran lo mismo. Que el deseo en sí mismo era el peligro.

—No son lo mismo —digo.

—No.

—Uno fue una tragedia. El otro fue una guerra. —Cruzo la habitación y pongo la mano plana sobre su pecho, sintiendo los latidos de su corazón bajo mi palma—. Tienes permitido conocer la diferencia.

Él cubre mi mano con la suya. Permanecemos allí mientras su pulso se estabiliza bajo mis dedos; más lento que en el hotel, más lento que en la iglesia, más lento que cada momento de crisis que nos trajo hasta aquí.

—No me tienes miedo —dice.

—Sé exactamente quién eres —le digo—. Hice una lista.

La carcajada que sale de él nos sorprende a ambos. Es la de verdad —la que transforma su rostro— y la guardo en mi memoria junto con todas las demás.

33 - Seraphina

La cuchara de madera se mueve a través del sofrito de Rosa en círculos constantes, anclándome a este momento. El vapor se eleva de la olla, esparciendo el aroma del ajo y el cilantro por la cocina de La Sirena. El pernil ha estado en el horno durante cuatro horas. Le queda una más. Cena dominical para personas que me han visto cubierta de sangre, que han visto a Gabriel matar por mí, y que aun así aparecen cada semana para comer lo que yo cocino.

Ajusto el fuego debajo del sofrito, bajándolo un poco. Rosa me enseñó a escuchar el chisporroteo, a saber cuándo las cebollas rinden su aspereza y se convierten en algo más dulce. Mis manos conocen este trabajo incluso cuando mi mente considera quién se sentará en qué lugar, quién beberá qué, quién podría ponerme a prueba.

Porque viene Marisol.

La hermana de Gabriel, la que lo ayudó a encubrir un asesinato cuando ella tenía dieciocho años. La que sobrevivió sola mientras él se escondía tras un clériman. La que se casó con alguien de la familia Rosetti y construyó su propio imperio de entre los escombros. Ella y Nico han estado en Chicago desde que se resolvió la situación de los Markovic, dejando que la distancia enfriara la intensidad del asunto.

No le tengo miedo. Me he enfrentado a cosas peores que a hermanas protectoras.

Pero Marisol le importa a Gabriel de formas que hacen que mi opinión sea irrelevante.

Rasco el fondo de la olla para evitar que se pegue. Mi cuerpo permanece tranquilo mientras que, por dentro, estoy prevenida. Lista.

No para una pelea. Sino para una evaluación de la única persona cuyo veredicto Gabriel no puede ignorar.

La puerta de la cocina no se abre, sino que más bien detona. Marisol llega como un fenómeno meteorológico, reorganizando la atmósfera para acomodarla a su presencia. Sostiene una botella de champaña abierta como otras personas sostienen las llaves del auto.

—Gabriel.

Ella deja la champaña sobre el mostrador y lo agarra, rodeándolo con ambas manos. Él la recibe, la sostiene, y algo pasa entre ellos que no tiene nada que ver con las palabras. Sus manos sujetando los hombros de ella, el rostro de ella presionado contra el pecho de él, el suspiro que dice: estás aquí, realmente estás aquí.

Luego ella se aparta y se vuelve hacia mí, y comprendo de inmediato por qué las habitaciones se reorganizan alrededor de Marisol Delgado. Sus ojos color miel lo captan todo, desde mi mano en la cuchara de madera hasta el grado exacto de calor bajo mis ollas y la forma en que Gabriel se posiciona ligeramente detrás de mí.

—Así que tú eres la razón por la que mi hermano finalmente se quitó ese ridículo clériman —toma su champaña, le da un trago directamente de la botella y empieza a rodearme—. Huele diferente. Menos a penitencia y más a que alguien ha estado cocinando para él.

—Marisol —comienza Gabriel.

—Cállate, estoy estrechando lazos —ella lo despacha con un gesto sin mirarlo—. ¿Sabes qué me parece interesante? Navegaste por unos problemas muy serios sin terminar muerta. Eso requiere habilidad. De esa que viene con la práctica.

Nico aparece en el umbral, silencioso como el humo. Su mano encuentra la parte baja de la espalda de Marisol, dándole estabilidad sin restringirla. Asiente con la cabeza hacia mí. Breve, cortante, el saludo de un hombre que ya ha hecho su evaluación.

—Este es mi marido, una gárgola con retraso emocional —me dice Marisol—. No te dejes engañar por el cabello corto y el porte militar. En realidad es bastante agradable.

De repente, Nico inclina a Marisol hacia abajo en un beso dramático, doblándola hacia atrás de modo que ella suelta un grito. Cuando la devuelve a sus pies, ella tiene el rostro encendido.

—Ves, bastante agradable —repite ella.

—Para ser un marido —digo yo.

Marisol inclina la cabeza para mirarme. —Estabas casada con Julian no sé qué, de Nueva York. Cuéntame de él.

El nombre aterriza con fuerza, pero no me inmuto.

—¿Qué quieres saber de él? —pregunto.

—¿Elegiste ese mundo o ese mundo te eligió a ti? —toma otro sorbo de champaña—. Porque si solo te atraen los hombres que lastiman a la gente, mi hermano se merece algo mejor.

Gabriel se tensa, pero lo miro a los ojos y niego ligeramente con la cabeza. Esta es mi batalla.

—Yo lo elegí —digo con sencillez—. Me gustaba el poder, el peligro, la forma en que ese mundo me hacía sentir viva. Y sí, me gustaba el control de Julian hasta que dejó de gustarme. Pero tu hermano no es Julian.

Ella inclina la cabeza. —¿A qué te refieres?

—Julian quitaba. Gabriel da. Incluso su violencia es una ofrenda.

La hermana de Gabriel procesa esto, entornando los ojos. Luego pivota, y el interrogatorio cambia de ángulo. —¿Sabes lo que hizo?

—Sí.

—Me refiero a saberlo de verdad. No la versión suavizada.

—Sé exactamente quién es él —digo, sosteniéndole la mirada.

La expresión de Marisol cambia, suavizándose. Mira a Gabriel, luego vuelve a mirarme a mí. Nico observa cómo Gabriel me observa a mí, con alguna evaluación silenciosa completándose tras esos ojos color avellana.

—Está bien —dice Marisol de repente—. Pero si te vas a quedar, tengo expectativas. Las cenas dominicales son obligatorias. Me enseñarás las recetas de Rosa porque Gabriel cocina como la mierda. Y cuando la familia de Nico venga de visita, puedes ayudarme con la distribución de los asientos. Estos Rosettis se multiplican como conejos y necesito a alguien que entienda de política familiar sin que se hieran sus sentimientos. Y cuando vayamos de compras la próxima semana…

—¿Cuándo hagamos qué?

—Vamos a ir de compras el martes. Odio comprar sola y claramente sabes cómo vestirte cuando no estás cubierta de grasa de cocina.

El interrogatorio se ha transformado en expectativas, exigencias que asumen mi presencia futura. Viniendo de Marisol, esto es aceptación.

Relajo mi agarre sobre el mostrador. El aliento que he estado conteniendo escapa de golpe. La mano de Gabriel roza la parte baja de mi espalda, breve y cálida.

—Ahora —dice Marisol, robando otra probada de sofrito con el dedo—, ¿cuándo comemos? Me muero de hambre y aquí huele a gloria.

—Al pernil le falta otra hora.

—Entonces tenemos tiempo para un trago. —Marisol agarra su champaña, engancha su brazo con el mío y me guía hacia el comedor —. Vamos. Vamos a asegurarnos de que Adrian no haya reorganizado todas las sillas otra vez. Tiene opiniones sobre las líneas de visión.

Los demás llegan mientras estoy sacando platos del gabinete, y sus voces llenan el espacio más allá de la cocina. Gunner aparece primero, reclamando la silla que le permite ver todas las entradas. Logan lo sigue exactamente cuando dijo que lo haría, con vino de su colección personal bajo el brazo, sirviendo ya a los demás antes de tomar su propio asiento. Se ha cambiado la ropa de trabajo; todavía está impecable, pero con menos aspecto de armadura.

Adrian está en todas partes a la vez, ajustando velas, llenando vasos de agua, haciendo que la habitación se sienta más cálida con solo moverse por ella. Cuando finalmente se sienta, es justo frente a Isa, que llega y se sienta sin ceremonias. Intento cruzar su mirada para calibrar su humor, pero o me está ignorando o está demasiado absorta en el vino para notarme.

La Sirena llega última, vistiendo un color esmeralda que capta la luz y combina con su peluca verde, cargando un ron que deja frente a Gunner con un guiño. Me encuentra en segundos y me aprieta la mano. Se instala junto a Marisol, lo cual se siente de inmediato como un problema a punto de estallar.

Nico se posiciona junto a su esposa, y observo cómo mueve sutilmente la copa de champaña de ella unos quince centímetros a la izquierda. Ella la devuelve a su lugar sin mirarlo. Él espera treinta segundos y la mueve otra vez. Esto parece ser la totalidad de su relación.

Adrian observa el entendimiento entre Marisol y Sera con visible deleite. Cuando la charla general crea un espacio, él ataca.

—Resulta que hay un inspector de salud —comienza Adrian con un ritmo perfecto—. Un martes por la mañana, ¿verdad? Aparece con su libretita, su placa oficial, con toda su existencia girando en torno a encontrar infracciones.

Marisol sonríe, viendo ya hacia dónde va esto. —¿El del bigote?

—Ese mismo. Entra como si fuera el dueño del lugar, comienza su inspección. Mientras tanto, Nico —Adrian gesticula dramáticamente — decide que este hombre es claramente una amenaza. Un posible operativo hostil. Podría tener armas.

—Estaba actuando de manera sospechosa —interviene Nico, completamente serio.

—¡Estaba revisando la temperatura del refrigerador! Pero Nico empieza a hacer esa cosa, ya saben, eso de quedarse perfectamente quieto y seguir a alguien solo con los ojos. ¿Como un depredador? El pobre inspector intenta revisar el congelador y ahí está Nico, mirándolo fijamente. Se mueve a la estación de preparación: Nico, mirándolo fijamente. Para cuando llega a la bodega, las manos le tiemblan tanto que se le cae la libreta dos veces.

—Tres veces —corrige Gunner en voz baja.

—¡Tres veces! El hombre literalmente olvidó cómo contar hasta diez. Perdió el hilo en la lista de verificación tres veces distintas porque Nico simplemente está ahí parado como… —Adrian hace una demostración, quedándose completamente inmóvil, con la mirada plana y sin parpadear.

—Es el protocolo estándar de evaluación de amenazas —dice Nico, y la sincera confusión en su voz desata las carcajadas en toda la mesa. Incluso la cara de póker de Logan se rompe; resiste cuatro segundos perfectos antes de empezar a reírse.

Marisol ya se está riendo tontamente antes del remate. Gunner exhala por la nariz, lo que para él cuenta como una risa histérica. La Sirena se cubre la boca, con los hombros temblando. E Isa, por solo un momento, sonríe de forma real y espontánea antes de recobrar la compostura y volver a su trago. Los ojos de Adrian encuentran los de ella en ese breve segundo.

—Menuda suerte para él que Gunner no decidiera que también era una amenaza —añade Marisol, limpiándose las lágrimas de los ojos—. ¿Recuerdan lo que pasó con aquel vendedor que apareció sin llamar primero?

—Sobrevivió —dice Gunner con sencillez, lo que hace que todos se rían más fuerte.

Me escabullo de regreso a la cocina mientras todavía se están riendo, necesitando revisar el pernil, tal vez agarrar la bandeja de servir del estante alto. Sus voces me siguen a través del umbral.

Isa aparece sin hacer ruido, de repente allí, en mi visión periférica. Su cabello negro está recogido en una coleta severa, y se mueve como si estuviera conservando energía. Fría es la única palabra para describirla.

Pero me sorprende. Identifica la bandeja que intento alcanzar y se mueve hacia ella, bajándola y poniéndola sobre mi mostrador. Tiene que entrar por completo en la cocina para alcanzar el estante, cruzando a mi territorio.

—Tu sofrito —dice ella, acomodando la bandeja donde la necesito —. Es mejor que el de Havana Nights. Tiene más profundidad.

Viniendo de Isa, esto es un Premio Nobel. Havana Nights ha sido el estándar de oro de Miami durante veinte años.

—Mi abuela trabajó allí en los ochenta.

Isa asiente una vez, luego se dirige al fregadero y se lava las manos. Se las seca con mi toalla, toma una cuchara de servir y empieza a pasar el arroz a un tazón como si hiciéramos esto cada domingo.

Trabajamos en una sincronización silenciosa. Ella sabe. Yo sé. Su aceptación hacia mí no necesita palabras. Un calor tranquilo se asienta en mi pecho.

Cuando hemos cargado todo en bandejas y tazones, ella toma un lado de la fuente del pernil. Yo tomo el otro. La piel cruje mientras la levantamos, crujiente y dorada, con la carne debajo tan tierna que ya empieza a separarse. El vapor se eleva, cargando el aroma de ajo y cítricos. Lo llevamos afuera juntas, y la conversación se detiene cuando el aroma inunda la habitación.

La mesa ha sido extendida más allá de sus límites habituales, con sillas desparejadas traídas de otras habitaciones. Nos apretujamos, chocando codos y rodillas, nadie se queja porque la proximidad es el objetivo. Adrian sirve vino en cualquier copa que esté más cerca, Marisol cuenta una historia sobre Chicago que hace que Nico se cubra la cara, Logan escucha con esa quietud que significa que lo está memorizando todo.

Ya no estoy observando desde afuera. No estoy comprobando las salidas ni calculando amenazas. Estoy dentro de la conversación, riendo cuando Adrian imita el aterrorizado forcejeo con la libreta del inspector de salud, pasando los platos sin pensar en la coreografía.

La mano de Gabriel encuentra la mía debajo de la mesa. No de forma desesperada, ni posesiva, simplemente está ahí. Su pulgar roza mis nudillos una vez, luego sus dedos se entrelazan con los míos y se quedan así.

La Siren empieza a tararear mientras Marisol llega al remate de su historia. El sonido se entreteje con nuestras risas, convirtiéndose

en parte de la textura de la habitación.

La cuchara de madera descansa en la cocina donde la dejé, apoyada contra la pared junto a la estufa. Mis manos están ocupadas con otras cosas ahora. Los dedos de Gabriel entre los míos, el calor de la exigente inclusión de Marisol, la certeza de que el próximo domingo volveremos a hacer esto.

Noto a Logan una vez, brevemente. Presente en las risas, generoso con el vino, y de alguna manera todavía separado del consuelo que ha ayudado a construir. De pie justo fuera del círculo de luz, observando cómo el resto de nosotros somos una familia.

Mi mano permanece cerca del centro de la mesa, sin buscar mi bolso junto a la pared. Mi cuerpo se orienta hacia la conversación en lugar de angularse hacia la puerta. El mapeo de salidas que solía ser constante se ha silenciado.

La conversación fluye en cuatro direcciones a la vez, las historias se superponen, Nico intenta explicar por qué revisar la matrícula del auto del inspector era razonable, Marisol le roba comida de su plato mientras él habla, La Sirena haciendo armonía consigo misma de alguna manera.

Así es como se ve el quedarse. No son grandes gestos. Es solo aparecer cada domingo a la misma mesa con la misma gente hasta que el pertenecer ya no sea una pregunta, sino un hecho. Como respirar. Como la cuchara de madera contra la pared de la cocina.

Como la mano de Gabriel en la mía.

Después de la cena, cuando los otros se han ido, Gabriel y yo estamos frente al fregadero, lavando las ollas más grandes en un silencio cómodo. Hemos caído en un ritmo: yo lavo, él seca; nuestros movimientos sincronizados sin necesidad de hablar. Su hombro roza el mío ocasionalmente, cada toque es una afirmación silenciosa.

—Sobreviviste a Marisol —dice él, tomando un plato de mis manos.

—¿Hubo alguna duda alguna vez? —Lo miro, captando la ligera curva de sus labios.

—No por mi parte. —Deja el plato seco en la pila—. Pero la he visto reducir a hombres hechos y derechos a un manojo de balbuceos.

La cocina se siente diferente ahora, marcada por risas e historias, ya no es solo un lugar donde cocino para demostrar mi valor. La

cuchara de madera todavía descansa contra la pared, pero ya no es mi único ancla.

Gabriel toma mis manos mojadas entre las suyas, girándome para que lo enfrente. El agua gotea entre nosotros, oscureciendo manchas en su camisa. No parece importarle.

—Múdate conmigo —dice, las palabras son sencillas pero cargadas de peso—. No porque sea más seguro o más conveniente. Sino porque quiero despertarme contigo cada mañana.

Miro su rostro —el rostro que aterroriza a otros, que ha presenciado y causado tanta violencia— y solo veo un hogar.

—Ya vivo aquí —digo, sonriendo.

—No oficialmente. —Sus dedos trazan mi mejilla—. Quiero que sea real. Permanente.

La palabra flota entre nosotros, una promesa que ninguno de los dos pensó que volvería a hacer jamás. Permanente. No un refugio temporal o una alianza estratégica. Algo construido para durar.

Estiro la mano y toco el lugar donde antes estaba el alzacuellos, piel desnuda ahora, cálida bajo mis dedos.

Él atrapa mi mano antes de que pueda bajarla, la presiona de plano contra su garganta; ese lugar expuesto, el que ha estado descubierto desde la noche en que dejé el clériman sobre el banco. Su pulso late constante bajo mi palma.

Afuera, Miami hace lo que Miami hace: música de algún lugar, una bocina en la calzada, la eterna discusión de la ciudad con el silencio. Pero aquí dentro el aire es cálido y huele a ajo y a lo último del vino, y la cuchara de madera descansa contra la pared donde la dejé, y su pulso es constante bajo mi mano, y ninguna de las salidas está trazada.

Resulta que esto es hacia lo que estaba corriendo. No alejándome de nada. Hacia esta cocina, estas manos, este latido en particular. Solo tuve que deshacerme de todo lo demás primero para poder verlo.

—Múdate conmigo oficialmente —dice de nuevo, en voz baja, con su pulgar trazando mi muñeca.

—Lo pensaré —digo, lo cual significa que sí, lo cual él sabe que significa que sí, y por eso sonríe; lentamente, de la forma en que hace todo, esa sonrisa que todavía me sorprende cada vez porque transforma todo su rostro en algo que siempre estuvo allí debajo.

La sonrisa sigue en su rostro cuando me escapo de sus brazos.

—¿A dónde vas?

—Quédate ahí.

El dormitorio está arriba, en nuestra suite. No enciendo la luz; conozco este espacio ahora, la geografía exacta del mismo, lo cual es su propio tipo de permanencia. El cajón de la mesa de noche se abre silenciosamente. Encuentro el clériman por el tacto: la tela suave desgastada en los bordes, más ligera de lo que debería ser para algo que cargó con ocho años de peso.

Cuando regreso al umbral de la cocina, él está exactamente donde lo dejé, con los brazos cruzados, observándome con la expresión que he aprendido a leer. No el rostro de los Delgado. No el rostro de sacerdote. Solo su rostro; el que estuvo debajo todo el tiempo.

Sus ojos bajan a mi mano.

Vuelven a subir.

—Sera. —Una palabra. Baja. Toda la pregunta en dos sílabas.

Él no se mueve. No intenta tomarlo, no me detiene. Solo observa con esos ojos oscuros, completamente inmóvil de la forma en que se pone cuando ha tomado una decisión y está esperando a que el mundo se ponga al día.

Cruzo la cocina. Me detengo frente a él.

Estiro la mano. Él inclina la barbilla —solo un poco, lo suficiente — y yo abrocho el clériman alrededor de mi propio cuello.

He estado pensando mal sobre la intimidad toda mi vida: como una transacción, como una actuación, como el alivio de ser elegida. Lo que entiendo ahora, parada aquí con este clériman alrededor de mi cuello y este hombre frente a mí, es que esto es algo completamente distinto. Esto lo es todo. El sacerdote y el príncipe y el asesino y el hombre que rastreó la caligrafía de mi abuela y no podía entender cómo funcionaba la tostadora. Sin guardarse nada.

—Bendíceme, Padre —digo, con una pequeña sonrisa en los labios. No es una confesión. Es una ofrenda.

Algo cruza por su rostro. Luego sus manos encuentran mis caderas y me atraen hacia él.

Sus dientes rozan mi cuello, luego tiran del clériman, y el sonido que escapa de sus labios suena a la vez como una blasfemia y un himno.

34 - Epílogo – Logan

Todos los demás se han ido a la cama.

Gabriel y Sera fueron los últimos en retirarse, desapareciendo en su suite con esa gravedad silenciosa entre ellos, aferrándose el uno al otro como si nunca fueran a soltarse.

Cierro con llave las puertas principales. Reviso la entrada de servicio. Gunner ya hizo el barrido, pero reviso de todos modos, porque revisar es lo que hago.

La mesa del comedor sigue hecha un desastre, con cera de vela endurecida goteando sobre los manteles y copas de vino en diferentes niveles de vacío. Las sillas disparejas están echadas hacia atrás en ángulos que trazan dónde se sentó cada uno. Enderezo dos de ellas al pasar por puro hábito.

Finalmente, me encuentro en mi oficina. Cierro la puerta tras de mí y luego me aflojo la corbata con un tirón rápido que se siente como una pequeña violencia controlada mientras la seda se desliza lejos de mi garganta. Enrollando las mangas con cuidado hasta el antebrazo —dos pliegues precisos en cada una, ni más ni menos— busco en el estante. La botella está detrás de Hemingway; no es el Macallan que sirvo a los invitados. Esta nadie la conoce. Esta es más barata, más fuerte, comprada en una licorería donde nadie sabe mi nombre. Sirvo tres dedos en el vaso.

Me acomodo en la silla de cuero que Jorge me regaló cuando me hice cargo de las operaciones. —Necesitarás un trono —había dicho, ya agonizante, sabiendo de antemano que yo sería quien mantendría todo unido. El cuero cruje, amoldándose a mi cuerpo tras años de noches tardías exactamente como esta.

El whisky quema con limpieza.

Abro mi computadora portátil.

Esto no es de negocios. Las hojas de cálculo pueden esperar. Esto es otra cosa, algo que he estado componiendo en mi cabeza durante semanas. La pantalla ilumina mi rostro en la oscuridad de la oficina.

Mis dedos revolotean sobre las teclas, firmes a pesar del whisky, a pesar de lo que estoy a punto de hacer.

El cursor parpadea.

Escribo:

Profesional busca mujer para acuerdo de juego de miedo.

Demasiado vago. Podría significar cualquier cosa. Alguna entusiasta del BDSM responderá pensando que quiero atarla. No se trata de eso. Borrar.

Hombre con intereses específicos busca—

No. Demasiado apologético. Borrar.

Te pagaré por tenerme miedo.

La honestidad hace que se me oprima el pecho. Directo. Claro. Pero crudo. Mis dedos se posan sobre la tecla de borrar, estudiando cómo se ven las palabras en la pantalla. Demasiado. Borrar.

Busco mujer que entienda que el miedo puede ser íntimo.

Dios. Ahora parezco un poeta. Borrar.

Me sirvo otro whisky, más corto esta vez.

Se ofrece compensación generosa por acuerdo específico. Absoluta discreción. Entorno controlado.

Eso suena demasiado seguro. No dice nada. Necesito ser claro sin ser vulgar. Honesto sin ser aterrador. Borrar.

Mi miembro se agita mientras escribo el siguiente intento. Solo de pensarlo, de articular esta necesidad que he llevado dentro de mí por años.

Requisitos: Debe sentirse cómoda con—

No. Cómoda es lo opuesto a lo que quiero. Borrar.

Requisitos: Dispuesta a experimentar miedo genuino en—

Sigue estando mal. Hace que parezca que dirijo una casa embrujada. Borrar.

Profesional busca mujer para acuerdo remunerado que involucre respuesta al miedo.

Mejor. El tipo de lenguaje que atrae a alguien práctico, alguien que necesita el dinero más de lo que necesita entender por qué un hombre exitoso quiere pagar por su terror.

Necesito un filtro. Algo para separar a las curiosas de las serias.

Responder con "Entiendo los términos".

Perfecto. Cualquiera que sea capaz de escribir eso después de leer lo que quiero, ya ha tomado su decisión.

Lo leo completo. Edito una palabra. Lo leo de nuevo. El lenguaje es limpio. He estado construyendo un lenguaje pulcro alrededor de cosas complicadas desde que era niño, y esto es solo una estructura más, un sistema más, un problema más resuelto mediante la precisión y el control.

Mi dedo se cierne sobre el botón.

Gabriel está arriba con una mujer que lo rescató de sí mismo. Marisol y Nico se fueron hace horas. Isa y la Siren se fueron a casa; Gunner y Adrian están arriba en sus respectivos departamentos.

Todos contabilizados. Todos bajo control. Todo en su lugar.

Publico el anuncio.

El clic resulta anticlimático. Sin truenos. Sin intervención divina. Solo mis palabras desapareciendo en el vacío digital.

Cierro la computadora portátil. Termino el whisky. No me sirvo otro.

La Sirena zumba a mi alrededor, un edificio en reposo. Las luces están apagadas excepto por las salidas de emergencia, bañándolo todo en una sombra verde. A través de la ventana se extiende la pista de baile vacía. La barra brilla con botellas que nadie está bebiendo.

Yo protegí esto. Lo salvé cuando Jorge se enfermó. Lo guié a través de la última crisis de los Markovic. Lo mantuve rentable, lo mantuve hermoso, lo mantuve vivo.

En unas pocas horas, regresarán. Gabriel y Sera bajarán de su suite, aún radiantes. Adrian entrará de un salto con café e historias. Isa hará el inventario de la barra como si nada hubiera pasado y, más tarde, cuando le dé la gana, la Siren entrará pavoneándose. Yo estaré de vuelta en este escritorio, disponible, resolviendo lo que haga falta resolver, haciendo lo que mejor sé hacer. Ese es el trabajo.

Pero en algún lugar de la ciudad, o en otra ciudad, o en otro país totalmente distinto, alguien va a leer ese anuncio. Alguien va a ver esas palabras y reconocerá algo en ellas. Tal vez necesite el dinero. Tal vez sea curiosa. Tal vez esté tan dañada como yo, atraída por el miedo del mismo modo en que yo me siento atraído a provocarlo.

El edificio tararea su canción de cuna eléctrica. Me siento en mi trono de cuero mientras pasan las horas.

Mi teléfono vibra. Número desconocido. El mensaje se carga:

—Entiendo los términos.

Gracias por leer la historia de Gabriel y Seraphina. Me encantó escribir sobre un hombre que intentó encerrar las partes más oscuras de sí mismo.

¡Bienvenida a Miami!

A continuación: **Logan**.

Logan no oculta su oscuridad. La alimenta.

Así que cuando publica un anuncio ofreciendo pagar a una mujer para que le tenga miedo, espera obediencia. Miedo. Control.

Pero lo que encuentra es a la única mujer en Miami que se niega a asustarse.

Y Logan nunca ha querido nada más.

xx Pia